

LA ÚLTIMA
SEFARAD
DE TOLEDO



MIGUEL ÁNGEL RICO

NOTA DEL AUTOR

Cuando empecé a trabajar en esta novela tenía muy claro las pretensiones y las limitaciones con las que tenía que lidiar. No pretendía hacer un libro de historia, que para ello ya existen muy buenos historiadores medievalistas, ni aportar nada nuevo, ni tampoco centrarme en los acontecimientos históricos de la época en los que se desarrolla.

Siempre he tenido claro mi función como escritor y mis limitaciones. Desde el momento en que cogí por primera vez una pluma, hace ya muchos años, para desarrollar esta pasión y vocación, que considero mi vida, fue con el objetivo de entretener a los demás y a mí mismo. Realizar el oficio artesano de la escritura hace que uno, en el momento en que se pone delante de un folio en blanco, se considere el mismo Dios moldeando el destino de cada personaje.

Desde siempre, el pueblo de Israel es un tema que me ha apasionado, su historia y la contribución de este pueblo a la humanidad creo que ha sido y tiene que ser un ejemplo para la raza humana. La expulsión de los judíos de España más que un asunto de estado religioso-económico de la época me parece una tragedia humana y una gran pérdida de valores intelectuales. Con el tiempo se vieron las consecuencias de tales pérdidas.

Por eso, desde hacía tiempo, quería escribir algo sobre este tema y poco a poco, como la araña que va tejiendo su tela, fui creando la novela, en la que tarde más de tres años en terminarla.

Todos los personajes son históricos y existieron en esa época, pero la trama es pura ficción. Con ello, aparte de reflejar unos acontecimientos históricos, pretendo que el lector disfrute de todo su desarrollo y de sus personajes.

PRIMERA PARTE

Quedaban pocos años para que terminara la Reconquista en la península hispánica, en la que siglos atrás los musulmanes habían dominado tranquilamente; pero, poco a poco, fueron perdiendo su hegemonía y los reyes cristianos reconquistaron aldeas, pueblos, villas y ciudades hasta llegar casi al año 1492 con la conquista de Granada.

Durante muchos siglos habían convivido en el reino de Hispania tres culturas: la cristiana, la musulmana, y la judía.

En los campos de Castilla, de León y de Navarra, así como en toda Hispania, la lucha entre moros y cristianos había dado paso a cantares y a gestas donde los trovadores y juglares cantaban, de ciudad en ciudad, las figuras de nobles caballeros guerreros, tanto musulmanes como cristianos.

Así llegaron gestas como la de don Rodrigo Díaz de Vivar, *El Cid Campeador*.

El Destierro.

<i>De los sus ojos tan fuerte mientras llorando, "</i>	
	<i>Tornaba la cabeza e estabalos catando;</i>
	<i>Vio puertas abiertas e uzos sin cañados,</i>
	<i>Alcandaras vazias sin pieles e sin mantos</i>
	<i>Y sin falcones y sin adtores mudados.</i>
	<i>Suspiro mío Çid, ca mucho había grandes cuidados,</i>
	<i>Fablo mío Çid bien y tan mesurado:</i>
	<i>Grado a Ti, Señor Padre, que estas en alto.</i>
	<i>¡Esto me han vuelto míos enemigos malos!</i>
<i>Allí piensan de aguijar, allí sueltan las riendas.</i>	
<i>A la exida de Bivar hobieron la corneja diestra,</i>	
<i>Y entrando a Burgos hobieronla siniestra.</i>	

<i>Meçio mio Çid los hombros e engrameo la tiesta.</i>	
<i>¡Albriçia, Albar Fañez, ca echados somos de tierra!</i>	
<i>Mio Çid Ruy Diaz por Burgos entraba,</i>	
<i>En su compañia, sesaenta pendones; exienlo ver mugieres y varones:</i>	
<i>Burgueses y burguesas por las finiestras son</i>	
<i>Plorando de los ojos, ¡tanto habian el dolor!</i>	
<i>De las sus bocas todos decian una razon:</i>	
<i>¡Dios que buen vasallo! ¡Si hobiese buen Señor!</i>	

Siglos atrás había caído Toledo y la mayoría de las ciudades y villas de la península, pero todavía seguían quedando muchos musulmanes en tierras castellanas, pues durante siglos habían nacido allí generación tras generación y el único vínculo que les ligaba con sus antepasados venidos del norte de África era la misma religión, una misma religión que, como decía el profeta, los hermanaba por su misma sangre.

Los musulmanes habían visto épocas mejores de paz y de gran abundancia donde la riqueza de la tierra daba frutos y pan, como el paraíso que mencionaba el libro sagrado del Corán.

Ahora eran tiempos donde las hordas soldadescas cristianas y mercenarios venidos de otros países de lejanas tierras de Europa, deseosos del gran botín musulmán que les esperaba, andaban belicosos y ansiosos de batalla como perros hambrientos acechando para caer sobre la liebre que corre por el campo.

Las bulas del papa para reclutar mercenarios para la expulsión de los moriscos de Hispania hacían que viniera una gran mesnada de hombres con sus señores dispuestos a todo tipo de pillaje y fechorías, ya que desde hacía siglos esta era la única manera que se conocía en la península de luchar entre los propios nobles cristianos por las tierras, los esclavos, el ganado y las cosechas.

Muchas tierras, vegas, jaimas y pueblos enteros a lo largo y ancho de Castilla eran saqueados por los ejércitos, ni siquiera con la llegada de los Reyes Católicos y tras la guerra civil y el fortalecimiento de la corona se tuvo un sentimiento de unificación de estado, tuvieron que pasar muchos años más, tras la muerte de los monarcas, para que Hispania tuviera ese sentimiento de unidad.

En los años que transcurre esta novela, todavía quedaba el último reducto de la Reconquista cristiana en el reino nazarí de Granada.

El reino de Granada comprendía, desde toda la provincia de Granada con sus pueblos y montañas, pasando por Almería y Málaga hasta llegar a Algeciras, pero en el transcurso de esos años poco a poco los reyes cristianos fueron reconquistando esas tierras, hasta llegar al año 1492 con la entrega de las llaves de la ciudad por el rey Boabdil, que años atrás había sido vasallo de

los reyes.

Presebal vivía en las tierras altas de Hispania, en las zonas montañosas y más agrestes, los ejércitos bereberes que venían del desierto para la conquista de la península ibérica nunca pudieron alcanzarlas; aquellos bereberes, bien comandados por sus jefes, habían oído hablar de esos pueblos de las montañas en los que hombres rudos vivían como salvajes en bosques tupidos cubiertos por gigantescos árboles, donde la magia y lo sobrenatural sobrecogía la mente de aquellos guerreros acostumbrados a la inmensidad de las dunas del desierto y al calor.

Con el tiempo, las invasiones moriscas a las costas cantábricas fueron cada vez más insignificantes y limitaron todo el arco peninsular a la mitad de Hispania y con ello al florecimiento del andalusí.

Vivía en el reino de Navarra, a dos jornadas de la ciudad de Aoiz, hacia el interior de la península ibérica y a unas leguas de Roncesvalles, en un lugar entre las montañas de los Pirineos y grandes extensiones de bosques. Este muchacho acababa de cumplir diecisiete años y su familia trabajaba las tierras de una pequeña granja que explotaba como *collazos durante varias generaciones y que parte de sus ganancias se las tenía que dar al señor feudal, que hasta el momento se había comportado con su familia con equidad y respeto; se podía decir que la gran familia de Presebal no era rica, pero en su mesa nunca faltaba el pan, ni la caza, ni la bebida roja del bosque que les había enseñado a elaborar un monje, cuando les pidió posada camino de peregrinación a los lugares santos de Santiago.

Las dos mujeres de la casa eran fuertes como los hombres, hacían las labores de la tierra y cuidaban del ganado, y trabajaban más que cualquier hombre; nunca se cansaban ni dejaban de hacer sus tareas con la excusa de la caza como Presebal y su padre solían hacer a menudo.

Aquel joven era el único hijo varón de la familia, se había criado alto y robusto como un roble, pues no le faltó nunca comida en abundancia, ya que producían buenas cosechas y buena crianza de animales para satisfacer el pago al señor y cubrir las necesidades de la familia.

Pero el joven llevaba años tratando de realizar un sueño desde que, una vez, escondido en el bosque, siguió las huellas de aquel jabalí.

**El campesinado navarro bajo medieval. En el estatus jurídico de la población rural en Navarra se podían encontrar tres grupos: collazos, pecheros y francos.*

En el estrato inferior de la pirámide social tenemos a los "collazos", cuya libertad se hallaba restringida por los vínculos de dependencia señorial, al estar adscritos a la tierra que trabajaban. Representan los restos de antigua servidumbre feudal. Si bien originariamente podían ser donados, vendidos o cambiados por la tierra, siendo su condición hereditaria, la inalienabilidad de las personas, experimentó un avance a lo largo del siglo XIII. Además, estaban obligados a más cargas que el resto de los dependientes. Existen ciertos historiadores que llegan a afirmar que la servidumbre navarra desapareció tras la peste negra en 1348-1350, mas no se pueden confirmar sus palabras. Existen menciones a collazos en documentos posteriores a esa fecha.

La familia de Adiran, el padre de Presebal, residía en una pequeña casa de adobe y madera que los abuelos de Presebal habían construido hacía mucho tiempo, cuando en esa época los señores

de aquellas tierras no tenían ningún título de nobleza. Poco a poco aquella casa labriega se fue transformando y haciendo más cómoda y grande, en la parte de abajo moraban los animales domésticos, dos vacas lecheras y un ternero que había parido hacía poco, un pequeño rebaño de corderos, un buey enorme y un caballo de poca alzada fuerte como un toro que servía para los arreos de labranza.

En la parte alta de la casa vivía la familia de Presebal con sus dos hermanas, Begoña y Maitechu. Begoña era dos años mayor que Presebal y cuatro más que Maitechu, la joven más delicada y bonita de la comarca, según decía su hermano.

Cuando Presebal hablaba de la comarca parecía hablar del mundo entero, porque nunca había salido más allá de los confines de la ciudad, que estaba tan solo a dos jornadas de distancia; distancia que los campesinos y la servidumbre, que trabajaban las tierras de sus señores, recorrían caminando con las carretas cargadas de frutas, hortalizas, animales que habían nacido ese año, productos elaborados en la granja como los quesos y la mitad de la pieza de caza ahumada que el señor de la tierra había establecido como pago.

No se podía decir que aquella familia de siervos del conde viviera en la pobreza, pues no conocían el hambre y tenían la suerte de trabajar desde que salía el sol hasta que se ocultaba; tampoco se podía decir que los pocos viajeros que atravesaban sus tierras o algún peregrino perdido o despistado del camino del santo no salieran bien atendidos y agasajados y que no se les daba buen cobijo. Pero era raro que por aquellos lugares tan perdidos en el interior del bosque se aventurase algún peregrino, pues las almas de aquella época le tenían temor a la frondosidad y a la espesura de los árboles originado por las leyendas y cuentos de brujas, de diablos y de seres endemoniados que habitaban esos lugares... Valiente, temerario o perdido tendría que ser quien se adentrase hasta la granja de la familia de Adiran.

Vivían en un mundo distanciado de las guerras de los señores y en su granja los únicos sonidos que podían perturbar la paz del sueño eran los aullidos de lobos viejos desechados de las manadas, que bajaban en invierno en busca de los rebaños de ovejas.

Aquella mañana Presebal se había levantado antes de lo habitual, y al salir de la casa vio que la niebla todavía estaba muy baja, apenas se veía a un metro de distancia y por un momento pensó en volverse a la cama y acurrucarse entre las mantas de pieles que guardaban el calor como si fueran un horno de leña. Sus hermanas y su padre todavía seguían durmiendo cuando, de pronto, le vino el recuerdo de los últimos minutos de vida de su madre al dar a luz a su hermanita pequeña.

—Hijo, todavía eres un niño, pero dentro de poco tiempo te harás un hombre alto y fuerte como tu padre, y quiero que cuando ese día llegue cuides de ellos, con amor y paciencia, con el mismo amor que yo siento por vosotros.

Fueron las últimas palabras de una madre querida que le había dedicado mucho cariño, y todavía, a pesar de los años, la seguía teniendo presente en sus pensamientos, tratando de cumplir su promesa.

Ahora era todo un mozo alto y fuerte que soportaba las labores más difíciles y pesadas de la granja, pero su hermana Begoña tampoco se quedaba atrás; había salido tan alta y tan fuerte como su hermano, incluso cuando eran niños los dos peleaban por ver quién realizaba el mayor trabajo o acarreaba la carga más pesada.

Presebal desayunó un cuenco de leche con rebanadas de pan y queso que solían elaborar ellos mismos, y que una semana al mes, en los días de feria, llevaban a la ciudad para su venta. Eran productos muy apreciados por todos sus habitantes y a la vuelta siempre venían sin existencias; con esas pequeñas ganancias podían pagar cómodamente las rentas anuales al señor conde, dueño de esas tierras, y siempre quedaba un pequeño beneficio que Adiran, el padre de Presebal,

escondía escrupulosamente en una pequeña bolsa por la casa.

Cuando vio que su estómago se había saciado y su cuerpo entrado en calor, cogió su abrigo de piel de oso que su hermana Begoña le había confeccionado hacía poco más de un año y se lo echó por encima; todavía quedaba algo del olor del animal. Un oso que murió de viejo y que él se lo encontró una mañana entre las zarzas de unos matorrales de espino; gracias a esas plantas, los carroñeros del bosque y otros depredadores no acabaron descuartizando al oso dejando la piel inservible para que alguien la pudiera utilizar. Se armó de valor y se metió entre las zarzas de espino que se clavaban como si fueran cuchillos entre la piel, se echó a hombros al pesado animal y, con una fuerza sobrenatural, atravesó aquellos matorrales sangrando por todas partes. Al salir de allí cayó de rodillas desfallecido, las piernas le temblaban por el esfuerzo inhumano que había hecho, así que descansó un buen rato tumbado boca arriba, el cuerpo del animal que todavía estaba caliente le servía de almohada y permaneció mirando cómo pasaban los nubarrones negros que amenazaban lluvia dejando un cielo azul bien claro. Y así se quedó dormido durante un tiempo, él mismo no sabría decir cuánto, hasta que los gruñidos de su estómago le despertaron de su larga siesta.

Cuando se despertó sacó su cuchillo de monte afilado y, contento de haber encontrado esa pieza, comenzó a desollarla con cuidado para que la piel no sufriera ningún daño.

Era un cazador consumado, acostumbrado a la sangre y a rematar la caza, la mayoría de las veces con su propio cuchillo, pero siempre eran piezas pequeñas, como mucho un cervatillo pequeño, o un ciervo herido o con una pata rota, o viejos a punto de dejar caer sus huesos cansados en la tierra. Una vez dio caza a un pequeño jabalí, y las aves migratorias, que venían del centro de Europa y bajaban al sur de Hispania a zonas más templadas, caían abatidas a tierra certeramente por las flechas de su arco.

Pero nunca había tenido que desollar a un animal tan grande y alto como un hombre y arrancar su piel poco a poco, mientras todavía la sangre caliente del animal manaba por todo su cuerpo. Le dieron tantas náuseas que vomitó el desayuno de la mañana y dejó que la carne, que se pensaba llevar para los perros, se pudriera allí libremente o que los carroñeros del bosque se dieran un succulento banquete.

Al llevar como abrigo la piel de aquel oso agradecía a ese animal su existencia, por lo menos su muerte no había sido tan inútil.

Aquella misma noche Presebal y su padre habían tenido una charla, una pequeña conversación donde notó el envejecimiento de su padre y el sometimiento de servidumbre y servilismo al que el viejo estaba sometido por la figura del señor conde.

Presebal no aceptaba con resignada obediencia el papel que la vida le había asignado, el de ser vasallo de los dueños y nobles de la tierra. Su padre y sus antepasados sí pertenecían por ley a sus señores pero las costumbres habían cambiado y ahora, en muchas partes, los hijos quedaban libres de esa servidumbre. A pesar de su ignorancia se preguntaba por qué, si ellos trabajaban la tierra y cuidaban de la granja de sol a sol, tenían que verse sometidos siempre a un señor feudal, un señor que lo era por tener unos papeles o por decir que tenía unos derechos sobre esas propiedades por herencia. ¿Por qué tenían que dar toda clase de explicaciones, bajo pena de muerte o bajo pena de quitarles el derecho de explotación de la granja y la tierra, cuando ellos también llevaban explotándola durante generaciones? ¿Por qué tenían que dar explicaciones si cazaban una ardilla en los bosques para comer cuando la cosecha ese invierno había sido mala, o los escasos animales domésticos que cuidaban en la granja daban poca leche, o no podían sacrificarlos porque entonces no nacerían otros animales para venderlos o repartirlos con el señor?

¿Por qué tenían que dar toda clase de detalles para talar un árbol podrido del que sacar leña para calentarse en las largas noches de invierno o para encender los fogones de la cocina?

El señor tenía que dar su consentimiento a todo, si un árbol caído por un rayo era talado para la leña, tenían que enviarle la leña cortada a su castillo para que este la vendiera o llenara sus almacenes para dar lumbre a sus fogones, a pesar de no necesitarla.

Adiran estaba cada vez más encorvado, el peso de los años había afectado mucho a aquel hombre, que en su día había sido tan fuerte como el buey que tenían en la granja. Ahora su hijo le miraba con ternura mientras apuraba con deleite un plato de nabos y verduras con un poco de carne que su hija había preparado para la cena.

Aquel hombre había sido un buen padre, siempre había luchado por sacar a su familia adelante. Gracias a él nunca habían pasado hambre y siempre habían tenido un hogar confortable y caliente; no tuvieron la mala suerte de la mitad de sus vecinos de sucumbir a una enfermedad terrible que producía manchas negras extrañas en el cuerpo y que en unos casos había llegado a aniquilar a toda una familia, y en otros las familias se habían quedado con un solo varón o mujer; en esos casos el propietario de esas tierras los había echado porque ellos solos no podían trabajarlas y ahora vagabundeaban por las ciudades como almas vivientes en busca de mendrugos de pan o de limosna y de la sopa boba que daban en el convento de los monjes.

Hacía pocos años que aquella enfermedad extraña había desaparecido como por arte de magia y ahora las granjas volvían a renacer como antaño, algunas con más fuerza que otras, y los mercados de la ciudad poco a poco volvían a florecer como si nunca hubiera pasado nada.

Aquel servilismo de su padre le molestaba; había nacido campesino como él y sus abuelos fueron vasallos de un señor feudal, pero dentro de sus entrañas no admitía ese vasallaje que rozaba la esclavitud. Él era una persona libre y se sentía de esa manera, y cuando los señores pasaban a caballo por los campos para controlar sus propiedades, o bien pasaban con las jaurías de perros hambrientos de caza atemorizando a los labriegos que trabajaban en las tierras y que, al paso del cortejo, inclinaban las cabezas, Presebal disimulaba y miraba en otra dirección como si no los hubiera visto, pero con la cabeza bien erguida, hasta que una de las veces el señor llamó a Adiran y le dijo:

—¿Acaso tu hijo no sabe hacer una reverencia a su señor?

—Perdón, señor conde, pero es que el muchacho no debió de verle.

El conde había sido hijo de un noble castellano y de una madre vascona de la nobleza del norte de Hispania. El título nobiliario se lo había concedido el propio rey de Castilla, ya que por el norte peninsular existía una clase de nobleza diferente a la del resto de Hispania, y no existían como tal esos títulos nobiliarios de condes y varones. Gracias a los largos años que estuvo junto al rey castellano y a las muchas gestas guerreras contra los moros en la reconquista de Hispania, surgió una valiosa amistad entre ellos que duró hasta su muerte; el noble ya cansado de tanto guerrear y por la enfermedad de la gota, que cada día iba a más, decidió refugiarse en los dominios del norte, en las tierras que su mujer tenía de dote para morir, como decía él, en paz.

El conde no había tenido ningún heredero y todas aquellas riquezas las heredarían sus dos sobrinos, ahora escuderos, que marchaban como fieles perros de presa a su lado.

El noble castellano había sido un hombre imponente, alto y fuerte y con un rostro que en su juventud debió de ser muy agradable, pero ahora su cara estaba totalmente abotagada por la mala circulación de la sangre y enrojecida por el vino. A pesar de eso aún se notaban las múltiples cicatrices de la cara, por lo que mirarle todavía daba respeto. El cuerpo fornido de tanto batallar, se había transformado ahora en una terrible panza que sobresalía como si fuera un pellejo lleno de vino. Apenas se sostenía en la montura del hermoso y brioso caballo de batalla que tantos años le

había sido fiel, pero que ahora el animal, al igual que su amo, pedía descansar en paz; gracias al entendimiento entre jinete y montura, aquel tonel de grasa podía marchar tranquilo sin que el animal le diera un sobresalto que provocara que sus huesos dieran contra el suelo.

El conde más tranquilo que pendenciero miró a Adiran, el padre de Presebal, y le contestó:

—Me extraña que tu hijo no notara nuestra presencia. Suficiente jaleo meten los perros como para pasar desapercibidos, pero como sé que tú eres un buen hombre y un buen vasallo, perdonaré por esta vez la insolencia de tu hijo, pero has de recordarle quién es el dueño y señor de estas tierras.

Las gotas de sudor corrían por la frente de Adiran y la boca se le puso seca, sin que le saliera ni una sola palabra; fue entonces cuando la jauría de perros dio con uno de los ciervos que salió de la espesura del bosque y pasó veloz por delante de ellos, como si del mismo diablo se tratara. Entonces el conde junto con sus dos sobrinos espoleó su caballo de batalla y milagrosamente la figura de aquel noble quejumbroso y abotagado se perdió en la distancia como un experto jinete, mientras sus dos escuderos se quedaron rezagados a pesar de su juventud. A lo lejos se podían oír los ladridos de la jauría de perros que debía de estar acorralando al ciervo indefenso, pero la espesura de los matorrales y los árboles del bosque impedían aquella visión. Fue entonces cuando el padre de Presebal se dirigió a su hijo y todavía con el miedo entre los ojos, le dijo con la voz temblorosa:

—Si continúas con esa actitud terminarás sacándole la cólera que tiene el señor conde, da gracias a Dios de que entre los achaques de viejo y su enfermedad parece que se le va aplacando.

—No padre, el señor sigue teniendo tan mala sangre como la que tenía de joven, pero tiene miedo de perder a los pocos jóvenes que quedamos para trabajar sus tierras.

No había pasado más de diez años del fallecimiento de la última víctima de la peste, los campos se habían quedado casi sin jornaleros y campesinos, y los grandes señores feudales tuvieron que conceder algunos privilegios a la servidumbre que cultivaba sus tierras porque de ellos dependían sus rentas y el poder llenar sus mesas con toda clases de buenas viandas. Por ese motivo cuidaban mucho de que la mano fuerte y joven no se marchase a otros lugares.

—Padre, mañana al amanecer saldré a dar caza al gorrino, no podemos permitir que siga destrozando nuestras cosechas —dijo Presebal mientras permanecía sentado a la luz de la lámpara de aceite y trataba de tensar la cuerda de su arco y ponerlo a punto para el día siguiente.

Adiran miraba entretenido las labores que su hijo realizaba como si sintiera nostalgia de los días en los que juntos recorrían buena parte del bosque en busca de un pequeño ciervo o jabalí para llevar carne a la casa, cuando todavía el señor no vivía en aquellos feudos y la noble vascona, dueña de aquellas tierras, les daba un trato especial, sin prohibirles cazar en ellas y sin tener que dar cuenta de las piezas que abatían bajo pena de perder las tierras, el exilio, o incluso la muerte, como otros señores feudales tenían por derecho hacer.

Adiran miró a su hijo y con voz tranquila, sin ánimo de reprocharle nada, sino solamente de avisarle de que fuera prudente, le dijo:

—Si das cazas a ese gorrino tendrás que llevarle la mitad al señor conde.

La hija mayor, de pronto, interrumpió aquella escena apacible y se acercó llevando entre las manos un gran caldero que acababa de sacar de la lumbre y que emitía una serie de vapores que hubieran levantado a un muerto de la tumba; lo dejó encima de la mesa de madera, cogió varias escudillas en forma de tazón y echó en cada una de ellas un buen pote de nabos cocidos con verduras y trozos de carne, mientras la hija más pequeña sacaba un buen queso hecho de leche de vaca y oveja.

—Padre, acérquese a la mesa y coma un plato caliente, que le sentará bien.

—Gracias hija, si no fuera por vuestros cuidados hace tiempo que estaría enterrado bajo tierra.

Presebal apartó la vista del trabajo que estaba realizando y miró a su padre mientras este se llevaba una cucharada a la boca de aquel rico guisado; estaba poniendo a punto sus armas para la cacería, tensando el arco mientras pasaba un trozo de grasa por la tripa que servía de cuerda; las flechas, guardadas en una bolsa de piel de cabra que su abuelo había construido hacía muchos años y que había dejado a su nieto en herencia, estaban colgadas en una de las paredes de la casa de madera.

—Sí padre, conozco los derechos del amo, pero el daño lo ha hecho el jabalí en nuestros huertos y en las tierras que nosotros trabajamos desde el alba hasta la noche.

—Somos sus siervos —dijo Adiran- y tenemos que cumplir con los deberes que nuestros amos nos impongan, estamos en sus tierras.

Presebal había discutido muchas veces con su padre sobre esos temas y pocas veces habían estado de acuerdo, pero sabía que ahora no era momento, pues el viejo se encontraba enfermo y muy débil, no quería contrariarle por temor a llevarle a una discusión acalorada que terminara con su vida.

—Nuestro señor tiene derecho sobre las tierras y la servidumbre, gracias a dios que el señor es una persona buena y siempre se ha portado bien con nuestra familia.

Presebal le escuchó en silencio y, mientras le miraba, notaba que ya no era el mismo hombre de hacía años, los movimientos eran torpes y continuamente se quejaba de la espalda y de sus huesos. Recordaba que, cuando él era un niño, una vez le vio levantar toda una carreta cargada de hortalizas porque una de sus ruedas se había metido dentro de un fangal y el buey que la arrastraba no podía sacar el carro.

Aquel hombre poco a poco se había ido deteriorando como las rosas cuando se cortan del rosal, antes se levantaba cada mañana con alegría y fortaleza para desempeñar su trabajo, ahora le costaba levantarse para realizar las tareas de la granja, como si una gran losa de piedra se posara encima de él.

Todavía le quedaban unos años para cumplir los cincuenta, si llegaba a cumplirlos sería uno de los hombres más viejo de la comarca.

Adiran se levantó de la mesa de madera hecha de un gran tronco de árbol del bosque; este árbol había sido un roble enorme, tan ancho que se necesitaban más de cinco hombres para rodearlo con los brazos abiertos en círculo. Cuando una tormenta grande lanzó un relámpago al árbol y lo partió por la mitad, Adiran pidió permiso al señor de las tierras, y entre sus hijos y él lo fueron partiendo y haciendo leña. Llevaron varios carros hasta las tierras del señor y aquel invierno frío, su señor y su familia no tuvieron necesidad de ir al bosque a cortar más leña para pasar el invierno.

Al salir de la casa respiró profundamente y le llegó todo el olor del bosque; todavía hacía frío y la niebla estaba muy densa, tanto que no se veía más allá de un metro de distancia, pero tenía que acabar de matar a aquel jabalí que tantos destrozos les estaba causando; las huellas del animal todavía estaban frescas, podía olerlo pero, a pesar de que era un experto en seguir los pasos de la caza, le sería muy difícil encontrarlo con esa niebla tan espesa. Podía estar escondido a dos metros de distancia en cualquier zarza del bosque y pasaría desapercibido sin saber que estaba allí. Pensó que el bicho estaría lejos de las tierras, a bastante distancia de allí y mientras andaba y se entretenía por el bosque, la niebla poco a poco se iría disipando y a lo mejor, al mediodía, el día se habría aclarado y con un poco de suerte al final de la tarde podría encontrar algo, bien el jabalí, o bien cualquier pieza que se pusiera en su camino.

Presebal había andado un largo trecho, estaba lejos de su casa y su presentimiento fue certero,

la niebla que antes estaba muy baja había desaparecido por completo y los rayos de luz atravesaban las copas de los árboles formando un paisaje de bellos colores. Se notaba que el invierno estaba dejando paso a la primavera, pero aquella estación todavía se resistía a alejarse, una estación que aquel año había sido especialmente fría, lluviosa y cargada de nieve.

Los arroyos y los ríos bajaban caudalosos de la alta montaña arrollando con fuerza todo lo que se topaba en su camino. En ese momento Presebal dio con la huella que tanto había esperado, el jabalí había retozado en la tierra, como si se bañara en ella no hacía mucho tiempo, entonces dispuso su arco y sacó una de las flechas, se arrodilló allí mismo, pegó la nariz en la tierra olisqueando como si fuera un perro y mostró una sonrisa triunfal murmurando para sí mismo:

—Ya te tengo, estás en mis manos.

El joven se había rociado con unas hierbas aromáticas que encontró por el camino, aquello le haría pasar desapercibido, pues si el animal detectaba el olor a hombre con su fino olfato saldría disparado de allí y la caza sería imposible. Siguió caminando lentamente, como si sus pisadas no se posaran en la tierra, con tal sigilo que nadie notaba que estuviera allí, y de pronto se agazapó como pudo detrás de unas matas y por un pequeño agujero distinguió perfectamente al enorme animal tumbado mientras tres crías de jabalí se amamantaban. Nunca había visto una pieza tan grande y en aquel momento se le pasó por la cabeza el esfuerzo sobrenatural que tendría que hacer para transportarlo hasta casa, si lograba cazarla.

Ahora era el momento, o disparaba su arco o el jabalí desaparecería poniendo en riesgo su vida al tratar de salvar a las crías.

El joven apuntó con su arco justo a la cabeza del jabalí, sabía que no fallaría y que aquella flecha certera daría muerte al animal. Pero le daba un poco de pena que las crías se quedaran sin su madre y sin comida, pues seguro que sin ella no sobrevivirían; pero coger a los tres lechones sería más que imposible, ya que se esconderían entre las zarzas y no los podría atrapar. Pero la vida era así, el más grande y fuerte era el que vencía, y Presebal no podía dejar que ese bicho arruinara las cosechas.

Su carne serviría de alimento durante muchos días, a pesar de que la mitad la tuviera que compartir con el señor. Abandonó aquellos pensamientos, su arco estaba firme y la cuerda tan tensa que podía oír su vibración; dejó de respirar por unos segundos para mantener totalmente el pulso firme, la tensión era tan cortante que podía rasgar el aire; en esos instantes no existía nada ni nadie, solamente el arco, la flecha y el objetivo; era una sensación tan sublime que pocas cosas cambiaría en la vida por el momento justo de disparar su arco y sentir cómo la flecha seguía la trayectoria perfecta para entrar suavemente en el cuerpo de su presa sin ninguna dificultad; experimentaba la misma sensación que si clavara su cuchillo de monte en una fruta madura.

La flecha salió disparada produciendo un silbido, como si cortara el aire, pero justo en esos instantes el jabalí se había incorporado tan deprisa que no se la clavó en la cabeza, sino en el muslo de unas de las patas delanteras. El animal lanzó un chillido que rompió el silencio del bosque y salió a la estampida en dirección contraria a donde él estaba.

Presebal volvió a preparar su arco para lanzarle otra flecha, cuando en esos instantes aparecieron inesperadamente entre los matorrales tres jinetes a caballo y, sin saber qué es lo que estaba ocurriendo, al ver que el jabalí se dirigía hacia ellos, uno de los caballos se asustó, se levantó encabritado y tiró al jinete a tierra, que se dio un fuerte golpe en la cabeza, dejándolo semiinconsciente en el suelo. Los otros dos jinetes estaban sorprendidos de tan fortuita escena y trataron de calmar a los caballos; se sentían desbordados sin saber qué es lo que estaba ocurriendo, la jabalina giró sobre sí misma y se dirigió a la madriguera donde habían quedado las crías. Estaba rabiosa, chorreaba sangre por uno de los muslos y todavía llevaba la mitad de la

flecha dentro de su cuerpo. Pero era tanta la fuerza que tenía, las dimensiones y los gritos que pegaba que hubiera asustado al más experto cazador. Venía corriendo justo en la dirección en la que se encontraba el jinete tendido en el suelo inconsciente, como si quisiera arremeter contra ese bulto y clavarle los colmillos que sobresalían como puñales enormes y afilados por encima del morro.

Allí estaba Presebal de pie, impassible, apuntando con su arco en la dirección por la que venía el jabalí hacia el jinete caído. Disparó y la flecha se hundió en la cabeza del animal con tanta fuerza que más de la mitad penetró en esta, y el jabalí cayó fulminante al suelo; la tierra mojada y la hierba húmeda hicieron que su enorme cuerpo resbalara hasta quedarse al lado del jinete, llegando a rozar el hocico del jabalí con el cuerpo del caballero, que estaba empezando a recobrar la conciencia.

Los otros dos jinetes ya se habían hecho con los caballos y habían contemplado toda la escena sin darles tiempo a reaccionar.

Presebal corrió deprisa hacia el animal y con el cuchillo de monte le asestó tal puñalada en el cuello que casi le rebaña la cabeza. Mientras la sangre salía a borbotones, el gorrino todavía daba sacudidas con las patas traseras, como si aún le quedara un halo de vida.

—Si no le doy esta puñalada, a lo mejor todavía se hubiera levantado y podía haberle hecho daño a vuestra merced.

El caballero se levantó del suelo un poco aturdido, miró a Presebal con cierto aire de curiosidad y le dijo:

—No sé si darte las gracias por salvarme la vida, o mandar que mis amigos te degüellen como tú acabas de hacer con este jabalí.

—Gracias señor pero, si no tuviera tanta puntería con mi arco, ahora estaríais muerto.

El caballero que poco a poco empezaba a recobrar la cordura, mirándolo con curiosidad, entre agradecido y un poco airado, le dijo:

—Si hubieras sido un poco más prudente y hubieras mirado bien antes de disparar tu flecha, nada de esto habría pasado.

—Señor, yo os juro que en ningún momento oí ni vi nada en el bosque, pues de lo contrario no os hubiera puesto en peligro... Por estos lugares nunca pasa nadie, y si pasa algún forastero, como intuyo que son vuestras mercedes, será porque se han alejado del camino principal y se han perdido, ya que este sendero no es ni camino ni nada, es muy agreste y peligroso y de vez en cuando aparecen forajidos de la justicia que vienen a esconderse.

—¿Conocéis bien este bosque? —preguntó el caballero.

—Como si se tratara de mi casa, pues en él me he criado y conozco cada rincón y cada árbol.

—Ayúdanos a salir de él, llévanos al camino correcto y te recompensaremos, y olvidaré mi rabia para agradecerle el haberme salvado la vida.

—Señor, haré lo que vuestras mercedes mandéis, pero antes tengo que llevar este gorrino a casa, ya que en el bosque no lo puedo dejar porque se lo comerían los carroñeros.

«Mi casa está a media jornada, allí podrán curaros las heridas y os llevaréis unos buenos platos calientes al estómago, pues mi hermana cocina como los ángeles, y después beberéis unos licores de hierbas rojas que nos enseñó a preparar un monje que andaba de peregrinación hacia Santiago. Así nos contaréis a mi padre, a mis dos hermanas y a mí vuestras historias, que seguro son muy interesantes. Por estos lugares poca gente suele pasar y nosotros somos muy agradecidos de escuchar. Cuando la noche se cubra por completo, dormiréis en paja seca y en techo caliente, y a la mañana siguiente, con el estómago lleno para aguantar la próxima jornada que os espera, daréis las gracias a Presebal, no por salvaros la vida, sino por salir de este laberinto de bosques,

pues más de un caballero perdido se ha vuelto loco, porque por las noches cuentan las viejas...

Los otros dos caballeros que escuchaban complacidos las palabras de Presebal le interrumpieron en ese momento y el del cabello pelirrojo le dijo:

—No sigas muchacho, que tus razonamientos nos han convencido. Llévanos a tu casa para que curemos las heridas de nuestro amigo y mientras nos deleitaremos con los sabrosos manjares que tu hermana prepara, que hace más de una semana que solo comemos carne seca y pescado salado, sin llevarnos nada caliente a la boca.

Presebal que, al decirles esto, sabía que no rechazarían su invitación, les dijo:

—Mi hermana prepara un pan tan tierno y caliente que se deshace en la boca, unos dulces de leche que ni los reyes de Castilla ni los de Granada los han comido en su vida.

—¡Cállate muchacho!, no sigas hablando de tales manjares, pues el camino se me hará eterno.

De pronto, mientras hablaban, se escuchó unos chillidos que salían de entre la maleza; se trataba de las crías del jabalí. Entonces uno de los caballeros, el del cabello rojo como el fuego, que venía de las tierras de los francos, se tiró del caballo de un salto, se adentró en el matorral, que estaba repleto de grandes espinas, como si entrara en un prado de hierbas altas sin preocuparse de hacerse daño, y saco dos crías de jabalí por las patas.

—Estos lechones servirán para que tu hermana nos los cocine, muchacho.

Y, agarrándolos firmemente por las patas, los levantó hacia arriba como si fueran un trofeo y, con el rostro alborozado, se los enseñó a sus amigos.

—Menudo festín nos vamos a pegar esta noche, muchacho -dijo uno de ellos.

Presebal se arrodilló al lado del cuerpo del jabalí, agarró en cada mano las patas del gorrino y se lo echó a los hombros como si fuera un saco de plumas, mientras un chorro de sangre caliente y espesa salía a borbotones del cuerpo del animal. Era la viva imagen de un hombre prehistórico, con su chaqueta de piel de oso y su alta y ancha constitución.

El caballero que se había caído del caballo poco a poco se recuperaba. Mientras miraba a Presebal con interés, bebía de un gran pellejo que portaban dos grandes mulas cargadas hasta arriba. Tenía buena presencia y por su porte denotaba que era de buena familia; era delgado y alto y, aunque un poco menos robusto que sus otros dos acompañantes, se le veía fuerte, pero sin ningún signo de grasa, solo nervios y músculos. Cuando hablaba se le marcaban los músculos de la cara y sus nervios estaban tensos como si fuera un caballo de batalla en plena carrera; su rostro era hermoso, pero era el de una persona acostumbrada a las inclemencias del tiempo, a soportar el frío y el calor, y su piel tostada y curtida por el sol no hacía pensar que era una persona frágil.

—Muchacho, si quieres puedes echar el jabalí a los lomos de mi caballo -dijo el caballero.

—Gracias señor, pero estoy acostumbrado a llevar a hombros pesos mayores que este cuando vamos a la feria de la ciudad.

Los tres caballeros se pusieron en camino con las mulas, que portaban sendos bultos cada una y que entre esos bultos sobresalían las armas de sus dueños: lanzas, espadas, escudos, armaduras y otros enseres característicos de gente dedicada a la batalla. Presebal, que había visto todo aquello, estaba admirado y soñaba, mientras caminaba, que se vestía como un hombre de armas montado a lomos de un gran caballo de batalla, y que paseaba por las callejuelas de la única ciudad que él había conocido en su vida, donde la hija del posadero le mostraba su mejor sonrisa, mientras le asomaban unos voluptuosos pechos firmes y hermosos.

—¡Muchacho! ¿Acaso estás sordo y no oyes bien? -dijo el hombre que mostraba un semblante serio y que no había hablado todavía.

Tenía una mirada fría y penetrante, como si te perdonara la vida cada vez que te mirase, su rostro no era como el de los otros, estaba lleno de cicatrices y tenía toda la pinta de ser un

soldado mercenario a merced del señor que más pagase.

—Diga, señor, estaba absorto en mis pensamientos.

—No pienses tanto y dinos si falta mucho para llegar a tu casa porque, como quede camino, pronto nos va a caer un buen aguacero.

—Ya está aquí la lluvia si no nos damos prisa... -dijo el caballero pelirrojo.

—Si vuestras mercedes apremian a los caballos y a las mulas llegaremos a las vísperas, pero a este paso y, como yo no tengo montura, creo que no llegaremos antes de las *completas.

—Entonces espoleemos a los caballos, no tengo ganas de mojar mis ropas —dijo el pelirrojo.

—Vuestra merced —dijo Presebal en un tono que parecía más bien osado- se olvida de que yo no soy un caballo y que encima de mi hombro llevo unas cuantas arrobas.

—Muchacho, no seas impertinente, si no puedes correr, ve tú a tu paso que nosotros iremos al nuestro y encontraremos el refugio, así que dinos en qué dirección está tu casa.

**Las vísperas y completas eran como se referenciaban las horas en la Edad Media, la víspera se refería a las seis de la tarde y la completa a las nueve de la noche.*

-No quiero ser impertinente, pero si van solos por estos caminos nunca encontrarán mi casa, estoy seguro de que se perderán en estos bosques y de que terminarían en los desfiladeros, que son lugares muy peligrosos y llenos de mala gente, que no está acostumbrada a ver seres humanos; viven en tribus muy cerradas y son muy poco amables con los extranjeros.

Presebal se refería a pueblos de montañeses perdidos de los Pirineos que apenas veían a gente y solían desconfiar de todos los forasteros; y, aunque a lo más lejos que él había ido en toda su vida era a la villa más cercana por motivo de la feria, se contaban historias que a los campesinos les ponían los pelos de punta, ya que estos nunca se alejaban más allá de su comarca.

El caballero que tenía buen porte y que parecía ser noble por el tipo de vestimenta que llevaba y por mostrar menos brusquedad que los otros dos, llamó a Presebal y con palabras menos rudas le dijo:

—¡Vamos muchacho! Haz caso a tus señores y echa encima del caballo al gorrino, átalos fuerte y súbete en el mío y corramos a refugiarnos.

—Como diga vuesa merced, no quiero contrariar a nadie. Tengo ganas de llegar a casa, me mata el hambre y mi hombro se resiente de este bicho tan pesado, además el camino se me está haciendo eterno.

Presebal echó a lomos del caballo el jabalí y lo ató a su montura. Conforme terminaba, el joven que parecía de buena condición le tendió la mano y de un salto se subió al caballo. Justo en esos momentos comenzó a llover con todas sus fuerzas, los tres jinetes espolearon los caballos y las mulas, y salieron de allí como almas que lleva el diablo.

CAPÍTULO I

TOLEDO, NOVIEMBRE DE 1477

Unos meses antes de que se promulgase una bula del papa Sixto IV que creó la Inquisición en Castilla para un control de la pureza de la fe.

Habían existido momentos mejores en la aljama de Toledo, pero desde los siglos xiv al xv, antes de la expulsión de los judíos decretada por los Reyes Católicos en 1492, las cosas en la comunidad judía de Toledo, así como en otras partes de la península ibérica, cada vez iban a peor.

Cuando no era un decreto real, era un decreto del ayuntamiento donde continuamente coartaban más la libertad de la comunidad. Durante el reinado de Juan II en 1451, el ayuntamiento de Toledo promulgó unas órdenes contra los moros y los judíos de la ciudad y sus términos, imponiéndoles una serie de medidas restrictivas, como, entre otras, la prohibición de andar de noche por las calles, de entrar en iglesias o monasterios sin autorización, de salir de sus casas durante las festividades cristianas, así como la obligación de llevar señales distintivas cosidas en sus ropas. Ante lo cual, los judíos de Toledo se quejaron al rey y este, al final, mandó que se revocasen y anulasen todas las ordenanzas antijudías, que en el reino castellano habían sido muchas, y exigió que el ayuntamiento de Toledo las cumpliera. Este ayuntamiento, reunido el 23 de febrero de 1452, revisó las ordenanzas y suprimió algunas, pero modificó y mantuvo otras.

Así, entre los siglos xiv y xv, muchas familias judías de las clases más predominantes de la aljama toledana decidieron hacerse conversos y pasar a la religión cristiana aunque solamente fuera en apariencia, pero no todos aceptaron el paso a la reconversión, como fue el caso de la familia de Aharon, que siguieron manteniendo su ancestral religión heredada de una de las tribus más antiguas de Israel.

Aharon era un floreciente mercader, tenía un negocio próspero que había heredado de sus padres. Una herrería donde fabricaban toda clases de utensilios de cocina, como cuchillos y navajas, y también espadas y armaduras, que muchos nobles y grandes señores le encargaban gracias a la buena fama que tenía de fabricar unas piezas únicas y de gran valor. Mantenía una buena relación con otros mercaderes cristianos desde hacía mucho tiempo.

Era un hombre de mediana edad, todavía no había cumplido los cincuenta; de moral y valores intachables, era muy religioso y amaba a sus hijos, a los que trataba de inculcarles los valores de su pueblo, a pesar de que no eran tiempos para ir enarbolando la bandera del judaísmo.

Tenía dos hijos propios, Samuel y Rebecca, y Diana, una joven que había recogido cuando era niña y que la había criado como si fuera su propia hija.

Samuel había sobrepasado ya la edad de dieciocho años y había aprendido el oficio de su padre con soltura; en los dos últimos años había realizado dos viajes a lo largo de Castilla tratando con otros mercaderes para la compra de especias y de telas que venían del lejano oriente y había llevado los encargos de la fábrica de herrería, como las espadas toledanas, armaduras y otros enseres que eran muy apreciados.

En la primavera, el hijo de Aharon tenía programado otro viaje que duraría mucho más que los anteriores y atravesaría las fronteras musulmanas. Se adentraría en lo que quedaba del Al Ándalus recorriendo las costas mediterráneas y posteriormente penetraría en el interior de la ruta de la

seda.

Haría escala en El Cairo y pasaría más de un año, al menos, siguiendo la ruta, abriendo mercados y comerciando; sabía que sería un viaje muy largo y peligroso, lleno de imprevistos. Pero el sueño de conocer mundo, de no estar siempre clavado en la misma ciudad que le había visto nacer, le daba fuerzas y ánimo para emprender tal hazaña; además, esta vez estaba enormemente ilusionado, a diferencia de las veces anteriores, pues viajaría con su inseparable amigo de infancia y juventud David Ben y su fiel criado Mamadou, un esclavo negro, fuerte como un toro, que habían comprado en el mercado cuando los cristianos conquistaron una de las últimas ciudades moras cercanas a Granada.

El criado Mamadou llevaba más de diez años con la familia de Aharon y desde el primer momento se sintió querido como si fuera uno más de la ellos, sin que la libertad que había perdido y la esclavitud fueran ningún impedimento. Había visto crecer a los tres niños y ellos eran para él como los hijos que nunca había tenido. Por ese motivo Aharon había decidido que Mamadou acompañara siempre a su hijo a los viajes que este pensaba realizar para comerciar y ver mundo.

Mamadou se había hecho musulmán y profesaba esta religión desde su cautividad. Le habían enseñado sus creencias y, al verse alejado desde niño de sus orígenes y de su tribu, no le quedó más consuelo que sentirse arropado por ella; pero en su interior practicaba las creencias musulmanas mezcladas con ritos africanos que todavía conservaba en su memoria.

No era ningún fanático y a veces, cuando la familia de Aharon practicaba los ritos judaicos, se unía a ellos y en silencio y con respeto asistía complacido a los rezos como si fuera uno más, a pesar de no comprender la lengua hebrea.

El criado se había hecho acreedor del amor que le profesaba aquella familia y él les correspondía con los mismos sentimientos; además, era un sirviente ejemplar que trabajaba mucho más de lo que su deber le mandaba.

Un día Rebecca se subió a la amplia terraza de la casa, desde la que se veía una buena parte de la ciudad y las calles de la judería con todo su bazar lleno de tiendas y el bullicio de la gente que pasaba por ellas, y vio que él estaba allí de pie, mirando hacia el atardecer y observando cómo el sol se escondía poco a poco; estaba pensativo, como si estuviera recordando algo. Rebecca se acercó sigilosamente, al principio pensaba darle un susto por la espalda, pero al verle allí quieto como una escultura, inmóvil, se paró junto a él, le cogió de la mano con dulzura para que sintiera su presencia y se quedó allí un buen rato en silencio tratando de que el sirviente dijera algo.

—¿Estás triste por tu familia? —preguntó la niña.

Mamadou seguía contemplando los últimos rayos de sol que lentamente se ocultaban entre las torres de la catedral, que antes habían sido minaretes y que ahora las obras las estaban transformando en iglesia católica.

—No recuerdo ni a mis padres ni a mis hermanos —le dijo con un hilillo de voz que apenas se escuchaba y con un ligero tono de tristeza.

—¿No tenías mujer e hijos?

—Mis antiguos amos me hacían trabajar durante todo el día, cuando no era la tierra, tenía que bajar a la fuente a por agua o cocinar o partir leña o a lavar la ropa y tenderla. Siempre me tenían ocupado, desde que salía el sol hasta que se ocultaba, incluso por las noches me mandaban cosas para hacer. Fueron unos malos amos, me trataban peor que a las bestias y además me daban tan poco de comer que pasaba mucha hambre.

—Y ¿por qué no trataste de huir? —le preguntó Rebecca con cierto aire ingenuo.

—¿A dónde podría ir un esclavo? Muchos otros lo hicieron antes que yo y cuando los atrapaban, los degollaban en la plaza y dejaban su cuerpo al sereno para que los cuervos y las

alimañas acabarán con él y así, todos pudiéramos ver lo que nos pasaría si nos escapábamos.

—¿Siempre fuiste esclavo?

—No mi niña, yo nací en un pueblo en donde se esconde el sol, en donde las praderas están repletas de animales de todas las especies, de esas que habla la Biblia, la Torah y el Corán, donde los hombres corren libres por los prados, cazan a los animales solamente para comer y las mujeres cantan y bailan con los niños y los viejos, y los guerreros con sus pinturas y sus lanzas saltan y brincan como gacelas.

—¿Cómo te hicieron esclavo?

—Un día apareció en mi poblado un grupo muy numeroso de árabes muy bien armados, nos pillaron por sorpresa. Tampoco éramos un pueblo guerrero, siempre habíamos sido una de las tribus más pacíficas; nos atacaron matando a muchos viejos, mujeres y niños, a los más jóvenes nos cogieron, nos ataron con cadenas y nos llevaron durante muchos días caminando por el desierto, hasta llegar al mar, nunca antes lo había visto; allí nos metieron con otros muchos muchachos, mujeres y hombres de otros pueblos y nos fueron vendiendo en diferentes puertos, hasta que terminé en Al Maraya.

Allí pasé mis primeros años y más tarde me vendieron a otros amos que vivían en los límites del Al Andalus, hasta que el ejército cristiano entró en Alzaima y conquistó toda esa comarca.

Rebecca se quedó pensativa, la historia era muy triste pero ella la veía de otra manera.

No comprendía todavía la palabra esclavo y no se podía imaginar esa clase de vida para Mamadou; el sirviente negro y musculoso no era un esclavo, era un amigo, uno más de la familia y no lo podía ver de otra forma. Aquellas historias que él contaba de su vida las veía como esos parajes idílicos que mencionaba la Torah y en sus sueños se imaginaba a mujeres y a niños danzando en lugares exóticos que nunca había visto.

Aquella niña que, día tras día, crecía para convertirse en una de las mujeres más hermosas de la aljama y de toda la península ibérica no veía con aquellos dulces ojos la maldad que el ser humano y la vida le depararía.

Era viernes y por tanto víspera del Shabat, solo quedaban pocas horas para la puesta de sol, momento en que todas las mujeres correrían por la casa frenéticas antes de que este se ocultara, pues ningún judío podía trabajar después del atardecer.

Barrían la casa y mudaban la ropa de camas y mesas, se lavaban y se cambiaban de ropa —especialmente la camisa—, vistiéndose con sus mejores prendas, ya que la limpieza iba íntimamente ligada, entre los judíos, al cumplimiento de sus obligaciones.

Las dos mujeres, su madre y una de las dos sirvientas musulmanas, Fátima, pues la otra estaba tendiendo la ropa lavada en el amplio patio, se afanaban en los fogones de la cocina preparando la comida que cocinarían al día siguiente. Pero ese Shabat no era como los demás, sino uno muy especial, pues tenían un invitado ilustre, por el que la joven y bella Rebecca se sentía tremendamente atraída debido a su sabiduría y a su inteligencia. Se trataba de *Abraham Zacuto, un matemático, astrónomo y rabino de su comunidad que había nacido en Salamanca, había estudiado en aquella universidad y ahora trabajaba allí de catedrático.

El astrónomo y matemático, y uno de los hombres más sabios de este siglo en la Hispania de la Reconquista estaba realizando un largo viaje por varias aljamas de Castilla para reunirse con la comunidad judía y revelar una serie de informaciones secretas que habían llegado a sus oídos, gracias a su posición influyente, pues conocía a algunas personas en las cortes de Castilla.

En su viaje ya había visitado unas cuantas, pero todavía le quedaban otras más. Ahora le tocaba el turno a la de Toledo, que en el siglo pasado había sido una de las comunidades judías más numerosas, pero que ahora se estaba haciendo cada vez más pequeña, debido, por una parte, a

los judíos conversos que se pasaban al cristianismo por no perder sus privilegios y, por otra, al miedo y a la incertidumbre de lo que les podía pasar si se quedaban, por lo que muchos huían a otros lugares de la península hispánica donde algunos de ellos tenían familia, lugares que creían más seguros.

Pero se la seguía considerando una de las comunidades judías más grandes de Toledo y una de las más influyentes. Además de reunirse con la comunidad, Abraham Zacuto aprovecharía su viaje para visitar a uno de sus mejores y más queridos amigos, a Aharon.

El matemático y astrónomo no viajaba solo, sino que con él iba Benjamín, un discípulo del profesor; un muchacho joven, todavía imberbe, pero también judío y de buena familia, que le servía de ayudante y escudero por sí, durante el camino, pudiera tener un tropiezo con bandidos, asaltantes de caminos o cualquier otra persona de mala fe que se quisiera meter con el rabino.

Benjamín era un muchacho alto y fuerte, era un joven muy apuesto que vestía de diferente manera a sus contemporáneos judíos, a pesar de que la ropa en aquella época entre judíos y cristianos apenas se diferenciaba, pero no llevaba ningún signo de distinción en ella que lo identificara como judío, tal y como habían dispuesto las últimas ordenanzas y leyes. Su físico era como el de cualquier otro cristiano.

**En hebreo Samuel Abraham Zacuto, nació en Salamanca 1450—1510. Matemático, astrónomo e historiador judeoespañol.*

El muchacho no sentía el mismo orgullo que sentían sus padres y su pueblo por ser hebreos, sino más bien todo lo contrario, tenía cierto recelo de pertenecer a esa raza y hubiera preferido nacer entre una familia cristiana; no eran tiempos buenos para el pueblo judío en Hispania, pero tampoco lo eran en otras partes de Europa, pues se contaban cosas terribles, como expulsiones forzosas y matanzas en aljamas.

Nadie ponía en duda que hasta ahora se había vivido bien en Hispania, sus antepasados narraban lejanas historias en las que se contaba que había sido un pueblo amado e influyente ante los reyes y los nobles.

En Hispania habían existido periodos de paz y armonía y las tres culturas que convivían se habían respetado. Pero los tiempos habían cambiado y el antisemitismo, poco a poco, estaba envenenando a la población y a los más poderosos. Cada vez se emitían más leyes antisemitas y él no estaba dispuesto a soportar toda aquella humillación, tenía demasiado orgullo para arrastrarse ante nadie.

Su familia era de la península, muchas generaciones atrás habían nacido en estas tierras, ¿por qué ahora tenía que ser todo tan diferente? ¿Por culpa de la maldita religión de sus padres y que a él le traía sin cuidado?

Amaba la guerra y los campos de batalla; envidiaba a los nobles castellanos cuando pasaban por la ciudad de Salamanca armados hasta los dientes, montados sobre sus caballos de batalla y con ese aire de superioridad como si fueran los amos del mundo. Y odiaba a los moros, no sabía por qué motivo, pero en su fuero interno los moros de Hispania eran su enemigo, lo mismo que sentían los castellanos.

Benjamín era un chico fuerte, de espaldas anchas y más alto que la media de los de su edad. Llevaba años preparándose en el arte de la guerra y del combate, y todos los días se entrenaba con su buen amigo y profesor. Sin cumplir todavía los diecisiete años de edad manejaba el caballo como si caballo y jinete fueran uno, y era un experto con la espada y la lanza.

Si fuera cristiano, cualquier señor ya habría cogido como escudero o habría alistado en sus mesnadas a un joven que estuviera preparado para el combate como él, o se habría podido alistar a las huestes de los ejércitos de Castilla para la última reconquista del último bastión musulmán

que quedaba en la península.

Pero era todavía muy joven y sus padres eran unos ricos judíos que se dedicaban al préstamo, con clientes que eran en su mayoría de la nobleza cristiana; querían que su hijo se dedicara a una de las dignas profesiones habituales entre su pueblo: el comercio, la artesanía, la medicina, las finanzas..., y que fuera un judío merecedor de su comunidad. Pero que se olvidara de una vez por todas de batallas y de guerras, que su pueblo nunca se había dedicado a eso, pues su religión les prohibía verter la sangre de un ser humano.

Por ese motivo, los padres de Benjamín hablaron con el rabino Abraham Zacuto, y como este era un hombre sabio y aprovechando el largo y peligroso viaje que pensaba realizar por varias comunidades judías, decidieron que su hijo Benjamín le acompañara como escudero; así en las largas jornadas de camino, Zacuto hablaría con él de sus inquietudes y de cuantas cosas más se terciaran en el viaje para ver si su hijo terminaba de sentir la llamada del pueblo de Israel.

Aquel día la familia de Aharon se había levantado antes del alba, como era costumbre, con la particularidad de que este día era sábado (Shabat); los varones tenían la obligación de recitar las bendiciones de la mañana (*birkot hashajar*), mediante las que se alababa y se agradecía a Yahveh su protección, y la *shermah yisra'el*, auténtica profesión de fe en la que se recogen los principios fundamentales de la fe mosaica; esta oración debía ser recitada antes de que hicieran su aparición las primeras luces del día. Asimismo y, antes incluso de orar, era frecuente dedicarle algunos momentos a la lectura de la Torah.

Antes del amanecer, el bedel de la sinagoga (*shamash*) ya se había levantado y había recorrido el barrio judío llamando a la oración comunitaria matutina (*shaharit*). Golpeó varias veces la puerta y las ventanas de la casa de Aharon al tiempo que gritaba “*¡a tefil.lah, a tefil.lah!*” (‘¡a la oración, a la oración!’).

Después de tomar unos alimentos y agradecerse a Yahveh la familia al completo se dirigió a la sinagoga; padre e hijo llevaban el talit, el manto de lana con unos flecos que representan los preceptos de la ley y que con él se cubren la cabeza y los hombros para la oración. Bajaron por una calle estrecha completamente empedrada, los muros de las casas a cada lado de la calle apenas dejaban pasar los rayos de un sol radiante, a pesar de ser pleno invierno, mientras el sonido de los pasos rompía aquel silencio. Al final de la calle empedrada se encontraron con la familia de Joseph y su hijo David.

—*¡Shalom!* —saludó Aharon a su viejo e íntimo amigo.

—*¡Shalom!* —respondió su amigo con la cabeza alicaída, como si estuviera preocupado por algo.

—¿Y tu mujer Joseph?, no la veo con vosotros.

—Ha preferido quedarse en casa porque con tanto frío no se encuentra bien, voy a ver si el rabino le manda unas oraciones para que se recupere.

—Luego les diré a María y a Rebecca que se acerquen a tu casa para ayudarla.

—Gracias, mi buen amigo. Será de agradecer la ayuda de tu mujer y tu hija, ya sabes que se entienden mejor entre ellas.

Joseph y su familia habían sido de los artesanos más prósperos de la aljama y de la ciudad entera de Toledo, trabajaban en todo lo relacionado con el cuero y las fornituras, y habían llegado a hacer auténticas joyas de arte, como monturas para las cabalgaduras, pertrechos para la vestimentas de los soldados y chaquetones de cuero tan resistentes que eran muy apreciados por los nobles cristianos y servían, además, como cotas de malla, con la ventaja de que pesaban mucho menos que la armadura de hierro.

En los últimos años, con la promulgación de las continuas leyes que emitían las cortes reales

de Castilla o los bandos del ayuntamiento de Toledo, el trabajo y los pedidos cada vez eran más escasos, por lo que su economía se estaba empezando a resentir y a punto estaban de caer en la pobreza.

La culpa de todo esto era de las leyes antisemitas, que prohibían que los cristianos tuvieran relaciones comerciales con los judíos. Según estas mismas ordenanzas estaba prohibido introducir o vender pescado de río en la judería los miércoles, jueves y viernes de cada semana, en la cuaresma o en las *cuatro temporadas* o en las *veggillas* de los santos que son de ayuno. Igualmente estaba prohibido que los cristianos compraran carne para compartirla y comerla con judíos o moros.

Tales eran las medidas antijudías que se estaban implantando, que los legisladores estaban consiguiendo que muchas familias judías optaran por convertirse al cristianismo, lo que suponía, incluso, sustituir los propios nombres originarios.

Al cambiar de religión dejaban de pagar los tributos que hasta entonces, como judíos, pagaban. De esa manera, entre las muertes ocasionadas y las conversiones, disminuyó considerablemente el número de individuos sujetos a este tipo de impuestos y, por ende, disminuyeron los ingresos para la hacienda regia.

Desde entonces se iniciaría el fenómeno de la conversión, cuyo número iría en aumento. Aunque aquellas conversiones, en muchos casos forzadas y oportunistas, iban a ser motivo de nuevos problemas ante la sospecha y el recelo que despertaron entre la población cristiana que se resistía a aceptarlos en igualdad de condiciones. Desde entonces y a lo largo del siglo siguiente, gran parte del sentimiento popular antisemita se centró en los judíos conversos y fueron las principales víctimas de los nuevos actos violentos y de todo tipo de denuncias ante la Inquisición.

Al verse mermada su fortuna, la familia de Joseph había decidido que su hijo David acompañaría en su largo viaje de negocios al hijo de Aharon, Samuel, íntimo amigo de David.

A pesar de ser un año más joven que Samuel, David estaba entusiasmado con el viaje. Sentía deseos de libertad y de descubrir nuevos horizontes, y no quería seguir con la vida sedentaria y tranquila que había llevado su padre. Algo le decía que si las cosas continuaban por esos rumbos tendrían que marcharse de Toledo y buscarse la vida en otro lugar, como ya lo habían hecho otros muchos hermanos judíos de la aljama de Toledo.

Además, el pueblo de Israel ¿no había sido siempre un pueblo errante? ¿No era el pueblo elegido por Yahveh que debía errar hasta que encontrara la tierra prometida?

Joseph Ben, que era así como se llamaba, había pedido un préstamo a varios hermanos de la comunidad. Con aquel préstamo y una buena aportación de maravedíes que su buen e íntimo amigo Aharon le había prestado sin ningún interés y sin plazo de devolución, había decidido que su primogénito marchara a la búsqueda de nuevos mercados para su negocio.

Ahora que su mujer estaba enferma, habían tenido que prescindir de la servidumbre que anteriormente tenían y vivían con escasos recursos, cuando en épocas anteriores su familia había sido de los artesanos más prósperos y ricos de la ciudad.

—¡Ay!, si me pagaran los trabajos que más de un noble cristiano me debe, ahora volvería a ser uno de los hombres más ricos y no tendría que estar pasando estas penurias —decía Joseph con cara de resignación.

—No te quejes, amigo Joseph, que mientras en tu casa antes la riqueza deslumbraba por todos los lugares, muchos de esos nobles cristianos caminaban descalzos por la calle porque no tenían ni para comprarse calzado. Ahora nos toca a nosotros vivir momentos difíciles y la incertidumbre es la peor de las desdichas. Yahveh ha vuelto a poner a prueba a nuestro pueblo, por eso somos el pueblo elegido, pero ten por seguro, amigo Joseph, que volveremos a ver tiempos mejores.

—Alabado sea el señor —dijo Joseph, mientras los demás contestaban sin que apenas se les oyese.

Las dos familias siguieron el camino hacia la sinagoga y pasaron junto a la casa-palacio de Samuel Ha—Levi. Era una casa hermosa, muy grande y con bellos patios y jardines que alcanzaban casi los mismos márgenes del río Tajo, y se extendía por el sur y por el este de la judería. Esta casa había sido construida por Samuel Ha-Levi cuando fue tesorero del rey Pedro I de Castilla. Los abuelos de la comunidad judía de Toledo contaban que debajo de la casa-palacio había galerías subterráneas que su antiguo propietario y constructor había utilizado para guardar montones de tesoros que fue amasando durante el tiempo que administró los bienes del reino castellano, hasta que el mismo rey Pedro lo mandó prender para apoderarse de ellos.

En la actualidad, desde hacía muchos años, la casa-palacio estaba ocupada por un alto dignatario cristiano que se había apoderado de ella, y sus antiguos moradores habían fallecido fuera de Hispania.

Pero sus antepasados todavía recordaban el esplendor de la comunidad judía de Toledo y la influencia que Samuel Ha-Levi tuvo en aquella comunidad y en el reino de Castilla. Ahora, al pasar junto a ella, se podía ver la puerta de acceso a los amplios jardines de la casa abierta de par en par y se oían las voces y las risas de unos niños que jugaban allí; apenas dirigieron la mirada y siguieron caminando en silencio, hasta que pasados unos metros entraron en la sinagoga.

Atravesaron el patio que daba acceso a la sinagoga y nada más entrar se encontraron con Abraham Zacuto, el astrónomo y matemático, que estaba hablando de pie en la entrada con el rabino de la comunidad judía, un anciano con poblada barba y baja estatura, cuya presencia revelaba que era una persona sabia y respetable.

—*Shalom* —dijeron las dos familias antes de entrar al templo.

—¡Abraham, cuánto me alegro de verte! —dijo Aharon.

—Yo también, viejo amigo, y a ti Joseph Ben —les saludó el matemático con una sonrisa.

Rebecca irradiaba felicidad, y su sonrisa y belleza no pasaron desapercibidas por el matemático.

—¿Tú eres Rebecca, esa niña que hace tan solo dos años me estiraba de las barbas?

Rebecca, de pronto, se ruborizó mostrando una amplia sonrisa con unos dientes blancos y perfectos como si fueran perlas.

—Sí, amigo Abraham —contestó Aharon—. Es la misma Rebecca que ahora es toda una mujer.

—Y una mujer muy bella, pronto necesitarás conocer a muchachos de tu edad.

El matemático levantó la mano y llamó a Benjamín que estaba entretenido en otro lugar del templo observando unos escudos que representaban el reino de Castilla y que él los había visto en ciertas armaduras de varios nobles del reinado; este se dirigió al grupo donde su tutor lo reclamaba.

—*Shalom* —saludaron todos, al ver al imponente muchacho de agradable figura que se acercaba hasta ellos.

Apenas se le escuchó el saludo y con aires un poco altaneros miró con descaro a la joven y bella Rebecca.

—Es Benjamín, hijo de unos amigos míos de buena familia de la ciudad de Salamanca que me pidieron que me acompañara en este viaje.

Después de hacer todas las presentaciones, el viejo rabino mandó que pasaran al interior del templo; las mujeres entraron por otra puerta diferente a la de los varones, pues ellas, incluida la mujer del rabino, no podían asistir al mismo templo que lo hacían los varones y como la sinagoga de Toledo era una de las más grandes de Castilla había otra habitación más pequeña para el culto

de ellas.

En otros lugares donde la aljamas y la sinagogas eran más pequeñas, las mujeres podían asistir al mismo templo que los hombres, pero siempre separadas de ellos, en algunos casos por una cortina.

Muchas sinagogas solían albergar también algunos centros de instrucción comunitaria y en particular la *yeshibah* o academia para la formación bíblica y talmúdica. A determinadas sinagogas se las identificaba como *bet hamidrash* o ‘casa estudio’. Así mismo amparaba las instituciones caritativas y benéficas, en particular el hospital para judíos pobres.

En último término, la sinagoga era el lugar de reunión por excelencia de la comunidad hebrea, que se reunía mediante pregón para la celebración de asambleas públicas que incumbían a toda la comunidad, tanto en el terreno político que en el económico, así como la elección y el juramento de los magistrados comunales y la celebración de procesos judiciales, el llamado *bet din* o ‘tribunal de justicia’.

Por tanto, el papel que cumplían las sinagogas no era exclusivamente el de casa de oración, sino que eran, además, centro de estudios y de reunión de la comunidad —en claro paralelismo con lo que acontecía en los concejos hispano-cristianos que tenían lugar, preferentemente, en el atrio de las iglesias.

La sinagoga estaba prácticamente llena, pero se podían ver algunos huecos; en épocas anteriores la sala estaría a rebosar pero en los tiempos que corrían cada vez más miembros se pasaban al cristianismo o emigraban a otros lugares más seguros; las caras conocidas se veían por todas partes, los saludos y el silencio respetuoso impregnaba el ambiente.

Las sinagogas no solían ser muy grandes en comparación con los templos cristianos, ya que existían leyes que prohibían a los templos judíos ser más grandes que las iglesias, tanto en dimensiones como en altura.

El tamaño de esta también variaba en función de lo grande que era la comunidad judía en esa ciudad; en las ciudades donde había una aljama poderosa solía haber incluso más de una sinagoga, pero la de Toledo era de las más grande. El lugar más importante de la sala de oración era sin duda el receptáculo de los rollos de la Torah, conocido como arca santa (*aron ha-qodesh*) o santuario (*hekal*). Consistía en un armario bastante estrecho y con puertas que solía estar en alto, con el fin de que los fieles pudieran ver los rollos de la Torah guardados en su interior cuando, en determinados momentos de los oficios religiosos, se abrían las puertas del arca.

El rabino Jacob comenzó la oración en el templo y todos le siguieron con sus cuerpos balanceándose como si lentamente, gracias al canto de sus oraciones, fueran entrando en un estado de éxtasis.

Benjamín estaba al lado de Abraham Zacuto y de los otros vecinos que le habían presentado y seguía el ritmo de los demás creyentes, pero estaba absorto en sus pensamientos. Se imaginaba cabalgando en un caballo de batalla fuertemente armado, con una armadura resplandeciente y portando un gran escudo de un noble de Castilla, mientras el olor de las velas encendidas en el candelabro de siete brazos y de las lamparillas de aceite ante el arca santa (*ner tamid*) se dispersaba por toda la estancia y toda su fragancia, su luz y sus sombras daban un aspecto misterioso a la oración.

Al terminar con los ritos religiosos, los fieles se fueron marchando de la sinagoga y solo quedaron los miembros de la comunidad más representativos y que habían sido elegidos por la congregación; entre ellos estaba Aharon, en representación de los mercaderes y comerciantes de la comunidad judía, estaba Joseph, íntimo amigo de Aharon, en representación de los artesanos, el anciano rabino Jacob y el médico Jucef, además de Abraham Zacuto, astrónomo, matemático y

catedrático de la universidad de Salamanca y también rabino.

Una vez se despidieron de todos sus convecinos, se metieron en una de las dependencias que tenía la sinagoga, que servía de casa de estudio, que en esos momentos estaba vacía porque era Shabat, 'día de fiesta', y no se podía trabajar ni se podía dar clases.

El pequeño grupo se sentó alrededor del matemático, un hombre de estatura media que parecía mucho más alto debido a su delgadez. Abraham tenía unos cuarenta y cinco años, pero se conservaba muy bien, tenía una amplia barba y la cara tremendamente delgada, se le notaban todos los huesos del rostro. Su mirada era tan penetrante que parecía leer las mentes de los demás, su brillante inteligencia destacaba por encima de todos y su increíble oratoria, adquirida durante todos estos años gracias a la docencia, le hacían ser un líder indiscutible.

El grupo permanecía atento esperando que Abraham Zacuto hablara. Se había corrido la voz entre las aljamas de que el matemático traía noticias de tremenda importancia para los judíos. Por fin, Abraham comenzó a hablar:

—El motivo de mi viaje es recorrer las comunidades de judíos hasta donde pueda llegar para pasaros una información de carácter confidencial que me ha transmitido una persona amiga de nuestro pueblo, con un importante cargo dentro de las cortes y cercana al rey; se trata de que los representantes religiosos del papa, obispos y personajes de gran influencia en la corte, tienen pensado darnos un golpe de efecto a nuestro pueblo de consecuencias imprevisibles.

El grupo, que escuchaba atentamente las palabras del matemático, se sintió sobrecogido y el miedo se respiraba en el ambiente. Llevaban años, décadas aguantando multitud de vejaciones, los impuestos cada vez eran mayores, las disposiciones, las leyes y los bandos antisemitas eran cada vez más difíciles de cumplir y como las cosas fueran por esos derroteros pronto terminarían...

Aharon fue el primero en romper el silencio:

—Amigo Abraham, ¿a qué consecuencias te refieres?

El matemático se quedó reflexionando por un momento antes de contestar a la pregunta:

—No estoy muy seguro, nuestro confidente, del cual no puedo mencionar el nombre, ya que si alguien se enterase, sería rápidamente llevado a la horca, habla de darnos un golpe espectacular, tal vez de confiscar nuestros bienes. Nuestro pueblo siempre ha sido un pueblo rico y pacífico, porque nunca nos hemos dedicado a las guerras, pero sí a comerciar con nuestros amigos y enemigos, prestar dinero y ayudar financieramente a los reyes hispanos y musulmanes para que ellos mismos se maten entre sí. La lujuria por los tesoros que creen que poseemos y que creen que son de incalculable valor les atrae a los nobles y a la iglesia como lobos hambrientos. Puede que con eso nos dejarían en paz, pero creo que, aunque se los cediéramos involuntariamente, nunca se conformarían pues seguirían pensando que tenemos muchos más tesoros escondidos, y tratarían de chantajearnos con otros hermanos que vivan en otros países...

En ese momento interrumpió Joseph:

—Nuestro pueblo lleva siglos viviendo de esta manera, comprando las voluntades de los poderosos —dijo.

—Sí, hasta ahora nos ha dado resultado, pero en otros países en estos momentos nos están expulsando e incluso exterminando —contestó el anciano rabino de Toledo.

—No creo que se conformen solo con nuestras riquezas, puede que también nos quieran expulsar de Hispania —afirmó con seguridad el matemático.

Durante unos minutos todos se quedaron callados, nadie se atrevía a decir nada hasta que, al final, Joseph rompió el silencio y con rabia dijo:

—Mi familia lleva siglos viviendo en Castilla, mi descendencia se remonta a los primeros hispanos que poblaron estas tierras. Aquí, en esta misma ciudad, tengo enterrados a todos mis

antepasados hasta que la memoria se pierde. ¿Por qué voy a tener que abandonar un lugar donde siempre he vivido? Además, tampoco soy rico.

Después de decir eso comenzó a llorar. Aharon, sobrecogido por los llantos de su amigo, le dio una palmaditas en el hombro.

—¿Se sabe, amigo Abraham, cuándo comenzarán estas medidas? —preguntó el médico.

—No, pero hablan de ellas y las tienen en proyecto. Pueden tardar meses, años, incluso décadas, pero están ahí y por eso he venido a alertaros para... ¿huir, marcharse a otro país, a otra ciudad? ¿Cuál sería la solución? Solo Yahveh lo sabe.

La casa de Aharon era de las más ricas de la judería. Disponía de un patio con grandes árboles y una acequia con abundante agua, donde podían regar varios naranjos y limoneros, aparte de una pequeña huerta donde cultivaban verduras y legumbres que servían para el sustento de toda la familia durante el año.

Normalmente la escasez de espacio físico que sufrían las juderías, condicionaba considerablemente las posibilidades constructivas. Pero esta es una característica extensible a todas las poblaciones de la gran mayoría de las ciudades medievales, de forma que la planta y la estructura de las viviendas tuvieron que adaptarse paulatinamente a las crecientes restricciones, como la supresión de espacios libres entre viviendas, con una progresiva tendencia a la construcción de casas adosadas unas a otras; tan solo se respetaban, ocasionalmente, unos estrechos corredores que permitían el acceso a los patios traseros de las viviendas.

Debido a esta escasez general de espacio, las casas de las juderías solían ser pequeñas, con excepción de unas pocas viviendas pertenecientes a las familias más acomodadas de la comunidad hebrea. Y una de ellas era la casa de Aharon en la que vivía toda su familia y varios sirvientes.

A pesar de estar a primeros de marzo y de que el invierno frío y seco de Castilla no había terminado, era un día espléndido donde el sol alumbraba con fuerza y sus rayos eran tan intensos que hizo que todos los que se encontraban reunidos en el jardín de la casa de Aharon buscasen la sombra de los árboles.

A finales de la primavera y de cara al verano, cuando los días se hacían más largos, solían colocar en el jardín una tela de color claro que lo cubría casi por completo y apenas dejaba traspasar los rayos del sol. De esa forma el sol no te quemaba con sus ardientes rayos y se estaba muy a gusto con el ruido del agua de la acequia que corría constantemente por ella. Entrada la noche aquel toldo se solía correr para dejar pasar el fresco y para poder contemplar en el silencio de la noche la bóveda celestial llena de estrellas. Pasión que venía cultivando Rebecca desde que era niña y que el gran sabio Abraham la había inculcado debido a las múltiples visitas que las dos familias se solían dispensar cuando viajaban, ya fuera por motivos familiares o de negocios. Era una amistad que perduraba en el tiempo desde hacía varias generaciones y que incluso tenía lazos consanguíneos.

Aquella tarde a la sombra de los naranjos había varios hombres reunidos: Aharon, Samuel, Abraham Zacuto, David, el amigo de Samuel, Benjamín el acompañante del matemático, y las dos mujeres más jóvenes de la casa, Rebecca y su hermana Diana.

Todos estaban en torno al sabio Abraham y escuchaban embelesados sus palabras. Era todo un erudito, su presencia irradiaba inteligencia y carisma, acostumbrado a dar clases magistrales en la universidad te hacía sentir especial, porque con sus palabras aprendías cosas que con la gente normal no podías, porque nunca oías hablar así a nadie. El único que parecía estar ajeno a las palabras del matemático era Benjamín, que apenas apartaba la mirada de Rebecca, con la gran diferencia de que la muchacha se mostraba totalmente ajena a él y sin embargo estaba ensimismada en la retórica del matemático. A pesar de haber una gran diferencia de edad entre

ellos, pues este podría ser su padre, Rebecca parecía que estaba enamorada del sabio.

—Abraham, ¿cómo es la tierra? —preguntó Rebecca.

El matemático, complacido, estaba cómodo entre los alumnos que tenía a su alrededor y, como si estuviera dando una clase de astronomía en la universidad, contestó:

—La mayoría de la gente piensa que la tierra es plana, que la superficie habitada de la tierra es plana en lugar de ser una esfera. Al principio, en la antigüedad clásica esa era la creencia generalizada. Los filósofos griegos de esa época tenían tendencia a sacar conclusiones similares a las de Anaximandro, quien creía que la tierra era un corto cilindro con una superficie plana y circular; pero otros filósofos griegos, como Pitágoras, pensaban que la tierra era esférica.

La muchacha tenía los ojos abiertos de par en par y captaba perfectamente todo cuanto el profesor decía, ella también tenía sus propias teorías, pero sabía que si las exponía delante de su hermano y de los demás se reirían de ella y le contestarían: “eso no es cosas de mujeres”.

El cariño especial que su padre sentía por ella le había permitido estar en la misma situación de igualdad que los varones, a pesar de que su religión limitaba a las mujeres al cuidado del hogar y de la familia y prohibía todo cuanto favoreciera el desarrollo de su intelecto; pero por el momento, Aharon disfrutaba con la compañía de su hija y sabía que tarde o temprano Rebecca terminaría aceptando las conductas de su pueblo.

—Pero, ¿cómo se puede saber que la tierra es esférica y no plana, si estamos en ella y no podemos verla? —volvió a preguntar la joven.

—Por las observaciones —contestó el astrónomo.

—Y ¿cómo se hacen esas observaciones? —volvió a preguntar.

—Por las estrellas. Los que las estudiaron observaron que los que viajaban hacia el sur veían que las constelaciones de ese hemisferio subían su posición en el horizonte. Eso solo es posible si dicho horizonte...

De pronto Abraham notó que los tres muchachos habían perdido el interés en su conversación, y que solo el padre y Rebecca estaban pendientes de sus palabras; entonces dijo:

—Parece que el sol se está empezando a ocultar tras esas nubes y ahora hace un poco de frío.

Al esconderse el sol entre unas amenazadoras nubes negras el jardín se había quedado en penumbra. Seguramente, hacia la noche, el cielo se terminaría cubriendo con un manto negro y amenazaría con llover, así que los tres jóvenes se apartaron del grupo y corrieron a casa.

—Abraham, tienes que seguir contándome todas esas cosas tan bonitas sobre las estrellas —dijo la joven Rebecca.

—Hija, deja ahora a nuestro amigo que descanse un poco, estará fatigado del largo viaje que ha hecho hasta aquí —dijo Aharon.

—¡Ay! Si todos mis alumnos tuvieran la misma ansia de aprender que tú tienes...

—Prométeme que por la noche, cuando empiecen a salir las estrellas, me las enseñarás y me dirás sus nombres.

El astrónomo la miró sonriendo y dijo complaciente:

—Bueno, eso será si las nubes nos dejan ver el cielo.

No tardó mucho tiempo en oscurecerse del todo y las primeras gotas de lluvia empezaron a caer sobre la ciudad de Toledo. La gente que estaba al aire libre corría para tratar de refugiarse del terrible aguacero que, de pronto, empezó a caer sobre la ciudad. Se estaba formando una fuerte riada que bajaba por las calles con tanta fuerza que el agua se llevaba todo lo que pillaba a su paso; la ciudad se quedó vacía de repente, como si allí no viviera nadie; hacía tan solo una hora que la ciudad bullía de gente comprando en los puestos de los comerciantes cerca de la catedral; ahora los únicos que se veían debajo de los pórticos eran los mendigos, que todavía seguían

tumbados en el suelo esperando a que pasara un alma caritativa que les echara una moneda.

Mientras tanto, en la casa del judío Aharon, Rebecca se había quedado un poco tristonza y aburrida porque sabía que esa noche no podría salir al jardín y mirar al cielo despejado para que Abraham Zacuto le enseñara, tal y como le había prometido, el nombre de las estrellas y de las constelaciones. La tarde pasaba y la lluvia y el viento azotaban cada rincón de la casa y Rebecca jugaba con el esclavo Mamadou, que para ella era como su hermano mayor, a un tablero de fichas que representaba un campo de batalla con peones, caballeros, torres y reyes. El esclavo era un auténtico experto en ese juego llegando incluso a ganarle al mismo matemático en alguna ocasión.

En otra parte de la casa, Aharon hablaba tranquilamente con su amigo Abraham. A Aharon se le veía preocupado, esperaba que su amigo, que era un sabio, tuviera respuestas a todas sus preguntas.

—Entonces, ¿qué crees que tendremos que hacer? —preguntó Aharon.

—Si conociera la solución ya os la habría dado, pero yo tampoco la sé.

—Y si todos nos pasáramos al cristianismo y jurásemos por su fe, ¿crees que nos dejarían en paz?

—¿Renegarías, amigo Aharon, de las creencias de Moisés, de tu pueblo y de Yahveh?

—¡No! hermano, no podría hacerlo, antes preferiría la muerte; pero...

Aharon se quedó un instante pensativo, como si dudara en decir esas palabras, hasta que las dijo deprisa, como si traicionara a su dios y este le estuviera viendo.

—*¿Y si nos pasáramos a la fe cristiana, pero realmente siguiéramos practicando la fe de nuestro pueblo? Muchos de los nuestros lo han hecho y todavía en silencio siguen realizando nuestros ritos.

—En otros lugares, como en el reino de Aragón, existe un tribunal de la fe llamado Inquisición y si un vecino te denuncia, porque por ejemplo te tiene envidia y es cristiano, te someten a un juicio cuya sentencia puede ser incluso la muerte, además de la confiscación de tus bienes.

—Había oído hablar de ello, pero aquí en Castilla las cosas parecen ser de otra forma. Los jóvenes *reyes, recién casados, mantienen en su séquito a personas muy ilustres de nuestro pueblo y no creo que traten de hacer nada contra nosotros.

**Muchos judíos hispanos de las clases más pudientes abrazaron el cristianismo haciéndose conversos por conveniencia y apariencias; y durante un tiempo las cosas marcharon bien hasta que el papa Sixto IV en 1478 creó la Inquisición en Castilla para un control de la pureza de la fe.*

**Se refiere a los Reyes Católicos.*

—Por el momento hermano, por el momento; la ambición de los poderosos no tiene límites, nuestro pueblo ha subsistido hasta ahora gracias a nuestro comercio y a nuestras finanzas, y nunca ha habido ningún rey ni ningún poderoso que no haya tratado de vaciarnos las arcas. Gracias a nuestra inteligencia siempre hemos conseguido salir airosos de los apuros más difíciles, pero algo me dice que se esperan grandes cambios que marcarán un rumbo distinto para nuestro pueblo.

—¿Piensas, entonces, hermano Abraham, que es un buen momento para que mi hijo Samuel viaje a otros lugares en busca de nuevos comercios?

—No solo tiene que buscar nuevos mercados, hermano Aharon, sino también otros lugares más seguros donde vivir...

—¿Tan mal ves el futuro...?

—Sí, en las estrellas está escrito.

Al final de la tarde, las nubes se habían alejado por completo dejando un cielo totalmente

limpio. Las primeras estrellas de la noche empezaron a salir brillando con mucha intensidad. Rebecca salió al jardín y sintió el aire limpio y fresco de la noche, miró al cielo y una sonrisa brotó de sus labios al verlo totalmente despejado. Salió disparada, como una chiquilla, en busca del astrónomo.

—¡Abraham, Abraham!

—Pero, ¿qué pasa, alma de Dios? ¿A qué vienen esos gritos? —dijo su madre.

—¿Dónde está Abraham?

—Tu padre y él estaban hace un momento hablando en el salón.

Aharon le había pedido a Mamadou que trajera a su hijo Samuel y este se lo encontró junto a la puerta de la casa del carnicero hablando con una bella muchacha, que era una de las tres hijas del carnicero.

Los dos hablaban en voz baja, como si fueran una pareja de enamorados, el joven tenía cogida una de las manos de la muchacha y de vez en cuando se la llevaba a los labios y la besaba.

—Cuando regrese de mi viaje hablaré con tu padre y le pediré que seas mi esposa —dijo Samuel con ojos de enamorado.

Sarah era la hija mayor del carnicero Josué, había cumplido los quince años, edad a la que solían casarse las mujeres judías hispanas*. Para el comerciante sería todo un honor que su hija se casara con Samuel, pues este pertenecía a una de las familias más ricas y prestigiosas de Toledo.

De esa forma el carnicero pasaría a un estatus mayor, aparte de que podría casar, por fin, a una de las tres hijas, ya que Josué no había conseguido tener un hijo varón.

Samuel llevaba tiempo cortejando a la muchacha y ella, desde el primer momento, se sintió atraída por el joven. La mujer judía era educada, desde muy joven, para el matrimonio y la maternidad. Teniendo en cuenta la importancia que tenía asegurar la perpetuación del linaje, la mayor honra que le cabía a una mujer judía era proporcionar descendencia a su marido; por eso Sarah, que lo conocía desde que era niña, a pesar de que Samuel le llevara tres años, también estaba enamorada del muchacho.

Samuel había cumplido los dieciocho años y tendría que haberse casado ya; cuando él era tan solo un niño sus padres propiciaron un enlace matrimonial con la hija de un primo hermano que vivía en Sepúlveda*, pero aquel matrimonio se rompió debido a que su primo se había abrazado al cristianismo y ahora no querían que un miembro de su familia se casara con uno de religión judía.

Para Aharon aquello significó una terrible desilusión, pues tenía completa fe en su primo y habría conseguido unos vínculos financieros muy importantes, necesarios debido al panorama económico que en los últimos años se presentaba en todas las comunidades judías de Hispania.

Para el joven Samuel aquella anulación de compromiso fue un alivio, porque la única vez que vio a su prima, en uno de los viajes que hizo con su padre por asuntos de negocios hacía tres años, no salió lo que se dice muy prendado de ella, ya que era fea, mal educada y gruñona; pero si las cosas no se hubieran torcido de aquella manera, no podría haber contradicho la voluntad de su padre y, aunque no le hubiera gustado, se habría tenido que casar con ella.

**La religión judía considera el matrimonio como el estado social perfecto, de forma que algunas máximas talmúdicas maldicen al varón que deja pasar la edad de veinte años sin contraer matrimonio: “El que no tiene esposa no es verdaderamente un hombre”. Talmud de Babilonia, Yevamot, 63 a.*

**Las negociaciones conducentes a la fijación de un compromiso matrimonial (shiddukhim) eran llevadas a cabo por los respectivos padres, generalmente con la ayuda de un casamentero (shadkán); en ellas se acordaba, además de la fecha del matrimonio, la dote y el ajuar.*

Ahora tenía el camino libre y a pesar de que el casamiento con la hija del carnicero no les gustaba demasiado a sus padres, no podían hacer otra cosa, porque la misma ley judía maldecía al varón que dejaba pasar sin casarse la edad de veinte años, y tal y como estaban las cosas en la judería su hijo corría el peligro de sobrepasar esa edad.

Justo cuando Samuel iba a darle un beso en la mejilla a su prometida, apareció Mamadou que se acercó tímidamente a la pareja, los saludó con una sonrisa dejando que sus blancos dientes asomaran, y le dijo al muchacho:

—Samuel, tu padre te pide que vayas rápidamente a hablar con él.

—Amor mío, mañana volveré a verte —Samuel se acercó a ella, le dio un beso en la mejilla y se marchó con el esclavo negro.

Rebecca por fin había encontrado a Abraham, el astrónomo, y los dos se sentaron en un banco del jardín de la casa. Con el cielo libre de nubes, aparecieron multitud de estrellas que brillaban intensamente mientras la noche cada vez se hacía más oscura.

—Y esa estrella, ¿cómo se llama? —dijo Rebecca señalando una parte del cielo.

—Cada estrella que vemos forma parte de otras estrellas y cada conjunto de estrellas tiene un nombre. Fueron los árabes quienes les pusieron nombre a esos conjuntos; si te fijas en todas esas de allí, que van siguiendo la misma línea, se llama la Osa Mayor y ese otro grupo es la Osa Menor. Cada conjunto de estrellas forman dibujos diferentes... ¿ves ese grupo de allí?

La joven miraba al cielo con los ojos abiertos de par en par y en sus pupilas se reflejaba, como si fuera un perfecto espejo, toda esa cantidad de estrellas. El brillo de la luna resplandecía en su rostro todavía de niña, pero estaba en ese momento en que, poco a poco, la naturaleza la va transformando en mujer y así, día tras día, se iba esculpiendo en su rostro la belleza que con el tiempo poseería.

—¡Ah, sí!, ahora lo veo, ¿y cómo se llama?

—¿Ves ese que hace la forma de una serpiente y después sigue hacia arriba?

—¿Se llama serpiente?

—No, se llama Draco, ¿ves que tiene forma de dragón?

—Sí, sí, ahora lo veo, y esa otra que brilla con tanta intensidad, ¿cómo se llama?

—Es Venus, un planeta. Estamos en el equinoccio cerca de la primavera, y es justo cuando su órbita pasa más cerca de la tierra.

—Todas esas estrellas que están ahí en el cielo son tan pequeñitas que parecen velas encendidas.

—No, pequeña —dijo el astrónomo sin poder contener una carcajada que brotó espontáneamente de sus labios.

—Todas esas estrellas que ves y que nosotros las vemos como si fueran velitas colocadas en el cielo, están a miles de leguas, a millones y millones, en una medida y espacio que todavía el hombre no puede comprender y su tamaño es superior al de la tierra.

Abraham Zacuto siguió con la clase de astronomía pero, a medida que hablaba, Rebecca se perdía con tanto dato y dejó de mostrar interés. Abraham le hablaba de los filósofos griegos, de los que opinaban que la tierra era plana o que era el centro del universo, sobre los partidarios que aseguraban que la tierra era esférica... y, olvidando por un momento que estaba ante una jovencita que apenas tenía unas nociones sobre ciencia, siguió hablando de sus teorías y de los cálculos que él había hecho, así como de unos mapas que estaba realizando sobre la circunferencia de la tierra; hasta que, de pronto, apareció Mamadou y dijo:

—Mi señor, la noche empieza a refrescar y ya va siendo hora de que la joven se vaya a su habitación a dormir. A usted le espera mi señor en el salón.

—¡Vaya, jovencita! —respondió Abraham—, estaba divagando en mis pensamientos y por un momento me olvidé de ti.

—Es tan interesante lo que cuentas que sería maravilloso poder viajar allá arriba y ver lo que hay en el cielo.

Rebecca, antes de subir a su habitación, se dirigió hasta donde estaba su padre, pero este, acompañado de su hijo Samuel, estaba enfrascado en una conversación y apenas notó la presencia de su hija, que se acercaba hasta ellos.

—Hola padre, hola Samuel, me voy a la cama, estoy agotada.

—Ah, hola hija. Disculpa, pero no te había visto —Aharon le mostró una cariñosa sonrisa.

Su hermano Samuel se acercó a ella y la dio dos besos cariñosos en las mejillas y le dijo:

—Mañana tenemos que jugar a ese juego de reyes.

Rebecca se acercó a su padre y a su hermano, los abrazó y les estampó un beso en la mejilla a cada uno.

—Buenas noches, hija, que descanses.

Rebecca atravesó el salón de la casa y se perdió por una de las habitaciones.

Abraham había entrado en la estancia acompañado del sirviente negro.

—Pasa, amigo mío; estaba hablando con mi hijo de la importancia de salir cuanto antes de viaje, sin esperar la llegada del verano.

Aharon le había contado todos los pormenores del viaje que su hijo pensaba realizar por negocios con el objetivo de buscar nuevos mercados. Ante la información que su amigo Abraham había dado de que las cortes de Castilla, los reyes y la iglesia estaban tratando de dar un golpe de efecto en secreto contra las comunidades judías en Hispania, el mercader había decidido adelantar lo máximo posible la partida de su hijo.

—Hemos pensado que salga de aquí a dos días, el tiempo que tarde en preparar todo el equipaje, las mulas y el cargamento que lleva.

—¿Y tú, Samuel, qué piensas? —preguntó Abraham mirándole fijamente a los ojos.

—Estoy de acuerdo con mi padre, es su voluntad.

—¡No, muchacho!, no tiene que ser la voluntad de tu padre, sino la tuya. El viaje será muy largo, tremendamente duro y peligroso —dijo Abraham.

—Lo sé, pero ya lo tenía asumido; realmente estoy ilusionado, me gusta conocer mundo; además... —se quedó un instante callado, tratando de mostrar seguridad como si fuera un experto viajero—, no es el primer viaje que realizo solo, de hecho en esta ocasión me acompaña mi amigo David.

—Lo sé hijo —contestó su padre—. Pero este viaje es totalmente distinto a los demás; no serán unas semanas fuera de casa, serán largos meses, embarcarás para cruzar el mar. El mar es muy peligroso, está lleno de riesgos y te adentrarás en otro continente, todavía salvaje y poco explorado. La misión que te encomendamos es muy arriesgada.

—Sí, padre; incluso así estoy dispuesto a partir.

—Pues solo nos queda que nuestro buen amigo Abraham nos adivine el futuro o nos diga qué dicen las estrellas, si tendremos buena fortuna en el viaje que vas a emprender.

Los judíos hispanos, como el resto de sus foráneos cristianos y musulmanes en la Edad Media, eran muy proclives a la quiromancia, las supersticiones y toda clase de artes mágicas. Solían acudir a todo tipo de ritos supersticiosos para asegurarse de que la persona querida tuviera un feliz viaje y un regreso fructífero; pero la mayoría de los personajes que se dedicaban a este arte no eran más que charlatanes, no se basaban en ningún tipo de sistema de estudio ni predicciones zodiacales y otros artilugios, y solo servían para sacarle el dinero a las personas ignorantes que

de buena fe creían en ellos.

*El caso de Abraham Zacuto era distinto, él era una persona sabia, un científico de su época, estudioso de las estrellas, que se basaba en cálculos matemáticos.

—Amigo, más quisiera yo saber que nos deparará el futuro. Las estrellas están ahí, sí, pero no nos dicen nada, están ahí para que las estudiemos.

Aharon dirigió una sonrisa a su amigo Abraham por haberle puesto en aquel compromiso, pero apenas le dio importancia.

—Padre —dijo Samuel—, lo que sí te pido es que me prometas que a mi regreso me podré casar con la hija del carnicero, Sarah, y que nos darás tu bendición.

**En el año 1496, antes de la partida de la expedición portuguesa capitaneada por Vasco de Gama, el rey Manuel I no solo le pidió a Abraham Zacuto que instruyera a los marineros en el uso del nuevo astrolabio que había construido, así como de las tablas astronómicas y de las cartas de navegación de las que también era autor, sino que además le solicitó que predijera la suerte de la empresa.*

Aharon permaneció en silencio por un momento. La idea de que se casara con la hija del carnicero no le hacía mucha ilusión, no era lo que su mujer y él habían pensado para el primogénito de la familia. Pero las cosas no habían salido como ellos esperaban, el fracaso de la boda acordada (*shiddukhim*) con la hija de su primo le había puesto al chico en una situación difícil para casarse, y ya tenía edad para hacerlo. Si no lo hacía pronto tendría la maldición talmúdica.

El padre miró al rabino Abraham, para ver si este ponía alguna objeción y al ver que su amigo hacía un movimiento de hombros como si le dijera “¿qué le vas hacer?”, contestó:

—De acuerdo hijo, os doy mi bendición.

Al chico se le iluminaron los ojos, estaba tan contento que estuvo a punto de salir corriendo y gritando la nueva, pero contuvo aquellos impulsos para que vieran que ya era todo un hombre.

—Padre, mañana tenemos que ir a decírselo a Sarah y a formalizar el compromiso con Josué, su padre.

—Hijo, no tan rápido, espera a que vuelvas de tu viaje.

—No padre, el amor no puede esperar.

Dijo aquellas palabras con tal convicción que a Aharon no le quedó más remedio que respetar la voluntad del muchacho.

A la mañana siguiente Rebecca estaba sentada leyendo un libro a la sombra de los naranjos, el sol apretaba con fuerza pero allí se respiraba paz y tranquilidad y la joven estaba completamente ensimismada en su lectura, y sentía cómo su corazón bombeaba con fuerza. En ese momento, Benjamín, el acompañante que hacía de escudero al astrólogo, la vio y se acercó.

—¿Qué haces? —dijo él.

Rebeca estaba tan absorta en la lectura que apenas se dio cuenta de la presencia del apuesto joven.

—*Shalom* —contestó ella, alzando la vista hacia el joven—, estoy leyendo unos poemas.

—¿Y de quién son?

—Del poeta Ibn Darray.

—No lo conozco.

La joven esbozó una sonrisa con aquellos labios sonrosados y exhibió unos dientes perfectos.

—No lo podrías conocer, ya hace más de cuatro siglos que este poeta murió.

—No lo sabía —contestó Benjamín, quitándole importancia a su ignorancia.

—Es un poeta árabe del Al Ándalus, ¿quieres que te lea algo?

Le dijo que sí, pero sin mostrar interés por ello, pues solo trataba de ser amable con ella. Rebecca se quedó por unos segundos callada, carraspeó un poco para aclararse la garganta y con voz profunda, como había visto hacer a algunos juglares en la ciudad, comenzó a recitar el primer poema.

Si en los jardines que habita
Me impiden ver a mi dueño,
En los jardines del sueño
Nos daremos una cita.

—¿Te ha gustado?

—Es muy bonito.

—¿Quieres que te lea otro?

—Si quieres, no me importa.

—Este es otro poema también del Al Ándalus y es árabe. El poeta se llama Ibn Baqi.

Cuando el manto de la noche
Se extiende sobre la tierra,
del más oloroso vino
brindo una copa a mi bella.
Como talabarte cae
sobre mí su cabellera,
y como el guerrero toma
la limpia espada en la diestra,
enlazo yo su garganta,
que a la del cisne asemeja.
Pero al ver que ya reclina,
fatigada la cabeza,
suavemente separo
el brazo con que me estrecha,
y pongo sobre mi pecho
su sien para que allí duerma.
¡Ay! el corazón dichoso
me late con mucha fuerza.
¡Cuán intranquila almohada!
No podrá dormir en ella.

Benjamín la escuchaba sin decir nada y la miró intensamente a los ojos, bajó la vista y clavó la mirada en sus tiernos labios. Estos se movían grácilmente con la modulación de sus palabras y sintió un terrible impulso de besarlos; mientras tanto Rebecca se había quedado en silencio, pensativa, como si estuviera soñando en un mundo que para el muchacho estaba totalmente prohibido.

Por un momento los dos permanecieron callados, la joven tenía puesta la mirada en una parte del jardín donde las flores estaban empezando a brotar, sin atreverse a volver la vista hacia Benjamín. Su respiración se fue haciendo cada vez más ahogada y sus pechos se inflamaron cuando el joven le cogió la mano. Rebecca no pudo hacer nada, únicamente sentir un escalofrío que le recorría todo el cuerpo.

Así estuvieron durante unos minutos, los dos sintiendo las emociones del otro, las vibraciones de sus cuerpos, los sentimientos que empezaban a aflorar, hasta que Benjamín, tal vez sintiéndose seguro de su conquista, quiso llegar a ciertas libertades que Rebecca todavía no estaba dispuesta a

consentir. La atrajo hacia él con toda su fuerza, sus hombros eran fuertes y vigorosos, y lo hizo como si estuviera abrazando el cuerpo de un enemigo al que quisiera dejar sin respiración. Buscó la boca de la joven Rebecca e intentó besarla en los labios. Rebecca, al notar que le faltaba la respiración y al verse agarrada fuertemente como si fuera una paloma entre las garras de una poderosa águila, no pudo por más que lanzar un grito de terror que se escuchó a varias *varas de distancia.

**Varas castellanas o de Burgos, la más extendida, medía 83,59 cm y se dividía en dos codos o en cuatro palmos.*

Aquel grito rápidamente alertó a Samuel, el hermano de Rebecca, y a David, ya que ambos estaban juntos en la casa ultimando los detalles del viaje. Al ver que su hermana estaba siendo forzada por Benjamín, Samuel se abalanzó con todas sus fuerzas contra el fuerte muchacho, le agarró por unos de los brazos y logró que dejara libre a su hermana tirándole al suelo; la respuesta de Benjamín no se hizo esperar, de un salto se levantó del suelo, se abalanzó sobre Samuel y le propinó un puñetazo tan fuerte y descomunal en la cara que el joven cayó al suelo gravemente herido. En ese momento ya habían salido casi todos los que se encontraban en el interior de la casa. El primero fue Mamadou, el sirviente negro, después Abraham y detrás el padre de Rebecca, por último María, su madre, y las dos sirvientas.

María, al ver tendido a su hijo en el suelo y con la cara llena de sangre, semiinconsciente, se puso a gritar como si estuviera poseída.

Mamadou, que era tan fuerte como un coloso, se acercó a Benjamín para tratar de detenerle, pero el joven, que tenía los ojos llenos de ira como si estuviera poseído, sacó una espada corta que llevaba siempre consigo atada en su cintura y se puso en posición de combate para esperar la embestida del negro. De repente, se escuchó la voz poderosa y autoritaria del astrónomo:

—Muchacho, deja esa espada y tranquilízate, no cometas una locura...

Benjamín estaba fuera de sí, apenas atendía a razones y le costó escuchar las palabras del rabino Abraham. En aquellos momentos se sentía como un animal acorralado al que todo el mundo, de pronto, se le quiere abalanzar para matarle. Mientras el sirviente negro y él parecían que iban a iniciar una pelea, comenzó a llegar a la casa de Aharon gente que había escuchado los gritos y las voces que allí se estaban dando; algunos vecinos incluso llegaban cargados con palos y con herramientas de trabajo.

—Tranquilo muchacho, deja la espada y no te pasará nada —dijo uno de los vecinos que acababa de entrar.

Todo fue muy rápido, Benjamín desesperado giró la cabeza y a su espalda vio que en una parte del patio la valla era muy baja y que justo antes de la valla había un banco de madera; sin pensárselo dos veces corrió hacia allí, no había nadie que le entorpeciera el paso, saltó como una gacela al banco y de él, con otro salto, aterrizó en la valla y la cruzó; el muchacho desapareció, en un santiamén, de la vista de todos.

CAPÍTULO II

Los tres jinetes junto con Presebal, montado a lomos del caballo del joven noble, llegaron totalmente mojados a su casa. El fuerte escudero, con el rostro totalmente curtido por las inclemencias del tiempo y por las múltiples cicatrices de la cara, corrió inmediatamente a las cuadras a dar cobijo a los caballos y a las mulas que llevaban con ellos.

En la casa se encontraba el padre de Presebal, Adiran, y Maitechu la hermana pequeña que estaba en ese momento junto a los fogones de la cocina desplumando una gallina.

—Padre, traigo conmigo a estos caballeros que me encontré perdidos en el bosque.

Adiran y su hija se quedaron sorprendidos por aquella visita tan inesperada, pues era poco corriente, casi una excepción, que alguien pasara por aquel lugar perdido entre el bosque y la montaña, si no era algún vecino de las tierras del señor conde que por algún motivo concreto necesitara hacerles una visita. Pero en los últimos tiempos, debido a la última peste que había dejado despoblada la zona, eran raras las visitas.

Adiran se dio cuenta enseguida de que aquellos personajes que se presentaron en su casa totalmente empapados eran nobles; la poca costumbre de recibir visitas y, sobre todo, que fueran de tal categoría le hacían sentirse incómodo, pero era costumbre y, lo más importante, los siervos tenían la obligación de atender lo mejor posible a un caballero o noble que pasase por su casa; en caso contrario, el siervo se arriesgaba a ser denunciado por este a su señor y este le daría un castigo ejemplarizante, como podía ser la pérdida o la expulsión de las tierras en las que trabajaba u otro tipo de castigo físico.

De esa manera no tuvo más remedio que dar cobijo a aquel grupo de caballeros y tratarlos con la mayor cortesía posible.

—Señores, sean bien recibidos a nuestra humilde casa, que es suya también, y acérquense al fuego para que las ropas puedan secarse.

El joven noble y el hombretón pelirrojo se acercaron a la chimenea donde ardían unos buenos maderos de leña y de la que colgaba un gran puchero; de este manaba un agradable olor a comida que se esparcía por toda la estancia.

—Gracias, buen hombre, por su cortesía —se notaba que el joven noble tenía buenos modales; no representaba a la mayoría de la nobleza de ese momento, prepotente y descortés con los plebeyos.

En aquellos momentos apareció el escudero del joven noble y dirigiéndose a su señor le dijo:

—Mí señor, los caballos están bien resguardados de la intemperie y con forraje suficiente.

—Acércate al fuego, sevillano, y calienta tus ropas.

Adiran y su pequeña hija, Maitechu, los miraban de vez en cuando a hurtadillas, sin atreverse a mirarles a la cara, bien por vergüenza, bien por si aquellos señores pudieran molestarse; de pronto, entró Presebal con una sonrisa de oreja a oreja, parecía muy contento por algo que llevaba en las manos.

—Hermanita, mira lo que he traído —se trataba de las dos crías de jabalí. Sostenía una en cada mano, las llevaba agarradas por las patas traseras y estas colgaban boca abajo mientras chillaban con tanta fuerza que el sonido penetraba en los oídos como agujas.

—¿Y tu hermana, dónde está?

—Salió a recoger frutos y hierbas al bosque —contestó la pequeña.

—Cuando venga, dile que nos prepare estos dos lechoncillos para la cena, que los señores están hambrientos.

El padre se acercó a su hijo y en voz baja le susurró:

—Sabes que esas crías de jabalí pertenecen al amo.

—¡Padre! —dijo alzando la voz para que los señores escucharan lo que le iba a decir a su padre—, yo no las he cogido, estas piezas son de estos señores.

—Sí, *monsieur* —contestó el pelirrojo—, esas crías las encontré yo y son mías.

Ante aquella afirmación Adiran no tuvo más remedio que callarse; entonces, para que los gorrinillos dejaran de chillar y de armar escándalo, dijo:

—Tráelos Presebal, que yo mismo los mataré y los dejaré preparados para que tu hermana, cuando llegue, los cocine —el padre cogió las dos piezas con maestría y salió al exterior con ellas.

Mientras tanto, Maitechu les había servido a los caballeros, en unas cazuelas de barro cocido, un rico estofado de verduras con trozos de carne del caldero que estaba colgado junto al fuego.

—Riquísimo, estos montañeses sí que saben cocinar —dijo el franco, llamado Gastón de Lyon.

—Prueben esta bebida que nos enseñó a elaborar un monje que estuvo de paso por aquí hace tiempo.

Presebal sirvió a cada uno un cuenco de madera y vertió en cada uno de ellos una buena cantidad de ese líquido color rojo con sabor dulce y amargo, que hacía que todo el cuerpo se te calentara como si hubieras comido fuego.

Al cabo de un rato apareció Begoña, la hermana mayor de Presebal. Había encontrado a su padre fuera de la casa preparando los dos lechones para la cena, por eso, cuando entró, no se sorprendió por la visita, sino más bien sintió curiosidad por aquellos varones.

Begoña era una mujer de carácter, que no se asustaba ante las adversidades. Alta y de constitución fuerte, no le importaba trabajar y soportaba las labores más duras de la granja; no era tan delicada como su hermana, ni tenía la belleza angelical de Maitechu, pero, a pesar de tener un rostro curtido por las inclemencias del campo y del trabajo, era una mujer atractiva, los hombres la deseaban. Begoña estaba en edad de merecer, de hecho un campesino sin tierras y jornalero que solía trabajar para el mismo señor que ellos ya la había estado cortejando.

En los días de mercado, que se celebraba un día a la semana en la ciudad más cercana, era cuando se solían ver, lejos de la presencia de su hermano y de su padre. Y cuando nadie estaba pendiente de ellos se perdían por algún granero o algún camino solitario y se daban algunos achuchones.

La mujer saludó a los caballeros con cortesía; notó la mirada penetrante del hombre de cabello pelirrojo, esa mirada que ella ya había visto otras veces en los pocos varones que a lo largo de su vida había visto.

Adiran quiso que su familia cenara una vez que los señores lo hubieran hecho; era una falta de cortesía que los siervos cenaran en la mesa junto con los señores; pero cuando el joven noble vio lo que aquel hombre pretendía hacer, no lo permitió y dijo:

—Sería un agravio para nosotros, que somos sus invitados, que no se sentaran en nuestra mesa, por eso les ruego que lo hagan y que disfruten de la comida en nuestra compañía.

Al viejo Adiran le costaba trabajo aceptar aquel ofrecimiento, al contrario que sus hijos, que estaban encantados y no le daban ninguna importancia; como si lo hubieran hecho durante toda su vida.

Begoña había preparado aquellos lechoncillos de jabalí al fuego y estaban completamente asados y listos para comer. Con la carne se sirvieron puerros, nabos y setas acompañados de unas

trufas muy sabrosas que había recogido aquel día en el bosque, mientras buscaba unas hierbas, unas castañas y algunas frutas silvestres que se solían dar por aquellos parajes. Como Begoña conocía muy bien cada rincón, siempre daba con la planta deseada.

Con aquella cena sirvieron también unos panes tiernos y crujientes cocinados en el horno de barro que estaba fuera de la casa. Cuando los tres caballeros, sentados en torno a la mesa, vieron todas aquellas viandas y percibieron el olor tan apetitoso que desprendían, dieron muestras de aprobación y se lanzaron hacia aquellos platos como si fueran lobos hambrientos.

—Señores, coman y sacien su apetito —decía Adiran, tranquilo al saber que los invitados estaban complacidos.

La familia se sentó a la mesa y Presebal, al igual que los demás varones, empezó a comer con mucha ansia, pues estaba hambriento por la dura jornada. Al cabo de un rato, cuando de los lechones no quedaban más que los huesos y una vez devorado el resto de la comida que Begoña y Maitechu prepararon, los caballeros se sintieron saciados y bebieron un buen pellizco del vino que el normando traía de Francia y del licor de color rojo que Adiran preparaba siempre con esmero. Se quedaron allí medio dormidos, debido al sopor del licor y de la comida, sentados junto al calor del fuego, oyendo como crepitaban los troncos de madera al arder. De vez en cuando alguna pequeña explosión de chispas saltaba en dirección a ellos y en más de una ocasión tuvieron que levantarse bruscamente para sacudirse de encima una brasa inflamada que había caído en sus ropas, ante las carcajadas de los demás que veían como su amigo saltaba como un saltimbanqui para apagar la brasa.

No pasó mucho tiempo antes de que Presebal sacara su instrumento de viento, muy similar a una gaita escocesa, y su hermana Begoña un pequeño tamboril y empezaran a tocar melodías populares de la tierra. Aquello hizo que los caballeros salieran rápidamente de su sopor y empezaran a bailar dando grandes brincos como potros salvajes; el joven de aspecto noble se dirigió a Maitechu y con ademanes elegantes le pidió que bailara con él. Se trataba de una danza por entonces muy popular compuesta por sencillos pasos; Maitechu, aunque nunca antes la había bailado, cogió enseguida el ritmo, como si hubiera estado familiarizada con ella toda su vida. Entonces Adiran sacó su flauta y se unió a sus hijos. El normando se acercó a Begoña, le cogió de la mano y empezó a bailar con ella.

Mientras la temperatura del interior de la casa era muy confortable, casi se podría decir que hacía excesivo calor, en el exterior el viento soplaba con fuerza y la nieve caía con mucho ímpetu, pero nadie se había dado cuenta de ello, hasta que Presebal escuchó relinchar a los caballos.

—¡Callad, callad!, acabo de escuchar unos ruidos —dijo Presebal dejando de tocar su instrumento.

Todos se callaron de pronto y la casa se quedó en completo silencio; en aquel momento se empezó a oír el silbido del viento.

—No es nada, es el viento lo que has oído, sigamos con la fiesta —dijo el franco.

—No, esperad, he oído algo más —esta vez era el sevillano, el escudero del joven noble.

De pronto escucharon los relinchos de los caballos, como si algo malo les estuviera ocurriendo.

—¡Lobos!, ¡son los lobos! —dijo Presebal, cogiendo rápidamente unos palos largos que tenía junto a la puerta; los demás marcharon tras él.

Cuando entraron al establo se encontraron de frente con una gran cantidad de ojos brillantes como el fuego que les miraban fijamente; estas fieras parecían estar a punto de abalanzarse sobre ellos, los gruñidos que emitían eran feroces; Presebal llevaba el palo dispuesto a defenderse y echar a esas bestias de su casa, pero sabía que, si se echaban encima de él, estaba perdido, pues

apenas veía en la oscuridad y la destreza de los lobos al atacar en manada era muy superior. Se quedó parado sin apartar la mirada de aquellos ojos brillantes, cuando de pronto todo se iluminó. Begoña y el normando traían unas antorchas que habían sacado de la casa; lo primero que vieron fue a una docena de lobos encima de una de las mulas, la habían abierto en canal y le estaban devorando las entrañas. Los lobos interrumpieron su festín cuando aparecieron con el fuego, pero no estaban dispuestos a dejar fácilmente aquella presa, pues ya habían comenzado a comérsela y sentían el sabor y el calor de la sangre que fluía como si fuera un manantial de agua que brota del suelo; fueron momentos de incertidumbre, los lobos les miraban con sus afilados dientes, alguno de ellos manchados de sangre, lo que les daba una apariencia fantasmal, mientras gruñían como si estuvieran a punto de abalanzarse sobre ellos.

—¡Hermana, dale la antorcha al señor! —gritó Presebal—. Refúgiate en la casa, y dile a padre que traiga más antorchas.

Begoña no era mujer que se amedrentase fácilmente y menos por unos perros, como decía ella, muertos de hambre; así que mandó a su hermana pequeña a que se refugiase y diera la orden al padre pero, justo en ese momento, apareció Adiran con dos antorchas más en cada mano y todo aquel espacio se iluminó por completo.

Los tres caballeros ya habían sacado sus espadas y estaban muy cerca el uno del otro, formando un semicírculo para que ningún animal se abalanzara encima de ellos y les pillara por sorpresa.

Los lobos no estaban dispuestos a soltar la presa tan fácilmente, mientras que los hombres se sentían intimidados ante la fiereza que mostraban aquellas bestias. Todo ocurrió muy deprisa. El jefe de la manada, el lobo más grande de todos, fue el que saltó con ferocidad sobre el que, en ese momento, parecía más indefenso, el joven y noble caballero; entonces los demás lobos, como si hubieran planeado la estrategia, se abalanzaron sobre los demás y arremetieron con tal violencia que a los hombres se les veía impotentes dando espadazos y puñaladas a diestro y siniestro, sin saber si sus estocadas eran certeras o no. Maitechu había corrido a casa a refugiarse mientras que Begoña, con la antorcha encendida, estaba tratando de evitar que dos de esos descomunales lobos se abalanzaran sobre ella de un momento a otro.

Presebal había conseguido deshacerse de uno de ellos, le dio tal garrotazo en la cabeza que el lobo estaba tirado en el suelo junto a sus pies muerto. Dos de las antorchas se habían apagado y apenas había luz; estaba claro que sin la ayuda del fuego no serían capaces de vencer a los lobos, además las fuerzas iban menguando por momentos.

Por suerte, una de las antorchas que estaba en el suelo había conseguido prender un manojo de leña seca y rápidamente el fuego se empezó a extender iluminando todo el establo. Pero los lobos, sin amedrentarse, siguieron atacando, era una manada grande y el olor de la sangre los había vuelto locos. En una pelea cuerpo a cuerpo, uno de los lobos había cogido una de las manos de Presebal, que chorreaba de sangre, y por detrás otro intentaba lanzarse encima de él, pero el joven, sacando fuerzas sobrenaturales, con la otra mano le dio un garrotazo tan fuerte sobre la cabeza que el lobo cayó al suelo desfallecido; entonces se dirigió a ayudar al joven caballero que había caído al suelo y tenía encima de él al lobo más grande, el que debía de ser el jefe de la manada.

Sus colmillos, como puñales, se habían clavado muy cerca del cuello del joven; en esos momentos Presebal cogió al lobo por el lomo y tiró de él con tanta fuerza que se escuchó un chasquido, como si los huesos de la columna se hubieran fracturado. Lo lanzó al suelo y, justo cuando el lobo trataba de abalanzarse sobre él, le dio tal palazo en la cabeza que aquel imponente lobo cayó al suelo inconsciente. En ese instante, como si los demás lobos comprendiesen que la

batalla sin su jefe estaba perdida, huyeron rápidamente perdiéndose en la espesura del bosque.

Hubo gritos de júbilo, habían ganado aquel combate como auténticos héroes contra unos hambrientos animales que a punto estuvieron de acabar con sus vidas.

Cuando Begoña y Adiran, que eran los únicos que todavía permanecían con las antorchas encendidas, alumbraron aquel escenario, comprobaron que en el suelo había cinco lobos muertos; había sangre por todas partes y la escena era todavía más espeluznante debido al contraste de la sangre con el blanco de la nieve.

—Algunos no pasarán de esta noche, ya que van heridos de muerte —dijo el sevillano.

—¿Cuántos creéis que nos han atacado, diez, veinte...? —dijo el franco.

—Entre quince y veinte. Lo sé porque cuando los he visto cazando en alguna que otra ocasión iban quince o veinte. De todas formas hemos tenido suerte porque estos son los lobos repudiados de la manada; los más fuertes nunca vienen tan abajo de la montaña, ni se acercan a las granjas de los hombres; los que vienen aquí suelen ser o los más viejos o los rechazados —dijo Presebal como si fuera un experto.

Maitechu se acercó hasta donde estaba el joven noble que todavía yacía en el suelo; ninguno se había dado cuenta, excepto ella.

—¡Hermana, ven rápido! El joven está herido, vamos a levantarlo.

Cuando los demás oyeron las palabras de la chica corrieron hasta donde estaba el joven, lo levantaron con delicadeza y lo llevaron dentro de la casa.

Tenía heridas por todas partes, en los brazos, en las manos, en la cara y algunas en el cuello, cerca de la vena. Si el animal hubiera hundido un poco más sus colmillos, la muerte hubiera sido inmediata. Pero, a pesar de tener varios mordiscos de importancia y estar muy débil, debido a la pérdida de sangre, el muchacho todavía estaba vivo y consciente.

—Tenemos que pararle la hemorragia, si no el muchacho morirá —dijo el franco.

La noche fue muy larga, a pesar de que todos estaban agotados por la lucha tan atroz que habían mantenido con los lobos. Como por arte de magia la fiesta y la bebida se habían esfumado de sus cabezas; apenas nadie consiguió dormir más de una hora seguida, se sentían impotentes ante los quejidos del joven noble que tumbado en la litera deliraba en voz alta, debido a la fiebre. En ningún momento la joven Maitechu se apartó de él, mientras se dedicaba a refrescarle la frente con agua fría.

Su escudero, el sevillano, también estaba herido en uno de los brazos pero, gracias a los cuidados que Begoña le había dispensado, se encontraba mejor, aunque terriblemente agotado. Lo que le impedía dormir eran los recuerdos y el sentimiento de culpa que tenía por no haber podido salvar a su señor de las garras de aquel lobo descomunal, que podría destrozar al más valiente de los hombres. Solo el franco y Presebal se encontraban bien.

Presebal todavía llevaba consigo una zamarra de cuero pegada al cuerpo de varios centímetros de grosor, que le había valido para que los colmillos de los lobos que le atacaron no consiguieran atravesar la prenda y herirle. Lo mismo le pasó al normando, en todo momento había permanecido con su cota de malla puesta como el clásico soldado acostumbrado a permanecer con su ropa de batalla, bien por cualquier imprevisto que pudiera surgir o bien porque era una persona que no se solía lavar y que apenas se quitaba sus prendas por temor al agua.

No fue el caso del joven noble que, debido al calor del baile y del licor, se despojó de todas sus ropas, tanto de la cota de malla como de la camisa de cuero flexible y resistente que vestía, y se quedó únicamente con una camisola suave de tela muy fina.

Adiran estaba un poco impresionado por todos los acontecimientos que en las últimas horas habían ocurrido en su casa. Él llevaba una vida monótona y apacible, sin ningún tipo de

sobresaltos, y de repente se encontró con unos señores que jamás había visto y que habían tomado su casa como si fuera suya. Él era un siervo, sus padres fueron siervos también y las cosas eran así, no las había elegido. Conocía el mal genio, la intolerancia y la prepotencia de los señores y sabía que en cualquier momento podrían hacer lo que les vinieran en gana; no comprendía cómo su hijo se sentía tan cómodo con ellos.

El viejo se acercó para ver cómo seguía el muchacho, observó su juventud y su belleza, la piel era fina y no estaba curtida, a diferencia de los campesinos y de los demás siervos que él conocía. Se inclinó para tocarle la frente y vio que estaba ardiendo.

—Presebal, hijo, si no ponemos remedio este muchacho morirá, y no me gustaría que muriera en nuestra casa, los señores podrían tomar represalias.

—Lo sé —el joven vio la preocupación en la cara de su padre.

—Al amanecer buscarás a la bruja y la traerás aquí con todas sus pócimas; esperemos que el joven resista y no fallezca antes.

Ellos sabían que salir de noche era una temeridad, el aullido de los lobos se oía por doquier y estos no repararían en atacar a cuantos hombres se adentraran en su territorio; el olor a sangre y a animal que brotaba de la granja les hacía estar muy nerviosos.

A la mañana siguiente, con las primeras luces del alba, Presebal se despertó de una pesadilla. Uno a uno por fin habían caído rendidos y habían logrado dormir unas horas. Incluso el joven noble terminó durmiendo profundamente, aunque de vez en cuando se despertaba haciendo un movimiento brusco y murmuraba en voz alta diciendo algo así como que tenía que entregar una carta a una mujer que se llamaba Isabel.

Ninguno dio valor a aquel sueño, pues pensaban que se estaba refiriendo a su novia llamada Isabel.

(Lo que verdaderamente escondía el joven era una carta secreta del rey de Francia para entregársela a la reina Isabel de Castilla).

En el exterior la nieve había cubierto totalmente la tierra y estaba tan alta que llegaba hasta las rodillas. Presebal miró a su alrededor para ver si todavía se distinguía algo de la lucha encarnizada que habían mantenido la noche anterior, pero la nieve había cubierto tanto la sangre como los cuerpos de los lobos. En una situación normal él y su familia hubieran recogido los cadáveres de los lobos y los hubieran despellejado y así poder curtir aquellas pieles que tenían tanto valor. Pero la enfermedad del muchacho requería toda la atención posible y si alguien podía salvar a ese joven era la hechicera.

Sin pensárselo dos veces cogió el caballo del joven noble, aunque no disponía de grandes conocimientos de caballería, lo justo para no caerse; aun así colocó la silla, se subió al caballo y salió de allí al galope.

La hechicera o bruja del bosque, cada cual la llamaba de una manera, era una mujer misteriosa que apareció un buen día de la nada, sin que nadie la conociera y sin que nadie supiera de donde venía. Llegó cuando todavía era joven, arribó a la ciudad y se instaló cerca del mercado. Allí todos los días vendía sus pócimas y sus fórmulas, curaba y arreglaba huesos y ofrecía recetas contra el mal de amores y muchas otras más extravagantes para el cliente que las quisiera comprar.

Con el tiempo, su fama de sanadora y curandera llegó a oídos del obispo y aunque todavía no se había establecido la Inquisición, ya se empezaban a tomar ciertas medidas ejemplarizantes, como lo hacía la corona de Aragón para confirmar así la pureza de la fe.

Tal vez debido a la envidia de aquellos que ejercían la medicina y cuya clientela menguaba cada día, la denunciaron por prácticas de brujería y gracias a un amante que tenía y que estaba al

corriente de todo lo que ocurría en la villa se enteró del peligro en el que se encontraba y una noche aprovechando la oscuridad salió de allí para no volver jamás.

La hermosa mujer, cansada de huir de una ciudad a otra y a sabiendas de cómo terminaría, decidió quedarse en el bosque donde encontró refugio en una cueva. La preparó con cierta comodidad y allí se quedó viendo pasar los años lentamente, acompañada por el halo de misterio que siempre le había rodeado.

Solo los campesinos más apartados de la ciudad y que apenas solían abandonar sus tierras acudían a ella en momentos puntuales, cuando su saber les podría ser útil. Asistía a los partos, sanaba las roturas de huesos y las picaduras y curaba otras muchas enfermedades.

Presebal y su familia en alguna ocasión recurrieron a su saber y a sus pócimas. Ella trató de aliviar los últimos momentos de la vida de su madre; no pudo salvarla de la muerte, pero sí palió su sufrimiento.

A partir de ese momento y a medida que el chico crecía y se hacía un hombre fue forjando una buena amistad con la hechicera hasta que acabó convirtiéndola en su amante. Ella le enseñó los secretos del amor, con ella experimentó el deseo carnal hacia una mujer y satisfizo su apetito sexual. El joven muchacho era fuerte y corpulento como un toro, necesitaba desahogar toda su fuerza salvaje y poseía a la hermosa hechicera como si fuera un león.

Cuando el joven llegó a la cueva y bajó del caballo, la hechicera ya estaba a la entrada esperándole. Era como si ella ya supiera que él iba a llegar o quizás su olfato fuera capaz de captar el más mínimo olor desde la distancia para saber quién se acercaba a su morada.

—Hola Presebal, hace semanas que no vienes a verme —le dijo mostrando una sonrisa en los labios. Su mirada vivaz parecía adivinar lo que le ocurría.

—He tenido mucho trabajo en la granja.

La saludó con cariño pero sin mirarla directamente a los ojos.

—¡Ay!, hermoso mío, mis pechos ya no te consuelan como antes; tus alas buscan nuevos nidos.

Presebal guardó silencio, era demasiado atolondrado y poco suspicaz para comprender lo que la hechicera le había dicho, pero se preguntó cómo ella se podía enterar de todo si apenas salía del bosque y nunca iba a la ciudad.

—Necesito que me acompañes lo más rápido posible a la granja, tenemos un hombre herido, está al borde de la muerte.

La mujer nunca negaba sus servicios de sanadora, pero siempre ponía una condición: que no la alejasen mucho del bosque y de las montañas donde vivía y que, por nada del mundo, la acercasen a alguna ciudad o villa.

—Cariño, cuéntamelo todo con detalle, ¿qué es lo que ha pasado?, así me llevaré las pócimas adecuadas.

Mientras Presebal le iba contando lo que les había sucedido aquella noche, cómo los lobos les habían atacado —cuando nunca antes lo habían hecho- y cómo ellos se habían defendido, la hechicera fue recogiendo todo lo necesario para llevarse.

Ella escuchaba con toda atención y a medida que el joven narraba la historia la hechicera cambiaba unas plantas por otras o cogía una serie de ungüentos que pensaba que podían ir mejor, y a veces murmurando para sí misma decía: “no este no, mejor el otro”.

Cuando terminó de guardar en una gran bolsa de piel todo lo necesario se la colgó a la espalda y dijo:

—Ya estoy preparada, tu joven caballero nos necesita urgentemente; espero que cuando lleguemos no sea demasiado tarde.

Presebal la cogió fuertemente de la mano y, sin ningún esfuerzo, la subió a la grupa del caballo.

Cuando la mujer se agarró a su cintura el joven jaleó al animal y salieron de allí a toda velocidad.

Maitechu no se separó en ningún momento del lecho del joven noble. A veces este parecía recobrar la consciencia pero al momento siguiente caía de nuevo en un profundo letargo. A lo largo de la mañana varias veces pensaron que el joven había muerto, hasta que de pronto su respiración se hacía más intensa y su pecho se inflamaba como si quisiera coger todo el aire que había en la estancia.

La casa estaba demasiado tranquila y se sentía el dolor de la muerte cercana. El franco dormía a pierna suelta, como si estuviera acostumbrado a todas esas vicisitudes de la vida. Al final el hombre del cabello rojo y acento francés, que hablaba lo justo para hacerse entender y que para todos los que estaban allí era un misterio, había sucumbido al sueño y al cansancio.

El sevillano estaba en un rincón cerca del fuego en completo silencio, como si estuviera meditando y de vez en cuando miraba hacia el lecho donde yacía su señor y su rostro se llenaba de tristeza.

Begoña y Adiran estaban en el exterior haciendo los trabajos diarios de la granja, alimentando a sus animales y a las caballerizas que los señores habían traído exceptuando al mulo que los lobos habían conseguido matar, y que ya habían enterrado lejos de la granja para evitar olores y enfermedades. También habían estado recogiendo los cuerpos de los lobos muertos y los habían dejado al sereno, hasta que llegara el momento oportuno de despellejarlos y así poder curtir su valiosa piel, cuando vieron que Presebal llegaba acompañado de la hechicera.

—Las mordeduras no serán problema —dijo la mujer cuando reconoció cuidadosamente todo el cuerpo del joven.

—¿Entonces cuál es el problema?

—La maldición del lobo; si el lobo le ha transmitido su maldición, el chico se convertirá en lobo cuando salga la luna llena, se volverá loco y matará a todo ser humano que se ponga a su alcance.

Era una leyenda muy popular que todos conocían y en la que creía la mayoría del pueblo. No había pueblo, aldea, ciudad o villa donde no se hablara de ello. Siempre había alguien que había visto a un hombre convertirse en lobo y atacar a sus semejantes.

Cuando la hechicera habló de aquella maldición, todos se asustaron y hubo quien echó cuentas para calcular cuándo sería luna llena, ¿tal vez esta noche, mañana, pasado?

La mujer sin perder tiempo sacó sus brebajes, preparó rápidamente sus pociones al calor de la lumbre y con la ayuda de Maitechu se los dio a beber. El joven, que hasta ese momento no paraba de quejarse por los dolores, cayó en un profundo y plácido sueño. Después la bella hechicera retiró los vendajes y los cataplasmas de barro y de hierbas que Begoña y Maitechu habían puesto en las heridas, y las fue cubriendo con una especie de grasa de un olor muy fuerte y penetrante que olía a hierbas frescas del bosque. Abrió una vasija de cristal que contenía un líquido que olía a rosas, empapó con él una tela de lino suave y absorbente y fue mojando cuidadosamente la frente del joven.

Al final de la tarde, por primera vez en muchas horas, su respiración era estable y firme. La curandera, que estaba junto al lecho del enfermo, se levantó y llamó a Maitechu.

—Anda, coge el pañuelo y de vez en cuando le mojas la frente con este agua de rosas.

El sevillano, en ese instante, se acercó a la hechicera con cara de preocupación y le preguntó:

—¿Se curará?

—Seguro que sí, es un joven muy fuerte y tiene muchas ganas de vivir —respondió la mujer y se dirigió al exterior a tomar un poco de aire fresco.

Mientras ella estuvo fuera, el franco la estuvo observando, no le quitaba los ojos de encima,

como si la estuviera desnudando con la mirada, pero ella en ningún momento se sintió incómoda, siguió mostrando la misma indiferencia que siempre había mostrado hacia los hombres.

Adiran pasó por delante de ella cargado con un haz de paja fresca para dar de comer a los animales y le dijo:

—Sigo sin entender por qué los lobos nos atacaron anoche de esa manera, nunca antes lo habían hecho. A pesar de que en más de una ocasión han bajado desde las montañas y han matado alguna oveja, gallina o cerdo, en cuanto los oímos, salimos con antorchas y palos y ellos huyen; los lobos nos temen más a nosotros que nosotros a ellos.

—Todo tiene su explicación...

—¿Qué explicación?

—Hace unas semanas un grupo de familias hebreas, que venían huyendo de no se sabe dónde, habían contratado los servicios de un guía cristiano, gran conocedor de estas tierras, para que les guiara y llevara a un lugar más seguro a cambio de una valiosa fortuna. Pero cuentan que el guía los abandonó una noche en mitad del bosque, en una zona muy profunda al pie de las montañas.

«Los perdidos hebreos iban con niños, mujeres y ancianos y estaban desesperados, carecían de suficientes conocimientos sobre estos lugares inhóspitos, pues se trataba de hombres que vivían en villas o ciudades y se dedicaban al comercio y desconocían todo lo relacionado con la vida en el campo. Sin saberlo, descuidaron ciertas medidas de seguridad y una noche una manada de lobos se abalanzó por sorpresa sobre ellos matando a unos cuantos, entre los que se contaban niños, ancianos y dos hombres.

«A la mañana siguiente el campamento parecía una carnicería, se veían restos de los cuerpos de los niños desperdigados por distintos lugares, así como los de varios adultos; ahora estos lobos ya han conocido el sabor de la sangre humana y de los animales que el hombre lleva consigo y no dejarán de atacar a cuantos se pongan en su camino...

«La culpa de todo esto la tienen los señores. Debido a las guerras están acabando con todos los animales del bosque para dar de comer a todos sus ejércitos, y los lobos, que por estos lugares son una plaga, tienen que satisfacer su hambre de alguna manera.

Adiran se quedó preocupado, no sabía nada de aquella historia que la hechicera le acababa de relatar; él no solía ir mucho a la ciudad y sus hijos tampoco la debían de conocer, pues sino se la habrían contado.

Dos días enteros pasó el joven noble durmiendo sin despertarse ni siquiera una vez. Únicamente, en alguna ocasión, se movió inquieto en su lecho cuando un mal sueño, producto de la fiebre, le hacía murmurar alguna incoherencia; durante todo ese tiempo Maitechu estuvo a su lado, no dejó de atenderle y cuidarle; siguiendo los consejos de la hechicera, ella le daba todas las pócimas y brebajes que esta preparaba y le estuvo curando las heridas, hasta que, derrotada por el cansancio, la joven terminó durmiéndose a los pies de la cama. Al tercer día, con las primeras luces del alba, mientras todos dormían y la casa se hallaba en completo silencio, el joven despertó de pronto y dijo mirando a su alrededor, alborozado:

—¿Acaso en esta casa no se dan buenos alimentos al correo de mi señora Isabel I de Castilla, don Gonzalo Fernández de Córdoba?

La primera en abrir los ojos fue Maitechu, que a pesar de estar dos noches sin dormir mostraba unos brillantes ojos y una cara tan reluciente y hermosa que parecía un ángel. Con una sonrisa en los labios miró al joven, no como a un hermano, sino como una jovencita que se ha enamorado por primera vez.

—¿Eres tú quien ha estado todo el tiempo a mi lado? —preguntó el muchacho, mirándola directamente a los ojos y mostrándole una hermosa sonrisa.

Maitechu, se sonrojó avergonzada.

—Sí, ha sido ella, con sus manos te ha lavado con agua de rosas y no ha dejado que la fiebre te subiera más —contestó la hechicera.

El joven noble, que se llamaba Gonzalo de Córdoba, porque había nacido en Córdoba, se quedó mirando un poco extrañado a la mujer que le hablaba, como preguntándose quién sería esa persona.

—¡Estupendo, muchacho! —dijo el franco—, ya estás mejor. Temíamos por tu vida, pero veo que eres un tipo fuerte y duro.

Begoña se acercó hasta la cama del joven con un puchero de barro humeante entre las manos; a su paso dejaba tal aroma a comida que todas las miradas se posaron en él.

—Necesitas recuperar fuerzas. Estás muy débil, pero cuando te tomes esto, tu cuerpo será otro, ya lo verás.

Todos estaban alrededor del lecho del joven Gonzalo de Córdoba y le miraban contentos de que hubiera salido del peligro; cuando por fin el joven noble encontró a Presebal con la mirada, se dirigió a este y le dijo:

—Gracias por salvarme la vida por segunda vez, te estaré siempre muy agradecido.

—No tienes por qué dárme las, era mi deber.

Cuando más tarde le contaron que había estado casi tres días en la cama semiinconsciente, se quedó un poco preocupado y pensó para sí mismo:

—¿Tres días?

—Sí, mi señor —respondió el sevillano, su escudero.

—¿Todo el tiempo dormido?

—Sí, aunque de vez en cuando hablabas entre sueños, como si tuvieras una pesadilla —dijo Maitechu sonriendo.

—¿Y qué decía?

—Algo de una carta a Isabel.

—¿Y algo más...?

—No, siempre repetías las mismas palabras, una y otra vez.

—Sí, claro, se trataba de una carta que le había entregado a mi prima Isabel.

La joven, que estaba a su lado, se quedó angustiosamente pensativa, daba la sensación de que esas palabras le habían caído como un jarro de agua fría.

De pronto Gonzalo Fernández de Córdoba se palpó el pecho y se dio cuenta de que estaba completamente desnudo dentro de la cama, arropado con unas pieles que mantenían todo el calor de su cuerpo; al verse de esa manera intentó incorporarse.

—Tengo que vestirme.

Al intentar hacerlo, la debilidad de su cuerpo hizo que se tambaleara.

—No puedes levantarte todavía, estás muy débil, has perdido mucha sangre y primero tienes que recuperarte —le dijo la hechicera.

—Tengo que hacerlo, tengo que vestirme...

Al ver que el joven persistía en su empeño, su escudero se acercó hasta él y cogiéndole por los hombros lo levantó.

—Alcánzame la ropa, sevillano.

Maitechu le acercó la ropa e inmediatamente se dio la vuelta para no verle completamente desnudo cuando se quitara la piel que lo tapaba. El joven sonriendo la dio las gracias.

Al cabo de un rato el joven noble ya estaba completamente vestido y pudo comprobar que en el interior de su chaqueta de cuero llevaba la carta bien escondida en una bolsa de cuero; se quedó

más tranquilo y dijo mientras se volvía a tumbar en la cama totalmente vestido:

—Volveré a tumbarme un rato más, todavía no me encuentro demasiado bien.

Había pasado más de una semana desde que se produjo el incidente con los lobos; la nieve había dejado de caer y se estaba fundiendo poco a poco; ahora llovía con intensidad, dejando tras de sí grandes charcos por todas partes. Los caminos estaban intransitables, eran auténticos barrizales. Los caballos se habían restablecido del todo, estaban fuertes e incluso habían engordado un poco por la falta de actividad, pues eran animales acostumbrados a recorrer muchas leguas durante días enteros; ahora se les veía totalmente descansados, incluso agitados por la falta de actividad, como si quisieran volver a los caminos y continuar el largo viaje que todavía les aguardaba.

La hechicera después de dos días enteros en casa de Presebal comprobando la evolución del joven noble, vio que el chico mejoraba muy deprisa y que las heridas cicatrizaban muy bien, así que decidió marcharse a su refugio. Se sentía muy cómoda pero era consciente de que si seguía allí las cosas podrían ponerse feas, pues el normando y el sevillano la miraban continuamente con ojos de deseos y Presebal al darse cuenta estaba empezando a comportarse como un marido celoso a punto de estallar; un día Adiran se acercó hasta la hechicera y le dijo:

—Hechicera, sabes que no me importaría en absoluto que te quedaras con mi familia a pasar el invierno, pero los forasteros empiezan a comportarse como gallos dentro del gallinero y como las cosas sigan así alguno va a saltar y habrá sangre. No quiero que mi hijo pierda la vida por eso.

—Lo sé, hoy mismo tenía pensado partir —dijo la hechicera con cariño. Sentía bastante apego por aquella familia que en más de una ocasión la había ayudado.

Adiran respiró con gran alivio. Desconocía la relación amorosa que su hijo mantenía con la hechicera, pero sí se daba cuenta de que este también la miraba con ojos de deseo.

Al mediodía la mujer se marchó de la casa y Presebal la acompañó. A su vuelta parecía agotado y nada más llegar cenó con voracidad un buen guiso, que su hermana Begoña había cocinado, y después se acostó en el lecho de paja seca preparado junto al fuego; arropado por las mantas de pieles se quedó rápidamente dormido dando fuertes ronquidos, daba la sensación de que ese día había hecho grandes esfuerzos...

La última noche, antes de su partida, sentados junto al fuego cada uno relató la historia que les había llevado hasta ese lugar.

El franco se llamaba *Gastón de Lyon y había nacido en Francia, en Lyon concretamente. A muy temprana edad salió de su casa huyendo de la peste y del hambre; sus padres a los que apenas conocía, pues habían sido una familia de muchos hermanos, lo habían vendido con apenas doce años a un terrateniente como siervo para que trabajara.

Recibía brutales castigos de aquel amo, le trataba peor que a un perro y así fue como, en una de las ocasiones, se escapó y volvió a la casa donde había nacido, pero su dueño no tardó mucho en aparecer, pues su propio padre le había delatado.

A su regreso y a partir de ese momento, por las noches, el terrateniente lo encadenaba en la cuadra junto a los animales y por la mañana lo soltaba para que trabajara, siempre vigilado de cerca por otros siervos que hacían todo lo que su amo les ordenaba por miedo a las represalias.

Una noche, cuando su cuerpo ya estaba fortalecido de tanto trabajo y era casi tan grande como un hombre, logró soltarse de las cadenas, entró en la casa del amo y con un cuchillo, mientras aquel miserable y ruin ser que le había dado tantas palizas dormía, se echó encima de él y le degolló la garganta.

Después de aquello salió huyendo de ese lugar y anduvo por bosques, atravesó ríos y montañas, siempre fuera de los caminos para que nadie lo viera. Fue allí donde se sintió libre por

primera vez. Hasta que un día, muerto de hambre, enfermo y prácticamente desnudo, llegó hasta las puertas de un monasterio apartado de los caminos principales y muy lejos de la ciudad más cercana. Se dejó caer desfallecido, hasta que los monjes advirtieron su presencia y lo recogieron.

**Gastón de Lyon fue un soldado francés que luchó en el reino hispano-musulmán de Granada en el bando castellano. Fuentes recopiladas por Eloy Benito Ruan en Gente del siglo xv.*

Al cabo de unos años era otra persona, se había restablecido por completo, estaba fuerte como un león y ayudaba en todo a los hermanos que le habían cogido cariño; vestía sus hábitos y todos pensaban que seguiría el camino de la contemplación y del señor. Pero entre esos monjes había uno, de los más ancianos, que en el pasado había sido un monje templario, un guerrero que estuvo en las cruzadas en Jerusalén luchando contra los sarracenos, y era tantas las historias que le contaba por las tardes en la biblioteca, mientras los demás hermanos estudiaban en silencio, que el franco se empezó a imaginar una vida llena de aventuras, iguales a las que este monje había tenido la suerte de vivir.

Un buen día cuando su cuerpo ya se había desarrollado por completo, estaba fuerte como un toro y ya no pensaba como un niño sino como un hombre, decidió abandonar aquel monasterio cuyos habitantes le habían dado tanto cariño. El padre superior, que le había cogido un gran aprecio, quedó decepcionado porque estaba convencido de que terminaría cogiendo los hábitos; así que se despidió de él con cierta nostalgia, pero le abrió las puertas para que pudiera decidir libremente su camino.

Volvía a salir después de estar cuatro años bajo la protección de los monjes, bien atendido y cuidado por ellos, sabiendo leer y escribir, con un pequeño bolso de monedas y vistiendo con las antiguas ropas del viejo monje, de cuando había sido guerrero templario.

Esta vez no tenía miedo de que le buscaran. Tenía otro nombre, otra presencia y algo de dinero para comenzar una nueva vida. Nunca había sabido su edad, sus padres nunca se lo dijeron, pero un día, echando cuentas con el monje médico, un hombre muy sabio, le miró los dientes y le dijo que debería de tener unos dieciocho años.

De allí se marchó a París, que no quedaba muy lejos, con las ideas muy claras de lo que quería hacer con su vida. Se alistó en el ejército de *Luis XI, rey de Francia, y desde entonces luchó en todo tipo de batallas y escaramuzas, pero siempre había conservado el deseo de ir a las cruzadas y luchar contra los moros.

—Hay una bula del papa —dijo el franco—, que recorre todos los países de la cristiandad exhortándonos a luchar con los reyes cristianos de Hispania para expulsar definitivamente a los moros. Dicen que es el último reducto que queda en Europa de los infieles sarracenos y los reyes cristianos han prometido tierras y ganado a todos aquellos soldados cristianos que luchen en su cruzada y expulsen a los moros de la península.

**Luis XI, rey de Francia e hijo de Carlos VII. Fue el sexto Valois en ser rey de Francia, reinó desde 1461 hasta 1483.*

«Me dirijo a las tierras de Castilla para alistarme en los ejércitos cristianos, pero antes voy camino de peregrinación a Santiago de Compostela a rezar ante la tumba del santo —terminó de contar Gastón.

Todos escucharon con satisfacción la historia del franco, pero Presebal era el que más impresionado se había quedado. El afán de aventuras, de descubrir nuevos lugares y el deseo de poder salir más allá de las tierras que él conocía lo empujaban a querer hacer realidad el sueño de su vida.

Cuando Gastón acabó, le tocó el turno al joven noble:

—Mi nombre es *Gonzalo Fernández de Córdoba, nací en Montilla, Córdoba; mi padre es un noble que tiene parientes en Francia, en la zona de Burdeos, y fui allí para conocer a una de mis primas, quieren desposarme con ella cuando cumpla los dieciocho años. Llevo más de tres meses de viaje y voy de regreso a mi casa; me acompaña mi fiel sirviente y escudero, que le llaman el sevillano, porque es de Sevilla. Lleva toda la vida al servicio de la casa de mis padres.

«En el camino, antes de atravesar las montañas, nos encontramos con nuestro amigo el francés que venía a tierras de Castilla; decidimos realizar el viaje juntos, así nos hacíamos compañía y nos dábamos protección el uno al otro.

Solo el joven Gonzalo Fernández de Córdoba conocía la verdad de aquel viaje, pero tuvo que contar una mentira para poder guardar el gran secreto que llevaba escondido en forma de carta, cuya destinataria era nada menos que la reina Isabel de Castilla.

Todos se quedaron complacidos con el relato que contó aquel viajero; todos, excepto Maitechu. El corazón de la joven latía con fuerza desde que había conocido al joven Gonzalo, pero se sentía demasiado avergonzada para atreverse a manifestar su amor, así que decidió guardarlo en el fondo de su corazón; se sentía muy apenada porque al día siguiente el hombre que le había robado su corazón se marcharía y nunca más volvería a saber de él.

**Gonzalo Fernández de Córdoba, más conocido como Gran Capitán. Fue un militar español al servicio de los Reyes Católicos (1453- 1515), que organizó el ejército sobre una nueva unidad de combate, el tercio, o tercio real, lo que supuso la creación del primer ejército moderno dependiente de la corona que prescindía de las mesnadas de los nobles.*

Esa misma noche Presebal no pudo conciliar el sueño, estaba muy nervioso y agitado y se dedicó a dar vueltas en la cama. Había tomado una decisión.

Antes de las primeras luces del alba, incluso antes de que los viajeros se prepararan para continuar el largo viaje que les esperaba, Presebal se levantó de su lecho de paja seca, retiró las pieles que le cubrían el cuerpo y fue sigilosamente, para no despertar a los que dormían, hasta la otra estancia donde descansaba el padre con sus dos hermanas. Antes de despertarle se quedó un rato contemplándole con aire de tristeza, después se acercó hasta él y le susurró:

—Padre, he estado toda la noche sin dormir dándole vueltas a la historia que contó el franco.

Adiran se incorporó un poco de la cama para escuchar lo que su hijo le quería contar.

—¿Y qué es lo que te preocupa?

—He pensado en partir con ellos de viaje y marchar a los reinos castellanos para alistarme a las mesnadas de su ejército y combatir contra los moros. Quiero ser propietario de mis propias tierras y no tener que servir toda mi vida a un señor y tener que pagar con todo mi esfuerzo solo para poder vivir.

Adiran se había quedado sin habla, apenas había luz en la casa y su hijo no pudo ver las

lágrimas que empezaron a brotar de los ojos de su padre; este tuvo que hacer un gran esfuerzo para que las palabras salieran de su boca.

—Pero hijo, ¿lo has pensado bien? ¿No crees que se trata de una decisión muy precipitada?

—No padre, llevo mucho tiempo dándole vueltas a este asunto. La última vez que fui a la feria de la ciudad hablé con un peregrino que venía de las tierras de Castilla y me dijo lo mismo que el franco, que los reyes castellanos darán tierras a los hombres que se alisten a sus mesnadas para combatir en los reinos de Granada contra los infieles.

—¿Y qué pasará con tus hermanas y con el señor conde?, ¿qué nos hará a nosotros si tú te vas? —Padre, sabes que el señor conde no puede hacer nada, tú perteneces a los collazos, pero yo soy libre de emigrar a otras tierras, él no tiene autoridad ni poder sobre mí para obligarme a quedarme aquí.

Los padres de Adiran habían sido collazos del señor de las tierras. Pero el término *collazos* pervivió de forma aislada y mantuvo unas connotaciones sociales negativas que designaban a individuos situados en lo más bajo del escalafón, condición a la que pudieron haber accedido por diversas vías: herencias, endeudamiento, etcétera. La familia de Adiran era uno de esos casos, seguían contrayendo una deuda con el señor, pero no así sus hijos, que eran libres de emigrar a cualquier lugar.

Adiran lloraba amargamente en silencio; su hijo no podía ver las lágrimas que su padre derramaba, pero al hablar sí notó la voz rota por el llanto y Presebal sintió que en esos momentos se le rompía el corazón en pedazos.

Los dos se quedaron tristemente callados durante largo tiempo, el silencio solo era interrumpido por los ronquidos de los demás, que dormían profundamente. Entonces Presebal rompió el silencio diciendo:

—Padre, sabes que realmente es lo mejor para mí y para todos. Mi hermana Begoña está enamorada de Paskoal, el jornalero sin tierras y sin familia —toda la familia de Paskoal había muerto por la peste bubónica—. Es una buena persona y es trabajador, estaría encantado de ser miembro de esta familia. Él realizará el trabajo incluso mejor que yo y sacará adelante la granja. De ese modo mis hermanas podrán casarse y tener un lugar seguro donde vivir. Pero si yo sigo aquí, mis hermanas no tendrán tierras que trabajar ni lugar donde vivir cuando ellas se casen.

El padre, en ese momento, se dio cuenta de que esa era la única manera de que sus hijas pudieran tener sus propias tierras.

—Entonces hijo, ¿estás decidido a partir?

—Sí, padre.

Cuando Presebal terminó de hablar, la emoción contenida les invadió a los dos y sin poder controlarla por más tiempo se fundieron en un estrecho abrazo, mientras las lágrimas del viejo seguían resbalando por sus mejillas. El joven Presebal que tenía a su padre contra su pecho y lo abrazaba con todas sus fuerzas, sentía como si le hubieran clavado una estaca en el corazón, pero al mismo tiempo advirtió una sensación interior como de alivio, como si la idea de libertad, anhelada desde hace tanto tiempo, quisiese apoderarse de él, una libertad que alcanzaría una vez saliera de las tierras que le vieron nacer.

Aquella misma mañana por los caminos del reino de Navarra y a varias leguas de distancia de la ciudad de Aoiz, marchaba Gonzalo Fernández de Córdoba, *el Gran Capitán*, acompañado de su sirviente, el sevillano, de un aguerrido soldado francés, Gastón de Lyon, familiarizado con las

batallas y del campesino Presebal, del reino de Navarra, un muchacho que nunca había salido más allá del bosque y de las montañas.

Los cuatro marchaban por aquellos caminos en dirección al reino de Castilla para combatir con los reyes cristianos en una última batalla contra el rey moro. Solo Gastón de Lyon se separaría del grupo durante unas semanas para visitar la tumba del santo.

Mientras las labores de la granja continuaban como si de un día normal se tratara, Adiran lloraba por dentro la pérdida de su hijo; Begoña había salido aquella mañana presurosa para darle la noticia a su fiel enamorado, que esperaba desconsolado que algún día se le presentara la ocasión de pedirle la mano a la hija de su vecino, pues poco podía ofrecer, únicamente sus manos para trabajar la tierra.

Solo la bella Maitechu lloraba desconsolada ante la partida del joven Gonzalo; este, sin que nadie lo supiera, le había hecho una promesa de amor y le había dado su palabra de que regresaría a su lado, una vez resolviera unos asuntos de vital importancia que tenía que emprender bajo las órdenes de la reina Isabel I de Castilla.

La unión dinástica —los Reyes Católicos.

En la segunda mitad del siglo xv Hispania estaba dividida en varios reinos, el reino de Portugal, el reino de Navarra, el reino de Aragón y los últimos reductos del reino nazarí.

El nacimiento de Isabel I de Castilla, más tarde conocida como la Católica, el 22 de abril de 1451 ocasionó grandes revuelos entre la nobleza; era hermanastra del rey Enrique IV y en teoría no debía de haber reinado ella, sino otra mujer, la princesa doña Juana, apodada la Beltraneja.

Durante todos estos años acontece la segunda guerra civil castellana (1475-1479). Fueron años de continuas luchas entre Castilla y el reino de Portugal por hacerse con el control de los reinos y poner en el trono dinástico a una u otra mujer.

El 19 de octubre de 1469 se produjo el casamiento entre Fernando II de Aragón y la infanta Isabel I de Castilla en el palacio de los viveros de Valladolid; ella contaba con dieciocho años y él con diecisiete y pasaron su luna de miel en el castillo de Fuensaldaña, Valladolid.

Pero, para poder reinar en Castilla, Isabel tuvo que vencer la oposición de una parte importante de la nobleza castellana, principalmente de la alta nobleza, que prefería la alianza de Castilla con Portugal por lo que se pusieron de parte de Juana, *la Beltraneja*, llamada así despectivamente, lo que acabó en un enfrentamiento armado. Tras la batalla del Toro (1476), las cortes se reunieron en Madrigal de las Altas Torres y proclamaron reina a Isabel I de Castilla.

Con su enlace se consiguió la unión, en la dinastía de los Trastámara, de las coronas de Castilla y Aragón. Los reyes, apoyados por los ciudadanos y la pequeña nobleza, establecieron una monarquía fuerte frente a las apetencias de poder de eclesiásticos y altos nobles.

Una vez que Isabel se afirmó en el trono de Castilla, reanudó la conquista del reino nazarí de Granada, aprovechando que dicho reino se encontraba en una crisis dinástica entre el sultán, su hermano el Zagal y su hijo Boabdil. Así comenzó la conquista del reino de Granada en varias fases.

CAPÍTULO III

TOLEDO

Hacia poco más de un mes que Benjamín, el hijo del mercader más rico de la ciudad de Salamanca y amigo personal del astrónomo y matemático Abraham Zacuto, había salido huyendo de la casa de la familia de Aharon, cuando se produjo aquella pelea en la que Samuel quedó tendido en el suelo semiinconsciente.

Cuando Samuel recobró la consciencia, al principio estaba un poco aturdido por el golpe, pero a medida que empezaba a recuperarse comenzó a sentir una ira interior que fue creciendo por momentos. Entonces, entró en su casa, cogió una daga de grandes dimensiones y trató de salir en busca de aquel brabucón que se había aprovechado de la generosidad y hospitalidad de su familia y que les había pagado de aquella forma tan indigna y pueril, pero el padre y el propio Abraham Zacuto le impidieron hacerlo, pues aquella rabia solamente podría traer consecuencias nefastas, como la muerte de uno de ellos o incluso de los dos.

—¡Padre, deja que recupere el honor de mi hermana y el de mi familia!

Aharon trató de calmar a su hijo Samuel, que estaba muy alterado y le dijo:

—La rabia que sientes no reparará la ofensa hecha a tu hermana, pero no te preocupes, ella misma nos ha contando que no ha llegado a pasar nada.

—¿Entonces, tengo que cruzarme de brazos y ver cómo humillan a mi familia sin hacer nada?

En ese momento intervino el astrónomo que tratando de tranquilizar al muchacho dijo:

—Samuel, ten por seguro que la actitud de Benjamín no quedará impune, el **bet din* decidirá el castigo que se merece, pero enfrentarte a él para que corra la sangre no está contemplado en las creencias de nuestro pueblo.

**Las comunidades judías de cierta importancia disponían entre sus edificios públicos de una cárcel, en la que eran recluidos aquellos individuos condenados a esta por los tribunales judíos (bet din). Benjamín había desaparecido y desde entonces nadie conocía su paradero. En la aljama de Toledo nadie le había dado cobijo, por lo que su desaparición, desde que ocurrieron aquellos sucesos en la casa de Aharon, era todo un misterio. Abraham Zacuto, después de realizar las visitas pendientes a las diferentes aljamas, decidió regresar a su ciudad sin el muchacho. El astrónomo estaba preocupado por la suerte que podría haber corrido el joven, pero por más pesquisas que realizó nadie supo darle ninguna clase de información. Estaba dolido, pero también se sentía responsable de él, así que no sabía que iba a decirles a sus padres cuando tuviera que comunicárselo.*

Tener que explicar que el muchacho había desaparecido y que no sabía nada de él desde entonces no era una cuestión agradable, sobre todo teniendo en cuenta que sus padres le habían dado su confianza para que cuidara e instruyera al joven; por ese motivo el matemático y astrónomo marchaba por los caminos de Castilla cabizbajo, con la esperanza puesta en que a lo mejor el joven había decidido regresar solo a casa.

En aquel viaje de regreso hacia Salamanca, el astrónomo no viajaba solo; lo hacía en compañía de dos mercaderes de la aljama de Toledo, otro de Sigüenza y un sastre artesano que quería probar nuevos horizontes, pues la comunidad de su ciudad ya casi había desaparecido y los

cristianos apenas le daban trabajo para poder vivir; con los mercaderes viajaban cuatro sirvientes, que acarreaban con las mulas y con todas las mercancías que estos llevaban, y un guía o **uxseres* que habían contratado para que les guiara durante el camino y les ayudara con los obstáculos que se pudieran encontrar a lo largo del trayecto.

Aquellos caminos de la **mesta* no eran caminos enlosados, los baches y el barro eran compañeros habituales de los viajeros. Sin embargo algunos de ellos presentaban tramos empedrados, contaban con alizaces y tapias en los pasos peligrosos e incluso con calzadas.

**Se trataba de una especie de guías que se contrataban en los lugares de paso, recibían alrededor de dos sueldos por día de compañía y ayudaban a los viajeros a salvar las dificultades inherentes al trazado de las rutas, dificultades que las lluvias, la nieve y los hielos solían incrementar. Sacado de la obra: Viajeros y desplazamientos cotidianos a fines de la Edad Media. Daroca, sus caminos y sus gentes (siglo XV), de la autora María Luz Rodrigo Estevan.*

**Eran las cañadas reales creadas en 1273 por Alfonso X el Sabio.*

La ciudad se comunicaba con las aldeas y los lugares de su entorno a través de ellos; normalmente los recorridos solían ser de entre treinta y ocho y sesenta kilómetros por jornada, dependiendo de cómo estuviera el estado del camino y de si el viaje se hacía en invierno o en verano; ya que el recorrido se hacía desde que salía el sol hasta que se ocultaba y era normal que en verano, al haber más horas de luz, se recorriera más trecho de camino.

El pequeño grupo en el que viajaba el astrónomo llevaba la mitad del recorrido hecho, más de siete jornadas, y ya habían pasado por varias villas, aldeas y ciudades. Ahora marchaban por las tierras de Ávila, una de las zonas más llanas, donde el sol apretaba con fuerza en los días de verano, y en invierno, en los días más fríos, eran tan bajas las temperaturas que uno podía morir congelado si dormía a la intemperie.

Los tres mercaderes hebreos eran una compañía agradable, estaban acostumbrados a realizar continuos viajes, yendo de ciudad en ciudad y visitando todo tipo de ferias. Abraham era el único desconocido del grupo, fueron los amigos de la aljama de Toledo quienes le presentaron a los mercaderes para que hiciera el viaje con ellos, y de esa manera el astrónomo no viajaría solo y se sentiría arropado por ellos; además, aquellas personas le daban confianza porque eran de su mismo pueblo y tenían sus mismas creencias.

Cualquier viajero que tuviera que emprender un largo viaje lo hacía siempre en compañía de otros; se montaban caravanas a propósito para viajar de un lugar a otro y era en las ciudades donde se solía reclutar a los grupos o donde se contrataba a los guías conocedores del terreno para llevarle a uno por el camino adecuado y no perderse.

Abraham Zacuto, en este caso, había aprovechado el viaje que dos mercaderes de la ciudad de Toledo iban a realizar a Valladolid y a León, y un tercero que se les unió cuando pasaban por la villa de Madrid.

Los sirvientes que viajaban con ellos eran antiguos moros conversos de las últimas ciudades conquistadas por los cristianos en la península ibérica, que todavía vestían con turbante y chilaba, como si la conquista de su reino se hubiera hecho hacía dos días.

En cuanto a la vestimenta de los cuatro hebreos-sefarditas en poco se diferenciaba de la de los cristianos, porque por esa época tanto judíos como cristianos se vestían de igual forma. Solo Abraham Zacuto, como hombre de ciencia y por su condición de rabino, llevaba una vestimenta y tenía un aspecto un poco diferente al de los demás hebreos; portaba una larga barba y un **kipá* y todos los caminantes que se cruzaban en su camino se daban cuenta de que aquel hombre era judío. Algunos le miraban con despecho o con cierto aire de malicia pero nadie trataba de meterse con

aquel grupo de viajeros que iba acompañado con varios sirvientes y con un guía que habían contratado en la última ciudad, que solía ser una persona conocedora del terreno y que iba bien armada para defenderse de los bandidos o malhechores.

**Gorro judío, en castellano solideo.*

Cuando el grupo llegó a la ciudad de Ávila, los últimos rayos de sol estaban a punto de ocultarse y dejar paso a una noche que amenazaba con ser muy fría, pues corría un fuerte viento helado que venía de las montañas de la sierra de Gredos. Atravesaron las puertas de la ciudad amurallada que estaban custodiadas por tres soldados fuertemente armados, que apenas prestaron atención al paso de la comitiva, pues aquellos hombres llevaban todo el día contemplando cómo entraban y salían todo tipo de forasteros, y se dirigieron a la casa de Pedro López, un castellano cristiano cuya posada era frecuentada por los hebreos desde hacía muchos años.

Por las calles de Ávila se distinguía una fuerte actividad de soldados que salían de las tabernas y de ciertas casas de mala reputación. Algunos ya andaban borrachos y con ganas de bronca. Abraham supuso que aquella cantidad de soldados no era sino una señal de que iba a dar comienzo algún tipo de batalla o escaramuza, tal y como estaban acostumbrados a hacer los cristianos continuamente.

Cuando llegaron a la posada, los criados se encargaron de quitar todas las cargas a las mulas y llevar las caballerías a los establos y darles de comer. La casa de Pedro López era famosa desde hacía mucho tiempo y todo forastero o caminante que pasara por allí la solía conocer. Ávila era una ciudad grande vigilada y amurallada, a prueba de bandidos y de malhechores y había muchas casas donde sus habitantes alquilaban habitaciones. El sistema de hospedaje en la Edad Media era claramente muy rudimentario. Los caminantes se recogían en casas particulares cuyos propietarios alquilaban algunas dependencias sobrantes para este fin. Se detenían en ellas para comer y descansar o para cenar y dormir, pero solo se les proporcionaba techo, debiendo los viajeros comprar la leña para la cocina, e incluso aprovisionarse de agua y de candelas para alumbrar sus actividades; pero no era el caso de la casa de Pedro López, era más bien como las fondas que más tarde se conocerían a los largo del siglo. Esta daba hospedaje y comida abundante a todos los forasteros y la casa era confortable y caliente, pero también en sus precios se notaba la diferencia, y no todos los viajeros se lo podían permitir.

Cuando Pedro, el posadero, les vio llegar salió rápidamente a recibirlos, saludó cordialmente a los hebreos que eran clientes asiduos; siempre le dejaban un buen dinero que más tarde los mercaderes solían recuperar con la venta de algún encargo que el posadero les había pedido o algún que otro artículo que estos solían llevar para comerciar.

—Sabía que no tardarían en aparecer por mi casa —dijo Pedro López, saludando a los hebreos.

—¿Cómo están las cosas por aquí? —preguntó uno de los tres mercaderes.

—Últimamente ha llovido mucho y hasta hace poco no ha dejado de nevar y helar. Si llegáis a venir unas semanas atrás os hubierais encontrado todo esto completamente nevado, pero las últimas lluvias se llevaron por fin las nieves.

—Sí, es cierto; los caminos están muy difíciles, en alguna ocasión hemos tenido que sortear ríos porque bajaban con mucho caudal.

El astrónomo, que hasta esos momentos había estado escuchando la conversación en silencio, le comentó al posadero:

—He visto que hay muchas mesnadas de soldados en la ciudad.

El posadero que no conocía a Abraham Zacuto pero, como sabía que venía acompañado por los mercaderes, le saludó con afecto y contestó:

—Son soldados reclutados para la guerra contra el reino moro de Granada, dicen que es el último rey moro que queda en Hispania, y hablan de que, una vez expulsados, se necesitarán muchos campesinos y hombres que ocupen y trabajen sus tierras. A los soldados que luchan con los reyes castellanos les prometen tierras y unos cien maravedíes; no solo se han reclutado muchos muchachos jóvenes de los alrededores, sino que también están llegando mesnadas de extranjeros cristianos deseosos de entablar batalla contra el infiel.

En cuanto dijo la última palabra, el posadero se quedó callado mirando al grupo de mercaderes amigos suyos y quitándole importancia, dijo:

—Caballeros, ruego a vuestras mercedes que pasen a mi casa, acérquense al fuego y a la mesa que yo les serviré unos platos calientes, vendrán muertos de hambre.

Por la noche el viento que soplaba con fuerza hacía crujir la madera de la ventana, solo los ladridos de los perros se oían a lo lejos rompiendo el silencio. El astrónomo se despertó de repente de un profundo sueño, estaba exhausto por las jornadas tan largas de viaje que acababan por agotar al viajero más avezado y Abraham, que ya había pasado sus años de juventud y se encontraba en plena madurez, notaba que sus huesos se empezaban a quejar. Intentó volver a conciliar el sueño pues todavía quedaba tiempo para dormir antes de que llegara el alba, que era cuando se despertaría para realizar una de las doce bendiciones del creyente judío; de pronto escuchó un ruido de voces y de espadas que provenían de la calle como si de una pelea se tratara, pero de la misma manera que vino el alboroto, desapareció de repente, como si allí no hubiera pasado nada. Observó la habitación y vio a los tres compañeros de viaje durmiendo plácidamente como si no nada hubiera ocurrido; se tranquilizó y poco a poco se fue quedando dormido.

El día que Benjamín salió huyendo de la casa de la familia de Aharon en Toledo, ante la sorpresa de todos, lo primero que pensó el muchacho fue en volver a su ciudad natal, Salamanca, a casa de sus padres. En ningún momento sintió ningún tipo de remordimiento por lo sucedido y sí algo frustrado y enfadado por haber sido rechazado por aquella engreída niña tonta. Por nada en el mundo volvería a casa de la joven o realizaría el viaje de vuelta con su tutor, el rabino Abraham Zacuto, pues continuamente le estaría sermoneando por su manera de proceder y él ya no era un niño para estar aguantando ningún sermón de nadie.

Por otra parte las aljamas judías solían ser muy severas en dictar castigo y a pesar de que para él aquel comportamiento había sido de lo más normal, era posible que la comunidad judía no lo viera de esa manera y tratarían de proporcionarle un castigo ejemplarizante; él no estaba dispuesto por nada del mundo a que le humillaran en público, a recibir un castigo físico o a que le encerraran por algún tiempo en las cárceles judías.

En más de una ocasión había visto cómo la comunidad judía de su ciudad impartía castigos severos a las personas de sus mismas creencias por cuestiones absurdas o tontas, que ni siquiera en los tribunales cristianos se daban.

En estos tiempos las aljamas ya no podían impartir leyes y dictar sentencias, pues los reyes castellanos y las cortes de Castilla les habían quitado esa potestad a los judíos, así como a las comunidades moras que todavía existían en las ciudades conquistadas. Todo aquel que cometía algún tipo de fechoría, asesinato o cualquier otra clase de delito, tenía que ser juzgado por los tribunales cristianos; pero aun así todavía quedaban ciertos resquicios en las aljamas por el que si ciertos hechos eran cometidos por gente de sus mismas creencias y dentro del entorno de la comunidad, y no llegaba a pasar sus fronteras, la misma comunidad judía imponía el castigo.

Por todo aquello Benjamín decidió alejarse de la ciudad y marchar con su caballo a galope pues, gracias a que lo tenía atado fuera de la casa de Aharon, pudo llevarse.

Cuando el muchacho llevaba más de dos jornadas de camino, de regreso a su casa, se encontró

de golpe con un campamento de soldados que estaba acampado cerca de la ciudad de Segovia. Había cientos de tiendas de campaña repartidas a lo largo de unas praderas verdes y multitud de hombres uniformados estaban atareados en sus trabajos. Era como una gran ciudad donde había herreros que trabajaban en sus fraguas templando las armas, haciendo herraduras para los caballos y cantidad de utensilios que utilizaban para el combate, así como cocineros, ganaderos, pastores, mozos de cuadras, panaderos, soldados y caballeros que se entrenaban continuamente para estar listos en cualquier momento para el combate. Benjamín, subido a lo alto de un pequeño cerro, se paró durante un buen rato a contemplar todo aquel trasiego que nunca antes había visto, pero que le tenía totalmente maravillado. En su interior sentía envidia de no estar allí con aquella mesnada haciendo lo que él siempre había soñado, cuando justo a su espalda escuchó las voces de varios soldados:

—¡Eh, tú! ¿Qué haces ahí?

Benjamín se dio la vuelta y se encontró con una patrulla de cuatro soldados armados que se acercaba a él.

—Solamente estaba mirando.

Uno de los soldados con aspecto tosco y que parecía el mayor de todos, le dijo:

—¿No habrás venido a espiarnos?

—No, señor —contestó Benjamín.

—¿Qué haces por estos lugares?

—Voy de viaje, me dirijo a la ciudad de Salamanca.

—Eso queda muy lejos de aquí, estás muy apartado del camino —comentó otro de los soldados que parecía más joven que el otro.

—Lo sé, me he perdido y tal vez me haya desviado un poco de mi camino. Si ustedes, señores, me dicen por dónde tengo ir, me marcharé enseguida.

Benjamín hizo ademán de subirse al caballo y salir de allí al galope, las intenciones que aquellos soldados parecían llevar no le daban buenas vibraciones, y tener que luchar solo contra cuatro era cometer una locura.

—¿De dónde has sacado ese caballo, no será robado?

—No, señor. Es un regalo de mi padre —contestó Benjamín.

Los cuatros soldados se rieron al unísono y uno de ellos le dijo:

—Pues si tu padre puede hacer regalos tan caros, no le importará que nos quedemos con este, él puede regalarte otro.

Benjamín intentó subirse a su montura, pero el soldado de aspecto más viejo y que parecía mandar sobre los demás le agarró de la pierna y le increpó:

—Eh, muchacho, no corras tanto. Si quieres, te puedes marchar por donde has venido, pero el animal se queda con nosotros.

La rabia que hasta ese momento el muchacho había intentado apaciguar se estaba apoderando de él; sabía que si intentaba combatir con ellos, perdería, pero no podía consentir que se llevaran su caballo, el regalo que hacía un año su padre le había entregado por ser ya un hombre. Solamente la nobleza o personajes muy ricos podían disponer de un caballo de esas características. Un campesino o un siervo podían estar toda su vida trabajando y nunca tendrían el dinero suficiente para poder comprar uno como aquel, por eso antes de darlo Benjamín lucharía por él hasta la muerte, no daría su montura tan fácilmente.

Y sin pensárselo dos veces, cuando una de las piernas estaba en el estribo y la otra en el aire, le lanzó una patada con todas sus fuerzas al soldado que le impedía marcharse y este cayó al suelo. Los otros tres soldados durante un instante se quedaron sin reaccionar; eran muchachos

jóvenes, todavía sin experiencia en el combate, pero aun así uno de ellos logró asir una de las riendas del caballo para que el jinete no pudiera controlarlo, pero Benjamín, que ya era todo un experto en el arte ecuestre, hizo que su caballo se alzara de manos, e intentó cocear al soldado que, al verse impotente y temiendo que el caballo se le echara encima, lo soltó; en ese momento salió a galope como alma que lleva el diablo, dejando tendido en el suelo a uno de los soldados y a los otros tres con cara de pasmados.

A una distancia de unas cien varas castellanas, cuando Benjamín se vio libre de sus enemigos, miró atrás y vio que no habían tratado de seguirle, así que dejó de espolear a su caballo e intentó tranquilizarlo, pues el animal con la galopada se sentía muy nervioso y Benjamín no quería dejarle sin fuerzas pues todavía les quedaba un largo viaje. Justo en ese momento se topó con dos jinetes que venían de frente hacia él y se temió lo peor. Aquellos caballeros iban a lomos de excelentes monturas, uno de ellos llevaba un caballo brioso de batalla de alzada muy alta, además de que portaba ropas de soldado, cota de malla y la espada sujeta a un lado de la montura preparada para ser desenvainada al instante; si Benjamín intentaba salir huyendo aquel jinete seguramente le daría alcance. Pensó que podían ser compañeros de los soldados, que habían salido en ayuda de estos, pero cuando los dos jinetes se acercaron a paso lento y sin mostrar agresividad, se tranquilizó y esperó a que estos le hablaran.

—Eres valiente, muchacho, hemos visto lo que ha sucedido —dijo Gastón de Lyon, el soldado franco que venía cabalgando junto a Presebal.

—Querían robarme el caballo.

—Tienes agallas y figura para combatir.

—Llevo años ejercitando el combate cuerpo a cuerpo y a caballo —dijo Benjamín con cierto orgullo.

—¿Has estado alguna vez en alguna batalla? —preguntó Gastón de Lyon.

A Benjamín se le pasó por la cabeza la idea de mentir, de esa manera aparentaría ser más importante y temeroso por si acaso pensaban ir con malas intenciones, pero era una persona sincera y la mentira no formaba parte de su manera de actuar.

—No, señor; tengo un buen maestro que me ha enseñado el arte del combate, él sí estuvo en muchas batallas y era uno de los mejores —dijo con admiración y orgullo al recordar la figura de su profesor.

—¿Has pensado alguna vez en alistarte a las mesnadas, muchacho?

Benjamín se quedó callado, uno de sus sueños era hacerse caballero y combatir en las batallas, pero tenía miedo de que los cristianos descubrieran que él era judío. Un judío era aceptado si se hacía converso, pero para eso tenía que pasar por un tribunal que comprobaría que realmente había rechazado su fe y a los suyos. Eso llevaría tiempo, además de que tendría que cumplir una serie de normas que por el momento no estaba dispuesto a acatar.

—Sí, me gustaría.

—Entonces no hay nada que te lo impida, vente con nosotros.

Gastón de Lyon era un veterano que se había enfrentado a multitud de batallas, en Francia había oído hablar de las cruzadas y de la última de ellas en Hispania para luchar con los reyes cristianos y expulsar a los moros. Además había oído hablar de las pagas y el ofrecimiento de tierras que los reyes castellanos habían prometido a todo soldado que luchase en su ejército, aparte del suculento botín que pensaba sacar en la conquista. Asimismo tenía una firme convicción cristiana inculcada en los años que estuvo con los monjes; a pesar de su espíritu de aventuras y de guerrero creía firmemente en su fe y consideraba a los moros como infieles y que ponían en peligro la verdadera fe.

El caso de Presebal era distinto; él no tenía una firme convicción católica, fue la llamada de la aventura, el riesgo y el reparto de tierras, así como las pagas lo que propició que se alistara y viajara con Gastón de Lyon. En esos momentos los dos portaban una carta, escrita por el joven noble Gonzalo Fernández de Córdoba, para entregar a uno de los que comandaban una de las mesnadas más importantes de los reyes castellanos. La carta hablaba del buen servicio que podían hacer estos dos cristianos que querían alistarse en el ejército. Aparte, Gastón de Lyon llevaba otra carta de presentación por los años de servicio combatiendo al lado de un noble conde francés.

Hacia menos de una jornada que Gonzalo Fernández de Córdoba y su escudero, el sevillano, acababan de separarse de Presebal y de Gastón de Lyon. Habían cogido rutas distintas, el joven noble marchaba ahora hacia la ciudad de Segovia, pues por lo visto las últimas noticias hablaban de que la reina Isabel de Castilla y el rey Fernando II de Aragón, ahora los dos reyes de Castilla y Aragón, estaban en esa ciudad por asuntos de la corona. El noble Gonzalo viajaba a toda prisa con su fiel escudero para entregar por fin la carta que llevaba en su poder desde hacía casi un mes y era de vital importancia para la causa de la corona.

Los cuatro habían quedado en reunirse con las tropas una vez que el correo de la reina estuviera en sus manos y siempre y cuando la reina Isabel no le volviera a encomendar otra empresa, pues Gonzalo de Córdoba así como su escudero estaban también deseosos de alistarse en el ejército que se estaba formando.

Abraham, el astrónomo, se había levantado a primera hora de la mañana y como siempre realizó sus oraciones antes de emprender cualquier otro tipo de tarea.

La ciudad de Ávila bullía de actividad, cerca de donde estaban hospedados había una plaza con un colorido mercado abarrotado de tiendas en el que se veía mucho movimiento. Cuando llegaron por la noche a la posada apenas se fijaron en los puestos, porque la escasa luz impedía verlos, pero ahora con las primeras luces de la mañana el ambiente era frenético, multitud de personas llegaban de todas partes cargadas con sacos, animales, pollos, verduras y pan; había carretas abarrotadas hasta arriba de frutas y hortalizas y multitud de utensilios se vendían en aquella feria. Campesinos, granjeros, jornaleros, artesanos, nobles, todos ellos venían desde lejos para hacer compras, llenar sus cestas o cambiar sus productos artesanos por comida.

Los mercaderes que acompañaban en el viaje al astrónomo tenían que hacer un alto de tres días para visitar a sus clientes y vender en la feria los productos que transportaban en sus cargadas mulas, por lo que no le quedó más remedio a Abraham que resignarse y esperar a que estos volvieran a partir. La idea de salir solo de viaje por aquellos caminos era toda una temeridad y más para un judío que no trataba de disimularlo, con su barba y sus ropas; podría contratar a algún guía que le llevara directamente a la ciudad de Salamanca, pues estaría a menos de tres jornadas de distancia, pero no se decidió a hacerlo, pues no tenía la experiencia de sus acompañantes mercaderes de viajar por aquellas tierras y podía ser engañado por uno de ellos, que le robaría y le dejaría por ahí tirado en algún camino. Los mercaderes le podían mandar a uno de plena confianza, pero el costo de hacer el viaje solo era mucho mayor. Así que decidió aprovechar aquella parada para visitar la comunidad judía de la ciudad de Ávila y ver qué había quedado de ella, pues se hablaba de que, siendo una de las más numerosas del reino de Castilla en otros tiempos, había sobrevivido un simple testimonio de varias familias, ya que la mayoría emigró a otros sitios más tranquilos o se convirtió al cristianismo, abandonando así el barrio judío y adquiriendo otras casas para mezclarse con los cristianos. Las escasas familias judías que quedaban y que no se habían convertido aguardaban intranquilamente a que llegaran tiempos mejores, permaneciendo expectantes a lo que pudiera suceder.

Abraham Zacuto estaba contento pues el visitar a aquellos hermanos, a pesar de que no les unía

ningún tipo de parentesco, le hacía feliz.

El se encontraba a gusto con los de su mismo pueblo, pues tenían históricamente lazos comunes. A veces se preguntaba por qué había tanta diferencia entre la forma de pensar de un cristiano y la de un judío, porque físicamente eran iguales, no había ningún rasgo corporal que los diferenciara de los hispanos. La tez de ambos era blanca, el pelo podía ser moreno o rubio y los ojos claros u oscuros. Ambos, cristianos y judíos, eran diferentes de los esclavos negros que venían de África y que los moros traían a Hispania para venderlos; también eran diferentes a los moros, pues la mayoría solía tener la tez más oscura y vestían con ropas muy diferentes; pero ellos, los judíos, eran iguales físicamente a la mayoría de los hispanos, no había distinción de raza, incluso la forma de vestir era la misma; pero, aun así, existía un odio entre los cristianos que no les permitía aceptar a los hebreos, a pesar de llevar siglos conviviendo en el mismo lugar.

Abraham sabía que se habían vivido épocas mejores entre las tres creencias; en la España cristiana se habían disfrutado periodos esplendorosos entre las tres religiones, pero en las últimas décadas las cosas se habían enrarecido y ahora, se veía odio en la mirada de muchos cristianos cuando se cruzaban con ellos por la calle y llegó un momento en que los judíos, cuando abandonaban su comunidad, siempre salían con miedo. Por eso Abraham anduvo por calles desiertas y estrechas tratando de cruzarse con el menor número posible de personas. A pesar de que nunca había estado en aquella ciudad, sabía seguir las pistas que le llevarían a la judería o a la casa de algún judío. ¿Cómo no iba a saber un judío encontrar la casa de otro judío? Su pueblo era un pueblo enigmático que estaba repleto de señas de identidad, nunca otro pueblo lo había podido igualar, por eso se sentía tan orgulloso de sus raíces judías.

Justo cuando terminó de bajar por una de las calles, Ávila era una ciudad edificada casi toda en cuesta, llegó a una pequeña plaza donde se encontró de pronto con un pequeño grupo de soldados cristianos que estaban al lado de un mesón donde despachaban vino, bebiendo y cantando alegremente. El astrónomo pasó por su lado sin mirarlos y con la cabeza gacha, cuando uno de los soldados le espetó altaneramente:

—Eh, tú, perro judío, ¿a dónde vas?

El astrónomo tenía a un fornido soldado enfrente que le entorpecía el paso.

—Mírame a la cara, te he preguntado que a dónde vas.

Otro de los soldados se acercó riéndose y haciéndole burlas al astrónomo, le quitó su kipá de la cabeza y se la puso en la suya, mientras los demás reían su ocurrencia.

—Perro judío, si quieres que te dejemos marchar entréganos antes unos maravedíes. ¿No sois todos tan ricos como dicen y ayudáis a los reyes y a los nobles con grandes sumas de dinero para que os protejan?

El astrónomo se mantuvo en silencio mientras en su interior rezaba unas oraciones para tratar de calmarse y echó mano de una pequeña bolsa que llevaba escondida debajo de sus ropas, pues pensaba que era la única manera de librarse de ellos, aunque no estaba seguro de que aun dándoles el dinero lo dejarían en paz; estaba en esas cuando de pronto se escuchó una voz a sus espaldas que decía:

—¡Eh, vosotros! Dejad tranquilo a ese buen hombre.

Era la voz de Benjamín que iba acompañado de Presebal y de Gastón de Lyon.

—Le dejaré en paz si antes me entrega la bolsa que tiene en las manos —dijo uno de los tres soldados que estaban molestando al astrónomo.

—La bolsa es suya y él no te tiene por qué entregarte nada —respondió Benjamín, acercándose a donde estaba Abraham.

El astrónomo había reconocido a Benjamín nada más oírle, pero estaba un poco desconcertado

a la vez que ilusionado por haberle visto de nuevo, pero no quiso hacer ver que le había reconocido, ya que este llevaba ropas de soldado del ejército castellano y su intuición le hizo presentir que el joven escondía algo.

—¿Y quién me va impedir coger la bolsa de este perro judío?

—Yo.

—¿Tú, un niñoato? —y el soldado, un hombretón fuerte de considerable estatura, se empezó a reír con todas sus fuerzas.

El hombretón intentó coger la bolsa de monedas de Abraham Zacuto, pero Benjamín se lo impidió agarrándole de la mano; en ese momento el soldado trató de darle un puñetazo en la cara pero Benjamín, que era más ágil y rápido que su contrincante, esquivó aquel puño terrorífico dando un giro con todo el cuerpo y colocándose detrás de este le agarró uno de los brazos con todas sus fuerzas inmovilizándolo en la espalda, a la vez que con el otro brazo le agarraba el cuello con tanta fuerza que el hombre parecía que se estaba asfixiando.

—¡Muchacho, me haces daño, me vas ahogar; suéltame el brazo! —gritaba el soldado.

—Te soltaré si pides perdón a este hombre y le dejas en paz.

El soldado intentaba por todos los medios soltarse de los brazos de Benjamín pero, cuanto más se movía y más intentaba librarse de las garras que le tenían cogido, más apretaba el muchacho.

—¡Me vas a partir el brazo, déjame o te arrepentirás de haber nacido!

El soldado maldecía y echaba espuma por la boca, y por más que lo intentó no consiguió deshacerse de Benjamín. Transcurrió un buen rato hasta que el hombretón se quedó sin fuerzas y, cuando estaba a punto de caer desmayado, Benjamín le soltó; un poco más y habría acabado con la vida de ese hombre. Él también estaba extenuado, pero se mantuvo alerta, esperando la reacción del soldado, pensando que tal vez volvería a atacarle, pero no fue así. El hombretón cayó rendido en el suelo tratando de recobrar el aliento y mientras se recuperaba sus compañeros le cogieron a hombros y se lo llevaron de allí.

Abraham estaba impresionado y agradecido por lo que este había hecho por él. Le dio las gracias efusivamente pero Benjamín, haciendo como que no le conocía, le contestó:

—No hay de qué, anciano. Siga su camino y vuelva a su judería antes de que otros le paren por el camino.

Presebal y Gastón de Lyon se acercaron hasta Benjamín y le felicitaron eufóricamente. El astrónomo continuó su camino contento por haber salido indemne de aquel incidente y de haberse encontrado con el muchacho; por fin sabía de él y lo había visto bien, aunque estaba extrañado de que Benjamín vistiera con aquel uniforme.

—Muchacho, cada vez me tienes más sorprendido, no hay quien pueda contigo. - Era Gastón de Lyon.

Cuando Abraham Zacuto estaba a punto de llamar a la puerta de una de las casas de los pocos judíos que quedaban en Ávila, escuchó la voz de Benjamín que le llamaba, casi sin aire, paró al astrónomo y le dijo.

—Rabino, perdóneme por haber actuado como si no le conociera, pero las circunstancias me hacen proceder de esa manera.

Entonces Benjamín le contó con pelos y señales todo lo que le había sucedido desde el primer día que había salido huyendo de Toledo. Le contó que su primera idea había sido regresar a casa, pero le explicó por qué no lo hizo y cómo se alistó a las mesnadas del ejército de los reyes castellanos para combatir contra los moros a cambio de tierras y pagas, y cómo se había escapado de sus amigos durante un rato con la excusa de hacer unos recados, para ir en su busca.

El astrónomo, después de escucharle en silencio, le dijo:

—Tú, Benjamín, eres judío, nuestras creencias no nos permiten matar a nuestros semejantes.

—Rabino, respeto la fe de mis padres que es también la tuya, pero no me siento judío, ni creo en Yahveh.

—Todavía eres muy joven para sentir la llamada de Yahveh, algún día te llegará.

—Que así sea rabino, pero mientras recogeré los frutos que la vida me ofrece.

Abraham sabía que intentar convencer al muchacho con palabras habría sido imposible; durante el largo viaje que habían hecho juntos, el astrónomo le había hablado de las maravillas de la Torah y del pueblo elegido por Yahveh, pero Benjamín apenas hizo caso de sus palabras y sus pensamientos se centraban siempre en las cosas banales que se iban encontrando por el camino, como las jóvenes campesinas con las que se cruzaban; por ello evitó hablar de esos temas y se preocupó por su futuro.

—¿Sabes que eres judío?

—No, no lo sabe nadie y ninguno tiene por qué enterarse.

—Lo suponía, ¿sabes qué te podría pasar si se llegaran a enterar?

—No me preocupa, rabino, nadie descubrirá mi secreto.

—Que así sea, ¿tus padres saben que te has alistado en el ejército cristiano?

—Sí, rabino, envíe un mensajero para que les diera la noticia.

El astrónomo se quedó más tranquilo y le dio su bendición de despedida; le colocó la mano encima de la cabeza bajándosela por la cara según la tradición judía. Era la bendición que dio Jacob a sus nietos Manases y Efraín, hijos de José, según se relata en el testamento de Jacob *Génesis, XLVIII*; la bendición podía transmitirse también por palabras o mediante un regalo.

El astrónomo vio cómo se alejaba aquel muchacho que había visto nacer y que ahora era todo un hombre; ya nada podía hacer por su vida, únicamente desearle lo mejor.

Al rato Benjamín se volvió a juntar con sus dos amigos, Presebal y Gastón de Lyon.

—¿Conocías a ese judío? —preguntó Presebal.

—Era un antiguo amigo de mi familia.

—Son unos desgraciados, por su culpa murió Jesús en la Cruz —exclamó Gastón de Lyon.

Benjamín prefirió guardar silencio, había renegado de su condición de judío, de su pueblo y de sus creencias, pero tenía que sobrevivir. Él no era como los demás judíos que estaban aferrados a su fe y a sus creencias, que se sentían orgullosos de su extirpe; él era diferente a todos ellos, había nacido para otras empresas mayores, estaba obsesionado con las grandes hazañas que su amigo, el árabe, tanto le había relatado sobre la lucha entre moros y cristianos combatiendo con nobleza y caballería. Para él un hombre de verdad era aquel que empuñaba una lanza o una espada y combatía valientemente sin importarle que su enemigo fuera musulmán o cristiano.

De aquel musulmán conoció las leyendas de Muhammad ibn Abi Amir *al-Mansur* ('el victorioso'), más conocido por los cristianos como Almanzor, y también supo del querido y amado Rodrigo Díaz de Vivar, *el Cid Campeador*, del que los trovadores contaban sus gestas en los mercados en los días de feria, en los caminos y en las plazas, y de otros guerreros musulmanes que, al igual que el Cid, su pueblo ensalzaba hasta la divinidad.

Ahora en Hispania se había levantado la guerra de las religiones, cristianos contra musulmanes y judíos, musulmanes contra cristianos y judíos y, como siempre, el pueblo hebreo estaba solo, a punto de ser barrido como por arte de magia de Hispania, llevando siglos como cualquier otro cristiano viejo romanizado.

¿Qué le importaba a él todo eso?, ¿qué importancia tenía ser judío, musulmán o cristiano? No había ninguna diferencia en el color de la piel, ni en el idioma, ni en la forma de pensar, pero ahora lo estaban envenenando todo y la población era cada vez más antisemita; él solo quería ser

un caballero y poder lucir su inmaculada armadura que brillaría bajo los rayos del sol, y que su nombre y su porte lo cantaran los juglares por todos los rincones de la tierra.

CAPÍTULO IV

El viaje de Samuel

Pasados dos días del incidente con Benjamín en el patio de la casa de Aharon, Samuel, su amigo David y el fiel sirviente Mamadou salieron de viaje rumbo al sur, hacia la costa mediterránea. El objetivo era hacer nuevos contactos para sus negocios y posiblemente buscar un nuevo hogar donde la familia de Aharon y también la de su amigo David se pudieran instalar.

Las dos familias judías eran de las más antiguas de la ciudad de Toledo, ni siquiera sus últimos descendientes recordaban desde qué siglo se habían instalado allí. Pero ahora los tiempos estaban cambiando demasiado rápido y el esplendor de la aljama judía en Toledo había decaído; en esos momentos no había más de cien familias en la judería que todavía no hubieran renegado de sus orígenes y de su pueblo. El resto poco a poco se había ido haciendo converso, aunque esos judíos conversos, en el fondo de su corazón, seguían practicando en secreto la verdadera fe de Abraham y Moisés en sus casas; pero trataban de no mezclarse con los judíos que todavía no habían rechazado su religión por miedo a las represalias de los cristianos.

En los últimos tiempos las cortes de Castilla y los bandos de los ayuntamientos sacaban nuevas leyes antisemitas, lo que estaba creando un ambiente irrespirable tanto en las aljamas como en la población cristiana, que temían que aquello acabase en una tragedia, tal y como ya había sucedido en otras aljamas de Hispania, donde la sangre judía había corrido por doquier.

Las inmensas fortunas y los impuestos que habían pagado a los grandes señores o a los reyes para que les protegieran antaño ya no eran suficientes para calmar su voracidad; ahora directamente les despojaban de todo lo que tenían con el único fin de perdonarles la vida o permitirles vivir en los lugares que durante siglos habían habitado como hombres libres.

A eso había que sumar las noticias que había traído Abraham Zacuto, desde la ciudad de Salamanca, sobre las cortes castellanas. Era uno de los hombres con la mente más privilegiada del momento, catedrático de astronomía de la universidad y amigo y protegido del obispo y rector de Salamanca, Gonzalo de Vivero; no se podía obviar la información que viniera de él. Por ello decidieron que la partida de los únicos varones de aquellas dos familias no solo sería para tratar asuntos de negocios, sino para buscar también un posible nuevo hogar, por si las cosas en Castilla se ponían peor de lo que ya estaban y tuvieran que salir de allí huyendo.

En ciertos puertos de las costas africanas la familia de Aharon y la de Joseph Ben tenían algún familiar lejano que podría ayudar a los muchachos; el pueblo judío, que siempre había sido un pueblo errante, tenía la virtud de ayudarse entre ellos.

Habían cogido la ruta del sur, una ruta que durante poco más de dos siglos había sido escenario de cruentas batallas entre cristianos contra los infieles moros por la reconquista de Hispania. Pero desde que los diferentes reyes cristianos empezaron a reconquistar aquellas tierras transfiriéndolas a la corona de Castilla, solamente quedaba un último reducto moro en Granada. Desde Toledo hacia el sur aquellas tierras ya no eran lugares de batallas, pero sí lo eran de la insaciable ambición de los grandes señores, dueños de las mejores villas y de los más fuertes castillos y también de la anarquía del pueblo, acostumbrado después de tantos años a considerar

como ineficaz cualquier poder público.

Debilitada la autoridad real con la derrota de don Álvaro de Luna, cada obispado, señorío o concejo obraba por cuenta propia. Y cada uno de los grandes señores tenía a su alrededor infinidad de parientes, escuderos y mesnadas que asolaban las tierras. En perpetua lucha entre sí, acostumbrados a actuar por su cuenta, convertían en campos de batalla pueblos y ciudades, obligando a pagar regularmente a los ciudadanos un impuesto contra el que, en ocasiones, se alzaban sangrientas revueltas.

En los últimos años, después del conflicto de sucesión a la corona entre Isabel I de Castilla y su hermana Juana *la Beltraneja*, los Reyes Católicos, gracias a la victoria de Fernando II de Aragón sobre los partidarios de Juana en la batalla de Toro en 1479, buscaron un objetivo común: crear la monarquía hispánica o unión de todos los reinos peninsulares y un estado moderno y fuerte basado en la monarquía autoritaria con un poder centralizado en la figura del monarca, en detrimento de la nobleza y las instituciones medievales.

Una de esas disposiciones de aquel periodo fue la creación en 1476 de la **Santa Hermandad*. Era una especie de patrulla que custodiaba todos los caminos y cañadas reales para evitar el bandolerismo y los asaltos a los viajeros.

**Fue la precursora de la actual Guardia Civil y la primera policía estatal de Europa.*

En aquellos últimos años los caminos fueron un poco más seguros, pero no estaban exentos de peligro, pues aquellas patrullas no podían vigilar los miles de kilómetros de carreteras que existían en toda la península ibérica; además, muchos de los caminos pasaban por zonas agrestes y de montaña muy alejados de las grandes poblaciones; esos lugares eran propicios para los bandoleros, que se convertían en amos y señores de los caminos.

Los tres viajeros, Samuel, David y el siervo Mamadou, llevaban consigo una pequeña caballería compuesta de cuatro mulos cargados hasta arriba, mientras que ellos montaban en unos robustos caballos acostumbrados a realizar largos viajes y a desplazarse por lugares difíciles.

Aquel importante cargamento estaba compuesto por valiosos artículos, relacionados con el tipo de comercio al que se dedicaban, que habían sido encargados durante el año por familias nobles o de dinero y que pensaban vender en la primera feria en la que pararían.

La familia de David llevaba varios encargos de guarniciones de cuero finísimo y de la mejor calidad trabajado a mano, que sería la delicia de cualquier sultán; entre otros llevaba una montura que le había encargado uno de los señores de la región y que había quedado como una auténtica joya de arte para la práctica de la equitación. Era una montura de poco peso, cómoda y bien trabajada que resultaba exquisita para quien la mirase. Aparte de aquella montura de encargo llevaba botas de montar, calzado, cinturones para las espadas y muchos artículos de poco peso y volumen de delicado cuero y finamente elaborados para el pelo de las damas, que eran muy apreciados por las mujeres de la época.

El cargamento de Samuel estaba compuesto por espadas, cuchillos, navajas, escudos, lanzas, armaduras y utensilios para la casa, como sartenes, ollas y muchos otros enseres relacionados con la fragua. Samuel llevaba también varios encargos, uno de ellos era para el mismo señor que había encargado la montura a la familia de David. Se trataba de una coraza de acero plateada con el escudo de su familia dibujado en oro y a la luz del sol resplandecía tanto que quien la llevara puesta deslumbraría a todos sus enemigos; aparte de la coraza, llevaba una espada y una daga igualmente increíbles, consideradas unas joyas para el arte de las armas.

Junto a aquellos encargos Samuel llevaba una gran provisión de utensilios como navajas, cuchillos y demás útiles que se vendían muy bien en las ferias.

—Pronto llegaremos a la ciudad de Consuegra —dijo Mamadou, mientras tiraba de las riendas de los tres mulos.

—Consuegra es una villa muy bonita, allí podremos comer y descansar hasta mañana —dijo Samuel alegre, pensando en el largo viaje que acababan de emprender y que estaría lleno de aventuras.

—¿Queda mucho? Tengo los huesos molidos por este maldito caballo, parece más bien un mulo —contestó David con gesto incómodo.

—Eso te pasa porque no estás acostumbrado a viajar. Verás cuando lleves más de tres días de viaje, no sentirás los huesos, ni tendrás esas molestias con la montura —dijo Samuel.

—No creo que me pueda acostumbrar nunca a este mulo —respondió David.

—Da gracias a Yahveh de que hemos encontrado el mejor mulo de todo Toledo, y si no recuerda el que nos quería vender aquel gitano tratante de ganado, que estaba más muerto que vivo, ¡y el gitano insistía en que estaba más fuerte que un roble! —los tres se empezaron a reír al recordar aquella escena. Gracias a que Mamadou entendía de animales, le puso encima un saco de harina para ver su reacción, e inmediatamente el pobre animal se despanzurró en el suelo—. Si no llega a ser por Mamadou, nos lo habría vendido por aquella desorbitada cantidad.

—Lo mejor de todo —dijo David muerto de la risa- fue la cara que puso el gitano al ver al animal por los suelos. Encima nos quería echar la culpa de lo sucedido...

Los tres viajeros siguieron su camino riéndose mientras recordaban esa y otras anécdotas que les habían acontecido mientras preparaban el viaje.

Tuvieron que adquirir algunas caballerías porque no disponían de los suficientes mulos para la cantidad de bultos que necesitaban transportar. La familia de Samuel era la única que disponía de animales, pues los necesitaba para sus continuos viajes, pero no era fácil encontrar mulos resistentes y sanos que pudieran hacer un largo viaje. Pedían una fortuna por los escasos animales adecuados que se encontraban, y si no entendías un poco podían venderte mulos viejos que no durarían más que unas jornadas de viaje.

Por suerte encontraron lo que buscaban. Hacía poco tiempo que el molinero había tenido un accidente con una de las ruedas de moler. Estas le pillaron uno de los brazos y se lo arrancaron. El pobre hombre se desangró y perdió la vida allí mismo. Su viuda, todavía joven y con tres hijos pequeños, tuvo que vender parte del negocio de su marido para poder subsistir. Fue una excelente ocasión para comprarle los dos mulos jóvenes a un precio razonable.

—¡Mirad! Ya se ven las almenas del castillo —dijo Mamadou.

Se trataba del castillo de Consuegra, construido por los moros y reconquistado en 1083 por los cristianos; en 1085, ante la reconquista de Toledo por Alfonso VI de Castilla, Consuegra pasó a formar parte de Castilla. En el año 1097 moría allí el hijo del Cid Campeador, Diego, en la denominada batalla de Consuegra, mandado por el rey Alfonso VI junto con los ejércitos castellanos contra los almorávides al mando de Yusuf Ben Taxfin.

En 1150 Alfonso VII entregó a su vasallo Rodrigo Rodríguez el castillo. En 1183 la población, junto a su alfoz, fue donada por Alfonso VIII, con la aprobación del papa Lucio III, a la Soberana Orden hospitalaria de San Juan de Jerusalén, que nombró a Consuegra cabeza del Gran Priorato de Castilla y León, en La Mancha, tomando el castillo como sede, y otorgándola el fuero de Consuegra, copia del de Cuenca.

Al llegar a la villa de Consuegra todavía se podía apreciar su actividad. En los últimos años esta pequeña villa había crecido mucho, se estaban construyendo nuevas casas particulares y también algunos centros públicos como el ayuntamiento y la hilera de molinos de viento que habían construido los monjes del castillo. Era una villa de paso de viajeros y tenía una de las

ferias más ricas y prósperas de la comarca, por detrás de la de Toledo.

Cuando entraron en ella nadie les prestó atención; los campesinos todavía seguían con sus labores en el campo y los artesanos trabajaban en sus talleres. Quedaba poco más de una hora y media de luz y aún tenían que llegar a la posada y dejar a buen recaudo las caballerías; después tomarían una buena cena y descansarían toda la noche. Muy temprano por la mañana montarían los puestos para todo el día de feria.

David, mostrando un gesto de cansancio, dijo:

—Estoy tan hambriento que me comería un enorme trozo de queso con un buen cuenco de leche de cabra y unas rebanadas de pan.

—Tranquilo, hermano. Calma tu apetito pues antes tenemos que pasar por casa de los Mendoza y dejar los encargos, después de eso podrás saciar tu hambre con el cabrito asado con pasas y miel típico de aquí que está para chuparse los dedos, acompañado con un buen vino de la zona — contestó Samuel.

—No sigas hablándome de esas delicias, que la boca se me llena de agua. Pero, ¿la carne es **trifa* o está preparada como la de los cristianos? Si no está preparada como mandan nuestras leyes yo no pienso probarla.

—Eso precisamente se lo pregunté al rabino en mi primer viaje y te aseguro que estamos exentos de las leyes de nuestro pueblo cuando viajamos. No podemos estar siempre mirando y preguntado en cada sitio cómo han preparado los alimentos. Si queremos alimentarnos bien tendremos que probar la comida que cocinan los cristianos.

—Bueno, si es así tendré que hacer una excepción, pero cuando vuelva de este viaje volveré a la ley de Moisés.

La casa de Rodrigo de Mendoza era una casa palacio, la más grande de toda la villa de Consuegra. Era el señor feudal de la zona y uno de los descendientes directos de los Mendoza de Almazán, un noble muy campechano, trabajador y gran bebedor que estaba siempre de buen humor y que trataba a todos por igual.

Mientras el fiel y sirviente Mamadou llevaba los caballos y mulos al abrevadero de la casa para que bebieran, Samuel y David, acompañados de uno de los sirvientes, entraron en los aposentos cargados con los respectivos encargos que semanas anteriores habían preparado.

—¡Hola, muchachos!, me alegra veros por aquí —dijo el caballero de mediana estatura, con barriga prominente y con la cara y la nariz sonrosadas por la bebida.

—Buenas, señor. Le traemos sus encargos.

—¿Todo?

—Sí, todo, incluso el encargo de las botas.

**kasher, terefah-trifá, según los judíos españoles. Es el nombre que los judíos ponen a la carne y a los alimentos para que sea considerada pura o apta para el consumo por cumplir las prescripciones rituales de la religión mosaica.*

—¿Y el artesano zapatero no ha podido venir?

—No, mi señor, en su lugar ha venido su hijo.

—¡Ah! Es el muchacho que te acompaña, ¿verdad? Mirándole bien se parece a su padre, pero sin la barba —dijo el hombre mientras se reía de sus palabras.

—A ver, enseñadme esos trabajos.

El joven Samuel, que ya tenía experiencia en tratar con los nobles, se dirigió a una de las mesas que había en aquel salón, sacó un precioso paño de terciopelo azul claro que usaba para que los productos que mostrara resaltaran y lo tendió sobre ella; después cuidadosamente colocó uno por uno todos los objetos encima del paño y les quitó la envoltura que los cubría para evitar

que en el transporte sufrieran algún daño.

El dibujo dorado de la armadura brillaba resplandeciente gracias a los rayos del sol que de vez en cuando entraban por un resquicio de la ventana; era una delicia contemplar la daga con la empuñadura de piedras preciosas y las botas altas para la montura de un cuero especial.

—Un excelente trabajo, me gusta cómo están acabadas —dijo Rodrigo de Mendoza mirando aquellos objetos con deleite, mientras pasaba la mano por la armadura de acero pulido y por los grabados dorados en hilo de oro con el escudo heráldico de su familia.

—Mi señor, permítame que le ponga la armadura —dijo Samuel e inmediatamente trató de ponérsela en el pecho, pero resultaba muy complicado debido a la exuberante panza del noble.

—Tranquilo muchacho, no sufras, no soy un soldado. Nunca lo he sido, siempre he sido la oveja negra de mi familia en lo referente a las armas. Soy más bien un hombre de paz, es algo que todo el mundo sabe. Si yo hubiera querido tener una armadura para las batallas, no hubiera encargado una como esta. Encargué este trabajo a tu padre porque me gusta todo lo relacionado con el mundo de las armas y cómo no iba a tener un Mendoza una armadura digna de su linaje.

«Así, cuando tenga nietos y biznietos, ellos pensarán que nuestra estirpe fue la de aguerridos guerreros que lucharon contra los moros. Nada más lejos de la realidad; esta armadura la quiero para que cuelgue en una de mis paredes y que me deleite cuando la mire; al igual que este puñal con piedras preciosas, es toda una joya; prefiero contemplar cada noche antes de acostarme las piedras incrustadas en una daga que tenerlas guardadas en una cajita.

Al final, haciendo un gran esfuerzo, Samuel consiguió que cerraran las hebillas de la espalda.

—Mi señor, ya está lista.

Con voz potente, en señal de triunfo, exclamó:

—¡Ahora sí que parezco un bravo caballero!

Como si estuviera delante de un espejo, comenzó a hacer toda clase de posturas que resultaban absolutamente ridículas, y Samuel y David, que contemplaban la escena en silencio, se miraron el uno al otro y a punto estuvieron de echarse a reír, pero tuvieron que hacer un gran esfuerzo por contener la risa, pues sabían que si lo hacían delante de un señor las consecuencias podrían ser nefastas.

Después de aquello mandó llamar a uno de los sirvientes y de inmediato apareció un hombre de mediana edad, muy delgado y con mirada pérfida, que al entrar se fijó enseguida en la daga que su señor portaba, y observó cómo relucían las piedras preciosas de su empuñadura.

—Tráeme un espejo para que pueda verme y sirve unas buenas jarras de vino y algo de comer a estos buenos amigos.

Cuando se puso las botas, estas entraron como si fueran dos guantes de seda. Anduvo durante un rato con ellas puestas mientras su cara reflejaba satisfacción y se empezó a pavonear de un lado a otro de la sala como si fuera un auténtico pavo real. Tanto era el teatro que estaba haciendo y lo ridículo que debía de estar que David no pudo resistirlo y estalló de la risa, pero tuvo suerte de que el señor no se lo tomara a mal, sino que además continuó haciendo todas esas escenas para que siguiera riéndose.

—Estoy eufórico, me siento como si fuera un joven dispuesto a entrar en batalla —dijo el caballero.

Al cabo de un rato aparecieron dos criados, el de antes y otro muchacho más joven. Vieron a su amo vestido con aquellas prendas, con un casco emplumado, con una capa y una espada y en lugar de imponer parecía un fantoche, pues con toda aquella indumentaria guerrera parecía una especie de albóndiga embutida. El joven criado al verlo de aquella manera no pudo aguantar la risa, dejó las jarras encima de la mesa y salió disparado de la estancia riéndose a carcajadas.

Su amo al ver que se había reído en su presencia con tono airado vociferó:

—¡Ay, malandrín, pillastre, tunante, sabandija, perro! Cuando te pille verás cómo van a quedar tus posaderas. Durante una semana no habrá ningún colchón blando en toda Castilla que pueda dar reposo a tu trasero.

Se despojó de toda su indumentaria guerrera, lo que le permitió respirar con más tranquilidad, pues la coraza le apretaba y le estaba incomodando. Invitó a Samuel y a David a que se sentaran en la mesa para el refrigerio que el sirviente les había preparado y una vez les pagó con un buen saco de maravedíes el trabajo de cada uno, empezó a charlar con ellos cordialmente, dando rienda suelta a su carácter de hombre campechano y abierto. A medida que bebía vino, hablaba más y más. Cuando, de pronto, bajó la voz y mirando a todos los lados de la estancia, para comprobar que no había nadie escuchándoles, le susurró a Samuel:

—Sabes, joven Samuel, que soy amigo de vuestros padres desde hace mucho tiempo y que en más de una ocasión tu padre me ha sacado de grandes apuros y yo siempre he cumplido religiosamente con mis compromisos. Sobre todo le tengo aprecio porque él nunca ha utilizado la usura, que es tan común en vuestro pueblo, y cuando me ha prestado dinero para salir de un aprieto, se lo he devuelto y él nunca me ha cobrado intereses; si no llega a ser por su generosidad mis acreedores se hubieran quedado con mis tierras y con mi casa, que heredé de uno de los grandes señores de Castilla...

Los dos jóvenes escuchaban con atención las palabras de aquel noble caballero, sus caras empezaban a reflejar el cansancio del viaje.

—Si como decís —continuó hablando—, pensáis hacer ese largo viaje, voy a daros unos consejos.

Y volviendo a bajar de nuevo la voz, se cercioró de que nadie les escuchaba, y les dijo:

—En primer lugar no le digáis a nadie que sois hebreos, ni aunque fuerais conversos, tampoco uséis ningún tipo de indumentaria que delate vuestra verdadera fe...

David interrumpió sus palabras y dijo con seguridad:

—No se preocupe, mi señor, siempre vamos vestidos como los cristianos.

—Mejor, mucho mejor, pero no está de más que escuchéis mis advertencias y cuando lleguéis a una ciudad, villa o aldea, aunque exista alguna comunidad judía, si no tenéis necesidad de visitarla por algún motivo concreto alejaos de ella como de la peste, corren malos tiempos para vuestro pueblo...

Ninguno se había percatado de que detrás de unos grandes cortinajes que servían de separación para una parte del gran salón se había escondido el sirviente de perversa mirada y había escuchado toda la conversación. Mientras Rodrigo de Mendoza terminaba de aconsejarles, se escabulló con total sigilo de allí sin que nadie notara su presencia.

Cuando salieron de la casa de Rodrigo de Mendoza la cara de Samuel era de preocupación, pero no quiso manifestar sus temores por no inquietar a David. Su amigo era un año más joven que él, estaba menos experimentado y era su primer viaje, ya que nunca había salido de Toledo.

Los dos se alegraron mucho cuando vieron a Mamadou, que estaba sentado en un pequeño banco de piedra junto a la cuadra sin separarse de las mulas, y este, aburrido de esperar, al verlos mostró una amplia sonrisa, por la que asomaron unos dientes blancos y grandes como si fueran de marfil.

—Mamadou, siento que hayas tenido que esperar tanto rato, pero el señor nos ha entretenido más de la cuenta.

—Tranquilo amo, aproveché para dormir un poco mientras esperaba.

—Estarás hambriento ¿no? —preguntó David.

—Sí, devoraría un carnero entero.

—Vamos directamente a la posada, allí seguro que se cumplirán tus deseos —contestó Samuel tratando de parecer alegre.

Aquella misma noche, después de colmar el apetito, se retiraron a una de las habitaciones de la posada; los dos jóvenes trataron de reconciliar el sueño en dos camastros de madera, eran unos colchones mullidos en los que se estaba confortable y caliente.

Samuel que al cabo del rato seguía con los ojos abiertos mirando al techo empezó a evocar algunos recuerdos de su infancia pero, de pronto, David interrumpió aquellos pensamientos y dijo:

—Tengo miedo, quiero volver a casa...

Su amigo permaneció en silencio unos instantes y, como si se esperara aquella actitud infantil, dijo:

—Hermano, es normal que tengas miedo. Yo también lo tengo, pero no podemos echarnos atrás, nuestras familias esperan mucho de nosotros; nos han dado todo el dinero que desde hace años han estado ahorrando para buscar una salida. Tengo un mal presentimiento y algo me dice que en nuestro viaje está la solución. Tenemos que seguir adelante y vencer las dificultades. Si somos prudentes, seguro que nuestra empresa terminará con éxito, no podemos fallar.

«Además, recuerda con qué ilusión has preparando el viaje, piensa en la cantidad de lugares y países que recorreremos. Será una experiencia inolvidable que algún día podremos contar a nuestros hijos y amigos.

No tengas miedo, David. Mamadou daría la vida por cualquiera de nosotros, él es fuerte como un toro.

Escuchó atentamente las palabras de su amigo y estas parecieron resultar efectivas pues empezó a hablar ilusionado de nuevo, como si fuera un chiquillo, hasta que al cabo de un rato se empezaron a oír los ronquidos de Samuel que dormía profundamente...

—Samuel, Samuel, ¿te has dormido?...

En otra parte de la posada, en el patio, junto a las cuadras, dormía Mamadou tumbado en el suelo en un jergón de paja seca.

A la mañana siguiente levantaron un pequeño puesto con sus mercancías en la feria de Consuegra y vendieron la mayor parte de sus existencias.

Campesinos, caballeros, frailes, labriegos, artesanos, mujeres, incluso niños habían comprado algo de las mercaderías que llevaban; navajas, cuchillos, cacerolas, utensilios de herrería y piezas bien acabadas eran muy apreciadas en los mercados y ferias, pues no se veían muy a menudo y mucho menos tan bien trabajadas como las que ellos llevaban.

El género que llevaba David también se vendió muy bien. Pocas veces se habían visto botas y calzado así, las damas se lo quitaban de las manos y todo a un precio razonable, sin abusar, no como otros mercaderes hacían.

Acabaron rápido y se pusieron en marcha dirección *Villa Real. Los tres viajeros iban contentos, con las bolsas llenas de dinero y mucho más ligeros que antes, ya que los mulos no cargaban con el peso que anteriormente traían.

**Ahora Ciudad Real.*

—Espero que lleves el dinero bien guardado —dijo David a su amigo.

—No te preocupes, guardado y bien escondido. Aunque unos bandidos nos asaltaran por el camino no podrían encontrarlo; es un secreto que me enseñó mi padre en uno de mis primeros viajes. Además también llevo algo encima; si te asaltan y no les das nada, se pueden cabrear y te pueden quitar la vida; entonces no serviría de nada haber escondido el dinero.

David le sonrió contento, como si se sintiera seguro con él; de alguna manera Samuel estaba

haciendo las labores de tutor.

A lo largo del camino se encontraron con muchos viajeros que al igual que ellos seguían esa ruta, que era muy concurrida pues las poblaciones por esa zona estaban muy distantes unas de otras y había multitud de personas que su medio de vida consistía en viajar de un lugar a otro. Vendían productos agrícolas, animales de corral, ganado y cualquier utensilio para abastecer a la gente que vivía en las grandes poblaciones.

Llegaron a la altura de un carromato muy peculiar tirado por dos mulas viejas y que por todas partes colgaban frascos, hierbas, huesos y un montón de cosas extrañas que los tres viajeros no habían visto nunca.

David pasó junto al carromato y se quedó mirando aquellas curiosidades con insistencia. De repente, se escuchó la voz de un hombre de mediana edad. Se trataba de un hombre bajito y regordete, que llevaba un gorro muy sucio de cuero que le cubría toda su calva y era tal la suciedad de aquel gorro que se había convertido en un pedazo de piel que no se sabía muy bien de que color era.

—Hola muchachos, no seguiréis camino de Villa Real, ¿verdad?

Samuel y Mamadou ya habían sobrepasado unos metros la carreta, pero cuando miraron hacia atrás se dieron cuenta de que David se había quedado a la altura de esta hablando con su conductor.

—Mira que le advertí que tratara de no hablar con nadie —dijo Samuel en voz alta para sí mismo, pero también para que Mamadou lo escuchara.

—No señor, no vamos a Villa Real, nos dirigimos hacia el sur —contestó David.

—Ah, el sur. Me encanta el sur con su calor y su gente tan amable y servicial; pero eso, muchacho, todavía está muy lejos de aquí, a muchas jornadas.

—Ya lo sé, pero tenemos tiempo y buena caballería para llegar.

Mamadou y Samuel se pararon para que su amigo y la carreta se pusieran a su altura.

—Vamos David, no podemos perder más tiempo; tenemos que llegar antes del anochecer —dijo Samuel en tono serio.

—Veo que llevan buenos mulos y poco equipaje —observó el hombre de la carreta.

—Sí, ya vendimos nuestra mercancía —contestó David.

Samuel estuvo a punto de darle un empujón y tirar del caballo a su amigo, pero trató de calmarse.

—No estarán interesados en deshacerse de uno de ellos ¿no?, pues los dos borricos que tengo son ya muy viejos y cada vez les cuesta más andar. Con uno de los que tienen vuestas mercedes sería suficiente para llevar el carro y los otros marcharían atrás para cargar cosas pequeñas.

—Lo siento, pero de momento no pensamos deshacernos de ninguno —contestó Samuel distante.

—¿Saben que pagaría muy bien por uno de ellos? Llevo mucho tiempo parando en cada aldea, ciudad o villa, tratando de comprar algún animal de tiro, pero es imposible, nadie quiere desprenderse de ellos; dicen que hace unos meses las mesnadas de los nobles y un ejército, que están formando los reyes de Castilla y Aragón para reconquistar el reino de Granada, han comprado todas las mulas, mulos y caballos que se encuentran a lo largo y ancho de Castilla y apenas quedan animales de tiro. El que los tiene no quiere desprenderse de ellos.

Samuel escuchaba atentamente los razonamientos del carretero y asentía con movimientos de cabeza, como si estuviera conforme con él; ellos mismos habían sufrido la falta de animales cuando trataron de comprar para el viaje, hasta que por pura casualidad la trágica muerte del molinero y la falta de dinero de la viuda les permitió conseguirlos.

—Todavía no pierdo la esperanza. Miraré en la feria de Villa Real que es la más importante de la zona. A ver si tengo suerte y encuentro un buen animal, pero tan jóvenes y fuertes como los vuestros será imposible.

Al mencionar el carretero la feria y al decir que era una de las más importantes, Samuel se quedó por unos minutos pensativo. Sería una buena oportunidad para vender la mercancía que todavía les quedaba, incluso si la vendían toda se podrían deshacer de dos de los mulos y dejar un par para el equipaje; de esa manera marcharían más rápido y sacarían un buen dinero por ellos. Sin pensárselo dos veces, se acercó hasta su amigo David y le dijo:

—Lo he pensado mejor, vamos a ir primero a Villa Real y trataremos de vender todo lo que nos queda; así nos podremos deshacer de dos de los mulos.

A David aquella decisión le pareció correcta. Todo lo que hacía su amigo le parecía bien y él aceptaba siempre sus propuestas sin contrariarle.

—Señor... —dijo Samuel dirigiéndose al hombre de la carreta.

—Sancho, me llamo Sancho, nacido en el Toboso, pero desde joven salí de allí para buscarme la vida. Mis padres apenas podían alimentarnos a mis hermanos y a mí, y como yo era el mediano, enclenque y poca cosa para trabajar las tierras del señor, me dieron a un tratante de lana, que se dedicaba a comprar lana por toda la comarca para vendérsela después a un mercader cerca de Portugal y este a su vez se la vendía a los ingleses.

Pasé varios años con ese chiflado que me dio tantas palizas y pasé tanta hambre que un día me escapé y aparecí en la villa de Sepúlveda; era todavía un mozalbete aterrado de frío y muerto de hambre, hasta que un viejo hebreo me recogió en su casa, me hizo su aprendiz y me enseñó todo lo que ahora sé de botica y de hierbas para curar el riñón, el mal de gota, los dolores de muelas, evitar las hemorragias de las embarazadas, calmar las almorranas... Todo lo aprendí de él, era todo un sabio y se portó conmigo como un padre.

Los tres amigos escuchaban complacidos el relato. Sancho, el de Toboso, como todos le conocían, continuó con su narración:

—El viejo hebreo se portó muy bien conmigo, hasta que un día falleció mientras dormía.

«Lo peor de todo fue que sus dos hermanas, unas brujas, pensaban que yo querría quedarme con el negocio y me hicieron la vida imposible para que me marchara; un día, a raíz de una discusión con ellas, no aguanté más y salí de allí tal como había entrado, más pobre que una rata; solo llevaba unas cuantas monedas que pude robarles a las brujas y que me las había ganado con creces por todos los años que estuve al servicio del viejo judío.

Después de eso, anduve de un lugar para otro, de villa en villa y de ciudad en ciudad. Mendigaba en las iglesias, trabajaba en lo que me salía, hasta que un día nuestro señor Jesucristo me enseñó el camino que tenía que seguir; fue una mañana curando la herida de un pastor que se había clavado una rama en un ojo; logré sacársela sin que lo perdiera y le di un remedio para calmarle el dolor; entonces me dije: pero que tonto eres amigo Sancho, aprovecha todo lo que te enseñó el anciano y sácale partido, y así es como, poquito a poquito, año tras año, monté este negocio de botica, donde llevo mis pociones desde hace más de veinte años de feria en feria. Estoy casado con una buena cocinera del Toboso y soy padre de un varón y dos niñas, todos mozalbetes. Vivo en el pueblo donde nací, que está a una jornada y media de aquí, pues no me suelo alejar mucho de mi lugar de residencia; no soy rico, pero tampoco puedo decir que mi familia pase hambre.

Justo cuando terminó de hablar, comenzó a recitar en voz alta la forma en que llamaba a sus clientes:

—¡Señoras, caballeros, acérquense; llegó el boticario, tengo remedios para todo; curo los

males de estómago, las diarreas, el dolor de muelas, el mal de amores...!

Después del recital, los tres amigos se rieron con ganas mientras continuaban el viaje.

Al día siguiente de llegar a Villa Real, la plaza del mercado ya estaba muy concurrida, a pesar de que todavía eran las primeras horas de la mañana. Con suerte pudieron coger una buena posición, cerca de la catedral, por donde pasaba una gran cantidad de personas curiosas y compradores mirando y tocando el género. Al rato de instalar el puesto, que era cómodo y fácil de montar y tenía muy buena presencia, apareció el alguacil para cobrarles el impuesto que la ciudad tenía asignado a todos los mercaderes, feriantes y vendedores que llevaran allí sus artículos. En ese mismo momento vieron que muy cerca de ellos se había instalado el boticario con su puesto lleno de hierbas, frascos con bebidas, pociones y toda una serie de artilugios que él mismo había inventado, como piernas ortopédicas para los cojos, brazos para los mancos y accesorios que costaba trabajo venderlos, pero que cuando lo lograba, sacaba unos buenos maravedíes por ellos.

En poco tiempo el puesto de Samuel y David se llenó de gente con ganas de curiosear y comprar. Habían bajado un poco los precios desde la anterior feria; lo habían hecho con el propósito de quitarse cuanto antes la mercancía y quedarse totalmente libres para vender los dos mulos, así podrían seguir el viaje hacia el sur sin demora; uno de ellos lo habían apalabrado con el boticario.

—Si seguimos vendiendo como hasta ahora, es probable que a mediodía agotemos todas las existencias —dijo encantado Samuel.

Una hora antes del mediodía, de pronto, la feria se vació, apenas quedaba gente comprando o mirando, a no ser que fueran los propios vendedores.

—Qué extraño —se sorprendió Samuel—, la gente ha desaparecido como por arte de magia. David, acércate al boticario y pregúntale si sabe qué es lo que pasa.

David se aproximó al puesto del boticario donde este, aprovechando que no había nadie a quien atender, estaba comiendo un trozo de queso con pan y echaba un buen trago de vino al pellejo que tenía colgado en un rincón.

—Señor Sancho, ¿sabe a dónde ha ido la gente? Han desaparecido todos de repente.

—Sí, muchacho. Hace un rato me lo ha contado un cliente y amigo mío que lleva años comprándome. Por lo visto en la catedral está dando un sermón un cura protegido de la reina Isabel I de Castilla, que le han hecho Inquisidor General y que es muy conocido, se trata de Tomás de Torquemada. Estará hablando de hacer profesión de fe y de descubrir a los judíos conversos que no siguen la doctrina de Jesucristo nuestro señor.

A David le había cambiado la expresión de la cara, había oído hablar últimamente de esa persona en los corrillos de su comunidad y el rabino de la sinagoga se refería a él como el propio Satán, que venía para hacer daño al pueblo elegido de Dios...

La iglesia estaba totalmente abarrotada de gente que escuchaba las palabras de Tomás de Torquemada que estaba subido en lo alto del púlpito. Se trataba de un hombre de estatura media, vestido con el hábito de fraile y con una gran coronilla, sin pelo alrededor de la cabeza; con mentón prominente y una nariz ancha, como si fuera un luchador cuerpo a cuerpo. Su sermón estaba compuesto por palabras sencillas, nada grandilocuentes ni diplomáticas, pues se dirigía a un público analfabeto. Utilizar el miedo y el temor a lo sobrenatural y a lo divino era la única manera de hacerse entender y era lo único que comprendía este tipo de público. Su voz retumbaba en aquella iglesia.

—*“Cómo pueden los cristianos atreverse a sostener la más mínima conversación con judíos. Los más miserables de todos los hombres, que son... concupiscentes, rapaces, avaros, bandidos, pérfidos. Acaso no son ellos asesinos, destructores, hombres: poseídos por el demonio a quienes

la mala vida y la embriaguez han entregado a las costumbres de los cerdos y la cabra concupiscente. Ellos solo conocen una cosa: satisfacer sus agallas, emborracharse, matar y estropear...”.

Todos los allí presentes estaban acongojados por el sermón de aquel fraile, que los exhortaba con su oratoria antisemita en una de las villas cuya aljama había sido de las más importantes de Castilla y de Hispania. Pero aquel discurso no terminó ahí, el fraile continuó con sus palabras incendiarias:

“¿La sinagoga? No solo es un teatro y una casa de prostitución, sino una caverna de bandidos, una reparación de bestias salvajes, un lugar de vergüenza y ridículo, el domicilio del diablo, como también son las almas de los judíos. En verdad los judíos adoran al diablo; sus ritos son criminales e inmundos; su religión es una enfermedad, su sinagoga de nuevo es una asamblea de criminales... una cueva de ladrones... una caverna de demonios, un abismo de perdición... yo también aborrezco a la sinagoga. Dios aborrece a los judíos y siempre aborreció a los judíos... Yo también aborrezco a los judíos”.

“Amado pueblo, decidme dónde están los judíos, denunciad a los falsos creyentes que abrazan nuestra santa iglesia católica y apostólica para confundirse con los verdaderos cristianos, siguiendo ellos ocultos con sus ritos satánicos, utilizando a los niños a los que les arrancan las entrañas para sus ritos endemoniados; buscad a esos impíos pecadores para que se rediman en el fuego eterno de la fe de nuestro señor Jesucristo...”.

No tardó mucho en que surtiera su efecto aquel encendido pregón antisemita. Multitud de personas vociferaban en alto contra el pueblo de Israel, mujeres histéricas gritaban como poseídas contra el judío marrano y la voz de algunos hombres proclamaba la muerte de los judíos.

De pronto, entre todas esas voces, destacó la de un hombre con malévolos mirada que habló en voz alta:

**Escrito por Juan Crisóstomo (347—407), sacado de una página de internet, con el título Los Padres de la Iglesia.*

—Padre, conozco a unos judíos que se lucran con el hambre y el sueldo de nuestro pueblo para hacerse ricos...

No era la primera vez que Tomás de Torquemada había soliviantado al pueblo de aquella manera con sus sermones, pero esta vez él mismo se asustó al ver que sus palabras habían causado un tremendo odio; si no lo paraba en aquellos momentos podía correr la sangre, así que él mismo intentó calmar a la población. Sus sermones iban dirigidos hacia un propósito, eran producto de unas decisiones muy estudiadas por los altos representantes de Castilla, unas medidas que se escapaban a las voluntades del pueblo; el propósito era crear un estado, una nación unida gobernada por unos reyes fuertes; pero un estado donde existían tres religiones, musulmana, judía y cristiana, no podría estar nunca unido.

Las voces de aquel gentío ahogaban la voz del que tan solo hacía unos meses había sido nombrado Inquisidor General.

—Dinos, ¿dónde están esos marranos?

—Acompañadme, hace un rato los vi en la feria vendiendo.

El hombre que acababa de denunciar a unos judíos era nada menos que el sirviente de Rodrigo de Mendoza, el que se había escondido detrás de las cortinas para escuchar la conversación de su amo; había visto a Samuel y David en la feria por casualidad y los reconoció nada más verlos. El sirviente estaba en Villa Real por asuntos de su amo. Su señor le había mandado hasta allí para cobrar unas rentas de unas tierras que tenía por esa zona; unos arrendatarios —que eran hombres libres- las trabajaban, pero cada cierto tiempo tenían que pagarle a Rodrigo de Mendoza el tributo

acordado.

La multitud se apelotonó en la calle y comenzó a caminar vociferando enloquecida. Los que iban delante llevaban hoces, martillos, estacas, navajas, guadañas y algunos incluso piedras que habían cogido por el camino. El que encabezaba la comitiva era el sirviente del noble caballero Rodrigo de Mendoza.

—¡Mirad, mirad! ¡Allí están, en ese puesto...!

La muchedumbre se precipitó como si fuera una gigantesca ola que irrumpiera en la playa y se lleva por delante todo lo que pilla a su paso; la gente se abalanzó como poseída encima del pequeño puesto, destrozándolo. El poco género que quedaba desapareció en un santiamén. Los primeros en llegar arramblaron con los objetos que allí había y al verse con algo en la mano se escabullían entre la masa, temerosos por si alguien les decía algo. La segunda tanda ya nada pudo coger, pues el puesto estaba completamente destrozado y vacío. Tampoco se vio el cuerpo de ningún hombre muerto o ensangrentado en el suelo; con todo aquel ajetreo de empujones, gritos y rabia nadie supo decir dónde estaban los judíos o qué había pasado con ellos. Unos decían que los habían matado, otros que habían salido corriendo y se habían escapado, otros que desaparecieron como por arte de magia ya que como eran demonios, tenían la virtud de aparecer y desaparecer a voluntad.

Mientras la euforia poco a poco iba desapareciendo, se presentó el alguacil junto con unos soldados que custodiaban la ciudad para poner orden.

Un poco antes del atardecer, el boticario, que ya había terminado su jornada de trabajo, recogió el puesto de la feria y bajó por la calle mayor hacia la salida de la ciudad con el ruido tintineante de sus frascos de vidrio que colgaban de la carreta y la mirada curiosa de algún que otro campesino que venía con su azadón de trabajar en el campo; se fue alejando lentamente de toda mirada indiscreta. Al cabo de un buen rato, cuando las luces de las antorchas iluminaban Villa Real a lo lejos y después de comprobar que estaba solo y nadie le seguía, dijo en voz baja:

—Muchachos, ya podéis salir tranquilos, no hay ningún peligro.

Samuel y David salieron del interior de la carreta. Se habían salvado por los pelos gracias a que dentro de la iglesia, escuchando el sermón, se encontraba un judío converso; este salió presagiando lo peor y al ver la actitud encolerizada de la gente decidió avisarles; había oído hablar de que en la feria se encontraban dos judíos vendiendo y sin dificultad los reconoció y les avisó de que una gran cantidad de gente enfurecida pensaba venir hasta allí. Aquel hombre se marchó a alertar a los judíos que quedaban en la aljama para que tomaran precauciones.

Los dos jóvenes se alteraron mucho, no sabían qué hacer. Apenas les quedaba tiempo para recoger el puesto y marchar a donde estaba Mamadou; lo que hicieran tenían que hacerlo rápido o su vida peligraría.

El boticario que se había enterado de todo, aprovechando que en ese momento apenas había nadie, les llamó y les dijo que se escondieran en el interior de la carreta; así fue como, ayudados por Sancho, salvaron la vida.

—No tenemos palabras para agradecerle lo que ha hecho por nosotros —dijo Samuel, mientras a David las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—No hay de qué, muchachos. Sabéis que me crié junto a un hombre de vuestro pueblo, sabio y bueno. Todo lo que soy se lo debo a él; ojalá que muchos cristianos fueran como aquel hombre...

—¿Cómo podemos pagarle lo que no tiene precio? —volvió a insistir Samuel.

—Con lo que habíamos concertado, vendiéndome el mulo.

Samuel llamó a Mamadou que estaba esperando en el lugar acordado. Al enterarse de lo sucedido el sirviente había salido disparado hacia la feria con el arma en la mano para defender,

incluso con su vida, a los jóvenes, pero al ver que ellos no estaban se tranquilizó; entonces Sancho le explicó que estaban escondidos en su carreta y que se marchara de allí y le esperara en aquel lugar hasta la puesta del sol.

—Hermano, dale el mulo a nuestro buen amigo Sancho —dijo Samuel.

El boticario había sacado una bolsa de monedas para pagarles, pero Samuel le cogió la mano y le dijo:

—Guarda tu dinero, amigo; es nuestro regalo, para que te acuerdes de nosotros —dijo Samuel.

Sancho, el de Toboso, no se esperaba aquella generosa reacción. Que le regalaran aquel mulo significaba mucho para él.

Para un siervo, un campesino o un hombre humilde era muy difícil conseguir un animal como ese; uno podía estar toda su vida trabajando y nunca llegaría a ahorrar lo suficiente como para comprarse una mula de esas características.

Cuando los dos jóvenes le dieron el animal, se abrazó a ellos emocionado. Después de aquello les vio alejarse en la oscuridad acompañados por su fiel sirviente Mamadou.

Llevaban ya un buen trecho andado y estaban lejos de villa Real, el cielo estaba totalmente despejado, por todas partes se veían estrellas que iluminaban el camino y corría una suave brisa haciendo muy agradable la marcha, David se paró un momento y dijo:

—Nos libramos por los pelos, si no hubiera sido por ese buen cristiano, ahora seguramente estaríamos enterrados a dos metros bajo tierra.

Samuel, que hasta ese momento había estado callado, dijo:

—¿Sigues pensado lo mismo sobre lo que me dijiste la otra noche, de que tienes miedo y de que te quieres volver?

Su amigo se quedó pensativo y dijo:

—¡Claro que tengo miedo! y ahora más que antes, pero he pensado sobre lo que me dijiste. Las pruebas están ahí, nuestra familia, nuestro pueblo está en peligro, no podemos continuar viviendo en Castilla o en Hispania. Esta tierra se ha convertido en nuestra enemiga y es nuestro deber tratar de encontrar otro lugar donde podamos hallar un poco de paz.

—¿De verdad crees que algún día el pueblo de Israel encontrará la paz?

—No lo sé, Samuel. Pero tenemos que intentarlo, en algún lugar de estas tierras todavía quedan hombres justos...

—Yo no creo que queden hombres justos. El odio y la crueldad se han apoderado de los hombres y así seguiremos hasta que llegue el día del fin del mundo, si es que eso llega a suceder.

—Hoy te encuentro muy pesimista, Samuel. Nunca te había visto de esa manera; no te preocupes, ya verás como las cosas se arreglan y acabamos encontrando un lugar idílico para establecernos y establecer a nuestras familias.

—Si las encontramos a nuestro regreso.

Samuel dijo esas palabras en voz muy baja, como si no quisiera que su amigo las oyese.

—¿Qué dices? No he oído lo que has dicho.

—Nada, nada, hablaba conmigo mismo... Decía que Yahveh te oiga... Por un momento he dudado de nuestra empresa, de nuestro viaje y de si podremos conseguirlo. He tenido miedo, me siento acobardado como un niño y solo me vienen recuerdos de la infancia, cuando era feliz en la aljama, cuando podíamos celebrar todas nuestras fiestas sin que nadie se metiera con nosotros...

«En la judería había multitud de familias que vivían felices, de eso no hace tanto; pero ahora las cosas han ido empeorando, nuestro pueblo ya no tiene libertad, muchos se han hecho conversos. Vecinos y amigos que antes convivían con nosotros y eran felices a nuestro lado, ahora cuando nos los encontramos por la calle huyen de nosotros como de la peste.

—Es el miedo, Samuel, el miedo que les hace esconderse de su propia identidad, de su fe. Pero la mayoría, en sus casas, en el interior de su corazón, sigue amando a su pueblo.

—¿Crees tú que verdaderamente aman a su pueblo? ¿No cuentan por ahí que ese tal Tomás de Torquemada, el inquisidor, tiene también sangre judía en sus venas...?

—Eso dicen, hermano Samuel, pero yo creo que es el miedo, el miedo a reconocer que él es también judío, lo que le hace ser así.

—Bueno, dejemos de hablar y busquemos refugio, después de este largo día tengo tanta hambre que me comería un cabrito entero.

Mamadou, que cabalgaba junto a ellos escuchando en silencio la conversación, dijo:

—Esta mañana compré las provisiones que me encargasteis, así que tenemos las alforjas repletas de buenos manjares. Lo mejor será que busquemos un lugar seguro para refugiarnos de la intemperie y del camino, y descansemos hasta el amanecer.

—Es la mejor noticia que he recibido hoy. Si no fuera por ti, Mamadou, estaríamos perdidos; busquemos un lugar y saciemos nuestra hambre.

Los tres amigos se echaron a reír contentos mientras seguían cabalgando en medio de la oscuridad de la noche, iluminados por el resplandor de las estrellas y de la luna que esa noche brillaba especialmente.

A tan solo dos jornadas, mientras los jóvenes viajeros junto a su inseparable y fiel sirviente Mamadou marchaban hacia el sur en busca de la esperanza, un hecho acontecía en la ciudad de *Toledo que marcaría por siempre el rumbo de sus vidas.

**Los autos de fe. En la ciudad de Toledo el día 16 de Agosto de 1486 se promulgó el primer auto de fe en Hispania. Las víctimas desfilaron hasta el centro de la plaza junto a la catedral para oír su sentencia de muerte por medio de los quemaderos. Los aldeanos asistieron al auto de fe para apoyar a la Inquisición. Los castigos más crueles ocurrieron durante los autos públicos y si la familia no estaba presente, la Inquisición sospechaba de judaísmo; la edad y el sexo de las víctimas no fueron dispensados de la tortura.*

SEGUNDA PARTE

LA RECONQUISTA

La reina Isabel I de Castilla y su marido Fernando II de Aragón poco a poco fueron consolidando su reinado, *sin embargo la guerra no acabó hasta el tratado de Trujillo, por el cual el monarca portugués renunciaba a sus títulos sobre Castilla. Aquel mismo año murió Juan II de Aragón, a quien sustituyó su hijo don Fernando. Quedaban tres núcleos independientes en la península: Portugal, Navarra y el reino de Granada.

Cuando las guerras se lo permitían, los reyes acudían a deshacer los bandos nobiliarios en las ciudades. Tal como sucedió con la fortaleza de Trujillo, donde la reina utilizó todo su poder para reunir toda la artillería que halló por la comarca e incluso por el resto de Andalucía. La empresa era de una enorme dificultad, pues se trataba no solamente de liberar villas, castillos y comarcas enteras del poder de los señores, sino de acostumbrar al pueblo, habituado a un régimen de impunidad, a obedecer. Era más complicado sujetar a los plebeyos que a los señores de los castillos, contra los que eran necesarias las tropas que debían emplearse en otras empresas.

Mayor importancia tuvo la reforma de la nobleza que se llevó a cabo en las cortes de Toledo, reunidas en 1480. Los reyes propusieron la anulación de las mercedes de los anteriores reinados, en virtud de las cuales algunos vasallos superaban en estas a la misma corona. Los grandes señores comprendieron que el único modo de conservar su posición social era recibir algún tipo de autoridad y poder que emanaba directamente de los reyes. De esa manera abandonaron sus castillos y se encaminaron hacia la corte y trataron de integrarse en ella como altos funcionarios militares y políticos. Poco a poco los castillos fueron abandonados y se edificaron magníficos palacios en las ciudades, donde los reyes solían residir durante largos periodos.

**Los Reyes Católicos (del libro de Luis Fernández Suarez).*

Algunos de los señores de la gran nobleza dieron de lado a los reyes, alejándose cada vez más del poder, mientras que los reyes y la pequeña nobleza se acercaban más a ellos.

Varios fueron los objetivos de la monarquía, entre los que destacaron: la Reconquista del reino de Hispania a los moros con el último bastión que quedaba en el reino de Granada, y la unidad peninsular, gobernada por una monarquía autoritaria; la manera de unificarla era que el reino tuviera una única religión y no tres como hasta ahora; tres religiones que continuamente eran motivos de discordia y conflicto entre la población. Para ello necesitó la creación de un ejército permanente e institucionalizado, siendo el primer ejército que se creaba en Europa y posteriormente sirvió de modelos a los ejércitos de Francia y de Inglaterra, y también de los reinos y principados de Italia y Alemania*.

**Sacado del libro Antecedentes medievales.*

CAPÍTULO V

Hacia el camino de Santiago

Gonzalo Fernández de Córdoba y su escudero habían dejado atrás a Presebal y al francés Gastón de Lyon justo en un cruce de caminos, pues estos se dirigían a Santiago de Compostela, a la tumba del santo, para cumplir una promesa que el francés había hecho.

Presebal había decidido acompañar al francés pues quería conocer algo de mundo, y también porque prefería hacer el viaje más tranquilo y no tan rápido como el cordobés, que tenía urgencia en llegar a su destino. Una vez visitaran la tumba, él y el francés se alistarían en el nuevo ejército que los reyes estaban formando.

Gastón de Lyon llevaba una carta de presentación del duque francés, al que había servido durante años, para que otros nobles pudieran conocer sus cualidades como soldado; esa carta indirectamente le beneficiaba a Presebal si permanecía junto al francés.

Mientras tanto, Gonzalo Fernández de Córdoba tenía una misión secreta que le había encomendado la reina Isabel y que por nada del mundo podía darla a conocer, ni tampoco podía delatarse.

Cuando se despidió de sus dos nuevos amigos, se mostró muy generoso con Presebal, que en dos ocasiones le había salvado la vida, y le gratificó con una gran cantidad de monedas de oro llamadas **castellano o excelente*, prometiéndoles por su honor que cuando cumpliera su misión se reuniría con ellos en el nuevo ejército, pues también tenía ganas de aventuras y por nada del mundo se perdería la reconquista del reino Nazarí; además él tenía algunas influencias y algunos conocidos en el ejército con los que podría compartir la conquista del reino.

En aquel cruce de caminos, donde unos se dirigían a las tierras del norte y otros hacia las del sur, el noble cordobés y su fiel escudero se despidieron espoleando los dos caballos de pura raza andalusí; parecían estar ansiosos por salir de allí veloces hacia las tierras castellanas, concretamente a la ciudad de Segovia, donde pensaban encontrar a la reina Isabel de Castilla, protectora del noble y amiga personal de él y de su familia.

**Moneda de oro que en un principio fue acuñada por Enrique IV y posteriormente por los Reyes Católicos; en el año 1483 valía 485 maravedíes (Internet: Diccionario de Monedas Modernas).*

Presebal y Gastón de Lyon habían cogido la ruta del norte, la ruta hacia la tumba del santo. Era un camino montañoso rodeado de grandes bosques y montañas verdes, que pasaba, la mayoría de las veces, por aldeas que parecían estar habitadas por fantasmas.

Por fin, después de varias jornadas, llegaron a la ciudad de Santiago de Compostela sin ningún tipo de incidente; estaban cansados pero contentos de encontrarse en una ciudad llena de peregrinos donde bullía la actividad comercial, pues sus ferias tenían fama y a ellas se acercaba mucho gentío venido de todas partes tanto de la montaña como de la costa; sus mercados estaban repletos de colorido y en ellos el olor y la vista de los alimentos cautivaban a sus visitantes.

Gracias a ello pudieron disfrutar de las carencias que el largo viaje y las pequeñas aldeas no les habían podido proporcionar: buena cama, comida y mujeres; por los lugares por donde habían pasado, los campesinos eran muy reacios y temerosos de la gente extraña y a pesar de que, de vez en cuando, pasaba algún que otro peregrino, incluso de otros países, la gente no deseaba tratar con ellos; sobre todo si se trataba de hombres rubios -de origen normando—, pues durante siglos las costas cantábricas recibieron las visitas de los pueblos del norte; gente rubia, alta y fuerte, que asolaba todas las aldeas costeras, incluso las del interior para robar, esclavizar o incluso matar a todos los que se pusieran delante de ellos. Por ese motivo, cuando veían a lo lejos la figura alta, fuerte y de pelo rojizo del francés Gastón de Lyon los aldeanos corrían a sus casas, se escondían en el bosque o se apartaban del camino por temor al “vikingo”.

La ciudad del santo les deparó gran cantidad de placeres que ellos supieron aprovechar, y allí permanecieron una semana entera descansando y bebiendo hasta hartarse de mujeres y comida, como nunca antes lo había hecho Presebal, acostumbrado a la vida natural y sencilla de la granja, mientras la amistad con el francés poco a poco se iba forjando.

Una mañana que había amanecido totalmente despejada de nubes y con un sol radiante, Gastón de Lyon se levantó temprano y después de asearse un poco miró al joven Presebal que estaba tumbado en la otra cama de esa misma habitación y le dijo:

—Venga, muchacho, levanta. Tenemos que partir, si no lo hacemos hoy nos perderemos la guerra contra los moros y la gloria.

El joven dormía profundamente, durante la noche había estado con una mujer haciéndole el amor repetidas veces como si fuera un león que nunca se cansa de echar su semilla, y solo paró cuando la prostituta le dijo descaradamente y sin mostrar el más mínimo cansancio por su esfuerzo:

—Muchacho, si quieres continuar dándole, tienes que pagar un poco más...

Presebal, entonces, molesto por la frialdad con que la mujer se lo dijo, pues no le había transmitido apenas el más mínimo sentimiento o placer, se levantó bruscamente del suelo de paja y se fue a la posada a dormir.

Le costó algo de trabajo levantarse, pues estaba cansado de la semana tan intensa que había tenido de borracheras, juergas y mujeres, pero pronto se recuperó cuando Gastón de Lyon le habló de hazañas, aventuras y gloria... Había salido de su granja para ello y no iba a desaprovechar aquella ocasión.

Se vistió rápidamente, sacó de una bolsa de cuero un trozo de pan negro, uno de queso y carne seca adobada, se acercó a un caño de agua donde esta corría fresca y cristalina, se dio unos buenos tragos, metió la cabeza entera debajo del chorro y una vez refrescado y saciado el apetito dijo a su nuevo amigo:

—Cuando quieras podemos partir.

Desde lejos divisaron las murallas de la ciudad de Abela, llamada así por los romanos, para después denominarse Ávila de los Caballeros, por la cantidad de nobles procedentes de Asturias, Galicia y León que allí había, convirtiéndose en poco tiempo en residencia de varios monarcas castellanos y sede de Juntas.

Tampoco tardaron los dos amigos en distinguir las cientos de tiendas de campaña repartidas a lo largo y ancho de una inmensa pradera que habían adecuado para montar el campamento que los reyes y nobles estaban formando para la Reconquista.

A medida que se acercaban al campamento, que estaba a las afueras de la ciudad, se veía un intenso movimiento de soldados a caballo; eran gentiles caballeros, gente noble o principal, pues la soldadesca y la infantería iban a pie y eran gentes del pueblo.

Por todas parte se veían artilugios y máquinas para la guerra, que para un veterano soldado como Gastón de Lyon, acostumbrado a ellas, poco le hubieran llamado la atención; sin embargo, este ejército disponía de cierta arma que nunca antes había visto, y cuando pasó al lado de ella se quedó un rato contemplándola. Se trataba de los nuevos cañones de pólvora que por entonces pocos países utilizaban.

En la conquista de Granada el ejército de los Reyes Católicos utilizaron de forma masiva este arma tan terrorífica.

Había varias compañías, unas eran las mesnadas de los nobles que vestían sus colores y en sus ropas portaban los blasones de su señor, así como también se distinguían otros grupos que llevaban los colores que pertenecían al nuevo ejército de los reyes hispanos.

Desde lejos se veía el campo lleno de colorido, banderas y un ajetreo constante de soldados que se entrenaban y se ejercitaban para la lucha; además de cientos de carros, carretas y caravanas arrastradas por bueyes y mulas que servían de intendencia, y que estaban en un extremo del campamento con los fogones de campaña echando humo sin parar.

Para Presebal aquello era todo un acontecimiento y mientras se dirigían a las tiendas que parecían ser la administración del campamento, este no quitaba ojo a cada detalle; mientras, Gastón de Lyon marchaba tranquilo, sin apenas darle importancia, como si sintiera que acababa de llegar a su casa.

Allí los recibieron el capitán *Hernán Pérez del Pulgar y *Diego Gutiérrez Cárdenas, que estaban en la misma tienda hablando como buenos amigos que eran.

Cuando Gastón de Lyon se presentó ante ellos y entregó sus credenciales los dos militares se quedaron muy sorprendidos al ver a un hombre de esas características, alto y fuerte y con aspecto de extranjero. Se notaba que era un soldado veterano y rápidamente le acogieron dándole su amistad y aprecio. A continuación presentó a Presebal que, a pesar de ser un muchacho joven, no andaba falto de cualidades para la guerra, era un poco más delgado que el francés, pero de similar estatura, de hombros fuertes y gran corpulencia.

**Hernán Pérez del Pulgar (1451-1531) fue un capitán del ejército castellano, natural de Ciudad Real, que sobresalió durante la guerra de Granada.*

**Diego Gutiérrez Cárdenas fue caballero de los Reyes Católicos.*

—Si tuviéramos muchos soldados como vosotros apenas tendríamos enemigos —dijo el capitán Hernán Pérez del Pulgar.

Su amigo, el caballero Diego Gutiérrez, también mostró su satisfacción por que dos personas de esas características se hubieran alistados.

Algunos condes, caballeros y nobles llevaban consigo el empleo de lo que se llamaba una lanza, es decir, un conjunto de combatientes que se mueven en torno a un caballero feudal donde privaba la función del escudero. Pero la masa de cualquier ejército respondía a la noción de mesnada.

Eran soldados que llevaban años al servicio de estos señores y que normalmente estaban acostumbrados a las luchas feudales por las tierras, aldeas, villas e incluso ciudades, o todo lo concerniente al comercio, ganado, etc. Pero en los últimos años, con el poder de los reyes de Castilla y Aragón, y la unión de esos reinos las luchas feudales y el poder de los nobles y de los grandes señores cada vez eran menores; de esa manera, decidieron prestar parte de sus lanzas o mesnadas a los reyes para la conquista del reino de Granada. La mayoría de estos ejércitos estaban compuestos por gente indisciplinada, personas de mal vivir, que se dedicaban más al pillaje y el bandidaje, cuando entraban en conflicto con otro señor feudal, que a llevar una disciplina militar y seguir una conducta.

Con el nuevo ejército que se estaba reclutando había campesinos sin tierras, jornaleros sin vasallaje, pero sobre todo personas normales que nunca antes habían entrado en combate y que no disponían de ningún tipo de formación militar, y que debido al hambre y a las miserias que habían padecido durante toda su vida sus cuerpos eran enclenques, en comparación, con el francés Gastón de Lyon y con Presebal, hombres bien alimentados desde la infancia o juventud; por eso el capitán Hernán Pérez, al ver a aquellos dos hombres, no pudo evitar hacer aquel comentario.

Los días en el campamento militar transcurrían llenos de actividad, a Gastón de Lyon lo habían nombrado instructor, debido a su veteranía y a sus credenciales, para formar a la recién reclutada mesnada en el arte de la milicia y el combate; este, a su vez, había nombrado a su amigo Presebal como su ayudante.

El campo de entrenamiento estaba apartado de las tiendas de campaña y de algunos barracones de madera y cabañas de adobe que servían para que la soldadesca pernoctase; este campo de entrenamiento estaba situado en una gran explanada con diferentes aparatos para que los soldados se pudieran entrenar, tales como dianas para ejercitar el tiro con arco y la ballesta, figuras de paja vestidas de moriscos imitando a guerreros con sus lanzas, para que los caballeros se lanzaran con sus caballos de guerra, y otro tipo de inventos, como la figura de un hombre construida en madera, que portaba en una mano una cadena y al final de esta una bola de hierro maciza con pinchos y en la otra mano una espada; cuando alguien atacaba a este artilugio, la figura giraba sobre sí misma y si no estabas suficientemente preparado o eras precavido la bola de hierro o la espada te podía dar tal trompazo que hasta podías perder la vida.

Gastón de Lyon estaba en ese momento enseñando a manejar las armas a un grupo de arqueros y ballesteros. La mayoría de ellos eran hombres de mediana edad, personas que no tenían nada, ni tierras ni trabajo; la oportunidad de meterse en el ejército con la promesa de tierras y jornales motivó a miles de ellos a alistarse. Eran, normalmente, personas pacíficas, siervos de señores, campesinos y jornaleros que vivían de la providencia o eran contratados por el señor feudal cuando este necesitaba mano de obra para recoger las cosechas a cambio de un mísero jornal o de simple comida.

El franco todavía no comprendía, con demasiada fluidez, la lengua que se hablaba en Castilla, pues el romance era la más hablada en Europa y el castellano la estaba imponiendo el pueblo; para la mayoría de la gente culta, como los miembros del clero y de las universidades, el latín era la lengua predominante. Cualquier viajero que anduviera recorriendo los caminos de las ciudades europeas o visitara un convento, abadía o monasterio se hacía entender perfectamente en latín.

Gastón de Lyon había tenido la suerte de caer en uno de los monasterios más eruditos de toda Francia, donde hablaban varias leguas y él había sido un buen aprendiz; en poco tiempo llegó a entender bien el castellano, pero cuando tenía dificultades y la soldadesca no comprendía bien sus órdenes y algo salía mal se enfurecía y echaba pestes por la boca, gesticulando y profanando toda clase de insultos en su lengua.

—Si tuviéramos que luchar mañana con el enemigo seguro que perderíamos la batalla —dijo malhumorado a Presebal, que estaba en ese momento junto a él.

El capitán Hernán Pérez del Pulgar que era uno de los oficiales de mayor rango y tenía asignado el control del ejército que se estaba formando, pasó en ese mismo instante por allí mientras hacía una inspección por el campo de entrenamiento.

—¿Cómo lo llevas, francés? ¿Ya están preparados?

Gastón de Lyon miró fijamente al capitán a los ojos y se quedó en silencio. Le hubiera gustado decirle a la cara que aquellos plebeyos que se habían alistados para combatir lo harían mejor con el azadón trabajando la tierra que con las armas de guerra que llevaban para defender su vida.

Pero prefirió permanecer callado; no quería desalentar a su capitán y a continuación dijo:

—Capitán, están progresando, pero todavía les queda mucho por aprender —contestó el francés.

—Tienen que estar preparados lo antes posible, no podemos perder más tiempo, ya que en unos días saldremos de aquí.

En una ocasión, mientras todo transcurría con normalidad, ocurrió un grave incidente que alteró la tranquilidad que había reinado hasta ese momento.

Presebal estaba con un grupo de más de sesenta arqueros y les estaba enseñando el tiro con arco, cuando de pronto se escuchó una gran explosión que retumbó en todo el campamento; los hombres miraron hacia el cielo pensando que a lo mejor era el comienzo de una tormenta, pero el cielo estaba totalmente despejado.

—¡Dios mío! ¿Qué habrá sido eso? —dijo Presebal.

—Creo que son prácticas de artillería —contestó con naturalidad el francés.

Los soldados que estaban a su alrededor se miraban unos a otros con cara de estar asustados, sin comprender qué había sido aquel sonido tan diferente a los fenómenos naturales a los que tan acostumbrados estaban.

—¿Qué es eso de la artillería? —preguntó Presebal.

—Son cañones de fuego que disparan bolas de hierro y todo cuanto le metas... En mi país desde hace tiempo se utilizan en todas las batallas importantes.

Presebal le miró con gesto incrédulo, era la primera vez que había oído hablar de ellos en toda su vida y no podía imaginar como serían, cuando apareció el capitán Hernán a galope, montando un caballo de pura raza hispánica, un corcel nervioso, de gran alzada, de color negro como el azabache y de un aspecto fiero, que le hacía parecer a su jinete un aguerrido guerrero.

—Francés, necesitamos tu ayuda, acaba de ocurrir un accidente con los cañones de los artilleros.

Gastón de Lyon sin perder tiempo cogió su caballo y se dirigió cabalgando en dirección a donde había ocurrido el accidente; detrás le seguía su amigo Presebal. Cuando el francés se dio cuenta de que este venía a la zaga, le dijo:

—¡No! Tú quédate con ellos y que sigan practicando con el arco y la ballesta.

Presebal se sintió un poco decepcionado, le hubiera gustado ver qué es lo que había pasado y qué era eso del cañón de artillería y esas culebrinas que disparaban fuego. Pero se le necesitaba en el campo de entrenamiento porque el joven era un excelente tirador y aunque no tenía experiencia en el campo de batalla ni en la milicia, se desenvolvía con bastante soltura, casi como si fuera un experto soldado; de hecho se había hecho respetar entre todas las mesnadas de soldados, incluso entre los más veteranos.

Cuando el francés llegó a la zona afectada, parecía que hubiera ocurrido una auténtica batalla, de las que él estaba tan acostumbrado a ver; uno de los *cañones había reventado por completo y tres cuerpos estaban tendidos en el suelo, dos de ellos destrozados, cubiertos de sangre y con las vísceras desparramadas por los alrededores, los brazos, las piernas e incluso la cabeza la tenían separada del tronco.

**En la época de la Reconquista la pólvora y las armas de fuego ya se empezaban a utilizar y la península hispánica fue uno de los primeros lugares en donde se utilizó, tanto por los moros como por los cristianos. Pero fue a principios del siglo xv cuando se conoce el uso del salitre*

como efecto explosivo en la pólvora y poco a poco se van mejorando las armas que lo utilizan.

Unas de las primeras piezas de artillería fueron los falconetes, piezas pequeñas usadas en todas las fortificaciones; los primeros eran toscos y de hierro dulce y giraban sobre un eje vertical para apuntar a donde mejor convenía; algunos eran de ocho pies de longitud y seis pulgadas de diámetro por parte del oído y los del siglo xv fueron ya de bronce y de cinco pies de largo por tres y medio pulgadas de diámetro en la recámara y en la boca de dos y medio pulgadas.

También estaban los fusiles de muralla con culatines postizos que fueron abandonados por los de una sola pieza a fines del siglo xv.

Y en el siglo xiv se sustituyeron los proyectiles de piedra por los de hierro fundido.

En la conquista de Granada ya se utilizó la artillería en Ronda, en 1485, y los Reyes Católicos usaron el mortero en Loja y en Moclín, en 1486, en Málaga, en 1487, y en Baza, en 1489.

Un tercer hombre estaba retirado a unos diez metros del cañón, tenía apuntado un brazo y sangraba abundantemente; mientras, varios soldados que habían acudido a la escena estaban allí de pie atónitos por lo que había sucedido y sin saber qué hacer.

—¡Rápido, buscad al cirujano! —ordenó el francés, gritando—, si no este hombre terminará desangrándose —y mientras decía esto le practicó uno de los torniquetes que había aprendido a hacer en sus largos años de soldado.

Cuando el capitán Hernán Pérez se acercó hasta donde estaba Gastón de Lyon, le comentó:

—Tienes que hacerte cargo de estas baterías. Estos hombres apenas saben manejarlas, son nuevos e inexpertos; los anteriores que estaban con ellas fueron enviados al sur con el rey Fernando... ¡Ah! y comprueba por qué motivo ha estallado este maldito cañón.

No tardó el francés en averiguar la causa de aquel accidente; comprobó que parte de la pólvora que estaba almacenada en los barriles de madera estaba mojada y mal conservada.

Benjamín, en el corto espacio de tiempo que llevaba en el campamento militar de Ávila, apenas conocía a nadie. Era un muchacho reservado, no hablaba con nadie si no era necesario y pertenecía a una compañía privilegiada de caballeros, pues disponía de caballo propio y se había comprado una cota de malla y una armadura, aparte de la lanza y la espada que llevaba. La única diferencia con ellos era que no pertenecía a lanza de ningún noble ni tampoco era de las mesnadas que habían aportado algunos señores feudales para la causa de los reyes castellanos.

Él era de los muchos soldados independientes que se habían alistado al nuevo ejército, por eso sus blasones y escudos eran los que la mayoría de la soldadesca llevaba en sus ropas.

Cuando Benjamín pasaba entre las mesnadas de soldados montando a *Trueno*, su bonito corcel, de buena alzada, joven y de puro nervio, a algunos se les notaba en la cara la envidia y si por ellos hubiera sido, habrían matado a ese joven inexperto y le habrían robado su caballo; pero en la milicia el robo y el asesinato entre soldados estaba prohibido, y la condena por hacerlo era la horca, la amputación de una mano o ir a las galeras. Una condena en las galeras de más de diez años equivalía a morir en vida, ya que la mayoría no llegaba a cumplirla.

Pero existía otra forma de conseguir cualquier posesión sin necesidad de robar y que estuviera aceptado por todos, y el ejército y la ley del momento lo permitían: con el juego.

Con el juego, los soldados perdían sus pertenencias más valiosas a manos de los jugadores más experto o de los que habían tenido buena suerte ese día; pero todos aceptaban la derrota y allí no había pasado nada. Así fue como un día ocurrió un hecho que cambió la vida de nuestro joven Benjamín.

Una de las tardes, cuando Benjamín estaba cruzando el campamento, se encontró con un grupo

de soldados en círculo y dentro del mismo se escuchaban voces, insultos y risas. Se acercó hasta él para ver lo que ocurría y, como pudo, logró hacerse un hueco entre la gente. Vio que jugaban a los dados árabes, se trataba de unos dados cuadrados hechos de huesos con varias caras que representaban diferentes dibujos, y unos de los que estaban allí perdían y otros, ganaban, según fuera la jugada. Cuando uno de ellos, apodado el Mulas, que era el que llevaba el juego, vio que Benjamín se acercaba, se le quedó mirando fijamente y le reconoció.

—¡Mirad quién está con nosotros! El caballero desconocido —dijo el Mulas en voz alta, tratando de llamar la atención para que todos los presentes estuvieran pendientes de él.

—Venga, muchacho. Juégate algo y tira esos dados, seguro que ganas...

Benjamín se sentía un poco inquieto y estaba un poco abochornado ante el grupo de gente que estaba pendiente de sus actos.

—Venga, juega, no seas cobarde...

El joven trató de salir del grupo, pero la gente del círculo le impedía abandonar aquel lugar.

—¡Dale, dale los dados! —exclamaba el Mulas.

Sin saber cómo, de pronto, se vio con los dados en la mano; alguien muy taimado se los había puesto allí.

—Venga, saca tus monedas de oro; un caballero como tú debe de tener una buena bolsa de monedas.

Benjamín no sabía qué hacer, la gente se reía en su cara y le estaban poniendo nervioso. De repente, le pareció oír justo detrás de él, o no sabía si había salido del mismo Mulas, que alguien decía “caballo”, y en ese instante alguien le empujó la mano y los dados cayeron dando varias vueltas sobre sí mismos, hasta que las figuras se quedaron paradas boca arriba, encima de la piel de carnero que servía de tapete para que los dados resbalasen.

—¡Pierde! ¡Ha perdido el caballo! ¡El caballero ha perdido el caballo! —vociferaba como un loco el Mulas para que todos escuchasen lo que allí había sucedido.

Todos revoloteaban alrededor de Benjamín, le estaban volviendo loco, pero él trató de controlar aquella situación y empezó a comprender rápidamente que todo había sido una trampa, una estratagema para robarle su caballo, y trató de salir de allí como si no hubiera pasado nada; cuando justo, en ese momento, el Mulas le cortó el paso.

—¡Eh, muchacho! ¿A dónde crees que vas?

El Mulas era un hombre de baja estatura, más bajo que Benjamín, pero de gran corpulencia. Todo el campamento le conocía como un pendenciero y por ser rápido con el cuchillo; esa fama se la había ganado con creces.

Se decía de él que era un mal hombre y que tenía la sangre envenenada, pues siempre buscaba pelea y la forma de sacar beneficio de ella. Todos le respetaban y temían, con él siempre iba un pequeño grupo que le amparaba en sus fechorías, y tenían atemorizada a la mitad de la soldadesca.

Benjamín trató de pasar sin hacerle caso y sin mirarle a la cara para no provocarle, pero este le seguía cortando la retirada.

—Tú no sales vivo hoy de aquí si no me entregas, ahora mismo, el caballo que acabas de perder.

—Yo no me he jugado ningún caballo, ni me he jugado nada.

—Todo el mundo ha visto que has lanzado los dados, que te has jugado el caballo y que lo has perdido...

Un gran silencio se hizo alrededor de los dos hombres.

—¡Aparta! —dijo Benjamín mostrando un gesto de dureza.

Fue entonces cuando empujó al Mulas para que le dejara pasar y este de pronto sacó de la

cintura un cuchillo largo y trató de arremeter contra el joven para darle una cuchillada, pero Benjamín que se esperaba esa reacción, con sangre fría como si estuviera acostumbrado a luchar cuerpo a cuerpo, esquivó la cuchillada con muy buenos reflejos, a la vez que giraba parte de su cuerpo y le golpeaba con la rodilla en la entepierna con todas sus fuerzas, dándole de lleno en todas sus partes; el Mulas se sorprendió con ese terrible golpe en los genitales y no pudo hacer otra cosa que echarse las manos a dichas partes como para calmar el dolor, y como Benjamín vio que el cuchillo lo seguía manteniendo en la mano sin soltarlo, le volvió a dar otra patada, esta vez en la boca y se vio cómo de ella salían disparados varios dientes y un chorro de sangre.

Entonces el Mulas, que era un hombre acostumbrado a las peleas y la mayoría de las veces había salido triunfador, se recobró rápidamente y utilizó varias de las estrategias que había aprendido con la experiencia y que siempre le habían dado resultado, una de las cuales era cambiarse el cuchillo de una mano a otra tratando de atemorizar a su adversario.

—¡Anda, atácame si eres hombre!

Benjamín recordaba las palabras de su maestro: “Nunca intentes atacar primero en una pelea cuerpo a cuerpo, mantén la calma y no te precipites. Observa a tu adversario y mira los puntos flacos; si atacas primero movido por la sangre caliente la pelea la tendrás perdida, porque el contrario te está esperando para astarte la puñalada”.

Aquello le hizo reflexionar, observó al enemigo y esperó a que este atacara, como si le diera facilidades. Justo en el momento en que Mulas le atacó, Benjamín le aplicó una llave que le inmovilizó el brazo del cuchillo, entonces le agarró por la espalda cogiéndole del cuello y le empezó a apretar con tanta fuerza que el Mulas parecía asfixiarse; de esa manera tiró el cuchillo al suelo y cuando le soltó la mano se escuchó un chasquido de huesos. Benjamín le había roto uno de los brazos.

La pelea había terminado. Todos estaban en silencio, ni siquiera el grupo del Mulas se atrevió a decirle nada y a enfrentarse con él. Se había ganado el respeto de todos y nadie se atrevería de ahora en adelante a meterse con el caballero desconocido, como algunos le llamaban...

El capitán Hernán, Gastón de Lyon y Presebal habían presenciado todo el desarrollo de la pelea. No solía ser costumbre de los altos mandos entrometerse en medio de las disputas de los soldados, sino todo lo contrario, les gustaba presenciar aquellos acontecimientos, siempre y cuando las cosas no llegaran a fatales consecuencias.

—¡Muchacho! —le requirió el capitán Hernán.

Benjamín se acercó a ellos; estaba tranquilo, aquella disputa no le había alterado lo más mínimo y no mostraba ninguna señal de cansancio físico, a diferencia del Mulas, que estaba tendido en el suelo y respiraba con dificultad por el esfuerzo realizado.

—¿Cuál es tu nombre?

Benjamín vaciló un segundo.

—Gonzalo Velasco de León.

Fue el primer nombre que le vino a la mente, lo había oído una vez y se le había quedado grabado, pero no recordaba ni dónde ni por qué motivo. Intentaba por todos los medios que nadie reconociera su origen judío; si alguien lo descubría, sus días en el ejército castellano se habrían acabado y lo más seguro es que su vida, además, corriera peligro.

—¿No serás familia del conde Velasco?

Benjamín se quedó callado, había hecho mal mintiendo al apropiarse de ese nombre que le había salido sin pensarlo. Ya no podía hacer otra cosa más que continuar con su mentira.

—He oído hablar mucho del señor conde...

—¿Le conoce, señor?

—No, no le conozco, pero he oído que fue un gran guerrero en la lucha contra los moros. Benjamín guardaba silencio dejando que el capitán Hernán fuera el que hablara por él.

—Nunca he visto luchar a nadie de esa forma, ¿dónde has aprendido?

—Me la enseñó un viejo cristiano que combatió en muchas batallas.

—Pues quienquiera que fuera te enseñó muy bien, si tuviéramos a unos cientos como tú seguro que las batallas las ganaríamos rápidamente. ¿Cómo te manejas con la espada?

—De igual modo que la lucha cuerpo a cuerpo, mi señor.

—Eso tendremos que verlo, pero ahora necesito personas como tú —mañana pásate por mi tienda.

Así fue como conoció y se hizo amigo inseparable de Presebal y de Gastón de Lyon.

****POLÍTICA INTERIOR***

Superación de la crisis política: afianzamiento del orden y de la autoridad de la Corona

- *Sometimiento de la nobleza.*
- *Incorporación de las Órdenes de Caballería a la Corona.*
- *Corregidores en las grandes ciudades de Castilla; nombrados por el rey: inicio del centralismo de la modernidad.*
- *Reorganización de las Cancillerías (tribunales de justicia).*
- *Reorganización de la Hacienda: se ingresan por la Corona los impuestos (no quedan en otras manos).*
- *Reorganización del sistema monetario: 1 ducado (3'55 g de oro) = 375 maravedíes; 1 real (plata) = 34 maravedíes.*
- *Creación de la Santa Hermandad para combatir el bandidaje.*
- *Reforma del ejército.*
- *Reorganización de los Consejos: además de nobles y eclesiásticos, emplean juristas. Antes eran nobles cortesanos.*
- *Polisinodia: múltiples Consejos:*
 - *Consejo de Castilla es el más importante, se le llama Consejo Real a secas, aunque todos lo son. Integrado por un prelado, que preside, tres caballeros y ocho juristas. Desempeña funciones gubernativas y de **Tribunal Supremo de Justicia**. Consta de las Salas de Estado, Hacienda, Justicia y Santa Hermandad. La Cámara de Castilla es otra subdivisión y se ocupa de los nombramientos de cargos y otorgación de mercedes y dispensas; pasará a ser un Consejo en 1588.*
 - *Consejo Real de Aragón, Consejo Real de Navarra (que residía en Pamplona, a diferencia de los demás que residían en la Corte, porque eran consejos de los reyes). Consejo de Órdenes, Consejo de Cruzada, Consejo de la Inquisición. Después se crearán más Consejos con los Austrias. Con los Borbones, se irán eliminando y el Consejo de Castilla será el único importante en el xviii prácticamente.*

CAPÍTULO VI

La carta

Isabel I de Castilla tenía buenos recuerdos de la ciudad de Segovia. Desde joven había pasado alguna que otra temporada allí y años más tarde, en 1474, se proclamó a sí misma reina de Castilla en el alcázar de la ciudad con la ayuda del alcaide de la fortaleza, Andrés Cabrera, y con el entusiasmo de los habitantes de Segovia.

Después de su casamiento con Fernando II de Aragón, los Reyes Católicos tenían varias residencias a lo largo y ancho de la península, pero en aquellos años las cortes se habían instalado en la ciudad de Córdoba y solo cuando los asuntos de estado lo permitían la reina Isabel procuraba visitar la ciudad donde había tenido gratos recuerdos. De esa manera fue como Gonzalo Fernández de Córdoba se dirigió directamente a Segovia acompañado de su escudero.

El primero en divisar las almenas de la fortaleza de Segovia fue el sevillano. Acababan de subir una cuesta del camino y a los caballos se les empezaba a notar el cansancio después de casi todo un mes de viaje; además llevaban varios días a un ritmo muy fuerte, pues hicieron varias partes del recorrido a galope. Aunque eran sementales fuertes y duros, acostumbrados a realizar grandes esfuerzos, había llegado el momento de que descansaran por un tiempo para recuperarse.

—Mirad, mi señor, ya se ven las torres del alcázar —exclamó el sevillano.

Desde aquel montículo se veían las torres; por encima de los ríos Clamores y Eresma el edificio sobresalía majestuoso sobre una roca que se elevaba formando un rectángulo acabado en punta. Tenía una vista impresionante y era una fortaleza bien guardada y fortificada.

—Tenemos que darnos prisa, solo quedan dos días para que Isabel se marche de la ciudad.

Gonzalo Fernández de Córdoba, *el Gran Capitán*, llamaba así con familiaridad a la reina Isabel I de Castilla. La conocía desde niño y las dos familias se conocían desde hacía mucho; Gonzalo de Córdoba, años más tarde, pasó al servicio de Isabel, donde a veces le servía de correo y otras de espía.

Llegaron a la ciudad al mediodía, el sol apretaba con fuerza y la temperatura era algo alta a pesar de estar a principios de primavera; Gonzalo se dirigió a su amigo y le dijo:

—Busca una fonda que tenga buenas condiciones para pernoctar varios días, pues no sé cuánto tiempo tendremos que pasar aquí.

Se separaron, cada uno se marchó hacia una dirección; Gonzalo se dirigió directamente al alcázar; si por él hubiera sido se habría marchado con su escudero, se habría tomado un buen baño y se habría cambiado la ropa que llevaba por otra más limpia, y después de satisfacer su sed y su apetito se habría echado a dormir hasta el día siguiente. Pero la carta que llevaba escondida en el interior de su ropa no podía esperar y tenía que ser entregada lo antes posible. Tampoco estaba seguro de si Isabel le recibiría al momento o tendría que esperar a una audiencia. Las audiencias se hacían largas y pesadas y podría pasarse allí todo el día esperando a que la reina le recibiera.

El alcázar estaba fuertemente custodiado y sus torres lucían el pendón de la reina, lo que significaba que ella estaba dentro recibiendo a sus súbditos. La entrada del recinto estaba formado por un patio herreriano con foso, donde varios centinelas estaban apostados por delante y por

detrás custodiando el puente levadizo. Cuando el caballero cordobés se acercó, los centinelas le cortaron el paso.

—Soy el alférez Gonzalo Fernández de Córdoba, correo de su majestad la reina Isabel, y traigo un correo para ella.

Aquellos soldados le dejaron pasar mientras le miraban con curiosidad, a la vez que un palafrenero cogía las riendas de su caballo.

—Muchacho, atiende bien al caballo, que se lo merece —y, tras decir esto, lanzó al aire un maravedí por sus servicios.

El mozo de cuadras cogió la moneda al aire y la miró una y otra vez como si no diera crédito a lo que sus ojos veían. Era un oficio en el que solo se trabajaba por la manutención y por tener un lugar caliente dentro de las cuadras donde dormir; ese era su único pago.

—Gracias, señor —dijo el joven, que tendría unos quince años de edad, mientras realizaba un ademán respetuoso.

Pero, una vez que el caballero cordobés se dio la vuelta, los dos centinelas de la puerta no tardaron en echarse encima del muchacho para quitarle la moneda, pero este que era muy avisado, sabiendo lo que le podía pasar, había salido disparado con el caballo en dirección a los establos.

Cuando el caballero cordobés atravesó el primer patio herreriano y llegó al segundo, vio la capilla y las salas nobles de la galera. De pronto, se cruzó con uno de los oficiales que estaba al mando, al que conocía, y este al verle le saludó con cierta frialdad, pues el oficial no dejaba de tenerle envidia por ser amigo personal de la reina y ser uno de los hombres de más confianza que Isabel tenía en su corte. No podía hacer nada contra él y tenía que pasar la información cuanto antes, pero aun así trató de quitarle importancia a la recepción que Gonzalo le pedía.

—En este momento su majestad la reina Isabel tiene varias audiencias y no le podrá recibir —dijo con cierto aire de prepotencia.

—Traigo un asunto de vital importancia y tengo que ser recibido por Isa... -Gonzalo de Córdoba se dio cuenta de que la estaba llamando por su nombre de pila y rápidamente cambió sus palabras—, por su majestad la reina Isabel.

—Ahora no podrá ser, tendrá que aguardar, como estos señores, a que le den audiencia —volvió a repetir el oficial con mala educación.

Gonzalo miró a su alrededor y vio que dentro de la sala se encontraban varios caballeros más, unos en grupo, hablando entre ellos, y otros parecían ir solos, pero también esperaban audiencia con la reina y parecían gente principal.

En ese momento pasó un mensajero real y el oficial le facilitó la entrada sin ponerle ningún tipo de objeción; Gonzalo Fernández de Córdoba llevaba una carta personal para la reina, tal vez fundamental para el Estado, pero no era un mensajero corriente que a diario despachaba cartas, las cuales se solían entregar a un consejero cercano a los monarcas. Su carta era personal y solo podía ser entregada en mano a la misma reina; así que no tuvo más remedio y se resignó a esperar, mientras las horas se le hacían largas y monótonas. Poco a poco fue perdiendo las esperanzas, pues todavía quedaban varios caballeros delante de él y quedaban pocas horas de luz.

Durante todo el tiempo que llevaba aguardando, se había percatado de la presencia de un hombre de mediana edad que no pasaba desapercibido. Vestía ropas muy elegantes, como si fuera un mercader veneciano, el pelo lo tenía dorado, en media melena y tenía un rostro agradable; por su acento se le notaba que era extranjero, italiano, tal vez genovés o veneciano; su mirada era inteligente y durante todo el tiempo conversó con un fraile que le acompañaba llamado fray *Antonio de Marchena. Hablaban de mapas, de países y de barcos. Le pareció que debía de ser

marinero más que mercader, pues constantemente se les escuchaba hablar del mar... Justo en ese momento apareció un consejero cercano a la reina y vio a Gonzalo.

—¡Hombre, Gonzalo!, ¿qué haces aquí? —preguntó el consejero, un hombre entrado en edad y un poco encorvado, que vestía finas prendas.

—Espero una audiencia con Isabel.

—¿Su Majestad sabe que estás aquí?

—No he podido avisarla —dijo Gonzalo un poco molesto—. ¿Podrías pasar y decirle que estoy aquí, que espero una audiencia con ella?

—Cuando termine de hablar con estos caballeros pasará a informarle de tu visita.

Aquel hombre se dirigió directamente al caballero, que parecía marino o mercader, y al fraile, y con ademanes diplomáticos, como funcionario experto de su condición, les dijo:

—Caballero Cristóbal Colón, su majestad la reina Isabel, debido a la cantidad de audiencias que ha tenido en el día de hoy, no podrá recibirle como se merece, pero que su asunto será tratado mañana antes del mediodía; por lo que le pide vuelva mañana.

Era la primera vez que el cordobés escuchaba ese nombre. Años más tarde el mundo entero hablaría de él hasta la saciedad.

**Entabló una gran amistad con Cristóbal Colón y fue quien le presentó al confesor de la reina Isabel, fray Hernando de Talavera.*

Gonzalo se quedó esperando impaciente. Estaba muy cansado, pero el encuentro inesperado con uno de los consejeros y mayordomos de la reina, al que conocía muy bien y el cual sabía que la reina Isabel tenía a Gonzalo en alta estima le abrió la esperanza de que la reina, a lo mejor, le recibiría pronto. No pasaron más de cinco minutos cuando el mayordomo salió a su encuentro.

—Su Majestad te recibirá ahora mismo.

Gonzalo marchó tras los pasos del mayordomo. Era la primera vez que estaba en el alcázar de Segovia y no conocía nada de él.

Entraron en la sala del trono, en la que destacaba una preciosa cúpula mudéjar y las yeserías gótico-mudéjares, con las paredes cubiertas de tapices que daban un aspecto más cálido, en comparación a la frialdad de otros palacios y castillos que él conocía, donde las paredes desnudas, solo con la piedra, y la amplitud de sus salas daban una sensación como de frío.

La reina Isabel estaba sentada en uno de los dos tronos; el otro, donde estaría sentado su marido Fernando, estaba vacío. Al lado de la reina había un fraile llamado fray **Hernando de Talavera*, un escribano y el mayordomo consejero conocido de Gonzalo de Córdoba.

La reina Isabel era una mujer de piel muy blanca y rubia con los ojos claros, se notaba que tenía descendencia anglosajona. Era una mujer de facciones agradables aunque tampoco tenía una gran belleza, pero tenía un porte digno que realzaba su figura y deslumbraba a todos los que estaban cerca de ella.

Su alteza conocía a don Gonzalo desde hacía muchos años. De jóvenes más de una vez habían jugado y conversado juntos, pero desde que era reina trataba de no manifestar sus emociones en público y siempre mostraba una serenidad y una autoridad que le hacían ser una señora muy respetable.

—Querido alférez, esperaba impaciente vuestra visita; ¿cuándo habéis llegado? —preguntó Isabel, a la vez que su rostro mostraba una sonrisa de alegría al verle.

—Majestad, esta misma mañana... Como podéis ver mi ropa no es la adecuada para la ocasión.

—No os preocupéis por eso Gonzalo, sé que vuestro viaje ha sido largo y que debéis de estar agotado; supongo que traéis noticias importantes para mí.

—Sí Majestad, tal como pedisteis.

Gonzalo Fernández de Córdoba, echó mano de una pequeña bolsa de cuero que llevaba colgada en uno de los hombros; ya la había sacado de su escondite en el interior de su vestimenta, la abrió y sacó una carta sellada y lacrada que entregó al mayordomo y este se la entregó a la reina.

Mientras la reina leía la carta se había creado una gran expectación. El silencio que reinaba en ese momento podía cortar el ambiente con una cuchilla muy fina; Gonzalo todavía seguía de pie mientras observaba detenidamente a la reina a ver si reconocía algún gesto y delataba algún tipo de emoción mientras la leía, pero tenía el rostro imperturbable, como si de una estatua de mármol se tratara, sin emoción alguna.

**Confesor de la reina Isabel I de Castilla.*

Gonzalo no se podía creer el cambio que Su Majestad había dado. En sus recuerdos de infancia todavía veía aquella joven muchacha alegre que era la primera en reírse por cualquier cosa y que siempre estaba dispuesta a gastar cualquier tipo de broma, por muy pesada que fuera, con tal de pasar un buen rato.

Ahora aquella seriedad y esa majestuosidad no eran fingidas, no estaba representando un papel ante la corte, sino que ella era así y tenía un don natural para cautivar y envolver a todos sus vasallos.

Ni siquiera Gonzalo sabía el contenido de ese mensaje; él era un simple correo, quizás el único correo de confianza y con suficiente valentía como para realizar ese viaje tan largo y arriesgado.

Nada más terminar de leerla y sin hacer ningún comentario, la cerró y se la guardó en un bolsillo muy discreto que apenas se apreciaba y que llevaba en una parte de su vestido.

—Bien, Gonzalo. Habéis servido fielmente a vuestra reina y a Castilla —y añadió: —Estaréis cansado y os gustaría asearos, así que ya podéis marcharos pero os espero mañana a vos para que almorcemos juntos, pues tenemos muchas cosas de qué hablar.

—Su Majestad me hace un gran honor.

Cuando Gonzalo de Córdoba salió del alcázar respiró tranquilo. Por fin había cumplido su misión; una misión que le había llevado más allá de las fronteras de Hispania, hasta Francia y que le hizo atravesar los Pirineos. Un viaje no exento de riesgos, pues era una carta de máximo secreto dirigida al rey de Francia; una vez allí Gonzalo tuvo que esperar cerca de un mes para recibir contestación y así retornar junto a la reina.

Su empresa había terminado con éxito; años más tarde, don Gonzalo Fernández de Córdoba, *el Gran Capitán*, llegaría a ser el jefe de todos los ejércitos de España y el creador, nada menos, que de los tercios de Flandes. Tendría conocimiento del contenido de aquella carta, una carta que marcaría el transcurso de la historia de España.

Mientras marchaba contento, al igual que marcharía una persona que sabe que ha realizado un buen trabajo y como si se hubiera quitado un gran peso de encima le vino el recuerdo de aquella joven muchacha que estuvo a su lado en su lecho de muerte, cuyo rostro y manos no se apartaron nunca de él y que durante todo ese tiempo estuvo tratando de bajarle la fiebre, la hermana pequeña de Presebal.

CAPÍTULO VII

La denuncia

***Los autos de fe**

En Hispania más que otros países, debido a la Reconquista, ser cristiano viejo era una cualidad muy importante. Era un país en el que durante siglos habían convivido tres religiones y a medida que los cristianos conquistaban nuevos territorios en la península, los habitantes de esas poblaciones descendientes de los árabes y practicantes de la religión coránica, así como de los judíos, tuvieron que someterse a las nuevas leyes de los gobernantes. Muchos de ellos se hicieron conversos, y los que no aceptaron someterse, ni querían perder su fe ni su cultura, se marchaban de Hispania hacia África u otro lugar que fuera más tolerante.

Unos años antes de que se completase totalmente la Reconquista hispánica por los cristianos una bula del papa Sixto IV creó la Inquisición en Castilla para un control de la pureza de la fe. En Aragón ya existía desde 1248.

**Según la Inquisición, los descendientes de los moros y de los judíos tenían sangre impura y tenían que sufrir mucho. Además, la Inquisición quería destruir todas las creencias religiosas que no fueran la cristiana. Los que insistían en practicar su fe estaban sometidos al interrogatorio y a veces a la tortura de la Inquisición. El objetivo de la tortura era salvar las almas de los herejes. Los que eran sospechosos de herejía, inicialmente fueron encarcelados. Muchas de las cárceles eran tan oscuras y estaban tan abarrotadas que los presos respiraban con dificultad. A menudo había escasez de agua y pan. La cárcel misma era una forma de tortura, y muchas veces los presos se quedaban en la prisión hasta que confesaran "la verdad". Muchos de los acusados fueron confinados en solitario para extraer confesiones más rápidas.*



El primer auto de España ocurrió en Toledo el 16 de agosto de 1486. Las víctimas fueron desfilando al centro para oír su castigo de muerte por medio de los quemaderos. Los aldeanos asistieron al auto de fe para apoyar a la Inquisición. Los castigos más crueles ocurrieron

durante los autos públicos y si una familia no estaba presente, la Inquisición la hacía sospechosa de judaísmo. La edad y el sexo de las víctimas no las eximía de la tortura de la Inquisición. En el auto de Toledo, por ejemplo, Isabel Canese, que tenía 78 años de edad, fue torturada por creencias judías.



Two old prints showing the application of torture under the supervision of the Inquisition



Samuel, el hijo del judío Aharon, y su amigo David llevaban ya tiempo de viaje. Ninguno de sus familiares había tenido noticias de ellos desde entonces y viceversa. Un acontecimiento imprevisto cayó sobre sus familias como una maldición.

Todo empezó hace diez años: Un buen día se presentó en casa del mercader Aharon una mujer cristiana de mala reputación; todo el mundo la conocía por borracha y prostituta y llevaba una niña pequeña en los brazos; estaba sucia, vestía harapos y parecía enferma. La niña igualmente estaba andrajosa y muy delgada, tenía cinco años de edad, aunque debido a la mala alimentación y a la falta de cuidados aparentaba ser más pequeña.

Mamadou la recibió y la reconoció nada más verla y avisó a su amo de que aquella mujer quería hablar con él.

Aharon salió acompañado de su mujer, que sentía curiosidad, sosteniendo en sus brazos a la pequeña Rebeca que en aquella época aun no había cumplido los tres años.

El sirviente negro había hecho pasar a aquella mujer al patio de la casa para que esperase a que salieran sus amos. Despedía un olor pestilente, además de a vino, y estaba muy débil, pero permanecía de pie sujetando a la niña de su mano.

—¿Qué desea, buena mujer, de esta humilde casa? —preguntó Aharon con buenos modales y educación.

—Señor, le traigo a mi hija para vendérsela, para lo que vuestas mercedes quieran hacer con ella.

—Mujer, esta no es una casa de compra de esclavos.

—Lo sé, pero se la vendo por unas monedas de oro; sabrán qué hacer con ella, come poco.

La mujer de Aharon miró a la niña con pena, en ese instante Rebeca se soltó de los brazos de su madre y se acercó a la pequeña, que estaba completamente sucia y llevaba los pelos enmarañados como si fuera un salvaje, la cogió de la mano y empezó a hablar con ella como si la conociera de toda la vida.

—Nena, nena... -dijo Rebeca, dos años menor que la niña desaliñada.

—Ya le he dicho, mujer, que nosotros no compramos a hombres ni mujeres, y menos aún a niños, vaya a las autoridades y mire a ver qué pueden hacer.

—Señor, no la quieren, dicen que todavía es muy pequeña para trabajar, vuestas mercedes pueden tenerla en la casa que ella sabrá arreglárselas; es como un pequeño perrito, con las sobras le basta, y apenas ocupa espacio para dormir, con un jergón de paja es más que suficiente.

Rebeca, cogiendo de la mano a la niña sucia, la metió dentro de la casa como si se tratara de una amiguita y esta la siguió sin decir nada. La mujer de Aharon que estaba muy apenada por la situación le dijo a su marido:

—Déjala, pobrecilla, será como una amiguita de Rebeca, y así nunca estará sola.

Aharon era un hombre gentil, bueno, amaba a su mujer y a sus hijos por encima de todas las cosas; aunque fuera el cabeza de familia en ocasiones hacía caso de lo que su mujer decía y finalmente dijo:

—Acepto, mujer. Nos quedaremos con la niña pero no como servidumbre, sino como amiga de mi hija. La trataremos como si fuera un miembro más de nuestra familia y la educaremos como uno de nosotros. No vuelvas a reclamarla si sigues por este camino.

Si cambias tu forma de vida y le buscas un lugar digno donde vivir y la educas como se merece podrás reclamarla, pero si las cosas continúan así, olvídate de ella mientras viva.

Lo dijo con voz firme, como si dictara sentencia, entonces sacó una bolsita de cuero que contenía varias monedas y se las dio a la mujer.

Esta, como si de pronto tuviera una fortuna en la mano, salió de allí corriendo sin echar la vista

atrás.

No había pasado más de un año cuando aquella mujer de mala vida murió de peste. Aunque su rostro y su cuerpo estaban deformados por la bebida y la mala vida no había llegado a cumplir los veinticinco años.

Diana, que era como se llamaba la pequeña, se crió como una más de la familia, con la diferencia de que no se le inculcó la religión judía, pues pensaban que si la niña había nacido cristiana no debían ser ellos quienes le cambiaran de fe. En todo caso sería la pequeña la que, algún día, elegiría voluntariamente ese camino. De todas formas tampoco corrían buenos tiempos para los judíos e introducirla en su fe no la beneficiaría en absoluto.

La joven se crió como la hermana mayor de Rebeca, pero en ningún momento mostró las capacidades intelectuales de la judía ni la sensibilidad por la poesía, la música, la astronomía y no tuvo interés en nada relacionado con el conocimiento. Ella en cuanto se hizo una mujer se dedicó a tontear con los jóvenes que se ponían en su camino.

Diana conoció un día de mercado a un joven y apuesto labrador que tenía tierras propias. A partir de aquel momento se hicieron novios en secreto y como la joven estaba en edad de casamiento y su aspiración era crear una familia con muchos hijos, no tardaron mucho tiempo en fijar un compromiso. Rebeca conocía el romance de su hermana adoptiva y gracias al cariño que las dos se profesaban lo aceptó plenamente, pues la veía muy enamorada.

—Hermanita —dijo Diana—, os quiero mucho a todos, vosotros habéis sido mi familia y aunque no me hayáis inculcado vuestra religión yo la acepto como si fuera mía de corazón, pero el hombre con quien me quiero casar es cristiano viejo, el sabe que vivo con vosotros, pero también sabe que no profeso vuestra religión. ¿Qué debo hacer?

Rebeca, que le había cogido la mano con cariño, le contestó:

—No te preocupes por eso, mi padre te aceptó en nuestra familia sin la obligación de que cumplieses los mandamientos de nuestro pueblo, sino que fueses tú, con el corazón, quien eligiese el camino que considerase adecuado. Nosotros te seguiremos queriendo igualmente ya seas cristiana, musulmana o judía.

Las dos se fundieron en un fuerte abrazo de amor y amistad.

Ninguno de los acontecimientos futuros habría pasado si no fuera por la inocencia de la joven y por la situación actual que se estaba viviendo en Hispania y en Castilla en concreto.

La formación de la Inquisición para la pureza de la fe, provocada entre otras cosas por los muchos conversos tanto musulmanes como judíos, y el plan de los reyes, avivado por el clero, estaban dando con los últimos reductos de la Reconquista. Querían hacer una Hispania de una sola religión y para eso no se podía dar cabida a los conversos que públicamente recogían la fe de Cristo pero que en el interior de sus casas seguían practicando la fe de sus ancestros. Aunque a los gobernantes no solo les movía la fe, sino también el ánimo recaudatorio, deseaban esquilmar los bienes de muchos de estos conversos que eran ricos y comerciantes y tenían un gran peso en el terreno comercial de la época.

Tal vez fue una chiquillada, o una forma de confesar unos secretos a otra persona ajena a su entorno familiar o porque el novio la obligara, la cuestión es que un día se dirigió a la catedral y se confesó, pero tuvo el destino...

Diana había seguido la trayectoria religiosa de la familia de Aharon como si todo fuera un juego; desde niña los veía rezar todos los días y aunque ella no entendía nada de aquellas oraciones habladas en otra lengua, los seguía con su balbuceos como si verdaderamente rezara; con el tiempo aprendió sus oraciones, respetó el Shabat y todas sus tradiciones como si fuera una auténtica judía, incluso acudía regularmente a la sinagoga con las demás mujeres y habría

aceptado esa fe de todo corazón si la hubieran bautizado, pues verdaderamente era la única fe que conocía, pero ni su padre ni su madre adoptivos ni ningún miembro de la comunidad judía le dijeron de hacerlo. Diana vivía con ellos pero en cuanto a la fe estaba apartada de ellos.

Algunas veces la joven acudía a una iglesia cristiana, le gustaba ver la cantidad de gente que allí se congregaba, las riquezas de la catedral con aquellas imaginerías en cada rincón de la misma, con sus candelabros de plata y de oro, le gustaba observar la inmensidad de las naves donde las voces retumbaban en las bóvedas y paredes, le gustaba oír el canto de los frailes en el coro y sus métodos litúrgicos, en contraste a la sencillez de la sinagogas con paredes limpias, sin imágenes, y pequeñas naves en las que se iba reduciendo la cantidad de fieles que las visitaban; sin contar con que hacía cosa de un mes el obispo de Toledo había mandado cerrar todas las sinagogas de la ciudad.

Una tarde Diana se presentó en la catedral radiante de felicidad, quería contar o transmitir su felicidad a todo el mundo, quería que se enterasen de lo dichosa que era al estar enamorada.

Vio que había un joven fraile con el hábito de franciscano en el confesionario, estaba leyendo un pequeño librito de oraciones, de esos que en los conventos los frailes transcriben a mano haciendo varias copias. El fraile estaba muy ensimismado en su lectura cuando se le acercó Diana.

—Padre, me gustaría confesarme —dijo llena de júbilo.

El joven era todavía imberbe, tenía una cara agraciada, su figura transmitía inocencia y daba la sensación de que en su vida hubiera cometido un pecado. Nada más lejos de la realidad. Sus ambiciones y su fanatismo le hacían ser uno de los personajes más diabólicos que en ese momento la Inquisición tenía en Castilla, y en más de una ocasión ya había hecho de fiscal en asuntos de fe.

—Dime hija, ¿de qué pecados deseas confesarte...?

Fue un craso error. La inocencia o la felicidad que en aquel momento sentía la joven o tal vez las dos cosas fue lo que le hizo confesarse con total naturalidad; nada habría pasado si el confesor hubiese sido una persona normal, pero en este caso se trataba de un fanático religioso que veía demonios donde no los había.

—¿¡Dices que hablan en otra lengua y que al hacerlo se balancean con el cuerpo y que todavía siguen practicando su religión a pesar de que el señor obispo ha mandado cerrar todas las sinagogas en Toledo...!?

—No padre, ellos rezan de esa manera y hablan en otra lengua porque es la lengua de su pueblo, de Moisés, que nació antes que nuestro señor.

—Y en sus ritos, ¿has oído alguna vez mencionar a Satán?

—No padre, ya le he dicho que es su forma de orar. Son gente buena, como los cristianos... Lo que yo quería saber es qué tengo que hacer para bautizarme y poderme casar. Mi novio es cristiano y quiere que nos casemos por la iglesia de nuestro señor Jesucristo.

Diana le contó con todo lujo de detalles que su madre había sido una ramera, que había llevado una mala vida, que nunca le había transmitido ningún tipo de fe ni la había bautizado; que más tarde fue adoptada por la familia de Aharon, su auténtica familia. Que ellos tampoco quisieron obligarla a pasarse a su fe, sino que le dejaron que decidiera por sí misma.

Aquel fraile no estaba interesado en la información que la joven solicitaba ni en su consejo, por culpa de su fanatismo religioso solo veía al diablo influyendo en la mente de una joven que había caído en pecado, por eso apenas escuchaba lo que la muchacha le decía y solo se limitaba a preguntarle detalles de la familia del judío. Llegó un momento en que Diana empezó a inquietarse por la actitud de aquel joven fraile y asustada salió corriendo de la catedral calle abajo, hacia el barrio judío.

Su corazón palpitaba con fuerza como si quisiera salirse de su pecho, pero cuando vio que su

hermana pequeña Rebeca salía a su encuentro se empezó a tranquilizar.

—¿Qué te pasa, hermana? Te veo muy azorada y con la cara muy pálida.

Le costaba trabajo respirar por la carrera que se había pegado.

—Hermanita, tráeme agua fresca, por favor, que me ahogo.

Cuando Rebeca volvió con una jarra de barro llena de agua encontró a Diana sentada a la sombra de los naranjos; el color de sus mejillas poco a poco volvía a ellas, a la vez que mostraba una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Te ha pasado algo, hermana? Cuéntame, no escondas tus preocupaciones ni tus temores. Si lo cuentas, te encontrarás mejor. Sabes que para mí no tienes que tener ningún secreto.

—Nada, tonta, no ha pasado nada. Solo que me asusté de un perro cuando venía hacia la casa.

—¿Seguro que no me estás mintiendo? ¿Has discutido con tu novio?

—No, de verdad, ha sido una cosa sin importancia.

Diana no quería contar lo ocurrido en la catedral, solamente eran suposiciones, tenía un temor absurdo que por nada del mundo iba a contar; quería evitar preocupar a su familia.

—¿Quieres que juguemos a ese juego de figuras que tanto te gusta? —le preguntó Diana tratando de cambiar de conversación y llevándola al terreno de Rebeca, relacionado con el intelecto.

—Pero si a ti no te gusta ese juego, dices que es muy aburrido.

—Bueno... pero hoy seguro que te ganaré.

Rebeca se fue corriendo a la casa en busca de aquel juego que tanto le apasionaba, sabía que Diana no era rival para ella, pero eso no le importaba.

A última hora de la tarde, cuando el sol se estaba empezando a ocultar por detrás de la ciudad de Toledo y solo se apreciaban las torres altas que sobresalían como sombras alargadas por encima de las casas, como la torre de la catedral, las de varios conventos, iglesias y palacios, aquel joven fraile dominico, que por la mañana había estado confesando a Diana, ahora lo hacía en la casa del Inquisidor general de Toledo contándole lo que la joven le había relatado.

—Padre, la chica vive en continuo pecado en manos de esa familia judía que sigue adorando a Satán a pesar de que el obispo mandó cerrar todas las sinagogas de la ciudad.

—*¡Oh, Señor! En tu rebaño los lobos rapaces. Nadie piensa en los pérfidos judíos, que blasfeman de tu nombre —exclamó el Inquisidor general mientras escuchaba atentamente las palabras de su joven protegido, al cual le tenía un especial afecto.

—Entonces tendremos que sacarla de las garras de esos impíos pecadores y que la joven venga al seno de nuestra madre iglesia.

**Frase recogida de la obra del franciscano Alonso de Espina, Fortalitium Fidei (cat. 228).*

Toledo era una ciudad en donde la comunidad judía había sido una de las más prósperas de toda Castilla y en donde muchos judíos ya habían abandonado su fe y se habían hecho conversos. Con ello el Santo Oficio podía mostrar su verdadero poder haciendo un auto de fe para controlar la pureza de sangre*.

La información que Diana inocentemente había facilitado al dominico fue excusa suficiente para que el Inquisidor mayor de Toledo urdiera un plan malévolo contra los creyentes de la religión hebrea que todavía no habían renegado de ella, y que eran personas importantes e influyentes de su comunidad, para que todos los demás acabaran temiendo al Santo Oficio.

—Tienes que traer a la chica y hacer que denuncie al mercader —dijo el inquisidor con aire de autoridad.

—¿Y de qué le acusamos? —preguntó el dominico con curiosidad.

—De eso te encargarás tú, pero tendrás que conseguir una confesión que altere a la plebe.

—¿De prácticas heréticas?

—¡Claro! Eso está bien, como a todos...

Al día siguiente, al despuntar el alba, un pequeño grupo de soldados fuertemente armados con los uniformes y escudos que hacían referencia al Santo Oficio escoltaban a un dominico vestido con su hábito y con su capucha puesta por las calles dirección al barrio judío. Las pocas personas que a esas horas habían salido de sus casas para las labores del campo y para otros asuntos apenas les miraban por miedo a lo que aquel grupo representaba.

Cuando llegaron a la casa de Aharon todo estaba muy tranquilo, todavía quedaba una hora para que los sirvientes de la casa se levantaran y comenzaran a realizar sus quehaceres de costumbre; entonces en la puerta resonaron unos terribles golpes.

—¡Abran al Santo Oficio! —exclamó un soldado a la vez que aporreaba varias veces sobre la madera.

Durante unos segundos todo siguió igual de silencioso en el interior. El soldado volvió a repetir las mismas palabras, pero esta vez dando porrazos con la empuñadura de su espada sobre la maciza puerta de madera.

En aquella ocasión se empezó a escuchar un gran revuelo dentro de la casa; se escucharon gritos, lloros, voces de mujeres y la voz de Aharon tratando de tranquilizar a todos. Salió el propio Aharon a abrir la puerta, presentía que vendrían a por él y se armó de valor.

**¿De qué se acusaba a los conversos? Al converso se le imputaba el haber renegado de su nueva fe y volver a cumplir con la ley de Moisés, la de los judíos, en palabras de la misma Inquisición. La otra acusación importante era la de cometer transgresiones contra los preceptos ordenados por la Iglesia católica: burlarse de ceremonias cristianas como el ayuno cuaresmal o el ayuno eucarístico; rechazar el dogma, como el de la Santísima Trinidad o el de la presencia de Cristo en el sacramento de la eucaristía; negar las imágenes, las peregrinaciones...*

En este último aspecto el fanatismo religioso conllevó tremendos abusos apoyados por falsas fabulaciones.

—¿Qué desean vuestras mercedes?

—Venimos a llevarnos a Diana de Guzmán, la cristiana.

Era el mismo soldado el que se había dirigido al hebreo.

—¿Y qué es lo que quieren de mi hija?

Era la primera vez en su vida que Aharon se había referido a Diana como su propia hija. Pensaba para sí mismo que a lo mejor mencionándola de esa manera la podría proteger más. El dominico que hasta ese momento había estado callado abrió la boca y dijo estas palabras:

—Sabemos, *marrano, que ella no es tu hija y que es cristiana.

Todo transcurrió muy rápido. Los soldados sin ningún tipo de miramiento empujaron a Aharon apartándole a un lado y entraron resueltos al interior de la casa hasta que el dominico reconoció a Diana que estaba abrazada a su hermana Rebeca y sentenció:

—Esta es, cogedla.

Uno de los soldados la agarró fuertemente de las manos y la arrancó bruscamente de los brazos de Rebeca, separándolas. Entonces la joven judía, llevada por un impulso nervioso, trató de defender a su hermana de ese bruto soldado y se abalanzó sobre su cara arañándole con sus finas manos, pero que en esos momentos parecían garras; el soldado se llevó las manos a la cara y mostró un gesto de dolor, pero seguidamente le lanzó a la muchacha tal puñetazo en la cara que pareció haberle reventado todos los huesos, esta se desplomó al suelo de espaldas como si estuviera muerta; no conforme con eso se acercó a ella para comprobar que todavía respiraba y

sonrió con malicia mirando a los demás compañeros, mientras todos pensaban lo que harían con ella en los calabozos, y trató de cogerla para echársela sobre los hombros y llevársela.

—No, esa no, déjala —dijo el dominico con autoridad.

—Pero padre, es una judía. Esta joven fierecilla nos vendrá muy bien para jugar un rato con ella, así aprenderá a tratar a los soldados del Santo Oficio, ¿verdad muchachos? —dijo soltando una fuerte risotada.

Los demás, moviendo la cabeza en señal de afirmación, reían con los ojos llenos de lujuria.

—¡He dicho que la dejes! Ella no nos interesa..., ¿o tendré que decirle al Inquisidor mayor que no obedecéis mis órdenes?

Cuando los soldados dejaron la casa todos estaban asustados y conmocionados por lo sucedido, Aharon pudo gritarle de lejos a su hija Diana para que esta le oyera:

**Era uno de los nombres que solían dar los cristianos a los judíos.*

—¡Hija, no te preocupes de nada, tu padre hará todo que sea para sacarte de allí cuanto antes!

No tardaron en perder de vista a aquella patrulla del Santo Oficio por las calles estrechas y empedradas de Toledo, mientras que el sonido de sus botas y el ruido de las armas todavía se oían en la lejanía.

Mientras, en la casa del judío las mujeres sollozando trataban de que la joven Rebeca despertara de su aturdimiento.

A Diana la tuvieron todo un día encerrada en la soledad de una pequeña celda sin apenas luz y sin darle nada de comer, únicamente agua, para así tratar de minar su voluntad. La joven Diana no comprendía el motivo de su detención y por más que le daba vueltas y vueltas a la cabeza seguía sin entender nada de todo cuanto le estaba pasando. Las horas del día se le hicieron interminables y el miedo poco a poco se fue convirtiendo en apatía, como si ya nada de lo que le hicieran le fuera a importar.

—Señor, ayúdame en tu misericordia; en tu voluntad dejo mi destino, pero haz que todo termine cuanto antes. Que lo que me tenga que suceder, suceda rápido.

Nada más acabar de recitar aquella oración, lloró desconsoladamente por su infortunio, y entonces la puerta de la celda se abrió.

—¡Vamos, levántate! —gritó un soldado agarrándola con ímpetu para llevársela.

Lo reconoció nada más verle, le había visto varias veces en el interior de la catedral, cuando ella entraba a visitar la imagen de la virgen y rezaba unas oraciones, aunque no fuera una auténtica cristiana. La imagen de aquella escultura tan bella y natural representando a la Virgen María, la madre de Cristo, con los ojos llenos de lágrimas y los puñales clavados en el corazón la hacía estremecerse de pena y de dolor y por eso siempre que podía se acercaba a la catedral y se arrodillaba ante ella rezando unas plegarias, a su manera.

Aquel fraile dominico llamaba la atención, era alto, joven y muy apuesto; su rostro angelical daba confianza y en más de una ocasión, cuando él pasaba a su lado con ese aire marcial siempre ensimismado en sus pensamientos como si nunca dejara de orar, pensó que era una pena que un hombre tan joven y tan guapo hubiera elegido hacerse religioso.

Se trataba del mismo fraile con el que hacía tan solo dos días se había confesado y al que le había abierto su corazón. Ahora estaba con él en aquella sala del Santo Oficio que servía para que los interrogadores de la Inquisición tuvieran un primer contacto con los testigos o los reos. Apenas había luz, solamente unos débiles rayos de sol que penetraban por la ventana para que de esa forma el reo o el testigo no reconociera las caras de sus interrogadores y se sintiera más intimidado. Pero Diana lo había llegado a reconocer cuando se situó al lado de los dos frailes dominicos que estaban sentados en un extremo de la sala a espaldas del condenado, junto a una

mesa larga que servía de escritorio en la que había dos candiles de aceite encendidos para que ellos escribieran lo que allí se decía.

La joven Diana estaba sentada en medio de la habitación atada de manos y pies. Desde su detención, cuando la sacaron a la fuerza de su casa y hasta que la llevaron a la celda no le tuvieron ningún respeto ni consideración, la trataron como si fuera un simple reo que hubiera cometido un delito; era una práctica muy utilizada por la Inquisición para infundir miedo al detenido y conseguir el testimonio deseado, que en este caso concreto era que Diana testificara contra el judío por herejía.

Estaba muy asustada, al principio se puso histérica y su histerismo le valió unos terribles golpes en la cara dados por los soldados que la llevaban. Ahora los golpes le dolían y la cara la tenía totalmente hinchada; después de aquello intentó revelarse, intentó que la explicaran el motivo de su detención, pero nadie la escuchó ni respondió a sus quejidos, hasta que el fraile se acercó hasta ella.

—¿Conoces la lengua del pueblo que mataron a nuestro señor Jesucristo, la de los marranos? - le preguntó en un tono despectivo y lleno de odio.

—Hablan como nosotros.

—No esa, la que utilizan cuando rezan.

—No practico su religión.

—Pero vives con ellos, ¿verdad?

—Me recogieron de niña, porque mi madre me abandonó.

Llevaba bastante tiempo sentada en aquella silla bombardeada a preguntas y más preguntas, sin entender lo que ocurría y lo que querían.

—Ya les he dicho que se trata de su lengua, el hebreo.

—Es la lengua de Lucifer, del diablo. ¿Rezas con ellos?

—Ellos no quieren que lo haga, dicen que soy cristiana.

—Pero no trabajáis el sábado, ni respetáis la cuaresma, ni el séptimo día de nuestro señor Jesucristo, ni adoráis su figura...

—¡Pero son más piadosos que los cristianos y aman más a sus semejantes! —interrumpió Diana, asqueada de las preguntas que el fraile le hacía.

—¡Eso que dices mujer es blasfemia y estarás condenada a ir al infierno! —vociferó el fraile como si estuviera poseído.

—¡Bajadla, bajadla a la celda y que allí reflexione sobre los pecados que ha cometido, a ver si muestra alguna señal de arrepentimiento!

Cuando sacaron a Diana de allí, el gran Inquisidor entró por la otra puerta, por la que se accedía a las estancias que la Inquisición tenía en ese edificio.

—La joven es testaruda y despierta —dijo el gran Inquisidor incapaz de reconocer que una mujer fuera inteligente, pues el clero siempre había predicado que el sexo femenino era inferior al masculino, y que el único sentido y cometido de una mujer en su vida era perpetuar la especie.

—Al final terminará declarando contra el judío.

—¿Le has ofrecido la libertad a cambio de que denuncie al hebreo?

—Todavía no, padre, estoy buscando pruebas para inculparle directamente.

—Así podrías tardar mucho y necesitamos limpiar esta ciudad urgentemente, lo mejor es que la joven le denuncie cuanto antes.

—No será fácil.

—Utiliza, hijo, todo lo que la Santa Madre Iglesia nos permite, el sufrimiento de unos pocos pecadores será la salvación de miles de almas.

Con aquellas palabras el Inquisidor mayor había dejado el camino abierto a la tortura.

Entonces bajaron a Diana a la sala donde los torturadores llevaban a cabo aquellos brutales tormentos y esta entró en tal estado de pánico que los gritos de terror se escucharon en el exterior. Solo bastó una hora de tortura para que su voluntad se resquebrajara por completo y el fraile dominico consiguió que Diana acusara a su padre adoptivo, Aharon, de prácticas de herejía y con él al rabino de la comunidad y a Joseph Ben, el padre de David.

Después de aquella declaración, en la que ella figuraba como testigo, según la cual Diana había presenciado cómo los judíos adoraban al diablo, realizaban cábalas y todo tipo de herejías, y trataban de inculcar sus ritos a una joven cristiana nacida en el seno de la Santa Madre Iglesia para así apartarla de ella; la habían dejado libre con la condición de que no contara nada de lo que había visto u oído.

A los dos días de su detención por el Santo Oficio, mandaron llamar a la familia del judío Aharon para que recogiera a Diana. No hacía ni cuatro horas que los soldados se habían vuelto a personar en la casa llevándose a su padre y a sus dos amigos, al rabino y a Joseph Ben.

La familia entera estaba destrozada, primero Diana y ahora su padre, pero Rebeca tenía que ser fuerte y recoger a su hermana de aquel siniestro lugar. Para eso pidió a una de las criadas que fuera con ella, pues apenas se sentía con fuerzas para hacerlo sola.

Cuando le entregaron a la joven Diana, esta apenas se tenía en pie por sí misma; las dos mujeres la llevaron a casa como pudieron y la metieron inmediatamente en la cama. Tenía mucha fiebre y deliraba entre sueños, y además sangraba abundantemente por la vagina, sin que la hemorragia cesara. Todas las mujeres de la casa trataron de socorrerla como pudieron, subían y bajaban continuamente con paños de agua para tratar de parar la hemorragia, pero Diana estaba en un estado deplorable. Muy de vez en cuando recobraba el sentido, miraba a Rebeca, que no se apartaba de su lado, y estallaba en sollozos, para después caer de nuevo en un profundo sueño.

Un poco antes de despuntar el alba, con el rostro totalmente pálido, igual que una figura de cera, consiguieron por fin que la hemorragia cesara, y Diana se despertó de su profundo sueño y con una extraña lucidez prorrumpió:

—¡Ha sido por mi culpa, ellos me obligaron a acusar a padre; tienes que decirle que huya rápidamente de aquí o correrá un grave peligro. Perdóname hermana, vosotros habéis sido mi familia y os quiero a todos con todo mi cora...!

Apenas había acabado la frase cuando la joven dio su último suspiro.

Solo el silencio de la noche se vio interrumpido por el llanto de las mujeres. Los recuerdos de Rebeca volvieron a su cabeza, cuando las dos hermanas jugaban en el patio de la casa o hablaban de sus cosas sentadas a la sombra del naranjo. Aquellos momentos felices parecían haber ocurrido hacía una eternidad. Las desgracias y las nubes negras no habían hecho más que empezar...

EL ENCUENTRO ENTRE CRISTÓBAL COLÓN

Y ABRAHAM ZACUTO

Un día, un amigo del interesante personaje genovés, Cristóbal Colón, le dio a este las tablas astronómicas calculadas por el astrónomo y matemático Abraham Zacuto y le aconsejó que le consultase.

Cristóbal Colón acompañado de su amigo y protector fray Antonio de Marchena se decidió a hacer un viaje en el otoño de 1486, unos años antes de que partiera con sus naves del cabo de Palos hacia el descubrimiento de América, y se presentó en la Universidad de Salamanca para conocer al judío Abraham Zacuto, ya que este tenía merecida fama de sabio en los entonces escasos círculos intelectuales y académicos.

Su fama había trascendido más allá de la universidad y el navegante estaba interesado en conocerle.

*Las tablas astronómicas de Zacuto fueron una actualización de las tablas alfonsíes y tuvieron una importantísima repercusión para la navegación de aquellos tiempos. El astrónomo alentó a Colón a perseguir su sueño e incluso le aconsejó que lo intentara una vez más con los reyes Isabel y Fernando, que ya le habían dado un no por respuesta en su primera audiencia. En esta segunda ocasión le sería concedida la ayuda solicitada. Zacuto siguió aconsejando a Colón hasta la salida de su expedición de Palos.

Cuando Colón se encontró por vez primera con el astrónomo, rápidamente pudo comprobar la veracidad de la fama que le precedía; confirmó que era un erudito y que era una persona acostumbrada a transmitir su sabiduría, los años como docente en la universidad le hacían un perfecto comunicador. Por eso los dos congeniaron rápidamente y Colón le contó su sueño, que unos años más tarde emprendería y que cambiaría totalmente la concepción del mundo.

Colón estaba tan radiante e ilusionado que, al expresarse, parecía una persona alucinada o un loco que hablaba de su sueño con una persona culta y erudita que le escuchaba con suma atención.

—No solo existen indicios de que al final del mar habrá otras tierras, sino que tengo constancia de que también habrá seres humanos como nosotros, de carne y hueso. ¡Mire, mire, profesor! Esta tabla tallada me la dio un marinero que la recogió muy lejos de la costa, traída de las corrientes del interior del océano.

—Soy de la opinión, y lo mantengo con total seguridad, de que la tierra es redonda; por tanto, si navegamos en círculo o viajamos en línea recta es probable que podamos encontrar tierra en otras partes —afirmó Zacuto.

—No solo la gente de la mar ha encontrado lejos de las costas maderas grabadas de posibles embarcaciones, sino incluso plantas y cañas desconocidas en nuestro continente.

Colón hablaba entusiasmado de su proyecto a la espera de que los reyes Isabel y Fernando le dieran el visto bueno a su empresa. Tal fue el interés que los reyes mostraron en aquel viaje, que mientras el genovés esperaba la decisión fue mantenido por la corona.

**Fuente: Vicente Cassanya.*

*(Si los reyes no hubieran mostrado tal interés por ese viaje, como muchos detractores históricos han escrito para quitar importancia a la conquista de América por Castilla, no le hubieran otorgado ese privilegio, pues la historia es buena concededora de que precisamente los

Reyes Católicos no solían ser muy generosos con ese tipo de otorgamientos y sí lo eran en recaudar y sacar todo cuanto pudieran para las grandes empresas que ellos se habían propuesto llevar a cabo en su corona).

Zacuto había mirado la carta astral de Colón y como astrónomo y matemático que era había vaticinado éxito en la empresa del navegante.

—Las estrellas y mis cálculos me dicen que el mundo vivirá una nueva era de descubrimientos y que algo tendrás que ver tú en ello.

Aquel encuentro acabó en una gran amistad entre los dos personajes. Zacuto le siguió aconsejando a Colón hasta la salida de su expedición, que fue el viernes 3 de agosto de 1492.

Por desgracia, el astrónomo fue uno de los ciento veinte mil judíos que se vieron obligados a emigrar de Hispania y que buscaron refugio en Portugal. En este país puso sus conocimientos de astronomía y náutica al servicio del explorador Vasco de Gama (1469-1524).

Cristóbal Colón no solo era un personaje que perseguía un sueño, sino que era una persona bien instruida y aconsejada que creía fervientemente en las nuevas teorías de la circunferencia de la tierra; por tanto estaba convencido de que descubriría nuevas rutas de navegación y nuevos continentes. Los Reyes Católicos asistidos por consejeros y científicos del momento pensaron que la expedición sería fiable y acabaron colaborando con ella; además, Colón había amenazado a los reyes con llevarle su proyecto al rey de Francia.

*Lo que no sabemos es si Abraham Zacuto y Cristóbal Colón se volvieron a ver después del edicto de expulsión de los judíos, ya que ese mismo día Colón partió con sus naves. Una parte del éxito de la empresa del almirante Colón fue gracias al conocimiento y a la amistad de Abraham Zacuto.

**Notas del autor*

A partir del día en que el Santo Oficio se llevó a los tres judíos, debido a la declaración de herejía que habían conseguido arrancarle a Diana gracias a la tortura, Rebeca y su madre quedaron en una situación deplorable. La Inquisición buscaba el enriquecimiento de la Santa Hermandad y buscaba como loca la riqueza de estos mercaderes que durante generaciones habían sido personajes muy influyentes y muchos de ellos poseían grandes fortunas. Tal era el caso del padre de Rebeca; su negocio siempre había sido muy próspero, se dedicaba a fabricar todo tipo de objetos de metal, tales como armas, espadas, cuchillos, herramientas para el campo, todo tipo de objetos para la cocina, armaduras para la soldadesca y encargos especiales para la nobleza; la fábrica era tan conocida y tenía tanta fama que recibían muchos encargos de fuera de Castilla. Por ese motivo el Inquisidor mayor había maquinado un plan para destruir la influencia que estas tres personas tenían sobre la comunidad judía, y de esa manera eliminar el poder económico que poseían y que ejercían sobre muchas personas principales cristianas, consiguiendo así que ciertas leyes antisemitas fueran pasadas por alto.

Pero con la intervención del Santo Oficio nadie podía meterse con la Iglesia, todos tenían miedo, desde los plebeyos hasta los burgueses y nobles. Cualquier disputa con ellos podía ser motivo para que te acusaran de herejía o de lo que quisieran y podrías perder la vida, el

patrimonio o ser desterrado.

Lo primero que hizo el Santo Oficio fue confiscar los bienes de la familia de Aharon, la casa más grande de la judería que había sido heredada de sus bisabuelos, así como la fábrica y el almacén repleto de mercancía, y trataron de encontrar los sacos llenos de monedas de oro que el vulgo decía que todo judío rico y próspero tenía.

Pero no encontraron más que una pequeña bolsa de cuero en uno de los cajones de la cocina que contenía unos treinta maravedíes de plata.

Rebeca y su madre tuvieron que despedir a las sirvientas que durante años habían servido a la familia. Aquel día los llantos y los pelos arrancados de la cabeza de la rabia y de la impotencia dieron paso a una amarga despedida.

Las dos mujeres buscaron refugio en una pequeña casa con un único dormitorio, una cocina y un pequeño corral, próxima a donde estaba detenido el padre para así visitarle y atenderle lo mejor posible, siempre que el inquisidor lo permitiera. Pero las desgracias no terminaron ahí. Un día, a mitad del invierno cayeron unas brutales heladas en toda Castilla, las calles de Toledo estaban totalmente cubiertas por un manto de hielo, como si fueran una pista de patinaje.

—Madre, apenas queda leña para encender el fuego.

—Maese Jacob era muy amigo de tu padre y le debe muchos favores.

Lo que no sabía la madre de Rebeca es que no hacía ni dos semanas que esta había acudido a él solicitándole su ayuda, y que el hombre le había dado todo cuanto tenía, pero él en ese momento también estaba en una situación desesperada.

—Tampoco nos puede ayudar madre, hace poco que estuve en su casa.

—No sé qué vamos a hacer, hija. A mí ya no me queda nada de dinero ni nada que podamos vender. Si al menos fray Juan consiguiera que el inquisidor nos permitiera ver una vez más a tu padre el sabría a quién podríamos recurrir.

Fray Juan era un dominico alejado del fanatismo de la Inquisición; era un buen fraile que se apiadaba de todo ser humano que sufriera, fuera de la religión y etnia que fuera, pero como fraile y dominico que era tenía buenos contactos y era una persona respetada por su inteligencia y sabiduría.

—Hija, yo no temo por mí, sé que Yahveh pronto me llamará a su lado y dejaré de sufrir en este mundo, pero temo dejarte sola; si por lo menos estuviera tu hermano...; pero no sabemos nada de él, ni siquiera si está vivo o muerto y si alguna vez volverá.

Nada más terminar de hablar, la mujer se puso a llorar desconsoladamente.

—¡Madre, no pienses en esas cosas, todavía eres muy joven y tienes mucha vida por delante!

Pero la madre de Rebeca, debido al frío de ese invierno, a la escasez de alimentos y a los últimos acontecimientos ocurridos en su familia, una noche pilló unas fiebres muy altas y en tres días se consumió y falleció.

Rebeca estaba totalmente sola y desamparada. Ni siquiera podía pagar lo poco que le pedían por la casa; una mañana el casero se presentó con el alguacil y un soldado, y con malos modos la obligaron a salir sin dejar que cogiera sus pertenencias.

Por entonces había llegado a oídos de una alcahueta llamada Teodora, de la zona de la Carolina de Villa Real, la desdicha de la hermosa judía de Toledo; su belleza era tal que varias canciones se empezaron a escuchar por toda la ciudad de Toledo en lengua romance. Su desgraciada historia provocaba tristeza entre el populacho.

Sus vecinos, así como los demás judíos conversos que habían llegado a ser grandes amigos de la familia, por temor a que la Inquisición identificara su ayuda como un signo de simpatía hacia su religión y etnia, intentaban pasar desapercibidos sin hacerse mucho de notar; lo mismo pasaba con

los pocos miembros que quedaban de su comunidad, el que más o el que menos tenía sus propios problemas y temían que los “lobos” pronto también acabaran echándose sobre ellos.

Fue cuando Teodora, la mujer alcahueta de mediana edad, le ofreció su ayuda desinteresadamente.

Esta mujer llevaba poco tiempo residiendo en la ciudad y todavía no había llegado a conocimiento de sus habitantes su fama de embaucadora celestina que engañaba con sus artes a las jovencitas; lo hacía con misivas y enamoramientos para atraparlas en su red y una vez que lo conseguía se aprovechaba de ellas y las vendía como prostitutas. De esta forma había conseguido hacer desgraciadas a muchas jóvenes ignorantes y pobres, y una vez que había arruinado sus vidas, sus familias no querían saber nada de ellas y las despreciaban echándolas de su hogar. De esa forma ella hacía de celestina y amasaba una gran fortuna que avaramente, según se decía, escondía ella misma para cuando llegara su vejez.

Un día Teodora tuvo que salir huyendo de la Carolina con el rabo entre las piernas a escondidas durante la noche al haber mancillado a la única hija de un caballero principal de la comarca que era la niña de sus ojos. La deshonra cayó sobre la hija de este caballero y como el padre la quería tanto la obligó a ingresar en un convento de clausura para el resto de sus días, pero este juró que cuando diera con el paradero de esta malvada mujer nadie podría impedirle degollarla con sus propias manos.

La tal Teodora siempre se servía de un primo hermano suyo que era criado del noble Rodrigo de Mendoza, el mismo que denunció a Samuel y David el día de feria de Villa Real. Su primo y ella eran de esa clase de personas, pues les venía de familia, que son capaces de arruinar la vida de cualquier persona e incluso asesinar, con tal de sacar algún tipo de provecho. No tenían escrúpulos ni conciencia.

—¡Chiquilla! —exclamó Teodora cuando se encontró a Rebeca sentada junto a una de las fuentes cerca de la catedral—, ¿qué es lo te pasa que lloras desconsoladamente como si se fuera a acabar el mundo?

Rebeca apenas prestó atención a sus palabras, pero vio que la mujer insistía y que por su aspecto parecía ser una anciana; Teodora todavía no era vieja pero se vestía como tal para dar más lastima y así con ese disfraz las jovencitas caían en su red igual que la mosca cae en la telaraña; la miró por un momento y al ver que parecía una mujer inocente le abrió su corazón y le mostró sus sentimientos, pensando que la pobre viejecita no la podría ayudar, pero que por lo menos la podría consolar, pues necesitaba que alguien llorara con ella sus pesares.

—Hija mía, quiero que a partir de este momento me trates como si fuera tu madre, vivo sola, tengo una casa grande en la que podemos vivir las dos y con las cosillas que vendo en el mercado me sobra y me basta para alimentarte; así dormirás en un lugar caliente, alejada de las calles, donde por la noche vagan truhanes y asesinos, y no es bueno para una jovencita tan pura e inocente como tú. Con esa belleza que posees la misma diosa del amor te tendría envidia.

Rebeca acababa de cumplir los dieciséis años, estaba en la flor de la vida y no tenía a nadie a quien recurrir en ese momento; sin dinero, sin hogar, sin familia y con esa belleza y ese cuerpo que atraía a los hombres como si fuera un panal de miel, se encontraba asustada.

De esa manera Rebeca estuvo toda la tarde hablando con Teodora, le contó su vida entera, con todo tipo de detalles, y sus sentimientos eran tan bellos y nobles que ella creyó abrir el corazón de una mujer que parecía la bondad misma.

—Gracias anciana, pero no tengo nada que ofrecerte.

—No tengas pesar por eso, hija; tu compañía bastará para que esta pobre anciana comparta tu triste soledad.

—Pagaré cuidando de la casa, así usted tendrá menos trabajo. Será mi manera de recompensarle por su ayuda.

—Gracias, hija mía. Toda ayuda será bien recibida; como dices, yo ya soy mayor y cada vez me cuesta más cocinar y hacer las tareas de la casa.

La joven judía por unos instantes sonrió, hacía unas horas estaba completamente desamparada y asustada, sin saber a dónde ir; sabía que si aquella noche dormía en la intemperie los hombres se le echarían encima como perros hambrientos y a la mañana siguiente no quedarían de ella ni los huesos. Tampoco podía alejarse, pues tenía que saber qué pasaría con su padre, además tenía esperanzas de verle de nuevo; de esa manera dentro de un refugio podría pensar mejor en cómo salir de aquella situación.

Era la primera vez que Rebeca veía a esa mujer, la ciudad de Toledo era grande, pero no lo suficiente como para que sus habitantes no se reconocieran entre ellos y supieran más o menos de qué familia venían.

Lo que la alcahueta pretendía lo iría consiguiendo con sus artimañas, poco a poco, tejiendo la tela de araña para que una vez atrapada la chica no pudiera escapar. Pero tenía que trabajar con paciencia y cautela. Si mostraba tan pronto sus cartas la hermosa judía saldría huyendo de allí como alma que lleva el diablo.

Mientras las dos mujeres se dirigían a la casa de Teodora, esta sonreía para sus adentros pensando con avaricia la fortuna que ganaría con aquella preciosidad.

Rebeca pasaba mucho tiempo haciendo las labores de la casa, e incluso a veces trabajaba más de lo que se le pedía; era una manera de tener la cabeza ocupada para no desesperarse y volverse loca por la situación en la que se encontraba.

Cuando la alcahueta se ausentaba, pasaba la mayor parte del tiempo fuera, se escapó de la casa en varias ocasiones, para dirigirse al edificio donde tenían preso a su padre; allí hacía todo lo posible por verlo, pero la respuesta de los carceleros que controlaban a los presos siempre era la misma: “A los presos no se les puede visitar”. La mayoría de las ocasiones veía a otras personas delante de ella pasar tranquilamente con paquetes de comida y de ropa, pero a diferencia de Rebeca ellos soltaban una buena cantidad de dinero que ella no disponía.

Ese día buscó por todas partes a fray Juan. El dominico siempre le daba esperanzas y la trataba con bondad, pero el fraile había desaparecido y nadie supo decirle dónde estaba. Cuando Rebeca volvía camino a la casa, las lágrimas caían abundantemente por sus mejillas y sus ojos brillaban con tanto esplendor que los hombres al pasar por su lado se quedaban parados observándola detenidamente; uno de esos días pasó a su lado un muchacho de buen aspecto, con una figura espléndida, alto y fuerte, vestido con cota de malla y ropajes de soldado. Era uno de los escuderos de un noble castellano que servía a las órdenes de los reyes. Cuando se cruzó con la joven judía, su corazón palpitó con fuerza, como si hubiera visto a una diosa; los ojos de la judía, su figura, su belleza, su gracia al caminar, su cabello rubio como el color del trigo en una tarde de verano, le cautivaron al momento, pero ella pasó de largo con la cabeza gacha llorando tan desconsoladamente que sobrecogía el corazón de los que la veían pasar.

—¿Qué te pasa, muchacha, que vas llorando tan apesadumbrada? —dijo el joven escudero, cortándole el paso.

Rebeca se paró delante del joven y sin mirarle a la cara respondió:

—Nada que vos puede remediar, si me permitís continuar mi camino os estaría muy agradecida.

El joven insistió:

—¿Tan importante es que no se pueda solucionar?

—No serviría de nada que le contara mis desgracias, solo el rey podría ayudarme —contestó la joven, esta vez mirándole a los ojos.

—Si solo el rey puede hacerlo, yo no soy quién para entrometerme, pero si es para defenderla y dar la vida, aquí está este cristiano a sus pies.

—Muchísimas gracias, amable soldado, por preocuparse de esta desgraciada judía, que perdió hace poco a una madre, que tiene a su padre encarcelado por ser judío y que le han despojado de todo, incluida la hacienda.

El joven escudero se quedó callado sin saber qué decir. En los últimos tiempos el antisemitismo que imperaba en Castilla se había convertido en un racismo radical y no estaba bien visto que un cristiano tuviera ningún tipo de relación con un hebreo.

Al ver que el muchacho se había quedado confundido por sus palabras, la judía aprovechó para seguir su camino y se perdió entre los callejones estrechos de la ciudad de Toledo.

El joven y apuesto escudero, cuando trató de buscar a la joven ya era demasiado tarde, la había perdido. Algo en su corazón le decía que se había enamorado de ella, sentía que la amaba con locura. Había sufrido un flechazo, algo que nunca antes le había sucedido y en su cabeza veía constantemente la cara de Rebeca y se sentía feliz a la vez que desdichado por haberla perdido, por no haber sabido reaccionar a tiempo.

—¿Qué me importa a mí si ella es judía o no? La amo y me gustaría tenerla en mis brazos.

—¿Dónde estabas? Cuando he llegado no estabas en la casa haciendo las faenas —dijo la alcahueta con aspecto de estar borracha.

—No tengo por qué darle a vuesa merced ninguna explicación —contestó Rebeca con sequedad.

—No puedes alejarte de la casa, tendrías que estar haciendo tus tareas, ¿qué te crees, que puedes entrar y salir cuando quieras?

—Yo no soy su sierva, señora, vuesa merced me ofreció su casa a cambio de hacer mis labores, y desde el tiempo que llevo aquí he hecho más de lo que vuesa merced me da.

—Te doy casa y comida...

—¿Casa y comida? —contestó la joven airadamente.

La joven judía poco a poco estaba empezando a descubrir que la tal señora anciana no era ni tan anciana ni tan inocente y que a los pocos días de estar en su casa la empezó a tratar peor que a una criada. Le exigía más de lo que podía hacer, la tenía siempre ocupada con tareas domésticas y también se dedicaba a lavar toda la ropa de varias posadas. La alcahueta ofrecía a las posadas los servicios de lavandería y de otros asuntos que Rebeca todavía desconocía.

—¿Llama casa a una cuadra maloliente sin luz ni ventilación donde no cabe más que un camastro viejo? Y de la comida mejor no hablar, ¿vuesa merced le llama comida a un mendrugo de pan duro con unas habas, pescado seco y si alguna vez se siente generosidad un trozo de queso enmohecido donde los gusanos que corren por él son más gordos que el propio trozo que me da?

—Te ofrezco todo lo que tengo, soy una mujer pobre que dentro de unos años apenas tendrá dientes para comer y el mundo se olvidará de ella. Tendrías que estarme muy agradecida por haberte recogido de la calle; si no lo hubiera hecho, ¿qué habría sido de ti?

Rebeca poco a poco se fue calmando. A la alcahueta no le faltaban recursos para saber llegar al corazón de una joven inocente y salirse con la suya. La muchacha dijo:

—Lo siento, perdone mis palabras, le agradezco de corazón que me hubiera ofrecido su casa; si mi estrella cambia a mejor, nunca olvidaré su generosidad.

—Gracias hija, espero que te acuerdes de mí. Recuerda que soy muy pobre y que siempre te he ofrecido lo que tengo.

La alcahueta trató de parecer frágil e indefensa ante la joven, pero en realidad era pura comedia. La mujer de pobre tenía poco. Su aspecto desaliñado como si fuera una mendiga era un disfraz, una farsa. De esa manera captaba mejor a los clientes para venderles una pócima, un elixir amoroso o hacer de celestina para buscar apaños amorosos a los forasteros que no conocían la ciudad o a los hombres de la propia villa.

En un lugar de la casa, muy bien escondido, había conseguido reunir una cantidad importante de doblones de oro, maravedíes de plata, oro y joyas; con todo ello podía vivir dignamente sin ninguna clase de penurias, pero ella lo guardaba celosamente con gran avaricia; de vez en cuando sacaba el cofre con su tesoro y contaba las monedas, como si se le fuera la vida en ello.

Había pasado un mes escaso desde que Rebeca llegara a casa de la alcahueta.

La joven nunca hasta entonces había pasado hambre, pues su familia había nadado en la abundancia y no se habían privado de nada. Pero los tiempos habían cambiado y ahora no estaba en situación de dar vueltas a su desgracia, tenía que seguir luchando, esa era la única manera de poder ayudar a su padre y con un poco de suerte su hermano regresaría pronto; algunas noches este se le presentaba en sueños cargado de riquezas.

Cuando se escapaba de la casa, Rebeca, si no se dirigía a la prisión a ver a su padre, se dirigía al barrio judío para ver si por casualidad su hermano había dado señales de vida. Miraba la casa por fuera, ya que estaba cerrada y confiscada por el Santo Oficio hasta que el Inquisidor mayor y el tribunal dictaran sentencia; se acercaba a la puerta donde se veía el amplio patio con los naranjos dando sombra al banco de piedra donde muchas noches de verano las había pasado sentada allí contemplando las estrellas y dibujando con los dedos el mapa de las constelaciones que se sabía de memoria. Trató de recordar la última conversación que tuvo con el sabio astrónomo Zacuto y la que tuvo con su hermana sobre los hombres y el amor. Al recordar siempre se le saltaban las lágrimas.

Después visitaba a sus vecinos de la judería; estos vivían con miedo y esperaban lo peor, pero seguían viviendo en aquel lugar por razones de dinero, por falta de parentesco en otros lugares o porque amaban la tierra y el sitio en el que habían nacido, pero los negocios iban de mal en peor, solo un milagro hubiera conseguido que volvieran tiempo mejores.

Algunos se apiadaban de ella, lloraban su desgracia y el que podía le daba unas cuantas monedas, pan, carne fresca preparada por un carnicero judío y algunas frutas y verduras que la joven se comía con ansia allí mismo por el hambre que pasaba.

Al principio, llevó a casa una cesta cargada de alimentos; estaba contenta porque pensaba que la anciana se lo agradecería, por fin tendrían buena comida durante unos días y estarían bien alimentadas. Pero a la mañana siguiente aquella cesta, con toda la comida, desapareció y nunca supo qué había sido de ella, pues la alcahueta era muy suya y no era cuestión de pedirle explicaciones.

Así fue que, gracias a la generosidad de su pueblo, la judía pudo mantenerse fresca y lozana sin que su belleza disminuyera, sino todo lo contrario, siguió aumentando día a día.

Una mañana, antes de que la joven Rebeca se despertara para hacer sus faenas diarias, la alcahueta escuchó que esta tosía; era el momento oportuno para poner en marcha su macabro plan.

—Hija, te he preparado esta infusión de hierbas que te sentará muy bien y te calmará esa tos que tienes. Verás cómo dormirás plácidamente unas cuantas horas y te levantarás como una rosa.

La mujer puso mucho empeño en que Rebeca se tomara aquella infusión y como esta pensaba que la alcahueta lo hacía de buen corazón acabó tomándosela; al cabo de un rato cayó en un profundo sueño.

Inmediatamente después, la alcahueta se dirigió a la plaza del mercado. Ofrecería la joven al

mejor postor y una vez en la casa, mientras Rebeca siguiera durmiendo profundamente, el varón se metería en la cama con ella y le quitaría la virginidad. A partir de ese momento Teodora sabía lo que sucedería. La judía lloraría, la amenazaría, ella la asustaría con un posible embarazo y le diría que a dónde iba ella sola, que tendría que trabajar para dar de comer a su hijo y en ese instante la tendría bajo su control. No era la primera vez que utilizaba esta artimaña.

Mientras la alcahueta estaba en el mercado, apareció aquel joven escudero. Llevaba tiempo buscando a aquella muchacha judía que un día se encontró llorando desconsoladamente, pero ya había perdido la esperanza de hallarla. Le daba la sensación de que solo había sido un sueño. La alcahueta lo vio y sigilosamente se acercó hasta él.

—Soldado, tengo a una princesa virgen, joven y hermosa; nunca un hombre ha puesto su mano sobre su formidable figura.

Presebal, que era así como se llamaba aquel escudero, apenas prestó atención a la alcahueta.

—Solo su belleza se puede comparar con las reinas más bellas de Oriente, nunca ha sido mancillada por ningún hombre. Disfrutarás con ella como nunca lo habrás hecho con otra mujer.

Presebal seguía su camino sin prestar atención a sus palabras, pero gracias a su insistencia y a la experiencia de la alcahueta que sabía lo que a los hombres les gustaba finalmente hizo que Presebal picara el anzuelo. Como si del destino se tratara, aceptó que le llevara hasta ella.

—Mujer, si tus palabras no son ciertas, te verás en un buen aprieto.

—Juro que vuesa merced querrá repetir la experiencia, no solo un día sino muchos más, tantas veces como días tiene el año.

Presebal entró en la casa y la mujer le llevó hasta la habitación donde se encontraba Rebeca. Tenía la cabeza tapada con unas pieles que la alcahueta le había puesto para hacerla más atractiva.

—Pero, ¿está durmiendo?

—No importa, joven. Ella te espera con los brazos abiertos.

La mujer cerró con llave la puerta dejando a Presebal dentro de la habitación.

Presebal tenía curiosidad por ver de quién se trataba y comprobar la belleza que la alcahueta le había asegurado. Pero en la habitación había poca luz, solamente había un pequeño ventanuco que estaba tapado por una tela muy tupida que apenas dejaba entrar la luz y el aire. Apartó la tela y dejó que un rayo de luz y un aire limpio y fresco recorriesen todo el cuarto. Retiró la piel de borrego blanco que cubría buena parte de la figura de Rebeca y se encontró con el rostro que él llevaba tiempo buscando por toda la ciudad de Toledo.

Al verla su corazón comenzó a palpar con fuerza y su ritmo cardiaco aumentó. Le faltaba el aire, por una parte estaba sorprendido, pero por otra estaba decepcionado al ver que la mujer que él creía amar era una prostituta. Se quedó allí de pie durante un rato avergonzado sin saber qué hacer, había pagado un buen dinero a la alcahueta y en otro momento lo hubiera aprovechado sin titubeos, pero estaba desconcertado pues sus sentimientos le traicionaban, aunque sus instintos de macho le decían que se aprovechara de esa situación y que después se olvidase de ella. Siguió allí de pie un buen rato contemplándola. Cuando estaba a punto de derramar unas lágrimas, la joven se movió, estiró los brazos despreciándose y abrió por primera vez los ojos.

Al verle, la joven gritó con tanta fuerza que Presebal se asustó sin saber qué hacer.

—¿¡Qué hace vuesa merced aquí!?

Rebeca se levantó de un salto y se cubrió el cuerpo con las pieles.

—¡Salga, salga de mi cuarto!

—Pero yo...

Rebeca gritaba histérica pidiéndole al joven que saliera de allí inmediatamente, pero cuando Presebal se acercó a la puerta y trató de abrirla, se encontró que estaba cerrada con llave.

—Lo siento, pero no puedo abrir la puerta...

—¿Cómo ha entrado en mi habitación?

—Tranquilízate, doncella. Por nada del mundo te haría daño, una anciana me invitó a que subiera a tu cuarto. Pensaba que me recibirías despierta, ella ha sido la que debió de cerrar la puerta para...

Rebeca lloraba con desesperación, pero la suave voz de Presebal prometiéndole que no le haría ningún daño la tranquilizó.

—Ahora me doy cuenta de lo que me tenía preparado la anciana. ¡Es una ramera! Pensaba que necesitaba mi ayuda y me metió en su casa con artimañas solamente para conseguir su malvado propósito, venderme como una puta.

La joven judía más calmada, viendo que el joven no mostraba ningún sentimiento deshonesto, sino que más bien parecía afligido por la muchacha, poco a poco se fue relajando y comenzó a contarle sus penas.

Le dijo cómo había conocido a esa mujer, lo sola y desamparada que estaba cuando le ofreció un techo donde refugiarse y un plato de comida a cambio de ayudarla con las labores de la casa. Nunca había confiado del todo en ella, pero ya habían pasado unas semanas y dejando de lado el tema de la comida, que era escasa y mala, pero que gracias a sus vecinos se alimentaba bien, hasta ese momento no le había creado ningún tipo de problema, y ella se limitaba a trabajar como una esclava.

—Un día —siguió hablando Rebeca—, un conocido me aconsejó que tuviera cuidado con la que se hacía pasar por anciana pobre, pero no supe a qué se refería. ¿Qué iba a hacer yo? No dispongo de dinero ni de familia, mis vecinos se esconden cada vez que me ven para no dar la cara por miedo a que les acusen y los que se atreven me dan sus sobras para calmar su conciencia.

Los dos jóvenes pasaron un buen rato hablando, Rebeca le había abierto su corazón a Presebal y él le contó cómo había llegado hasta ella.

—Desde el primer día que te vi, apenas pude dormir. Llevaba varios días recorriendo la ciudad, los mercados, las iglesias, las fuentes y los lavaderos; pasé muchas veces por la calle en la que te vi, para ver si por casualidad recorrías ese camino a diferentes horas, pero nada. Había perdido toda esperanza de encontrarte, hasta que esa mujer me llamó, y me incitó a acostarme con una bella mujer joven y virgen; no le creía pues este tipo de mujeres utilizan muchas veces esos engaños para atraernos, pero estaba tan desesperado, me encontraba tan aburrido y solo que acepté la invitación de la alcahueta. Tienes que comprender que soy un hombre...

Rebeca le escuchaba con toda atención mirándole ensimismada. A ella también le brillaban los ojos como a una enamorada y la chispa del amor se estaba encendiendo en su interior. Estaban sentados en la cama, el uno al lado del otro, ya que el cuarto era muy pequeño. Presebal se quedaba en silencio cuando ella hablaba, hasta que no pudo resistirse a aquellos labios tan hermosos que la joven movía dulcemente. Acercó su rostro y sin que ella se lo esperase la besó tiernamente. Rebeca se quedó paralizada, nunca antes le había besado un hombre de esa manera, solo una vez cuando eran niños un amigo jugando le dio un beso repentino, pero no sintió nada; este beso era diferente, su cuerpo se quedó rígido y los pelos del vello se erizaron. Sintió un escalofrío tan agradable que le hubiera gustado repetirlo.

Como era la primera vez que la besaban no tenía ninguna clase de experiencia y se limitó a que él lo repitiera. El segundo beso no fue como el primero, Presebal abrió un poco su boca y con sus labios húmedos la besó. Esta vez fue un beso más largo. Rebeca sintió la lengua de él; a punto estuvo de apartarse y llamarle cualquier grosería, pero siguió allí petrificada sintiendo un extraño placer que le recorría todo el cuerpo. La mano de Presebal empezó a tocar sus pechos suaves y

firmes; en ese momento recordó una de las conversaciones que había mantenido con su hermana. Diana le detalló todas aquellas sensaciones que ahora ella sentía; no se podía creer que le estuviera pasando a ella.

Todo se terminó cuando se oyó la voz de la alcahueta y el sonido de la llave abriendo la puerta.

—Bueno, tortolitos, supongo que ya habéis tenido bastante por hoy —dijo mostrando una sonrisa pícaro y unos dientes tan negros que daba asco mirarla.

Entonces Rebeca se abalanzó sobre la vieja. La joven le sacaba casi una cabeza y aunque la mujer todavía estaba ágil y fuerte, estaba rechoncha como un barril de vino; la cogió por el cuello y era tanta la rabia que sentía que la hubiera estrangulado allí mismo si no llega a ser por Presebal, que la apartó diciendo:

—Déjala, no merece la pena mancharse las manos de sangre por esta vieja mofeta.

La joven recogió lo poco que tenía y salieron de la casa sin mirar atrás. Mientras, por la ventana se empezó a escuchar los gritos de la mujer que decía:

—¡Pagarás todo lo que me debes, pagarás por haberte dado casa y comida! ¡¡Desagradecida!! ¡Eres mi sierva y me perteneces, llamaré a los guardias y te acusaré de hereje...!

Conforme los dos se alejaban, la voz de la mujer se oía cada vez más lejana. Solo se le quedó grabada en la memoria una de las frases, la que decía que la denunciaría por hereje. Aquello hizo que su cuerpo se estremeciera. Cuando el joven que la llevaba agarrada de la mano sintió su temblor se la apretó fuertemente y le dijo:

—No te preocupes, amor mío, ahora estás conmigo, no tienes nada que temer.

Presebal, el franco Gastón de Lyon y Benjamín pertenecían a la compañía del capitán Hernán Pérez del Pulgar. Presebal se encontraba en la ciudad de Toledo porque el capitán tenía unos parientes cercanos en la ciudad que eran cristianos viejos y personas influyentes y ricas a los que quería ver. Hernán Pérez tenía en alta estima a los tres, pues eran los mejores soldados que tenía en su compañía, tenían una gran fortaleza moral y eran luchadores incansables.

Presebal le contó a su capitán la desdichada historia de la judía. Por suerte el capitán era un noble caballero y sus pensamientos se centraban en la conquista del reino nazarí, y actualmente estaba más preocupado en conseguir fama, dinero y la simpatía de los reyes.

Para el capitán los judíos eran solo una cuestión de religión y era la Iglesia a la que le correspondía combatir contra ellos, y por tanto no era su guerra, a diferencia de los musulmanes, ya que sus antepasados habían luchado por la Reconquista de Hispania y soñaba con que algún día la península ibérica estaría libre de esas tribus que originariamente vinieron de África.

Por ese motivo no tuvo ningún reparo en hablar con sus primos y aceptaran a la judía Rebeca como una sirvienta, pero sin mencionarles que era judía; de esa manera la joven encontraría así un refugio donde estar a salvo y llevarse un plato de comida caliente a la boca.

Presebal la veía por las tardes casi a diario, a veces daban un paseo por las afueras de la ciudad siguiendo la vega del río Tajo; aquel año bajaba con mucho caudal y el agua era tan cristalina que se podía apreciar la silueta de los peces y parecían jugar con los rayos del sol.

—¿Estás a gusto en la casa? —le preguntó.

—Sí, lo estoy. Nadie se mete conmigo, trabajo mucho y estoy bien alimentada. Una de las mujeres que lleva bastantes años sirviendo en la familia y cocina para ellos, me ha cogido cariño y me trata como si fuera su propia hija.

Unos días antes de que la compañía del capitán Hernán Pérez del Pulgar levantara el campamento que estaba a las afueras de la ciudad, Presebal se marchó corriendo en busca de su amada y le dijo:

—He conseguido sobornar a uno de los soldados y al carcelero donde tienen preso a tu padre

para que puedas ir a verle ahora mismo.

Rebeca se puso eufórica, no se podía creer lo que su amado le decía, por fin lo había conseguido. Intentó peinarse el pelo y arreglarse un poco el vestido, pero Presebal le estiraba de la mano metiéndole prisa.

—Déjalo, no tenemos tiempo, cambiarán la guardia y entonces no nos dejarán entrar.

Era un edificio antiguo, situado cerca de la plaza del mercado y no muy lejos de la catedral, el Santo Oficio se había apropiado de él y continuamente por sus puertas entraban y salían numerosos religiosos, tanto dominicos como franciscanos, y todo tipo de personas no eclesiásticas.

En la entrada siempre había varios soldados haciendo guardia con los emblemas característicos del Santo Oficio. Por fuera parecía un edificio normal, dedicado a tareas administrativas, pero en sus sótanos había unas infranqueables mazmorras y espantosas salas de tortura para hacer confesar a los reos. A veces los castigos y las torturas se hacían en público; existían casas que estaban abiertas al público donde cualquiera podía ver como se les infligían crueles torturas a los reos.

Cuando entraron al edificio, Presebal se dirigió a unos de los guardias, le entregó unas monedas y este les acompañó hacia unas largas y oscuras escaleras que parecían una especie de laberinto. La escalera terminaba en una amplia sala con escasa luz, solamente iluminada por lámparas de aceite que colgaban de las paredes; el aire que se respiraba en el interior estaba viciado y olía muy mal, aunque los carceleros apenas notaban ya su olor.

—¡Carcelero, carcelero! —llamó el soldado varias veces alzando la voz.

Al rato apareció un hombre grueso, de gran corpulencia, con aspecto desaliñado.

—¡Ya va!

—La doncella quiere ver al judío Aharon.

—¿Quién lo manda?

El soldado le tendió una moneda. El carcelero se la llevó a los dientes para comprobar que el metal de la moneda era bueno.

—Sígueme —le dijo a Rebeca.

Pasaron por varias estancias, a uno y otro lado se veían puertas macizas cerradas a cal y canto. En algunas había una especie de trampilla por donde se podía pasar la comida a los presos, pero otras no tenían absolutamente nada. Después de cruzar el pasillo, bajaron por varias escaleras y cruzaron varias estancias hasta llegar a una en la que se detuvieron. El carcelero abrió una de las puertas, que chirrió de tal manera que parecía que no se hubiese abierto en mucho tiempo. La celda estaba casi en penumbra y a la joven le costó trabajo ver lo que había allí dentro. Alzando la voz, dijo:

—¿Padre? ¿Padre?

Un bulto se movió en la oscuridad, algo o alguien se estaba levantando del suelo.

—¿¡Hija mía!?! —la voz de Aharon temblaba por la emoción, apenas le salían las palabras y padre e hija se fundieron en un largo y emotivo abrazo, mientras las lágrimas recorrían sus rostros.

—Gracias, Yahveh, por dejar que mis manos toquen de nuevo el rostro de mi amada hija. Pensaba que nunca más te volvería a ver. Cuéntame, ¿cómo está tu madre?, ¿hay noticias de tu hermano?

La joven respiró unos segundos tratando de calmar su emoción e intentó que sus palabras se oyeran.

—Padre, lo siento. Mamá no pudo soportar tu ausencia y la situación en la que nos encontrábamos. Un día de invierno cogió mucha fiebre y a los pocos días falleció.

La falta de luz impedía que el rostro del judío se viera, pero este lloraba desconsoladamente, las lágrimas habían invadido su cara. Todo el tiempo que estuvo apresado lo dedicó a meditar y a recordar, y aquellos recuerdos felices de otra época eran lo único que le mantenían con vida. Tenía la ilusión de que algún día conseguiría salir de allí vivo porque pensaba que las personas que más amaba le estarían esperando. La muerte de su esposa lo hundió en un oscuro pozo.

—Ha sido lo mejor que le podía pasar, ella no era fuerte como tú y no hubiera resistido esa clase de vida.

Su hija le contó a su padre la situación en la estaba la familia. Le habló de la muerte de Diana, de la expropiación de la casa y de los bienes, de lo mucho que había intentado verle sin éxito, de las promesas de un fraile dominico que trató de hacer todo lo posible, de la desesperación que suponía que nadie le dijera nada de lo que le iban hacer a su padre y por cuánto tiempo estaría en esa situación. Le contó que había encontrado trabajo en una casa cristiana donde la respetaban y le habló de un buen muchacho del ejército de los reyes castellanos que decía que la quería y que gracias a sus influencias y dinero ahora ella podía estar allí con él.

Aharon escuchaba con atención y sufría por todo lo que su hija estaba padeciendo, pero antes de que terminara de hablar le cortó y le dijo:

—Hija, escucha con suma atención lo que tengo que decirte antes de que aparezca el carcelero y te lleve de mi lado.

Y susurrándole le dijo al oído:

—En el banco de piedra que está en el patio de la casa pegado al naranjo, encontrarás justo detrás una piedra que está fuertemente pegada tapando un agujero más grande que el puño de una mano. Cuando la veas arráncala haciendo palanca con un hierro, mete la mano y dentro encontrarás una caja de metal que contiene en su interior joyas y piedras preciosas que valen una fortuna, así como bolsas con monedas de oro y plata, tantas como para comprar la seguridad de un rey. También encontrarás varios pagarés y cartas comprometedoras de personas ilustres de esta ciudad.

Como todavía no vive nadie en la casa, acuérdate de dónde escondíamos la llave para acceder a ella, entra cuando nadie te vea y saca la caja sin decírselo a nadie, ni siquiera al muchacho; no te fies de nadie, el dinero puede volverle a uno muy avaro.

Nunca abríais pasado hambre ni necesidad si hubierais conocido la existencia de este escondite, pero todo fue tan rápido que no pensé que acabaría hallándome en esta situación.

Escondí estas riquezas el día que vino nuestro amigo Abraham Zacuto y nos alertó de lo que nos podría deparar el futuro. Tu hermano también se llevó una parte de nuestra fortuna, pero temo que su empresa no se haya podido realizar.

Ahora, hija mía, me quedo más tranquilo sabiendo que con esa fortuna podrás rehacer tu vida en otra parte con comodidad. Antes que nada te quiero dar un consejo, sé prudente, esconde bien el dinero, que no sepan que lo tienes, sino rápidamente te lo cogerán o te torturarán para hacerte confesar donde lo escondes; te harían mucho daño y no tendrían ninguna piedad. Por mí no te preocupes, soy viejo y no espero nada más de la vida; trata de ser feliz.

—No padre, nunca te abandonaré y te esperaré hasta que esto termine.

Rebeca no pudo esperar y el mismo día que había estado con su padre salió por la noche, a unas horas en que la ciudad dormía, disfrazada de labriego y escondiéndose entre las sombras, intentando que nadie notara su presencia y evitando ser vista y detenida por la escasa guardia que recorría las calles. Llegó hasta la puerta de su casa y encontró la llave escondida, atravesó la casa y llegó al jardín, fue hasta el banco de piedra que estaba junto al naranjo y en el que tantas tardes había estado sentada bajo su sombra, se arrodilló para poder ver la piedra y la encontró tal y

como su padre le había dicho. Sacó una barra de hierro y haciendo palanca la arrancó y dejó al descubierto el agujero que había detrás del banco; metió la mano, no sin aprensión, por si había una culebra o algo parecido, pues tenía fobia a toda clase de reptiles, palpó la caja de metal, la cogió con las dos manos, pues la caja era más grande de lo que pensaba, y la sacó mientras su corazón latía con fuerzas.

Era tanta la curiosidad que tenía que no pudo evitar abrirla. La oscuridad de la noche y las nubes cubrían un poco el cielo e impedían ver con claridad el contenido, pero la caja pesaba bastante y nada más abrirla se distinguió el brillo de piedras preciosas y joyas; también se apreciaba un saco de monedas de gran tamaño.

Cuando se hizo con toda esa fortuna siguió los consejos de su padre al pie de la letra, escondió el dinero en un lugar seguro, para que nadie pudiera encontrarlo, y solamente se llevó una pequeña bolsa de monedas, que eran suficientes para pagar los caprichos de un rey durante un año. Tenía claro cuál iba a ser su plan. Ella seguiría con la vida que había llevado en los últimos tiempos para no levantar sospechas, y seguiría trabajando de sirvienta en casa de la familia de cristianos.

Los que sí se vieron favorecidos fueron su padre Aharon, su amigo Joseph y el rabino, que pasaron de estar solos en pequeñas celdas apenas sin luz ni ventilación a estar los tres juntos en una celda más grande, ventilada, que tenía una ventana desde la que se podía ver la calle y entraban los rayos de luz y mejor alimentados.

Aquel cambio tan drástico fue debido al dinero que bajo mano daba la joven al padre Juan, que por fin lo había encontrado, para que este a su vez sobornara a los carceleros. Por los favores que el fraile le hacía, Rebeca le daba una cantidad de dinero como limosna para la capilla que estaba levantando en la otra parte de la ciudad, en uno de los barrios más pobres. Con eso evitaba que los carceleros, soldados o espías que tenía el Santo Oficio por todas partes pudieran sospechar de ella.

Hasta que llegó el tan anunciado día del *auto de fe, el primero que se celebraba en toda Castilla. Por eso avisaron con suficiente antelación, preparándolo con sumo cuidado; se lo notificaron a las clases más nobles, a la jerarquía eclesiástica y corría el rumor de que al acto asistirían incluso los reyes de Castilla y Aragón.

Los días antes del auto de fe la ciudad parecía un hervidero de gente venida de todas partes para presenciar aquel ritual que nunca antes se había visto y que prometía ser todo un acontecimiento. Los comerciantes vendían sus productos como si se tratara de los mejores días de feria; las posadas estaban abarrotadas de gente, incluso al estar todo ocupado la gente de la ciudad alquilaba sus casas, sus habitaciones y sus cuadras para los forasteros que venían de lejos y que estaban deseosos de presenciar aquel espectáculo.

Nunca antes se había visto en la ciudad tanto fraile, cura y jefes de la iglesia con sus escoltas y sus carrozas cargadas con equipajes como si fueran príncipes.

****El auto de fe era una ceremonia pública de una Inquisición espectacularmente secreta, celebrada con gran pompa y solemnidad, con asistencia de inquisidores, familiares del Santo Oficio, eclesiásticos, órdenes religiosas, y las más destacadas personalidades del lugar, reunidos o congregados generalmente en la plaza pública de las ciudades para escuchar el veredicto de las sentencias individuales, dictadas contra los reos de la Inquisición española, que en definitiva era el eje central sobre el que giraban los autos de fe.***

Autos de fe generales: se pronunciaban sentencias de relajación al brazo secular para que este dictase sentencia de muerte por fuego. Se celebraban en la plaza pública, con las autoridades y corporaciones de la localidad presente (además de la muchedumbre que acudía a ellos como si fuera una auténtica fiesta). El juez ordinario debía pronunciar las sentencias de

muerte. En ocasiones se convocaban con un mes de antelación, se celebraban en días festivos y constituían todo un acto de solemnidad, pretendiendo ser demostración de la fe y la unidad doctrinal de un pueblo.



***Autos de fe particulares:** se celebraban sin aparato ni solemnidad, en una iglesia y sin asistencia de autoridades ni corporaciones. Podían dictarse relajaciones del brazo secular.*

***Autos de fe singulares o autillos:** destinados a un solo reo. Se celebraban en salas del Tribunal de distrito.*

Debido a lo complicado de la ceremonia, los autos de fe tendían a ser muy costosos, lo cual constituyó una poderosa razón para disuadir al tribunal de celebrarlos con asiduidad. Los autos particulares o autillos -que solían realizarse en la sala de audiencias, en la capilla del tribunal o en alguna iglesia- eran más sencillos y demandaban menor gasto.

En la misma plaza, al lado de la catedral, se montó el escenario. Tenía forma rectangular y se habían construido una serie de palcos de madera y tarimas a los lados en forma de escalinata para que se pudieran sentar la gente de la Iglesia, las autoridades, los nobles y las personas principales. Enfrente, donde se encontraba el patíbulo, estarían los reos para recibir la sentencia. El palco principal también estaba construido; allí el Inquisidor mayor junto con el tribunal del Santo Oficio al completo darían públicas las sentencias.

En el centro del escenario se encontraba el lugar donde se les infligiría el castigo a los ajusticiados y para ello había varios postes de madera rodeados con leña.

La mañana había amanecido con un sol brillante y prometía ser un día caluroso, la plebe abarrotaba la plaza, estaba tan llena que ni siquiera un niño podría meter la nariz para observar lo que allí ocurría.

En el centro de la plaza, donde se encontraba todo el entarimado, se hallaba la Iglesia al completo con sus colores característicos, negro, marrón y rojo, que contrastaban con los vivos colores de las personas principales de la ciudad.

La plebe estaba eufórica, parecía un día de fiesta. Para esta solo habían habilitado una pequeña

parte desde la que se podía ver el espectáculo y la multitud se apretujaba unos contra otros de tal manera que no permitían que ni una ligera brisa pasase. Habían acudido infinidad de personas de los alrededores, incluso de lugares a varios días de jornada a caballo, para no perderse aquel grandioso acontecimiento, que ya se había hecho en la ciudad de Sevilla en 1484, donde fueron ajusticiados seis reos en la hoguera. El morbo atrajo a la plebe como la abeja a la miel, nadie quería perderse aquel espectáculo.

Rebeca no consiguió volver a ver a su padre por mucho que lo intentó, ni tampoco obtuvo ninguna tipo de información de lo que harían con él o de cuál sería su sentencia. El vulgo hacía comentarios de todo tipo y se rumoreaba que todos los reos irían a la hoguera, por lo que la joven, los días anteriores a aquellos acontecimientos, había estado muy excitada y apenada; añoraba los días pasados y se aferraba a esos recuerdos para evadirse de la realidad. A veces echaba de menos a su hermano y se preguntaba qué habría sido de él. Entre todos esos sentimientos le venía a la mente la imagen de Presebal, aquel joven soldado que había cautivado su corazón y que ahora estaba muy lejos de ella, pues tuvo que partir hacia tierras moras para luchar en el ejército cristiano, no sin antes prometerle que volvería para buscarla tan pronto como acabara todo aquello.

La joven judía estaba allí, entre la muchedumbre, sin que nadie se fijara en ella; muchos vecinos de la ciudad de Toledo la conocían de vista pero no sabían nada de ella, ya que el barrio judío hasta ese momento había sido un barrio independiente, sin que sus habitantes se mezclaran mucho con el resto de la población. Además, había mucho forastero que únicamente estaba pendiente del espectáculo y no prestaban atención a una hermosa jovencita judía que con total discreción vestía cubriéndose con un pañuelo de seda la cabeza y parte de su cara.

Cuando llegaron los reos, la muchedumbre se alborotó. Por todas partes se escuchaban comentarios antisemitas e insultos y Rebeca aguantó allí asustada, temiendo que alguien descubriese su origen.

Solo se callaron y la plaza quedó en completo silencio cuando los oradores del Santo Oficio, por turnos, fueron recitando sus sermones; aprovecharon la masiva concurrencia del acto para hablar de la riqueza de la Iglesia, de la verdadera fe cristiana y de la limpieza de su fe a través de la Iglesia. El público se impacientaba debido a la extensión de los sermones de los sacerdotes, que alargaban el acontecimiento para sacarle todo el partido posible. Por fin, le tocó el turno a la lectura de las sentencias públicas que nadie, ni siquiera los reos, conocían.

Primero dictaron las sentencias más leves, entre las que se encontraban la del judío Aharon, la de su amigo Joseph y la de unos cuantos reos más, entre ellos dos moriscos y una mujer, que tenía fama de borracha y prostituta, acusada de blasfemar contra la Santa Virgen.

Para el judío Aharon, así como para su amigo Joseph y los dos moriscos la sentencia consistía en la conversión al cristianismo y el abandono por completo del judaísmo, con su correspondiente penitencia de cien latigazos y la pérdida de todos sus bienes; durante todo un año se les haría un seguimiento para ver si profesaban la fe cristiana. Si, en ese tiempo, su conducta era favorable la pena quedaba redimida*, pero si su conducta no era cristiana, sería sentenciado a morir quemado en la hoguera.

Cuando el verdugo colocó a los hombres y a la mujer en los postes para proceder con los cien latigazos, la muchedumbre estalló en un éxtasis de júbilo y solo volvió a reinar el silencio cuando se empezaron a escuchar los azotes contra los cuerpos desnudos de los reos. El espectáculo era dantesco, los reos emitían angustiosos gritos de dolor y la sangre salía a borbotones de los cuerpos mancillados. Muchos de los presentes volvían la cara para no verlo.

Rebeca lloraba de rabia y de pena a la vez, y sus lágrimas inundaban sus mejillas mientras se

cubría el rostro con el velo.

Los cuerpos de Joseph, de uno de los moriscos y de la mujer, al haber perdido el conocimiento, colgaban flácidos de los brazos como si fueran sábanas tendidas al viento; solo Aharon y el otro morisco habían conseguido permanecer de pie sin desmayarse.

Después de aquello, le tocó el turno a otro grupo, entre los que iba un pobre cristiano profesor de universidad acusado de herejía, de transmitir a sus alumnos enseñanzas en contra de la Santa Madre Iglesia que venían del Renacimiento italiano. A todos ellos se les castigó con latigazos y se les condenó a galeras por varios años.

Y terminó el acto de fe con la sentencia de dos judíos conversos acusados de herejía, mofa, ritos satánicos y otros cargos, y la del rabino, detenido el mismo día que Aharon y Josep, que no quiso reconocer a la Santa Iglesia Católica y ad jurar contra su propia fe judía. A los tres sentenciados se les condenó a morir en la hoguera.

** El acusado podía ser absuelto. Las absoluciones fueron en la práctica muy escasas.*

1. *El proceso podía ser “suspendido”, con lo que en la práctica el acusado quedaba libre, aunque bajo sospecha y con la amenaza de que su proceso se continuase en cualquier momento. La suspensión era una forma de absolver en la práctica sin admitir expresamente que la acusación había sido errónea.*
2. *El acusado podía ser “penitenciado”. Considerado culpable, debía abjurar públicamente de sus delitos (de levi si era un delito menor y de vehementis si el delito era grave), y ser condenado a un castigo. Entre estos se encontraban el [sambenito](#), el destierro (temporal o perpetuo), multas o incluso la condena a [galeras](#).*
3. *El acusado podía ser “reconciliado”. Además de la ceremonia pública en la que el condenado se reconciliaba con la Iglesia Católica, existían penas más severas, entre ellas largas condenas de cárcel o galeras, y la confiscación de todos sus bienes. También existían castigos físicos, como los azotes.*
4. *El castigo más grave era la “relajación” al brazo secular, que implicaba la muerte en la hoguera. Recibían este castigo los herejes impenitentes y los “relapsos” (reincidentes). La ejecución era pública. Si el condenado se arrepentía, se le estrangulaba mediante el [garrote vil](#) antes de entregar su cuerpo a las llamas. Si no, era quemado vivo.*

Eran frecuentes los casos en los que, bien por haber sido juzgados in absentia, bien por haber fallecido antes de que terminase el proceso, eran quemados en efigie.

CAPÍTULO VIII

Los piratas bereberes y la ruta de los viajeros

Samuel y David llevaban varios meses de viaje desde que salieron de la ciudad que les había visto nacer, Toledo. Habían seguido la ruta hacia el sur por los caminos de la Castilla cristiana adentrándose en los reinos nazaríes gobernados por el último rey moro, Boabdil. El viaje fue lento y no exento de peligros. Cuando los viajeros no eran asaltados por la bandas de ladrones en territorio cristiano, más tarde llamados bandoleros, lo eran por ladrones en territorio musulmán, por eso tuvieron que acostumbrarse a viajar siempre de día, dormir en posadas situadas en villas o ciudades grandes y al día siguiente esperar a que se organizaran grupos de viajeros o caravanas que realizaban un largo recorrido y que normalmente solían llevar a personas que les protegían para viajar con ellos; normalmente cuando lo hacían de esta manera los pequeños grupos de asaltantes no solían atreverse a atacar.

Solían ser pequeños grupos de forajidos, fuera de la ley o desterrados, los que solían cometer fechorías, robando a los viajeros o forasteros que se atrevían a recorrer los caminos en poca compañía y que no acostumbraban a ser personas de armas.

Los tres amigos ya habían experimentado dos asaltos, a los que confiaban a la corpulencia de su sirviente y al temor que este infundía a sus adversarios, pero en el último ataque el sirviente negro salió mal parado.

Sucedió un día cerca de los reinos moros, en plena serranía, dos forajidos salieron a su encuentro y les dieron el alto; Mamadou sacó su gran espada y arremetió contra uno de ellos dejándolo en el suelo mal herido, el otro salió corriendo desapareciendo entre la maleza, y de pronto un pequeño hombrecillo, como caído del cielo, pues estaba subido en lo alto de un árbol, cayó encima de él y le asestó una puñalada en el cuello con idea de rebanarle la garganta; por fortuna el caballo de Mamadou se asustó al notar el brusco movimiento de su amo y el forajido le rozó la garganta y le dejó una pequeño corte; si hubiera sido un poco más grande se hubiera desangrando allí mismo. Tan rápida fue la reacción del enano que en cuanto cayó al suelo desapareció como si de un fantasma se tratara. Los tres salieron de allí al galope dejando al herido en el suelo pues pensaban que el grupo de bandidos podía ser más numeroso, en tal caso no saldrían de allí sanos y salvos.

En tierras musulmanas fueron bien recibidos, gracias a que los orígenes y las costumbres árabes de acoger a los forasteros habían perdurado en el tiempo y su afán de comerciar les puso en buena disposición con el pueblo judío.

En el bazar de *Malaca se encontraron con un descendiente de judíos que se había convertido a la religión de Mahoma cuando uno de los califas de la ciudad ordenó la expulsión de todos los judíos si no se hacían musulmanes.

Era un hombre de edad avanzada, respetuoso, educado, considerado buen orador y que sabía escuchar a sus clientes y además era uno de los mejores artesanos de su gremio. El encuentro entre este mercader y Samuel y David fue pura casualidad.

—Samuel, mira qué collares más bonitos hay en este bazar.

**Malaca, nombre puesto por los árabes a la ciudad de Málaga, antes de la Reconquista.*

El joven Samuel se acercó hasta donde estaba parado su amigo mirando una mesa con algunas estanterías donde se mostraban algunos collares de plata y oro como muestra de lo que se vendía en su interior.

—Caballeros, pasen si quieren a mi modesta tienda, dentro tengo exquisitas joyas que deslumbrarán a sus damas.

—Gracias, amigo, pero tenemos prisa y no es nuestra intención comprar nada —dijo Samuel.

A lo que su amigo David respondió:

—Samuel, me gustaría ver lo que tiene este buen hombre, querría llevar a mi vuelta un regalo para la que será un día mi esposa.

Samuel se rió con gran alborozo y le contestó:

—Hermano, si todavía no tienes novia ni intención de casarte.

A lo cual respondió David un poco molesto:

—¿Qué tiene eso que ver con que algún día la tenga y me case con ella?

—Bueno, me has convencido, pero con una condición —dijo y hablándole en voz baja al oído le susurró: —Sabes que no podemos llevar muchas cosas de valor, sería peligroso.

Al momento los dos estaban en el interior de la tienda. Dentro había un hombre de mediana edad, era un artesano joyero que trabajaba junto a una mesa donde tenía sus pequeñas herramientas de trabajo y allí fabricaba con sus expertas manos diferentes piezas de joyería. Cuando los tres entraron el artesano apenas les prestó atención pues estaba concentrado en su labor.

—Mustafá, atiende el bazar, pues yo voy a estar con estos caballeros —dijo el mercader, que era el dueño y señor de aquel negocio.

—Me llamo Muhammad. Pasen por aquí.

El mercader que marchaba delante les hizo pasar a los aposentos de la casa, detrás habían dejado una pequeña estancia decorada con gusto, pero que no dejaba de ser una pequeña estancia donde se atendía a los clientes normales que daban muchas vueltas y discutían mucho los precios.

Cuando el rico joyero, que tenía una larga experiencia y ojos de lince, intuía que podía hacer un buen negocio, hacía pasar a los clientes al interior de la casa y allí les enseñaba sus ricas y valiosas joyas, las mismas que los propios califas envidiaban y encargaban.

El interior de sus aposentos estaba decorado con un lujo exquisito, de allí pasaron a una amplia sala aderezada con las mejores alfombras que un sultán tendría en su palacio. En el suelo, por todas partes, había grandes cojines con preciosos dibujos y en el medio una gran mesa árabe labrada en plata y oro que era una auténtica joya.

Por costumbre un buen comerciante árabe, antes de cerrar un buen negocio, movido por su amabilidad y cortesía servía un aperitivo. El joyero dio una palmada y aparecieron inmediatamente dos jóvenes mujeres vestidas con finas ropas árabes, con el rostro cubierto por un velo de seda, portando sendas bandejas de plata que dejaron en la mesa.

En ellas había ricas pastas dulces cubiertas de nueces y miel, dátiles, almendras de las montañas de la sierra de *Granata, con las que se fabricaba una leche dulce que saciaba el apetito del caminante, y unos cuantos manjares que eran la delicia de los dioses, todo ello acompañado de té. Así era la hospitalidad de los pueblos árabes.

—Son mis dos hijas que por desgracia o por fortuna Alá, nuestro señor, me ha dado. Me hubiera gustado que mi mujer también me hubiera dado un varón, pero cuando nació Serezade, que es así como se llama la pequeña, murió en el parto y ya no he vuelto a casarme.

La mayor, Fátima, tendría diecisiete años y Serezade acaba de cumplir los dieciséis; se movían

con gracia y se trataba de dos mujeres muy bellas.

A ninguno de los jóvenes les pasó desapercibida la presencia de las doncellas. Una vez dejaron en la mesa las bandejas salieron en silencio de la estancia. Cuando desaparecieron de su vista las dos mujeres corrieron de prisa entre cuchicheos y risas a mirar por una de las ventanitas que daba al salón, que tenía una especie de tela vegetal y que por ella se podía ver y oír toda la conversación que su padre mantenía con los dos jóvenes.

—Veo que son forasteros y no del reino de nuestro señor Boabdil* —dijo el mercader.

—Venimos de tierras cristianas, somos de Toledo, allí nacimos —contestó Samuel que era el que primero solía hablar.

—¡Ah! ¡Qué buenos recuerdos me trae esa ciudad! —dijo el mercader como si estuviera recordando algún pasaje de su vida.

—¿Conoce Toledo? —preguntó Samuel sorprendido.

**Granata, nombre árabe de la ciudad de Granada, era así como se llamaba antes de la Reconquista.*

**En la Edad Media era muy común que viajeros moros y cristianos pasaran de una región a otra libremente, ya que las fronteras no existían tal y como las conocemos actualmente y no estaban completamente guardadas, pues se carecía de suficiente ejército para cubrir todos los territorios. Si la inmigración de un lado a otro no se realizaba masivamente era debido a causas naturales de la geografía del terreno, a los viajes que eran muy largos y peligrosos y a que la plebe estaba sujeta por ley a la tierra y al señor.*

Pero también existían mercaderes libres que no estaban sujetos a las leyes de la tierra y al señor feudal, y estos eran los que continuamente comerciaban en ambas tierras, y gracias a ellos se conocían y se intercambiaban especies, minería, oro, piedras preciosas, telas y toda clase de comestibles y objetos que uno y otro pueblo comerciaba; estos mercaderes, la mayoría ricos, eran muy respetados tanto por los moros como por los cristianos, de hecho existían leyes de protección para ellos.

—Claro que la conozco; de joven realicé dos viajes, por asuntos de negocios, pues unos parientes cercanos eran de allí. La última información que tengo de ellos es que se marcharon de la ciudad y no estoy muy seguro de a dónde se fueron.

—¿Sabe cómo se llamaban? —preguntó David—. A lo mejor los conocemos.

El mercader dudó un instante si hablar más de la cuenta, conocía perfectamente el paradero de su lejana familia, pero con los tiempos antisemitas que corrían, lo más prudente era dar pocas pistas, pero aquellos dos jóvenes le daban cierta confianza, como si estuviera tratando con unos vecinos o amigos de toda la vida.

—Mi pariente se llamaba Ben Jacob, era carnicero.

Los dos amigos se miraron entre sí con complicidad.

—¿Ben Jacob, el carnicero?

—¿Le conocían?

—Claro, era un buen amigo de nuestras familias. Hace dos años tuvo que marcharse de la ciudad pues el concejo del ayuntamiento ordenó cerrar las carnicerías del barrio judío y les obligó a comprar la carne a los cristianos.

Samuel, que era el que hablaba en ese momento, lo hacía en tercera persona, como si aquel problema no fuera con ellos.

David, que se había quedado pensando lo que había dicho el mercader, le preguntó:

—Entonces, si sus parientes son judíos, usted tiene descendencia judía, ¿no?

El mercader, se quedó meditando, tratando de pensar lo que iba a contar, hasta que al final

relató la siguiente historia:

—Mi verdadero nombre es Abraham, pero yo elegí el nombre de Muhammad, en honor a nuestro profeta Mahoma cuando acepté voluntariamente hacerme musulmán; pero mis antepasados vienen de la casa de David en Jericó. Hace varios siglos llegaron a Hispania y sus generaciones se fueron ramificando por toda la península ibérica. Tengo parientes en Castilla, Burgos y Toledo, como es el caso de la familia Ben Jacob; también tenemos en mi familia a un fraile cartujano llamado *fray Jesús Canela, que según he oído es un hombre justo y muy religioso.

Parte de la familia se quedó en el Al Ándalus, en Malaca, donde nací y donde moriré.

Por propia voluntad acepté la religión del profeta, pero mis padres y abuelos, cuando el califa ordenó la expulsión de nuestro pueblo si no aceptaban su religión, se convirtieron sin ser creyentes, con el objetivo de evitar tener que marcharse y abandonar la tierra que les había visto nacer. Ellos nunca siguieron las palabras del profeta y a escondidas continuaron practicando su religión.

**Apellido de origen judío descendiente de la casa de David en Jericó.*

Entró en la península en la Edad Media de la mano de un señor feudal llamado Jesús Canela, abogado y par del rey Gustavo II de Aquitania. Casado en España con doña Isabel, hija del conde de las Candelarias. Este apellido creó casa solariega en Burgos y pasó a Andalucía cuando el rey Fernando el Católico comenzó la conquista de Sevilla.

Del monje cartujano fray Jesús Canela hay que destacar la ayuda que le brindó a Colón en el descubrimiento de América.

A medida que la mañana transcurría plácidamente para los dos jóvenes y el mercader, la conversación se hacía más fluida y amistosa. El interés que en un principio tenía el mercader de venderles unas buenas piezas de su bazar fue pasando a un segundo plano, ya que se dio cuenta de que Samuel había despertado cierto interés por su hija pequeña, Serezade; esta, de vez en cuando, entraba en la sala con la excusa de traer o recoger algún plato y él no le quitaba ojo, aunque lo hacía con total disimulo para no ser irrespetuoso con su anfitrión.

Aquel mercader era un hombre riquísimo, había amasado una inmensa fortuna, la heredada de sus antepasados más la que él mismo había sabido ganarse, ya que no solo se dedicaba a la venta de joyas y oro, sino que aprovechando que vivía cerca de un puerto importante comerciaba con muchas mercaderías que venían de Oriente y que después vendía en toda la península ibérica; estas mercaderías eran muy apreciadas tanto por los musulmanes como por los cristianos.

Tras la muerte de su mujer había perdido toda motivación por las riquezas y aunque se sentía muy amado por sus dos hijas, que le veneraban como a un dios, pues era un buen hombre y un buen padre, el hombre se sentía infeliz y temeroso de ver que los años poco a poco se le estaban echando encima y pensaba que en cualquier momento le llegaría también su hora.

Por eso, su máxima era encontrar a un hombre con unas actitudes especiales que se casara con una de sus hijas por amor y pudiera llevar las riendas del negocio; si su meta se cumplía e incluso llegaba a tener entre sus brazos algún descendiente, no dejaría este mundo con tristeza.

Antes de que acabara el día y al ver la sinceridad con la que el mercader había hablado y abierto su corazón, los dos jóvenes le contaron las peripecias de su viaje hasta llegar allí y le confesaron que uno de sus objetivos era buscar un lugar seguro fuera de Hispania donde vivir con sus familias; para ello tuvieron que revelarle que eran judíos.

—Ya presentí, en el fondo de mi corazón, que erais del pueblo de Israel, por el que siento mucha cariño, a pesar de que mis creencias son otras, pero siempre he respetado a ese pueblo y lo he amado como parte de mí.

Con estas palabras se despidió de los dos jóvenes con el compromiso de que al quinto día

volverían a su casa para celebrar la *fiesta grande (*Aid el Kebir*) o fiesta del sacrificio (*Aid El Adha*). Ellos serían unos invitados muy especiales.

Cuando salieron de la casa del Mercader, Mamadou los estaba esperando. Había pasado el día haciendo recados que sus amos le habían encomendado y cuando este terminó de hacerlos se dirigió a la casa del mercader, en la que fue bien recibido pues le hicieron pasar a las estancias donde estaban los demás sirvientes, la mayoría mujeres musulmanas y un viejo criado que llevaba muchos años en la casa, además de varios artesanos y dependientes que trabajaban en la tienda y en el taller contiguo a la casa.

El sirviente negro vio a sus dos amos que salían de la casa con una sonrisa de oreja a oreja.

—Parece que tú también has pasado un buen día, Mamadou.

—Sí, amo.

—Pues alégrate, pues dentro de cinco días volveremos a esta casa, su dueño nos ha invitado a la fiesta del cordero.

Mamadou mostró una sonrisa, pues estaba contento con la noticia.

**Fiesta del cordero. La llamada fiesta grande (Aid el Kebir) o fiesta del sacrificio (Aid El Adha) es una de las más importantes de la religión musulmana.*

Garnat Al-Yahud ('Granada de los judíos'), por estar poblado fundamentalmente por judíos.



Durante los días anteriores a la fiesta, Samuel y David junto con el siempre fiel criado Mamadou se dedicaron a visitar la ciudad y a entrar en contacto con varios marineros en el puerto para averiguar si alguno de ellos hacía la travesía hasta las costas africanas.

A primera hora de la mañana el puerto de la ciudad estaba lleno de pequeñas barcas de pesca que entraban para dejar lo que habían pescado durante la noche.

Los pescadores trabajaban sin descanso sacando de sus redes los pescados atrapados; la mayoría de las capturas solían ser jureles y sardinas del tamaño de una mano, eran pescados de bajura pues las barcas solían ser pequeñas con una tripulación no más de cuatro personas. En ocasiones pescaban en grupos de tres o cuatro embarcaciones donde una de ellas iba provista de linternas y lámparas de aceite para que los peces fueran a ella atraídos por la luz. Era un sistema

que se venía utilizando desde tiempos remotos y daba muy buen resultado.

Había también barcos más grandes con varias velas y con una tripulación superior a las pequeñas barcas de pesca, salían a faenar cuando el tiempo era bueno sobre todo en verano y pasaban varios días en alta mar, algunos de ellos cruzaban a las costas africanas y seguían una ruta para comerciar entre los dos continentes. Cuando estos barcos hacían estas travesías traían otro tipo de pescado en barriles de sal para que no se pudriera durante los días que estaban en el mar. Era un pescado diferente al de la costa y era muy apreciado por la gente y se vendía muy bien.

La lonja se había llenado de mujeres cargadas con cestas hechas de mimbre; las llenaban de pescado, se las ponían encima de la cabeza e iban por las calles de la ciudad gritando que se vendía pescado. Parecía que estaban organizadas pues cada una se dirigía a un barrio diferente.

Los tres contemplaban la escena divertidos, pues a pesar de que la mayoría de las mujeres llevaban la cara cubierta por un velo, para que no se les viera el rostro, se recogían con un nudo sus ropas, unas finas chilabas muy vistosas llenas de colorines que les daban un tono erótico y divertido, y las piernas asomaban un poquito.

Samuel había preguntado sin éxito a varios marineros si sabían de algún barco que partiera en una semana hacia las costas africanas; hasta que en una de las veces se le acercó un hombre de aspecto joven, pero cuya juventud hacía años que había pasado. Era extranjero y tenía modales muy refinados.

—Caballeros, un marinero de mi tripulación me ha comentado que andan buscando un barco que zarpe a las costas africanas dentro de unos días.

Samuel que era el que seguía llevando la iniciativa del grupo y su amigo lo había tomado como una cosa normal, dijo:

—Queremos ir a las costas africanas y buscamos un barco que nos lleve hasta ese lugar.

—¿A qué parte de la costa piensan dirigirse, señores?

—Todavía no conocemos África, además, nuestros conocimientos geográficos son escasos. Queremos desembarcar en el primer puerto al que se llegue en línea recta desde aquí.

—Mi nombre es Giuseppe Bonaroti, soy de la ciudad de Venecia y soy el capitán de aquel barco grande que está a la otra parte del puerto. A mi mando tengo una tripulación de quince marineros y un grumete, comercio en toda la costa mediterránea y en algunos puertos bereberes de África. Dentro de cinco días partimos hacia las costas africanas, a la ciudad de Melilla, si ustedes tienen interés en realizar el viaje en mi barco serán bien recibidos.

Los tres amigos se miraron, estaban ilusionados por el viaje en sí, aunque en realidad este se había hecho por dos motivos: la búsqueda de un nuevo comercio y una nueva vida en un lugar más seguro donde poderse instalar junto con sus familias. El descubrimiento de nuevos mundos, de otras formas de vida, las aventuras que estaban viviendo y las que podían vivir y la emoción que todo ello suponía es lo que les hizo adelante y no renunciar, así que acordaron con el capitán el día, la hora y el precio que les costaría embarcar.

Después de despedirse del veneciano hasta el día de la partida, los tres amigos continuaron observando toda la actividad del puerto mientras charraban.

—¿Tendremos que vender los caballos y el mulo que nos queda, no podemos llevarlos con nosotros? —dijo David.

—Habrá que hacerlo, no nos queda otra solución; la verdad es que son unos buenos caballos y me apena mucho deshacerme de ellos. Seguro que a la vuelta ya no encontraremos otros como estos —dijo Samuel apenado.

—Amo, tengo otra solución —intervino Mamadou.

Los dos esperaron expectantes las palabras del criado.

—Cuando estuvimos en la casa del mercader me fijé que en la parte de atrás tiene un establo grande con dos caballos de montura y unas mulas. Quizás podrían preguntarle si podríamos dejar allí nuestros caballos y el mulo a cambio de pagar el mantenimiento.

Los dos se quedaron reflexionando.

—No es mala idea, Mamadou, pero lo que más me preocupa no es el pago de la manutención del cuidado de los caballos, sino el tiempo que estarán sin que nadie los monte. Los caballos necesitan hacer ejercicio continuamente, si se quedan todo el tiempo en el establo sin hacer nada engordarán y enfermarán, y el día que los recuperemos estarán para el arrastre.

—Llevas razón, amigo —contestó David—, lo mejor será venderlos, así sacaremos un buen dinero y a la vuelta podremos comprar otros.

—Eso no podrá ser, amo.

Los dos amigos le miraron sorprendidos, sin comprender a qué se refería.

—¿Por qué no podrá ser?

—Parece que no se quieren enterar de lo que pasa a su alrededor o bien huyen de la realidad, pero todo el mundo sabe que el rey Boabdil —dijo bajando la voz- y los reyes cristianos pronto entrarán en guerra; estos cada vez se acercan más al último rincón que les queda en la península a los musulmanes. Hace poco más de un año fue Ronda, Marbella hace unos meses y dicen por ahí que no tardarán en conquistar Malaca, que es cuestión de días o semanas y que el ejército del rey Boabdil anda detrás, incluso al pillaje, de todos los caballos que hay en la región para abastecer a sus guerreros para la eminente guerra. A nuestra vuelta, cuando queramos comprar caballos será más que imposible y el que los tenga, tendrá monturas viejas que nadie quiso y pedirá por ellas sumas astronómicas.

—Sabíamos algo de lo que nos hablas, pero no teníamos tanta información como tú; si no nos deshacemos de los caballos ahora, ¿quién nos asegura que a nuestra vuelta el ejército del rey no nos los habrá confiscado? En tal caso ya no podríamos sacar unos doblones de oro por ellos.

—Solo queda la opción de hablar con el mercader y que procure tener escondidos a los animales hasta nuestro regreso.

Samuel se quedó pensando.

—Ya veremos qué hacemos...

El día de la fiesta del cordero en la casa del mercader Muhammad había gran alborozo y regocijo; estaba repleta de invitados, parientes y amigos que se habían acercado para disfrutar de la comida y de la compañía de los otros.

Desde la cocina se oían las voces de las mujeres que estaban cocinando y preparaban exquisitos platos para el gran acontecimiento, desde pastelillos de almendras, pasteles de miel con leche de cabra y una cantidad de alimentos que iban a ser la delicia de los hombres que esperaban en uno de los grandes salones de la casa; mientras se hacían los preparativos, estos hablaban animosamente o realizaban sus oraciones.

Olía a leña quemada en el lugar donde se estaban asando los corderos; lo hacían a la manera tradicional, como lo hacían desde tiempos ancestrales los nómadas del desierto. Consistía en enterrar a los corderos en la tierra y taparlos para que se fueran haciendo lentamente; de esa manera se guardaba toda la textura y el sabor de la carne. En toda la región se seguía practicando este ritual.

David y Samuel llegaron a la fiesta y fueron muy bien recibidos por todos. Su anfitrión, el mercader Muhammad, los presentó como unos amigos que venían de lejos para hacer negocios.

Llegó la hora del banquete y los hombres empezaron a comer y a beber animadamente mientras charlaban entre ellos; una vez terminó el gran festín la música animó la fiesta y con ella

aparecieron las doncellas más jóvenes y realizaron unas danzas tradicionales árabes. Todas eran jóvenes y hermosas pero entre ellas Samuel reconoció a Serezade, la hija pequeña de su anfitrión. Sus pupilas se dilataron al verla y desde ese momento no dejó de mirarla embobado. El mercader se dio cuenta de que Samuel estaba prendado de la joven.

La fiesta continuó hasta altas horas de la tarde y como era mitad de verano todavía quedaba algo de luz; un poco antes de que el sol se ocultase, desde los minaretes de la ciudad, el muecín llamaría a la oración al grito de Dios, *Al-lahu Akbar* ('Dios es más grande').

Aquellos que no son musulmanes se preguntarán qué significa todo esta algarabía. Expresado en árabe, las palabras exactas del *Adhân* son estas:

Dios es más grande, Dios es más grande,

Dios es más Grande, Dios es más grande.

Atestiguo que no hay más Dios que Al-lâh.

Atestiguo que no hay más Dios que Al-lâh.

Atestiguo que Moh^hammad es el mensajero de Al-lâh.

Atestiguo que Moh^hammad es el mensajero de Al-lâh.

Venid de prisa al rezo. Venid de prisa al rezo.

Venid de prisa a la prosperidad. Venid de prisa a la prosperidad.

Dios es más grande. Dios es más grande.

No hay más Dios que Al-lâh.

Antes de que el muecín llamara a la oración, Muhammad llevó a Samuel y a David a una estancia privada separados del bullicio y les dijo:

—En nombre de Alá y Mahoma, su profeta, doy las gracias por que vinieran a mis tierras unos forasteros de mi agrado y de los cuales me siento bendecido por que estos jóvenes amigos pudieran ser parte de mi familia.

Los dos jóvenes escuchaban complacidos las palabras de su anfitrión, pero todavía no entendían qué era lo que el mercader quería decir.

—Soy viejo, como habéis visto.

Justo en ese momento Samuel le interrumpió:

—No señor, usted no es viejo, todavía tiene mucha vida por delante...

—Gracias, pero la edad y el tiempo no perdonan a los hombres, y yo estoy en esa fase en que a lo mejor una mañana, cuando el gallo cante, ya no despertaré.

Los dos jóvenes le hablaron infundiéndole ánimos y quitándole importancia a lo que el mercader decía:

—Que Alá os bendiga, muchachos. El traeros aquí y hablar francamente con vosotros y abriros mi corazón, como si fuerais mis hijos, es para deciros lo siguiente.

Los dos se quedaron expectantes, querían oír lo que Muhammad tenía que decirles.

—Soy uno de los hombres más ricos del Al Ándalus, incluso más que algunos visires, califas o sultanes. Si el propio Boabdil supiera de mi fortuna no dudaría en quitármela rápidamente, pero la tengo a buen recaudo. Una parte aquí, otra en África y otras en otros lugares para que la mano del avaro, del poderoso o del ladrón no puedan hacerse con ella. Por desgracia, como sabéis, Alá no me ha concedido hijos varones, pero sí dos hermosas hijas, sobre las que me siento muy orgulloso y feliz por el amor que ellas me dan. Pero eso no basta para colmarme de felicidad.

«Mis dos hijas conocen el negocio porque yo les he enseñado para que pudieran hacerse cargo de él, pero por desgracia este es un mundo de hombres y me gustaría, antes de que me ocurriera algo, verlas a las dos desposadas. Aquí en la ciudad tienen varios pretendientes que darían su vida por coger mi fortuna y entrar en mi casa como dueños y señores, pero no son personas de mi

agrado; además en estos momentos andan todos pendientes de la guerra que pronto llegará.

«He notado, desde el primer día, que te sientes atraído por una de mis hijas —dijo dirigiéndose a Samuel—, y que ella también siente algo por ti. No me importaría ofrecerte a mi hija, pues algo me dice que serás un marido justo y que la harás muy feliz; además veo, amigo Samuel, que eres inteligente y hábil en los negocios, y lo mismo pienso de ti, David. Por lo demás ellas son bellas y tienen muchas virtudes para haceros la vida plácida y feliz.

Los dos permanecieron callados. Estaban halagados por las palabras del mercader a la vez que confundidos y no sabían qué hacer ni qué decir, hasta que después de un rato Samuel empezó diciendo:

—Señor, el ofrecimiento de su hija Serezade me hace un gran honor, no sabe cuánto y con qué gusto aceptaría su proposición, sino fuera porque dentro de tres días partimos de viaje. No solo está mi honor sino la salvación de unos padres y hermanos que he dejado en tierra de cristianos y que confían en mí. Si ahora olvido el cumplimiento de mi palabra, pecaría ante Dios y nunca tendría la conciencia tranquila por haberlos abandonado a su suerte; y creo que hablo por mí y también por mi amigo; aunque tiene total libertad para decidir qué hacer, pues en resumidas cuentas quien tiene que decidir su propio destino es uno mismo.

—Yo, señor, opino lo mismo que mi amigo —afirmó David.

—Conocía las intenciones de vuestro viaje, pero no que partiríais tan rápidamente, oír eso me apena. Si os comprometéis a desposarlas a vuestro regreso en un tiempo prudencial, ellas os estarán esperando.

Samuel aceptó sin titubeos la oferta del mercader. Desde el primer momento se había prendado de la belleza y el encanto de Serezade y a pesar de que no habían hablado, el joven intuía que sería feliz con aquella mujer que irradiaba gracia, encanto e inteligencia.

David se sentía un poco intimidado ante el ofrecimiento de aquel hombre y le daba un poco de reparo y vergüenza desecharlo por no humillarlo, así que no quiso mostrar su opinión por el tema, optó por callar.

Así acordaron el desposorio de la joven Serezade y de Samuel, y como Muhammad era un hombre sabio y de mente más abierta que el resto de sus vecinos musulmanes, dejó a los dos jóvenes libremente por la casa para que se conocieran, pero eso sí, ante la mirada atenta de una de sus criadas, que en las últimas horas antes de la partida se perdió por ahí para que los dos enamorados tuvieran un poco de intimidad.

Serezade era una linda jovencita que día tras día se estaba haciendo mujer, su piel blanca, a diferencia de las mujeres que trabajaban en el campo o venían de etnias africanas, es lo que llamó más la atención de Samuel; los ojos azules y el cabello totalmente rubio le daban un aire anglosajón, no parecía pertenecer a ese lugar, pues allí sus habitantes eran más morenos.

Fue la joven Serezade quien lo sacó de dudas, contándole la siguiente historia:

—Hubo un tiempo en el que nuestro pueblo, el Al Ándalus, estaba en el apogeo de la cultura y la riqueza y en todos los pueblos de la tierra se hablaba de nosotros. Hubo una dinastía de reyes, llamados los omeyas, que eran muy aficionados a las mujeres rubias del norte. Con la expansión del Islam, los ejércitos se apoderaron de miles de esclavos, tantos hombres como mujeres del norte, rubios y con los ojos azules.

Una antepasada mía perteneció a uno de los arenes del califa y llegó a ser una de las favoritas. Mi padre que por entonces ya era un mercader rico y muy valorado en la corte conoció a mi madre y se enamoró de ella. Así fue como nací yo y mi hermana.

—Pero tu hermana tiene el cabello negro y su piel es más morena que la tuya, ¿cómo es posible?

Serezade se rió de la extrañeza que mostraba su amado y enseñándole una dentadura blanca y perfecta como el marfil, contestó:

—No lo sé, supongo que habrá sido un juego de la propia naturaleza, ella ha salido más a mi padre. Pero si te fijas bien verás que mi hermana tiene los ojos de un azul más intenso que los míos.

—Yo solo veo tus ojos, amada mía.

Y entonces le dio un beso rápido en los labios y se pudo escuchar una tos seca que provenía de la sirvienta que estaba al lado de ellos, a tan solo unos metros.

La despedida de los dos jóvenes fue triste y cargada de emoción. Serezade soñaba con la vuelta del judío Samuel y el joven estaba maravillado por lo que la vida puede llegar a ofrecerte sin que lo esperes.

Habían salido de Toledo con el propósito de buscar un nuevo hogar para su familia, a la vez que intentar comerciar con nuevos productos y conocer nuevas rutas comerciales; un proyecto que parecía, en un principio, poco ambicioso, pero que ahora, al cabo de unos meses, había dado un giro de ciento ochenta grados. Se había enamorado, el mundo se le había quedado pequeño y el miedo, la inseguridad que antes había mostrado en los otros viajes, desapareció. Ahora tenía seguridad en sí mismo y había madurado, le hubiera gustado que su padre pudiera verle, siempre reprochándole su mala cabeza, diciéndole que actuaba como si fuera un crío.

Para colmo, estaba su futuro suegro. Un hombre benevolente, paciente y sabio, que continuamente le agasajaba y que le había mostrado su total confianza dándole antes de la partida una bolsita de piedras preciosas para que comerciase en su nombre.

—Samuel, cuando llegues a la ciudad de Melilla te presentas en casa de Mohamed Sarit; es un viejo mercader que tiene dos hijos que le ayudan con el negocio, le darás la mitad de las piedras y él te dará varios paquetes a cambio, se pueden transportar muy bien, porque son pequeños y ligeros. A tu vuelta te dará parte de los beneficios de su venta, te aseguro que no te arrepentirás de ello. Puedes disponer a tu antojo de la otra mitad de las piedras; comercia con ellas, compra regalos para tu familia, para mi hija, haz lo que gustes con ellas, pues es un regalo que te hago, porque espero que cumplas tu promesa como un hombre y como buen creyente.

—¿Por qué pagar con piedras preciosas en vez de hacerlo con monedas? —le preguntó Samuel.

—El oro y la plata son mucho más pesados y voluminosos para los grandes viajes; no se puede ir cargado con un saco de monedas para que todo el mundo las vea, y se necesitaría mucho oro para comprar y viajar, al contrario que las piedras preciosas; cualquier mercader las acepta, tienen mucho más valor que las monedas y puedes cambiarlas en cualquier momento. Este pequeño saquito que te he dado es el equivalente a un saco grande de monedas de oro, difícil de llevar y mucho más vistoso.

No hacía falta que Muhammad continuara explicándolo; uno de los mayores inconvenientes con los que se habían encontrado durante el largo viaje era precisamente ese; cómo esconder el capital que los tres hombres llevaban consigo repartido a partes iguales. Se trataba de unas bolsas repletas de monedas de oro, doblones, maravedíes de oro y plata, cada uno llevaba dos sacos grandes pesados que juntos abultaban como un melón y pesaban en total más de cuatro kilos. Siempre lo escondían en el interior de la ropa y en ningún momento podían deshacerse de ellos, tenían que estar vigilantes y atentos a los movimientos de las personas extrañas que se aproximaban. Al contrario que la pequeña bolsa de cuero, que cabía en la mitad de una mano, no pesaba ni ocupaba nada y se podía esconder en cualquier parte.

Por un momento se le pasó por la cabeza la idea de cambiar todas las bolsas de monedas que llevaban por piedras preciosas; pero rápidamente tuvo la agilidad mental de pensar y de

preguntarse para sí mismo lo siguiente:

—Si no sé el valor de las piedras preciosas, ¿cómo voy a cambiarlas? Esperemos primero a ver cuáles son sus frutos y después ya decidiremos.

De esa manera salieron los tres de casa del mercader Muhammad dirección al puerto para encontrarse con el capitán veneciano que les estaría aguardando.

Mamadou que traía una sonrisa de oreja a oreja, aunque le apenaba tener que marcharse de casa del mercader, pues durante el tiempo que estuvo allí había tenido una aventura con dos sirvientas, deseaba viajar y volver a tener libertad.

En el puerto Giuseppe Bonaroti, el capitán veneciano, que era como todo el mundo le conocía, les estaba esperando y al verlos salió a su encuentro.

—Buenos días señores, ¿dispuestos para embarcar?

—Dispuestos, capitán —dijo David con alegría.

—Hoy tendremos un bonito día de navegación y espero que disfruten del viaje —comentó el veneciano en tono afable.

Mamadou no perdía detalle de todo el trasiego del puerto, cuando cerca de él vio a un grupo de hombres delgados, fornidos y musculosos de raza negra que debían de ser de la zona subsahariana que trabajaban como esclavos acarreado bultos a los barcos, a la vez que sacaban de los mismos fardos enormes y pesados. Al ver a aquellos hombres trabajar sin descanso sintió lástima de ellos, porque él había corrido otra clase de suerte, ya que él no estaba, como ellos, trabajando para un patrón árabe, como llamaban al *almotacén. Este patrón o almotacén llevaba un látigo en la mano y de vez en cuando lo soltaba en el aire haciendo un ruido muy desagradable que asustaba a los cargadores.

A Mamadou no le hubiera importado pararse y conversar con ellos, hablar de la familia, de sus antepasados, reírse de las historias que su pueblo contaba en la noche africana cuando toda la tribu se reunía alrededor del fuego, cuando los más viejos contaban largas historias que se transmitían de padres a hijos, no escritas en pergaminos, ni en pieles, ni en las piedras como lo hacía el hombre blanco, sino que eran historias de su pueblo narradas y transmitidas boca a boca.

Uno de los cargadores, cuando vio que Mamadou los miraba con suma atención, le dijo una palabra en su dialecto al pasar junto a él; al principio el criado no le entendió como si esa palabra no fuera con él, pero después de unos largos segundos sintió una sacudida en su corazón como si de pronto aquel dialecto tuviera sentido para él. Hacía tanto tiempo que no lo había escuchado, que creía haberlo olvidado, pero no era así, lo recordaba. Le había llamado “hermano”; Mamadou intentó acercarse hasta el porteador que llevaba un enorme bulto en su espalda, pero iba muy deprisa, y justo en ese momento escuchó a sus espaldas la voz de su amo que le estaba llamando a gritos.

—¡Mamadou, vamos, el barco está a punto de partir!

El criado se quedó indeciso, no sabía si seguir a aquel porteador o darse la vuelta y subir al barco; y, entonces, esta vez escuchó las voces de sus dos amos.

—¡Venga, Mamadou, ¿a qué esperas?! ¡El barco está soltando los amarres, como tardes mucho no podrás subir!

De repente se echó los pesados bultos que cargaba a su espalda como si se trataran de unos simples fardos ligeros y salió corriendo en dirección al barco donde le esperaban sus amos. Uno de los marineros ya estaba recogiendo los cabos para que el barco zarpara, Mamadou, como si fuera una gacela, dio un gran salto y cayó en cubierta.

—Un poco más y partimos sin ti —le dijo Samuel.

Poco a poco se fueron distanciando del puerto, la pequeña vela que la galera veneciana había

desplegado era suficiente para que el casco se deslizara suavemente por el agua y fuera tomando fuerza. Mamadou se quedó mirando desde la cubierta a los porteadores escudriñando con la vista a ver si conseguía percibir un destello, un simple detalle del hombre que le había saludado. Pero aunque la vista la tenía muy agudizada y veía a la perfección de lejos, una pequeña bruma flotaba en el aire distorsionando las imágenes; fue en ese momento cuando le llegaron recuerdos de su pueblo y de África, y unas melancólicas lágrimas empezaron a brotar de sus ojos.

**De las autoridades portuarias sabemos poco. El almotacén es el encargado de los asuntos de los comerciantes en cada ciudad. Más tarde aparece el wakil al-tuyyar, a quien los comerciantes pagan los impuestos. Caso de no hacerlo, las autoridades les retiraban las velas o el timón del barco. Estos funcionarios regulaban el orden para la venta de mercancías.*

Los barcos casi siempre tienen dos jefes: el armador o patrón y el piloto o navegante. La cantidad de tripulación varía dependiendo de las dimensiones del barco, el recorrido que lleve a cabo, la finalidad del viaje... En general, los puertos de arribada tienen grandes muelles y atarazanas donde se construyen y reparan los barcos. También existen puertos de abastecimiento en donde se puede comerciar al por menor. Son numerosos los puertos de cabotaje, donde el régimen de vientos siempre es propicio y, por tanto, la navegación es más segura. Como auxilio de los navegantes existen, a lo largo de la línea de costa, atalayas en las que por la noche se encienden fuegos que sirven de orientación.

Era la primera vez que los tres navegaban en una embarcación. La galera era un barco ni grande ni pequeño, pero sí lo suficientemente fuerte y robusto como para sentirse seguro en mar adentro. Tenía dos mástiles altos y gruesos, el más fuerte se situaba en medio del barco con una gran vela y el más pequeño a proa para poder maniobrar con más facilidad. Contaba con una dotación de quince marineros, que cuando era necesario hacían las labores de remeros, un cocinero, dos ayudantes, un grumete, un contramaestre y el capitán.

Las galeras venecianas eran unas embarcaciones que durante siglos habían surcado las costas y puertos del Mediterráneo, dedicándose al comercio de especias, traídas desde Oriente, telas como la seda, la lana y los paños traídos de Europa, oro y piedras preciosas; Venecia tenía una gran flota de estas galeras y muchas de ellas a veces eran escoltadas por un convoy de barcos para protegerlas de posibles piratas.

A mediados del siglo xv empezaron a construirse otro tipo de embarcaciones como los galeones portugueses y españoles, barcos que contaban con tres mástiles, de los cuales dos se utilizaban solamente para la propulsión.

El primer día de viaje la mar estaba apacible y una ligera brisa empujaba las velas haciendo que el casco se deslizase suavemente, por eso los tres inexpertos viajeros estaban a gusto, sin sentir el típico mareo que produce el barco, solamente un leve mareo que Mamadou y Samuel aliviaban acercándose a la popa del barco para que el aire fresco les diera en la cara. David a veces se reía de ellos, pues él ni siquiera sentía ese ligero mareo, andaba de arriba a abajo por toda la cubierta tocando y mirándolo todo como si fuera un niño.

Hasta ahora el capitán les había hablado muy poco, lo justo para indicarles el lugar donde tenían que estar y dormir, y algún tipo de recomendación más.

Se trataba de un tipo agradable, de unos cuarenta años de edad; tenía buen aspecto, fuerte y saludable. Pero su presencia no se asemejaba al clásico lobo de mar, a pesar de que su larga experiencia en la mar decía todo lo contrario, pues llevaba navegando desde los doce años, primero de grumete y más tarde con su padre que también fue capitán de un barco, pero hacía dos años que el hombre había fallecido.

Giuseppe había estado navegando con su padre muchos años, hasta que, desde hacía diez años,

había conseguido ser capitán de su propio barco.

Al mediodía, cuando se habían alejado varias millas de la costa y ya no se veía nada de tierra, solamente agua por todas partes, un vigía subido en lo alto del mástil dio la alerta del avistamiento de un barco.

—¡Barco a babor!

Su voz era fuerte y clara, estaba acostumbrado a alertar a la tripulación de los peligros y avistamientos que desde allí se veían, ya que era un oficio muy apreciado en la marinería, pues tenía que ser gente con muy buena visión y una buena voz.

Gracias a ellos se evitaban muchos peligros, tales como arrecifes salientes y otro tipo de riesgos que este oficio de navegante tenía.

David que había oído la voz de alerta del marinero escudriñaba la mar en todas las direcciones sin ver nada.

Mientras, el fiel criado Mamadou y su amo Samuel seguían en la proa mirando hacia el frente y tratando de coger todo el aire posible, pues era la única manera de que se les pasara el mareo que sentían desde que habían salido del puerto de Malaca.

—¡Mira, mira, Samuel! Ahora lo veo, es un barco que se dirige hacia nosotros; pero parece muy pequeño, pues es como un punto en el horizonte.

—Tendremos que avisar al capitán —respondió Samuel.

No hacía falta que le avisaran pues a unos metros de distancia de David el veneciano estaba en cubierta mirando con un aparato de madera que terminaba en una pequeña abertura en forma de círculo. David sentía curiosidad por el interés que el veneciano mostraba en ese pequeño artilugio, era la primera vez que lo veía en su vida.

—¡Capitán! ¿Ha visto el barco que se dirige hacia nosotros? Parece muy pequeño, ¿no?

—No muchacho, no es que el barco sea pequeño sino que todavía se encuentra bastante alejado de nosotros. Se trata de una carabela de más de tres palos, bastante nueva, me atrevería a decir que castellana o portuguesa.

El veneciano, lejos de estar inquieto, se mostraba tranquilo, no denotaba ningún signo de nerviosismo.

David estaba impresionado por la respuesta del capitán, pues él, por más que mirara, apenas distinguía un pequeño punto en el horizonte que parecía dirigirse hacia ellos.

Mientras, a Samuel el pequeño mareo que sentía le había desaparecido como por arte de magia, y acercándose hasta donde estaba su amigo David, le susurró al oído:

—Tenemos que esconder bien las bolsas con el dinero. ¿Las tienes bien guardadas?

El muchacho se palpó en un punto de su ropa.

—Tranquilo, Samuel, están bien seguras.

—Capitán, el barco que viene hacia nosotros, ¿no será un barco de piratas?

—Seguro que es un barco pirata —afirmó David—, he oído que en estas aguas navegan piratas al acecho de su presa, cuando apresan algún barco no dejan supervivientes y se lo llevan con el botín dentro.

Se trataba de leyendas y misterios que envolvían al mar: monstruos marinos, gigantes, piratas terribles que asesinaban a toda la tripulación y después se bebían su sangre..., pero la realidad era bien distinta; pocas veces los piratas lograban hacerse con el botín, pues la mayoría disponían de barcos pequeños y era imposible competir con barcos más grandes, y sus tripulaciones, aunque intrépidas y temibles acostumbradas a pelear, eran minoría con respecto a los grandes barcos comerciales que surcaban los mares, que cuando no viajaban en convoy para protegerse y se arriesgaban a viajar solos lo hacían con bastante tripulación y solían ser barcos seguros y rápidos

para esquivar al enemigo, además de que la tripulación estaba bien armada y dispuesta a luchar.

El capitán veneciano todavía no había respondido a la pregunta que Samuel, intranquilo, le había hecho; el motivo era que este estaba esperando confirmar con aquel artillugio la distancia a la que se podían encontrar de ellos, cuando de pronto hizo un gesto como si sonriera.

—Capitán, ¿es peligroso el barco que se dirige hacia nosotros?

—No, tranquilo. Antes no estaba seguro, pero todo parece apuntar que se trata de buenos amigos.

Samuel respiró más tranquilo. El único que se sintió un poco decepcionado fue David, pues a pesar de estar muerto de miedo, la situación le daba cierto morbo por no saber lo que les hubiera podido pasar si hubieran sido malvados piratas.

—Capitán -preguntó David—, ¿qué clase de extraño artefacto es ese que no paraba de mirar?

*

—¿No sabes qué es? ¿Es la primera vez en tu vida que ves uno?

—Sí, señor.

—Toma y mira por un ojo. Agárralo fuerte, no sea que se vaya a caer al agua.

David lo cogió con cuidado y miró por él. Al principio no veía nada más que sus pestañas y no se explicaba qué era lo que el capitán veía, luego separó el ojo y sintió un fuerte destello causado por los reflejos de los rayos del sol en el agua que le deslumbró, pero esta vez consiguió ver las crestas de las olas y el horizonte, pero seguía sin ver el barco, hasta que trató de orientar el artillugio hacia la posición donde debía de estar la embarcación. Cuando lo hizo, esta vez sí pudo verlo y se llevó un pequeño susto echándose hacia atrás.

El capitán que vio la reacción de David se rió, no era la primera vez que había visto hacer ese gesto a más viajeros, incluso a su misma tripulación.

—¿¡Has visto, Samuel!?! Es como si lo pudiera tocar con mi mano.

De esa manera el joven apartaba una y otra vez los anteojos de sus ojos, como si todavía no se creyera lo que estaba viendo. Pasados unos minutos, David se lo pasó a su amigo.

**Se trata de una especie de pequeño catalejo; aunque no existe constancia de que ya existiera esta especie de artillugio para ver desde lejos y su descubrimiento se atribuya a Galileo, en el siglo xvi, hay suficiente documentación en la marinería de la época de la existencia de algo parecido, aunque no tan logrado como el que se atribuye a su inventor.*

Samuel tenía conocimiento de su existencia, había oído hablar a Abraham Zacuto de ese prodigio, pero nunca había tenido uno en sus manos. En la última visita Zacuto le prometió a su hermana Rebeca que traería uno la próxima vez para que pudieran contemplar las estrellas, pero ese momento todavía no había llegado.

El barco estaba cada vez más cerca y esta vez era el capitán quien miraba por los anteojos; levantó una de las manos en señal de saludo e inmediatamente después ordenó a su tripulación hacer las correspondientes maniobras de atraque. Las voces de los marineros de uno y de otro barco se oyeron por todas partes al efectuar las maniobras para juntar los dos barcos. El navío visitante era casi más grande y alto que la galera veneciana, por lo que solo tuvieron que sacar un puente de madera y echarla a la cubierta del otro barco para hacer de pasarela.

—¡Amigo, cuánto tiempo sin verte! —saludó sonriendo el capitán del otro barco a Giuseppe y se dieron un fuerte abrazo.

—Sí, la última vez que nos vimos fue hace casi un año.

—¿Cómo andan las cosas? —preguntó el veneciano.

—Mal, amigo, muy mal. Desde que los reyes cristianos se hicieron con parte de la costa andalusí, Marbella, Gibraltar y Algeciras, los barcos castellanos y portugueses andan con sus

flotas vigilando y custodiando a sus barcos. La piratería ya no es rentable, de vez en cuando conseguimos algún que otro botín de naves cristianas que navegan solas o perdidas. Pero esto ocurre cada vez menos, como siga así la piratería dejará de tener futuro en estas costas. Se corren rumores de que el rey Boabdil pronto entrará en guerra con los reyes cristianos, y como no vengamos a socorrerles desde la otra parte de África el reino musulmán de Hispania se habrá perdido para siempre.

—Así veo yo también las cosas, amigo Tariz. No andas mal informado.

El capitán veneciano hablaba amistosamente con Tariz, el pirata berebere, y Samuel y David asistían al encuentro con curiosidad y al estar al lado de ellos podían escuchar toda la conversación.

—Bueno, ¿qué tienes para ofrecernos, amigo Tariz? —preguntó el capitán mientras le daba una palmadita en el hombro con cariño.

—Cinco barriles de aceite y pescado salado, el que quieras, pues últimamente mi tripulación ha estado muy entretenida pescando. A falta de trabajo, hemos tenido que dedicarnos a la pesca, jajajajaja... -se rió el pirata Tariz con socarronería—. ¡Ah! Se me olvidaba, unos cuantos carretes de paño de la Britania, los cogimos en el último apresamiento, se trataba de un barco extranjero que se dirigía a las costas de Castilla para vender sus productos.

—Ando escaso de aceite, me quedo con los cinco barriles. Busqué aceite por el puerto de Malaca, pero debido a la guerra que se avecina están haciendo acopio de víveres y el aceite que se encuentra lo venden a un precio elevadísimo, así que pensaba que en Melilla lo encontraría a buen precio.

—Entonces veneciano —los amigos del capitán de la galera veneciana no le llamaban por su nombre de pila, sino por “el veneciano”—, tuyos son los barriles de aceite, ¿y qué pasa con el pescado y los paños?

—Gracias, amigo Tariz, pero tengo tanto pescado en las bodegas que se me va a pudrir, así que por mucho tiempo no voy a necesitar más. Pero sí estoy interesado en el paño, aunque antes me gustaría verlo a ver de qué calidad es.

—Del mejor, te lo aseguro. Es un paño muy bueno, con unos colores que nunca antes has visto.

En ese momento, Tariz dando un fuerte silbido llamó a uno de sus hombres de confianza que apareció a los pocos segundos, colgado de una cuerda como si fuera una liana y se plantó en la cubierta de la galera al lado de los dos capitanes.

—Manda a la tripulación y que traigan cinco barriles de aceite y varios carretes de paño de diferentes colores.

El lugarteniente del capitán obedeció al momento, se trataba de un hombre con aspecto desaliñado, con una gran barba, varios tatuajes repartidos por el cuerpo, uno de ellos en la cara, que le cubría medio rostro, y varios pendientes en cada una de las orejas. Tenía el cabello largo y completamente negro, su indumentaria estaba sucia y desprendía un olor pestilente como si en su vida se hubiera lavado; tenía un aspecto fiero y cara de muy pocos amigos.

—Amigo Tariz, tendremos que celebrar nuestro encuentro. Supongo que aceptarás unas buenas jarras de cerveza y un exquisito vino que traigo de mi propia cosecha.

El capitán veneciano le presentó los dos viajeros, Samuel y David, al pirata como unos mercaderes respetables que pensaban viajar por las costas africanas. David estaba lleno de curiosidad y no pestañeaba mirando la figura extravagante del pirata.

—Son jóvenes pero valientes, pues les esperan muchas aventuras por esos lugares —comentó el veneciano.

Samuel se fijó en que el pirata Tariz debía de ser de la misma edad que él; su aspecto no era

como el de su lugarteniente, las ropas que vestía estaban limpias y bien cuidadas y sus modales no eran tan ásperos y rudos, sino más refinados, como si fuera una persona instruida. Por lo demás era un muchacho guapo, si hubiera llevado vestimentas más adecuadas y ricas podría haber pasado por noble, aunque su cara, curtida y sonrosada por el sol y el agua, delataba ser un hombre de mar.

—¡Entonces, que brinden con nosotros por los viejos tiempos!

Todos bebieron y brindaron por una vida próspera. Samuel de vez en cuando se tocaba disimuladamente ciertas partes del cuerpo para asegurarse de que las bolsas con las monedas de oro y los diamantes seguían estando a buen recaudo.

A mitad de la travesía se despidieron del pirata Tariz, no sin antes tomar unos buenos vasos de cerveza negra caliente y una mezcla de hidromiel con vino que el veneciano transportaba en unos barriles de roble y que sabían a gloria.

El joven David no estaba acostumbrado a beber y aquel vino añejo mezclado con miel, de sabor dulce, pasaba por su garganta como si fuera un sediento caminante que hubiera atravesado el desierto. A mitad de tarde, antes de la puesta de sol, después de pasar un buen rato y ser la atracción de los marineros por la cantidad de bufonadas que hacía, de pronto, David salió disparado a un lado del barco y comenzó a vomitar todo lo que su cuerpo se negaba a conservar. Samuel se colocó junto a él vigilándole para que no perdiera el equilibrio y se cayera al agua. Entonces, una bocanada de vómito le alcanzó en la cara a Samuel, pues el viento soplaba en dirección contraria y todo lo que el joven David tiraba volvía para dentro del barco. Nada más notar el impacto del vómito le dio tal asco que se sumó a este y los dos se pusieron a vomitar con tal fuerza que parecía que iban a tirar las entrañas; los marineros observaban la escena divertidísimos y no pararon de reírse a su costa.

La travesía por las costas africanas en dirección a la ciudad de *Melilla había llegado a su fin; habían tardado solo dos días en arribar sin ningún contratiempo, gracias a que el mar fue en todo momento propicio para la navegación, a que el viento sopló a favor durante todo el viaje y por supuesto a que el capitán veneciano conocía muy bien esas aguas y era un experimentado marinero.

El pisar tierra después de aquel viaje en el que solo vieron agua provocó en los dos jóvenes una inmensa satisfacción. No eran personas de mar y David, después de aquel mareo y de aquella brutal resaca, juró que no volvería a probar jamás aquel vino de hidromiel, que sabía a gloria, pero que solo mencionárselo le hacía sudar y su rostro se ponía pálido como un cadáver.

En aquel puerto pequeño había atracadas varias barcas de pescadores y alguna que otra nave de bajura. El capitán veneciano se despidió de ellos como si de un buen amigo se tratara, esperando que el camino de la vida y el destino, quien sabe, los volviera a juntar.

**Melilla (en idioma bereber Mritch) estaba situado en le región del Rif, en el norte de África, a orillas del mar Mediterráneo, frente a la costa meridional de la península de Hispania, y límite con Marruecos y próxima a Argelia.*

Existen pocos datos de la época medieval, aunque parece que debió de convertirse en un próspero puerto comercial. En 927, Abd al-Rahman III, de la dinastía de los Omeyas hispanomusulmanes, partió desde el puerto de Málaga y la incorporó al emirato cordobés, el cual se convertiría dos años después en el califato de Córdoba. En el año 1067, el célebre polígrafo andalusí Abbu Obeid el Bekri, visitó Melilla, a la que cita en su Descripción del África

Septentrional como cabecera de una extensa comarca en la que continuaba reinando Almosta Ali.

La vinculación con el [Al-Ándalus](#) fue muy duradera, como atestigua el nombramiento posterior de un hamudí como rey taifa de Melilla, y los restos arqueológicos (la plaza de Armas) hablan de la vinculación de la ciudad con el Al-Ándalus. En el siglo xv Melilla tuvo un periodo de decadencia hasta el punto de quedar destruida y prácticamente deshabitada. Datos sacados de Wikipedia.

Los dos jóvenes judíos todavía no se habían percatado de la poca actividad que tenía Melilla, pues solo se veía alguna que otra barca de pescadores como la tártara, un pequeño barco mercante con dos velas latinas, y la galera del capitán veneciano que les había llevado hasta ese lugar. Pensaron que la actividad estaría en el interior de la ciudad; pero, no obstante, lo único que encontraron fue una pequeña aldea o pueblo de pescadores con unas fortificaciones en forma de atalaya que estaban sin gobernar.

Recorrieron la costa y algo de la ciudad, y descubrieron restos de antiguas civilizaciones que por allí habían pasado, dejando constancia de que habían existido tiempos mejores. Pero ahora Melilla sufría el olvido y con ella la despoblación; la mayoría de los escasos habitantes que vivían por allí se dedicaba a la pesca para subsistir.

Como les dijo un pescador desaliñado, sentado en la arena de la playa y con la cara tostada por el sol, que cosía una de sus redes de pesca:

—En esta ciudad el único comercio que existe es el que traen los piratas y cosarios que de vez en cuando atracan en la costa.

Por fortuna, cerca del pequeño puerto donde se encontraban, había una extensa barriada de casas y una casba que parecía la más populosa; dieron con una posada de donde salía un fuerte olor a comida y a especias, y en su interior había un musulmán tumbado bebiendo té de hierbas. Nada más verlos les llamó para atraer su atención.

—*Salam malecum*, ¿qué desean los forasteros?

David miró con curiosidad la estancia, mientras Samuel se dirigía directamente al hombre.

—Queríamos pernoctar varios días y saber si podríamos encontrar un guía que conozca bien la región y nos lleve a los pueblos y aldeas de los alrededores donde el comercio sea fructífero.

El musulmán que se llamaba Mohamed y era de la familia Azis, unos rifereños de las montañas, se les quedó mirando con atención.

—Son del pueblo de Moisés, ¿verdad?

David y Samuel le miraron extrañados. No llevaban ningún atuendo ni ningún tipo de distinción que indicara que ellos eran judíos; más bien vestían una mezcla de ropas cristiano-mozárabes, que bien podrían hacerles pasar por andalusíes, aunque eran de rasgos blancos, no como los descendientes andalusíes provenientes de África, que son de rasgos más oscuros.

—¿Cómo sabe que somos judíos?

El musulmán que ya se había incorporado mostró una sonrisa y asomaron parte de los dientes, la mayoría estaban completamente sucios, casi negros, como si hubiera estado comiendo carbón.

—Desde hace más de un año se están acercando a nuestras costas y a nuestra ciudad personas cuya fisonomía es muy parecida a la de ustedes. Algunos se adentran hacia el interior, y todos buscan lugares muy poblados para establecerse, comerciar y practicar sus oficios.

Aquella respuesta les alegró el día, pues estaban cansados de compartir comidas, costumbres, idiomas y formas de pensar diferentes a las suyas; aunque sabían que toda aquella riqueza de costumbres y de cultura sería muy beneficiosa para sus vidas, echaban de menos ciertos hábitos, y la idea de poder encontrarse con personas de su pueblo les llenó de satisfacción y les entró un

deseo enorme de hablar con alguno de ellos.

—¿Podrías indicarnos la ruta que la gente de mi pueblo cogió?

—No solo eso, caballeros, han tenido suerte de encontrarme a mí primero, pues soy un creyente musulmán que practico de buena fe lo que el profeta nos enseñó y uno de nuestros primeros deberes es ayudar al viajero y ofrecerle nuestra casa y nuestros conocimientos; últimamente he sido un faro para su pueblo en medio de la niebla, pues la mayoría han acudido a esta casa y tengo buena amistad con muchos de ellos, así que no solo les serviré de guía. Hace poco, varias familias decidieron quedarse a vivir en este lugar y con mucho gusto, si los caballeros quieren, accederé a presentárselos.

Los dos sintieron una gran emoción y sus ojos comenzaron a brillar por el entusiasmo.

Mohamed, el sirio, que así era como le llamaban y le conocían, al día siguiente, después de que los dos jóvenes descansaran del viaje y se restablecieran un poco de los efectos del mareo por la travesía del barco, cumplió con su palabra y les presentó a las tres familias judías que hacía menos de un año se habían instalado allí.

Samuel se encontraba de un humor excelente y le iba gastando toda clase de bromas a su amigo, mientras que este estaba un poco raro y melancólico, pues echaba de menos a los suyos y por cualquier cosa ponía reparos.

—Esta comida no es *trifa*; estoy harto de comer basura.

—Hermano, tendrás que conformarte con las provisiones que hemos encontrado, a fin de cuentas hasta ahora las cosas no nos han ido tan mal —dijo Samuel con amables palabras.

—Sí, pero, ¿cuándo terminaremos el viaje?, ¿cuándo volveremos a casa?

—Sabes que yo también deseo acabar pronto este viaje y encontrar un lugar donde nuestras familias se puedan asentar seguras. A lo mejor, quién sabe, con un poco de suerte ya lo hemos encontrado.

David le miró con cara de sorpresa.

La casa a donde les llevó el sirio era grande y a pie de calle sobresalía una tienda con un mostrador y una estantería con multitud de frascos y vasijas de cristal donde se exhibían plantas, especias y otras cosas más raras que eran difíciles de distinguir.

El interior de la casa olía a ungüentos, alcohol de romero y a todo tipo de aromas. Se trataba de la casa del judío Isaac, el médico.

—*Shalom* —saludó el sirio—. Traigo a estos dos jóvenes caballeros que son hermanos vuestros. ¿Tu padre por dónde anda?

Una muchacha bella de dieciséis años, de pelo oscuro, ojos grandes e inteligentes se quedó mirando con curiosidad a los dos desconocidos.

—¿Mi padre? Está trabajando.

En ese momento aparecieron dos niños de unos ocho años que se parecían como dos gotas de agua, pues eran gemelos, jugando a que luchaban entre sí; uno iba vestido de musulmán, pues llevaba un turbante en la cabeza, una capa de color negro y una espada de madera en forma de media luna y el otro vestía a semejanza de un guerrero cristiano, mostrando una gran cruz cristiana pintada de rojo sobre una túnica blanca.

—¡Cobarde sarraceno! Arrodíllate ante la cruz de nuestro señor o te haré comer la tierra.

—¡Antes moriré luchando que besar vuestra cruz! —gritaba el otro hermano como si estuvieran viviendo de verdad una batalla.

—¡José! ¡David! Callaos un momento, ¿no veis que tenemos visita? —gritó la hermana tratando de poner orden. Cuando los chicos se callaron, observaron a los dos forasteros con curiosidad y se acercaron hasta ellos.

—¿Qué eres, musulmán o cristiano? —preguntó uno de los gemelos.
Samuel se quedó por un momento confuso, sin saber muy bien qué responder.
—Ni musulmán ni cristiano.
—Entonces, si no eres cristiano ni musulmán, ¿qué eres?
—Soy de tu pueblo, hebreo.
—¡Ah! De los nuestros...

Isaac era un buen médico, había estudiado en la ciudad de *Córdoba y había leído mucho sobre *Maimonides [Ibn Jaldún](#) y sobre otros muchos intelectuales de la época y antiguos. Era un hombre muy reservado siempre dedicado al estudio.

**Las universidades europeas más antiguas fueron fundadas por árabes. [Córdoba](#) experimentó desde el siglo viii un verdadero renacimiento cultural, y en la época del [califato de Córdoba](#) (siglo x) llegó a editar miles de libros que se albergaban en setenta bibliotecas. En el sur de Italia, la [Escuela Médica Salernitana](#) (Salerno) fundada en el siglo ix actualizó la [medicina clásica](#). Estas actuaron como puente entre la universidad árabe y la universidad europea moderna.*

**Moché ben Maimón Musa ibn Maymun, también llamado desde el Renacimiento Maimónides ('hijo de Mamon') o RaMBaM (el acrónimo de sus iniciales en hebreo), conocido entre los cristianos como Rabí.*

Sara, la única hija de Isaac, y su madre llevaban el negocio de la tienda; el padre era quien hacía las pócimas y los preparados para todo tipo de curas. Muchas veces su hija bajaba al laboratorio y ayudaba a su padre en los preparados; era una muchacha inteligente que aprendía rápidamente todo cuanto su padre le enseñaba. Este le había hecho prometer que bajo ningún concepto dejaría bajar a ninguna visita al laboratorio, donde Isaac se pasaba la mayor parte del tiempo dedicado a sus libros y a sus investigaciones.

La visita de los dos jóvenes y del sirio alteró un poco la rutina del médico, pues mandaron a Sara a que fuera a buscarlo y cuando este se encontró con los dos jóvenes y el sirio se quedó un poco desconcertado, pues no sabía para qué requerían su presencia.

—*Shalom* —saludó el médico afectuosamente al sirio y a los dos desconocidos— me han mandado llamar. ¿En qué les puedo servir?

—Estos dos jóvenes son del pueblo de Moisés, son unos mercaderes viajeros que vienen de Castilla, me he ofrecido a traerles hasta aquí para que se conocieran, pues suponía que se alegrarían de su compañía.

—¡Sara, hija, dile a Fátima que prepare algo de comer para nuestros invitados!

Fátima era una de las criadas, venía de las montañas del Rif y había sido acogida por Isaac para trabajar en la casa y ayudar en las tareas. La mujer del médico desde hacía unos meses estaba enferma y muy delicada, y la joven Sara, con sus dos hermanos pequeños y la tienda, no podía con todo.

Samuel y David estaban muy emocionados por haber conocido a Isaac y a su familia pues hacía tiempo que no veían a nadie de los suyos. Al cabo de un rato y después de las presentaciones y la cortesía, como es habitual en los árabes, el sirio se marchó dejándolos solos.

—Es un buen hombre, desde el principio ha ayudado a mi familia y a los nuestros en todo lo que ha podido para que nos encontremos a gusto en esta ciudad —dijo Isaac.

Los dos amigos le contaron con pelos y señales el largo viaje que estaban haciendo y las pretensiones del mismo. Ilusionados, los dos hablaban sin parar, se sentían a gusto con el médico, como si se tratara de un familiar cercano, pues durante todo el recorrido habían tenido que ocultar su fe y su condición, y ahora podían ser ellos mismos, sin necesidad de ocultar nada.

—Ha sido un viaje fructífero, lleno de contratiempos y de emociones, pero supongo que todavía nos queda mucho por recorrer hasta encontrar el lugar adecuado donde podamos traer a nuestras familias —dijo Samuel.

Después, Isaac relató su historia, empezando por la partida de su viaje con su familia.

—Vivíamos en la ciudad de Córdoba, venimos de una de las familias más antiguas de la ciudad que creó una de las aljamas más prósperas y numerosas de toda la península de Hispania.

»Después del esplendor cultural que tuvimos durante los últimos siglos y de un buen entendimiento entre nosotros y la dinastía del *califato de Córdoba, la de los Omeyas, vino la lucha interna por el poder y la ambición de los nobles y fanáticos religiosos venidos del desierto, ávidos de riqueza y deslumbrados por el lujo, la cultura y el bienestar del pueblo; desde ese momento la vida se hizo insostenible, pues trataron a toda costa de que imperara una única religión, la musulmana, y tanto a los cristianos que vivían dentro de su territorio como a la gente de nuestro pueblo, nos obligaron a que aceptáramos su dogma.

»Muchos lo hicieron por propia voluntad, pues llevaban siglos conviviendo y realmente habían perdido por completo la identidad de nuestro pueblo, pero otros muchos no la aceptaron, y a partir de ese momento comenzó una persecución contra ellos. Los empezaron a cargar de impuestos, a emitir leyes antisemitas, hasta que fueron estallando revueltas, en las que su pueblo se rebelaba contra nosotros.

»Así estaban las cosas cuando Córdoba fue conquistada por los reyes castellanos; estos prometieron total libertad para nuestro pueblo, pero las cosas continuaron igual o peor, solo nos dejaron libres por un tiempo; a base de comprar a los reyes y a los nobles con dinero conseguimos apaciguarlos y nos protegieron. Pero esta situación no duró mucho, aparecieron los fanáticos religiosos y empezaron a culparnos a nosotros de todos sus males, hasta que hace un año asaltaron la aljama; hubo varios muertos, muchas familias destrozadas perdieron sus negocios y quedaron arruinados. Así fue cómo finalmente decidí salir de Hispania. Sabía que la Reconquista por parte de los castellanos de todo el territorio ibérico no iría lejos y allí ya no había ningún lugar seguro para el pueblo de Moisés.

Isaac se quedó en silencio durante unos segundos con la mirada perdida, como si estuviera evocando los tiempos felices en su ciudad, y de pronto los ojos se le llenaron de lágrimas y estas comenzaron a resbalar por las mejillas hasta humedecer la larga barba bicolor, negra y blanca, del médico.

Samuel y David permanecieron junto a él en silencio compartiendo el dolor que aquel hombre llevaba dentro, hasta que después de unos minutos, cuando se logró recuperar, prosiguió con su historia.

—Mi objetivo era viajar hasta Egipto, a El Cairo, allí tengo unos parientes lejanos de los que no hace mucho tuve noticias y sé que las cosas por ese lugar están tranquilas. Gracias a mi formación podría dar clases en la universidad, donde mis grandes maestros estuvieron, como Maimónides, pero la salud de mi mujer últimamente se ha deteriorado y no creo que aguante un viaje tan largo y arriesgado.

»Al final encontramos este lugar tranquilo en el que no hay ninguna aljama y solamente vivimos dos familias hebreas. La otra es un carpintero con varios hijos pequeños que también tuvieron que huir de Hispania. Por ahora los bereberes que habitan este lugar nos han acogido como amigos y nos respetan. Quién sabe si nuestro destino y el que Yahveh nos ha marcado han decidido que nos quedemos en este lugar para siempre.

**Elcalifato de Córdoba, también conocido comocalifato Omeya de Córdobao califato de Occidente, fue un estado musulmánandalusiproclamado porAbderramán IIIen el929. El califato*

puso fin al emirato independiente instaurado por Abderramán I en el 756 y perduró oficialmente hasta el año 1031, en que fue abolido dando lugar a la fragmentación del Estado omeya en multitud de reinos conocidos como taifas.

El califato de Córdoba fue la época de máximo esplendor político, cultural y comercial de Al-Andalus.

Samuel se había fijado en que su amigo David no apartaba la vista de Sara cuando esta entraba para traerles alguna bandeja de frutos secos y otras viandas. La joven también se había dado cuenta, pero no parecía molestarla, sino todo lo contrario, pues llegó a entrar al salón en más de una ocasión con la excusa de retirar alguna bandeja o de preguntarle a su padre si necesitaba alguna cosa más. Mientras hacía eso, Sara miraba de reojo a David cautivada.

La tarde estaba a punto de terminar, y a la caída del sol se empezó a oír la llamada al almuecín y los dos amigos decidieron que era hora de marcharse; por el camino, dirección a la posada del sirio, Samuel le comentó a David:

—Me he fijado que mirabas mucho a la hija del médico y que ella también parecía corresponderte.

A David le dio un poco de vergüenza que sus sentimientos hubieran sido descubiertos tan pronto, y no dijo nada.

A la entrada de la posada había una pequeña taberna con una mesa larga y muy amplia donde los huéspedes y las gentes de la ciudad se sentaban a comer y a beber algo. En esos momentos había cuatro personas, separadas entre sí. Uno era un rifereño que venía de la montaña pues su amplio gorro, del que colgaban unas borlas, lo delataba; debía de ser un pastor o un granjero que había bajado a la ciudad a vender sus productos en el mercado. Los otros dos eran el sirio y un vecino, hablaban amistosamente y apenas se les oía lo que decían pues conversaban entre cuchicheos. La cuarta persona estaba bebiendo despacio de una jarra y parecía absorto en sus pensamientos; cuando los dos muchachos pasaron a su lado no le reconocieron.

—No me apetece subir todavía a la habitación a dormir, podríamos tomar antes una jarra de vino, así dormiremos mejor. ¿Qué te parece? —le preguntó Samuel a su amigo, que aún seguía en silencio, como si estuviera pensando en otras cosas.

Sin decir nada David se sentó y junto a él lo hizo Samuel, que rápidamente llamó al sirio para que les trajera una jarra de vino. El hombre solitario se volvió hacia ellos y exclamó en voz alta:

—¡Hombre, mis amigos los mercaderes! —era la voz del capitán Tariz.

Estaba un poco bebido, pero no por eso su cabeza dejaba de estar lúcida, les comenzó a hablar como si les conociera de toda la vida.

—Una parte de mi tripulación está pasando la noche con mujeres, y la otra está borracha como una cuba dormitando seguramente en la arena de la playa o en el barco. Un capitán a veces tiene que guardar las distancias y dejarles hacer, si no la tripulación se te puede sublevar.

Los dos amigos escucharon las palabras de Tariz; era un curioso personaje que los tenía maravillados: su aspecto de lobo de mar, su seguridad y la experiencia que tenía como marino, viajero y aguerrido corsario, a pesar seguramente de sus años, los tenía embelesados a los dos. El pirata motivado al ver que los muchachos le escuchaban atentamente, comenzó a relatar su historia:

—Soy de un pueblo de pescadores cerca de Almeraya, sus playas tienen una arena fina y blanca, y su brisa es caliente y suave; no hay más de diez casas y todas sus familias se dedican al mar. Allí vivía con mis padres y mi hermano mayor, un hombre fuerte y un buen marinero, al igual que mi padre. Pocas eran las veces que no salían a faenar con su barca, y cuando el sol se empezaba a ocultar madre y yo los esperábamos junto a la playa. Siempre regresaban contentos y

con la barca llena de pesca. Mi madre y yo sazónábamos el pescado para venderlo en el mercado de la ciudad los días de feria, y con lo que sacábamos comprábamos otros productos necesarios para subsistir. Fueron años tranquilos y felices, hasta que alcancé la edad de salir con mi padre y mi hermano a faenar, y así fue como empecé a conocer los secretos del mar, los vientos, las corrientes... siempre acompañado de unos excelentes marineros.

»Un día en que el mar estaba tranquilo, no había apenas brisa y el sol cascaba con fuerza, salimos los tres con la barca, como era costumbre, pero el pescado se resistía y a pesar de que echábamos la red una y otra vez, apenas conseguíamos pescar nada. Mi padre decidió que nos alejásemos un poco más, pues parecía que el pescado sin motivo alguno se había alejado a aguas más profundas. Lo hicimos y de pronto todo se quedó en completo silencio. Las gaviotas, que normalmente solían seguir nuestra barca pues les regalábamos algún que otro pez siempre que la pesca era buena, desaparecieron de repente. Tampoco corría nada de brisa. Al mirar el agua vimos que esta hacía una cosa muy rara, como si la corriente retrocediera y de repente vimos en el horizonte lo inevitable: una gigantesca ola, tan alta como dos palmeras gigantes juntas, venía directa hacia nosotros; era la primera vez que veía algo así en mi vida, no pudimos hacer nada. Todo transcurrió muy rápido, la ola nos pasó por encima e hizo volcar la barca... Fue la última vez que vi a mi padre y a mi hermano. No me explico cómo logré salvar la vida, pues no recuerdo nada más, solo que me encontraron encima de una madera de la barca flotando a la deriva, bastante alejado de la costa. El que me rescató era un pirata, me acogió como si fuera su propio hijo, pues él no los tenía y me enseñó el oficio de la piratería, hasta que hace un año murió. Él fue quien me salvó de morir naufragado, y por él soy el nuevo capitán del barco y sus hombres me respetan. Pero antes de eso me lo he tenido que ganar a golpe de espada y de unas cuantas puñaladas que mi cuerpo ha soportado. Tienen que ver que eres el más fuerte, el que manda, sino no duraría nada con ellos.

—Y de tu madre, ¿qué fue? —preguntó David.

—Varias veces volví al lugar donde nací, todavía hay varias casas cerca de la playa, y todavía queda algún pescador; mi madre junto con el resto de las familias que antes vivían en ese lugar desaparecieron debido a la ola que acabó con la vida de mi padre y mi hermano, aquella ola gigantesca arrasó la playa, las casas y se adentró varias decenas de varas de distancia ahogando a cuantos se encontraron en su camino.

—¿A qué se debió esa ola gigante? —preguntaron los dos amigos.

Tariz se quedó pensando para después responder:

—He oído decir que debajo del agua hay volcanes que echan fuego y que la tierra sufre sacudidas; por toda la costa del mar Mediterráneo, de vez en cuando, se produce un temblor de tierra. Es una sacudida pequeña, sientes que la tierra se mueve bajo tus pies pero en seguida pasa y hay lugares en los que, debido a esas sacudidas, se forman grietas; grietas tan profundas que parece que van al mismísimo infierno. Pues creo que las sacudidas del agua algo tienen que ver con eso, se lo oí decir un día a un hombre muy sabio que vive aquí —Tariz se refería a Isaac, el médico.

Aquella noche los tres se convirtieron en cómplices y el efecto del vino les hizo más vulnerables; así que Samuel y David acabaron contándole su largo viaje y cuáles eran sus propósitos. Cuando el pirata Tariz escuchó los argumentos de los muchachos, se quedó pensando y de pronto exclamó contento por su ocurrencia:

—¡Ya está! Túnez. He oído decir que es una capital próspera con mucho comercio y muy tranquila.

—¿La conoces? ¿Está lejos? —preguntó Samuel entusiasmado por el descubrimiento.

—Sí, pero antes de la muerte del otro capitán.

—¿Sabes si salen barcos para ese lugar?

—Todos los que van recorriendo la costa suelen ir hacia allí; venecianos, castellanos, árabes, portugueses... Lo malo es que no suelen parar mucho en esa ciudad, lo suelen hacer cuando el mar está mal, para aprovisionarse o hacer algún tipo de arreglo al barco. Lo mejor es estar alerta, siempre hay algún navío que tarde o temprano atraca en ese puerto.

Samuel le preguntó:

—¿Cada cuánto puede ser?

—No lo sé, la verdad es que no tengo ni idea. Será mejor que se lo preguntéis al sirio, él es de allí; sabrá más o menos el tiempo que suele tardar en aparecer uno de esos barcos.

Samuel buscó al sirio con la mirada, pero el posadero ya no estaba; eran altas horas de la noche y por lo visto el hombre se había marchado a dormir.

Samuel se giró hacia su amigo David y vio que este se había quedado dormido encima de la mesa debido al exceso de alcohol. Hizo un gesto de resignación, no le quedaba más remedio que cargar con su cuerpo hasta la habitación, si no quería que su amigo se quedara toda la noche durmiendo sobre la tarima.

De repente a Samuel se le ocurrió una idea:

—Capitán, ¿cuánto nos cobraría si nos llevara hasta Túnez?

Tariz lo miró, y como si fuera la cosa más normal del mundo le dijo:

—¿A dónde, a Túnez?

—Sí, a Túnez, capitán.

LA CONQUISTA DE GRANADA



Una elegía anónima sobre la pérdida de Granada sostiene que Dios abandonó a los andalusíes porque estos habían descuidado sus deberes para con Él.

La decadencia moral de un pueblo como argumento para explicar su desaparición dice mucho y, al mismo tiempo, no dice nada. Es más preciso al-Maqqarí cuando escribe, basándose en Ibn al-Haddad, un literato guadijeño que emigró a Tremecén, que la razón del infortunio granadino fue la discrepancia entre sus arráeces y sus ricos hombres, entre sus adelantados y sus cadíes, entre sus príncipes y sus visires, porque cada cual anhelaba para sí la primacía, arrimando el ascua a su sardina, mientras que los cristianos -¡Dios altísimo los maldiga!- se abatían sobre ellos con deslealtad, con engaño y trapacería..., hasta que les ha sido posible hacerse dueños del país.

A finales del XV, el reino nazarí de Granada estaba sumido en el caos interno. Era, incluso, vasallo del rey de Castilla, con tal de vivir en paz. Pero, indudablemente, se sentían acosados por todas partes. Que hace doscientos años en Córdoba hubiera habido esplendor cultural, nadie lo ponía en duda. Pero aquello había quedado fosilizado. Ahora eran otros tiempos. De todos los territorios de la cristiandad, sólo quedaban musulmanes en el sur de la península.

Con anterioridad a la llegada al poder de los jóvenes monarcas trastámaras, las relaciones entre el emirato nazarí y Castilla, aunque no habían dejado de conocer periodos de paz, estuvieron caracterizadas en múltiples ocasiones por el recurso al enfrentamiento bélico, y por frecuentes expediciones desde ambos lados de la frontera, lo que hacía muy peligroso el modo de vida para los habitantes de las comarcas limítrofes; no obstante, los distintos monarcas cristianos no se decidieron a emprender la conquista definitiva del último bastión islámico de Al-Ándalus, entre otras razones, por la inestabilidad política y social de la propia Castilla. El panorama experimentó un cambio definitivo cuando Fernando e Isabel, tras poner término al conflicto sucesorio, impusieron la autoridad real entre sus súbditos.

En ese momento una serie de factores, entre los que no faltaron los relacionados con la política exterior, lanzaron a los Reyes Católicos a la conquista final del reino de Granada, cuya sola existencia suponía una permanente inquietud y un potencial peligro, debido a que sus tierras podían servir de cabeza de puente al nuevo poder expansivo islámico presente en el

Mediterráneo, el que representaba el Imperio otomano.

Por otra parte, Isabel y Fernando, preocupados por el afianzamiento de su política de reconstrucción de la monarquía, debieron de ver en la guerra contra el musulmán la posibilidad de canalizar las energías de la turbulenta nobleza castellana hacia una empresa que, en virtud de previsibles ganancias materiales, podía frenar las discordias internas y satisfacer ambiciones de ascenso en aquella sociedad jerarquizada.

La guerra de Granada, que tuvo su buen componente de última Cruzada, serviría para dar cohesión social y religiosa a todos. Si se fracasaba, ¿no empezarían las voces que denunciaron la usurpación del trono por Isabel? Pero, si no se fracasaba...

Por parte cristiana la organización bélica se efectuó según el sistema tradicional, llegaron tropas reales procedentes de una gran parte de los territorios de la corona de Castilla, pero el máximo esfuerzo, humano y económico, se exigió a los concejos andaluces y murcianos; no obstante, las mayores responsabilidades bélicas recayeron sobre las huestes señoriales andaluzas, mejor entrenadas para la contienda.

Con los recursos de que disponían los monarcas católicos, a pesar de ser muy superiores a los nazaríes, era imposible la permanente movilización de grandes contingentes de hombres, de ahí que la guerra tuviera lugar en campañas anuales iniciadas con la llegada del buen tiempo. Se combatiría durante algunos meses en primavera y verano, y luego retornarán a sus hogares.

El rey Boabdil, llamado *el Zagal*, después de muchos avatares con los reyes católicos y las luchas internas familiares con su tío y hermanos por el poder del reino nazarí, y después de varios episodios donde terminó cautivo por los reyes cristianos y de ser liberado dos veces por ellos bajo las capitulaciones de vasallaje y el compromiso de pagar un tributo anual de doce mil doblas, e ir perdiendo territorio año tras año, hasta que, después de un largo cerco sobre la capital de Granada por el ejército cristiano el 2 de enero de 1492, se produjo la rendición de la ciudad. Cuatro días más tarde, el monarca musulmán abandonó ocultamente la Alhambra y los Reyes Católicos hicieron su entrada triunfal en la capital granadina.

La desaparición del reino musulmán de Granada fue amplia y gozosamente celebrada no solo en toda la península, sino también en el resto de Europa, que veía con temor la imparable expansión de los turcos en las tierras del sudeste europeo.

Valga una observación de un cronista musulmán anónimo que escribió directamente sobre la conquista del último reino nazarí.

El cronista anónimo y Capsali refieren que destruyeron los poblados de los alrededores y se sirvieron de los materiales de construcción para levantar esa ciudad-campamento con la que pretendían rendir a Granada por hambre. En los meses que siguieron habrá escaramuzas en Pulianas, Armilla y en el río Monachil. Especialmente duros serían los combates en torno a la alquería de Alfacar, cuya prolongada resistencia impidió que la capital quedase aislada. Es una guerra de desgaste en la que los musulmanes llevan la peor parte, pues no pueden renovar sus efectivos como hace el enemigo pese a que, si aceptamos lo que escribe el anónimo, en cada uno de los encuentros el número de bajas cristianas doblaba al de las propias. Según Hernando de Baeza, de los mil doscientos cincuenta caballeros que había en la ciudad al comenzar el asedio solo quedaban alrededor de ciento cincuenta al término del mismo. Y de creer a Capsali, fue entonces cuando la reina Isabel prometió a Dios que si le entregaba Granada expulsaría a los israelitas de la tierra de Sefarad.

Las campañas militares de 1485 ponen en evidencia que, frente a la artillería, no cabía confiar en los muros de las fortalezas y de las ciudades. Tanto el anónimo cronista como al-Maqqarí destacan la eficacia de la nueva arma en relación al sitio de Ronda, cuyas murallas fueron

desmanteladas a cañonazos, y la toma de Cambil, un castro considerado hasta entonces como inexpugnable. Asimismo, la artillería facilita la conquista del arrabal de Loja en mayo de 1486, acelerando la capitulación de la ciudad. Pero donde su poder intimidatorio se pone mayormente de manifiesto es en la conquista de las villas de la comarca granadina de Los Montes, según destaca el anónimo exiliado al describir el bombardeo de Moclin.

Habían pasado casi dos años desde que Presebal, Gastón de Lyon y el judío Benjamín junto con el ejército de los reyes castellanos empezaran las continuas contiendas por las tierras andalusíes. Primero cayó Ronda en 1485 y Marbella también en ese mismo año, Málaga en 1487, Vera en 1488, y Baza, Guadix y Almería en 1489.

Fueron unos años de intensa camaradería, de luchar uno apoyado por el otro y donde adquirieron una inmensa experiencia en la guerra y en la lucha cuerpo a cuerpo, ganándose el honor y el respeto de todos.

Cerca de las ciudades de Baza y Guadix, por las montañas de la sierra de Granada el aire bajaba cálido y limpio, con olor a flor de azahar y a almendros, y un ejército compuesto por mil jinetes de las tierras del sur liderados por uno de los mayores héroes que había dado su pueblo en los últimos años, Ali el Muley, se presentó ante el ejército de los reyes castellanos, una hueste compuesta por más de diez mil hombres, entre caballería, infantería y máquinas de guerra nunca antes vistas que disparaban truenos.

Aquel pequeño ejército de mil jinetes reclutados en los últimos territorios del reino nazarí estaba compuesto en su mayoría por viejos, pero sobre todo por muchachos muy jóvenes, quienes apenas tenían experiencia en el combate, pero que estaban dispuestos a luchar aun a riesgo de perder su vida, si fuera necesario, para evitar la derrota y por tanto impedir la pérdida de sus tierras, sus ciudades y en definitiva de su cultura.

Ali el Muley, nacido en una familia de clase noble descendiente de antiguos guerreros que habían dado prosperidad y fama a su linaje, ya andaba entrado en años, aunque su aspecto era saludable, se cuidaba bien y procuraba siempre mantenerse en forma pues sabía que tarde o temprano vendrían los invasores cristianos a conquistar sus tierras. Hacía años que había participado en numerosas batallas y escaramuzas contra los infieles y siempre había salido victorioso de tales trances, pero esta vez sabía que sería su última batalla, que sería imposible conseguir una victoria y el enemigo implacable no tendría piedad y haría todo lo posible por ganar la batalla.

Ali el Muley miró a su pequeño ejército y lo comparó con las miles de tiendas, de carrozas, de caballos, de hombres y de armas que se veían en la planicie donde estaba el enemigo, y vio en ellos miedo, tenían la cara de un niño asustado y eso le hizo recordar la primera vez que entró en batalla, cómo le temblaban las manos y todo su cuerpo sudaba. Se dijo para sí mismo, aunque lo dijo en voz alta, para que todos sus lugartenientes, que estaban a su lado, lo escucharan.

—No puedo llevar a estos muchachos a una muerte segura, no tengo derecho a que elijan ese destino, todavía tienen toda la vida por delante...

Fue entonces cuando bajó de la montaña, acompañado de su escolta formada por sus hombres más fieles y se dirigió al campamento donde estaba el rey Fernando.

Cuando los centinelas y guardias del ejército cristiano vieron la figura de aquel hombre supusieron que era la de un noble guerrero. Su porte y su majestuoso caballo que parecía bailar hicieron que nadie se atreviera a cortarle el paso, solo a unas escasas cincuenta varas de la tienda del rey fue cuando le dieron el alto.

El rey Fernando estaba en el interior de su tienda acompañado de varios de sus capitanes, entre

ellos estaban Hernán Pérez del Pulgar y Gonzalo Fernández de Córdoba y otros nobles, además de su inseparable escribano vestido con hábito de fraile que tomaba cuenta de cuánto se decía y un devoto fraile que nunca se separaba de él. Un alférez de su escolta personal que hacía de mensajero se acercó para comunicarle que Ali el Muley había venido a verle; inmediatamente el rey se despidió de sus capitanes y se quedó solo en compañía de sus nobles más allegados.

El rey Fernando había oído hablar mucho de este valiente guerrero, su fama no solo llegaba al reino de Granada, sino que había pasado fronteras.

Se sabía que era de una familia muy poderosa del reino nazarí y que no se trataba solo de un simple soldado llevado por su fama de valiente, por eso el rey de Castilla y Aragón quiso tratarle con la dignidad que se merecía.

Cuando los dos hombres se encontraron, se quedaron mirándose el uno al otro como si cada uno estuviera estudiando la figura y las reacciones del otro. Ali el Muley se quedó un poco sorprendido, pues pensaba que se encontraría con la figura de la reina de Castilla, una mujer de cabello rubio, con ojos verdes profundos que nunca apartaba la mirada y que tenía fama de mujer dura e inflexible, a la vez que tierna, generosa y creyente. La reina Isabel de Castilla siempre acompañaba a su marido a donde él iba, incluso a los campamentos donde los ejércitos entrarían en batalla, pero esta vez estaba lejos de allí, en un monasterio donde daría a luz a uno de sus últimos hijos que no viviría más de unos meses.

—Sois bien recibido en mi casa. Decidme para qué habéis venido a verme —le dijo el rey Fernando.

—Soy Ali el Muley descendiente de Mahoma, defensor de su fe y de su pueblo, y califa de la comarca de Guadix y Baza. Mañana cuando cante el gallo, mi ejército entrará en batalla con el vuestro, si Mahoma y vuestro Dios no lo remedian; por eso estoy aquí, apelando al noble espíritu de caballería que siempre ha prevalecido entre los dos ejércitos, el cristiano y el nuestro.

»Os pido, como rey y creyente que sois, que recojáis el guante que lanzo para que mañana al amanecer luche conmigo el mejor combatiente que tengáis, y si el vencedor fuerais vos, tanto mi ejército como mis comarcas pasarán a vuestro vasallaje y os rendirán pleitesía; pero si el vencedor fuera yo, tendréis que cumplir con vuestra palabra de honor y aceptaréis la conquista con indulgencia, sin derramamientos de sangre y permitiréis que el pueblo pueda seguir practicando sus costumbres y su fe sin temor a represalias; así, doy testimonio con este escrito que os entrego y espero que su Majestad recoja el guante que lanzo.

El rey Fernando así como todos los presentes estuvieron atentos a las palabras de Ali el Muley, y cuando este lanzó el guante, que cayó justo a los pies del rey, todos se quedaron en completo silencio; fueron segundos de incertidumbre, pues el rey Fernando creyó que alguno de sus nobles recogería el guante, pero ninguno de ellos tuvo el valor de agacharse a recogerlo, así que el mismo rey Fernando fue quien lo hizo.

—Mi rey, veo que sois valiente y, como tal, digno de llevar la corona de vuestro pueblo. Mañana al amanecer, cuando el gallo cante, os veré en el campo de batalla. Que Dios o Mahoma bendiga al ganador del combate, y como rey y caballero que sois espero que cumpláis vuestro juramento, así como yo cumpliré con el mío.

El suceso se propagó tan rápidamente por todo el campamento castellano como si fuera un haz de paja seca ardiendo; unos rumores decían que el mismo rey Fernando había aceptado el reto y que los dos lucharían a muerte, otros creían imposible e inaceptable que el rey pusiera su vida en juego teniendo la batalla ganada, y que un rey no podía combatir con un vasallo, por muy noble que este fuese, cuando Dios le había encomendado empresas mucho más importantes, como terminar de expulsar a los sarracenos y convertir Hispania en cristiana.

Estos llevaban razón y asuntos más poderosos obligaron al rey Fernando a comunicarlo a sus capitanes.

—Señor —dijo el capitán Hernán Pérez del Pulgar—, no hacía falta que hubiera recogido el guante, ellos saben que tenemos la batalla ganada y no tenemos necesidad de aceptar ningún tipo de trato.

Todos los que estaban presentes en el interior de la tienda, como Gonzalo Fernández de Córdoba y el resto de nobles que habían presenciado aquel acontecimiento, estaban de acuerdo con las palabras que acababa de manifestar Pérez del Pulgar.

El rey los miró a todos de uno en uno, conocía la valentía de sus capitanes, pues durante la batalla los había visto luchar con arrojo y gallardía sin que ni una sola vez salieran huyendo, y siempre eran los primeros en llevar a sus hombres hasta el enemigo. No podía decir lo mismo de sus nobles, condes y duques burgueses, obesos que lucían brillantes armaduras con preciosos escudos blasonados en oro de sus comarcas y con fuertes y briosos corceles de raza, a los que apenas se podían subir, sino eran ayudados por los numerosos escuderos, y que una vez diera comienzo la batalla se quedaban en lo alto del cerro, a la sombra, y solo se dedicaban a proferir voces e insultos.

Pero el rey Fernando sabía que no se podía enemistar con ninguno de ellos, demasiada aspereza tenía ya en la península con los grandes terratenientes, las grandes fortunas, los nobles que siempre conspiraban contra el reino para favorecer su propio interés.

Quedaba muy poco para expulsar al invasor, a los infieles, que durante siglos habían acampado por toda Hispania como si fuera de ellos; por nada del mundo se podía permitir enemistarse con aquellos borrachos y cobardes nobles.

Todos comprendían aquel reto que les había lanzado Ali el Muley. Durante siglos los reyes, los nobles y los caballeros, por un acuerdo de armas y de honor, aceptaban que los combatientes más fuerte de uno y otro bando lucharan entre ellos; y según fuera el resultado de la batalla se establecerían unos pactos u otros que debían jurar por su honor, y si no se cumplían dichos pactos o el reto no se aceptaba, quedaban en descrédito y eran tachados de cobardes por sus mismas tropas.

Toda la Edad Media está llena de gestas entre luchas de moros y cristianos, y de historias reales de personajes que combatían simplemente por el honor y la gloria.

Uno de los capitanes del rey entró acompañado por un muchacho de aspecto todavía muy joven, alto, de gran corpulencia y con algunas cicatrices en el rostro que denotaban su experiencia en la guerra; todos se callaron al verlo entrar y le miraron sorprendidos.

—Mi señor, este muchacho viene con el propósito de aceptar el reto de Ali el Muley. Es uno de los soldados más preparados y valientes que he visto en mi vida, y está muy capacitado para enfrentarse a su adversario.

Todos habían puesto su mirada en él.

—Pareces muy joven —dijo el rey Fernando—. ¿Cuántos años tienes, muchacho?

—En abril cumplí los dieciocho, mi señor.

—¿De dónde eres?

Benjamín se quedó callado, pues temía dar una contestación equivocada, lo pensó por unos segundos, y dijo:

—Soy de la comarca de León.

El rey le miró en silencio de arriba abajo, hasta que finalmente dijo:

—Sabes que te enfrentas a un terrible enemigo, a un guerrero que ha combatido en cientos de justas y batallas, que en más de una ocasión se ha enfrentado con nobles caballeros cristianos y

que siempre ha salido airoso de sus lances. Su forma de luchar y su técnica son únicas y lo más seguro, si te enfrentas con él, es que logres la muerte...

Benjamín era un muchacho muy reservado, de pocas palabras, pero no faltó de inteligencia y seguro de sí mismo; en ningún momento se sintió intimidado por la presencia del rey, como le pasaba a la mayoría de los vasallos, así que le miró directamente a los ojos y con la cabeza erguida le contestó:

—Mi señor, me alisté en su ejército para luchar contra los sarracenos y sé que la mano de Dios me ayuda en los combates; desde niño soñé con ser caballero y luchar junto a mi rey. Por suerte tuve la ventura de tener como maestro al mismo maestro que le enseñó el arte de las armas a Ali el Muley.

Todos los allí presentes se quedaron de piedra por lo que acababan de oír. El rey Fernando le contestó:

—Me pareces un joven osado y valiente. Si he aceptado el reto de Ali el Muley es para evitar la muerte de cientos de jóvenes que tienen toda la vida por delante. Si Dios está contigo saldrás vencedor de la justa y todos te estaremos agradecidos; pero me gustaría darte un consejo antes.

»Ali el Muley tiene a favor la experiencia del combate, pero tiene en contra los años, la madurez y el estilo de vida de sultán que lleva desde hace tiempo, así que no podrá aguantar el ritmo de una pelea cuerpo a cuerpo; tratará de utilizar su técnica para derribarte a la primera, él juega con esa ventaja, pero si tú aguantas a sus primeras investidas saldrás victorioso. Por lo demás, como señor tuyo, te doy mis bendiciones y que Dios te proteja.

La tarde estaba a punto de finalizar, pero quedaba toda una noche larga y tensa antes de que amaneciera y de que los dos ejércitos se encontraran en un llano donde los dos guerreros entrarían en combate. En el campamento de lo único que se hablaba era de los valientes contrincantes que iban a combatir.

Presebal y Gastón de Lyon, sus amigos más íntimos, no se separaron de él y le infundieron ánimos para el combate, aunque a Benjamín no le hacían mucha falta, pues no era una persona nerviosa, más bien era de sangre fría, y parte de su poder y seguridad en sí mismo radicada en eso. Había caído en una especie de trance, como si tratara de encontrarse a sí mismo; solo cuando practicó durante un buen rato el manejo de la espada y la lanza a caballo, salió de su ensimismamiento.

Entrada la noche un mensajero del rey Fernando mandó llamar a Benjamín, sus amigos sentían curiosidad y querían saber por qué motivo le requería el monarca, así que decidieron acompañarle hasta la tienda.

Cuando el joven entró a los aposentos del rey, este estaba acompañado de un numeroso séquito de cortesanos, entre los que había varios frailes y personas principales de la Iglesia, aparte de sus nobles, caballeros y capitanes.

—Muchacho —dijo el rey Fernando—, te mandé llamar porque hemos recibido una denuncia en la que un hombre jura que te conoce bien y asegura que tu procedencia es hebrea, no cristiana. ¿Qué tienes que decir ante esa grave acusación? Si desmientes estas acusaciones, te aseguro, por mi honor, que quien te acusa no volverá a hacerlo jamás, pues recibirá un castigo ejemplar, se le cortará la lengua y no podrá volver a calumniar a nadie.

En aquellos casos, cuando un testigo acusaba a una persona ante la Inquisición o ante las autoridades eclesiásticas de judaizante u otro delito, las autoridades tenían el derecho ante los tribunales de ocultar en el anonimato al testigo. Pero ese era un caso especial, lo había hecho ante el rey y el acusado era un protegido de él, por eso llevaron a aquel hombre a la misma tienda donde estaba el rey para enfrentarse con Benjamín.

El hombre estaba muy envejecido y llevaba ropas harapientas, de lejos se podía apreciar el olor nauseabundo a orines y boñigas de caballo; cuando Benjamín lo vio delante de él apenas lo recordaba.

Un fraile vestido con hábitos franciscanos fue quien hizo de interrogador, dejando que el rey se sentara pendiente de aquellos acontecimientos.

—Este hombre, que dice conocerte bien, te acusa de ser judío, hijo primogénito de la familia Levi, una familia de mercaderes de la ciudad de Salamanca, ¿es verdad eso?

Benjamín se quedó frío, pero transmitía tal tranquilidad que a todos cuantos estaban allí les hizo confundirse. Por unos largos segundos permaneció en completo silencio tratando de reconocer a aquel hombre que se escondía tras aquella fachada inmunda; por fin logró reconocerle y en su memoria brotaron rápidamente los recuerdos.

Se trataba de un criado venido de un barrio cristiano que trabajaba en el almacén y la tienda de su familia. Durante niño le había visto muchas veces, parecía un hombre bueno y trabajador, hasta que un buen día, sin saber por qué motivo, llegó a su casa borracho, se cayó al suelo, vomitó, hizo sus necesidades y se quedó dormido tendido de bruces en mitad de la tienda. Su padre que era un hombre justo le perdonó aquella debilidad, con la promesa de que aquello no volvería a pasar; pero el tiempo no inhibió aquel hábito, sino todo lo contrario, se repitió más veces y sus palabras pasaron a ser crueles y antisemitas, llegándoles a amenazar y a robar hasta que su padre no pudiéndole aguantar más le despidió.

Pasó mucho tiempo sin verle, hasta que un día se le encontró en la plaza de la ciudad de Salamanca, donde la justicia lo había apresado por ladrón y le tenían sujeto por el cuello y las manos, como si fuera un buey, durante tres días sin agua y comida en señal de castigo.

Después de aquello no lo había vuelto a ver hasta aquellos momentos en la tienda del rey Fernando.

Benjamín con voz templada, como si fuera alguien acostumbrado a hablar en público, dijo:

—Es totalmente cierto lo que este hombre manifiesta, soy nacido de una familia judía. Desde que me alisté en el ejército de mi señor nunca he mentado sobre mis orígenes o mi religión, pues nadie me lo había preguntado hasta ahora.

»Me alisté, pues de niño siempre quise ser caballero cristiano y luchar contra los moros; este sueño me ha perseguido siempre —el joven seguía hablando pausadamente mientras observaba a todos los asistentes, ni siquiera cuando miró al rey bajó la mirada—. Un hombre no elige dónde nace y con qué familia. Yo no tuve la culpa de haber nacido en el seno de una familia judía; pero no me siento como tal, pues siempre amé la religión cristiana, y mi puño y mi vida los pongo al servicio de la Iglesia.

Cuando terminó de hablar se pronunciaron vivas y cantos alabando al señor y a su misericordia. Benjamín había entrado a la tienda del monarca como si fuera un reo que pronto iba a ser ajusticiado para salir de allí como un héroe; el propio rey Fernando se levantó, se acercó hasta él y le brindó un fuerte abrazo diciéndole estas palabras:

—A partir de ahora serás Rodrigo, este es el nombre cristiano que yo mismo elijo para ti, y es con el que la Santa Madre Iglesia te bautiza para que seas un cordero más en el rebaño de la cristiandad; y yo, como padrino tuyo que soy, espero que por tu honor defiendas con tu vida la cruzada que nuestro reino y la cristiandad se han propuesto, y que mañana Dios te proteja como hijo suyo en el combate.

Todos levantaron la copa y allí mismo se ofició la ceremonia de bautismo en presencia del rey y de altos miembros de la Iglesia y la nobleza; después todos se marcharon a descansar, pues pocas horas quedaban para que el gallo cantara.

Al día siguiente, la mayoría del ejército castellano, unos diez mil hombres entre jinetes e infantes, se agrupó en torno a una extensa pradera donde todavía se veía la hierba verde y fresca, aunque el verano estaba cerca y prometía ser caluroso. Las nieves habían sido abundantes ese invierno en las cumbres de sierra Nevada y con el deshielo bajaban pequeños riachuelos de agua y el subsuelo estaba bastante húmedo, lo que permitía que las plantas siguieran creciendo como si todavía fuera principios de primavera.

Como era costumbre, los dos ejércitos se pusieron uno frente al otro. El pequeño ejército moro, formado por unos mil jinetes, a pesar de ocupar un espacio considerable, no se podía comparar a las filas de hombres del ejército castellano que eran tan largas que no se sabía dónde empezaban ni dónde acababan.

Todo estaba repleto de banderas y pendones de un gran colorido, y cuando el sol daba a uno u otro ejército, sus hombres brillaban con gran intensidad, pues el reflejo de sus armaduras deslumbraba a quien mirase.

Cuando Ali el Muley salió de entre su ejército cabalgando con su corcel negro de raza árabe haciendo cabriolas y filigranas, todos sus hombres rompieron en vítores aclamando a su héroe. El moro vestía una armadura completa de pies a cabeza con la lanza en alto. Su coraza era dorada y en su yelmo llevaba dibujada una media luna, parecía un caballero de leyenda. Su caballo, negro como el azabache, eran tan ágil y fuerte que se movía como si no llevara encima hombre alguno. Eran la perfecta combinación entre jinete-caballo.

Benjamín salió un poco más tarde, también llevaba puesta una armadura completa, pero se le veía más pesado que Ali el Muley; las armaduras que utilizaba el ejército cristiano eran más pesadas puesto que eran de hierro. Todavía no utilizaban el acero, al contrario que las armaduras árabes, que sí conocían la técnica del acero y utilizaban una chapa acerada, más sólida y dura que la de hierro y bastante menos pesada. Cabalgaba con su caballo a pesar de que el rey le había ofrecido otro más brioso y fuerte, pero Benjamín se sentía más seguro con el suyo, pues durante los dos años que había estado combatiendo su caballo nunca había dudado en las embestidas, mientras que los otros no los conocía y le podían jugar una mala pasada.

El porte del cristiano-judío no parecía tan magnífico como el del moro, pero aun así su ejército le vitoreó como si fuera un héroe, y le acompañó el sonido de tambores y clarines.

En cada esquina se habían dispuesto las lanzas y banderas para la justa y cada uno, en su correspondiente posición, se preparó a la espera de que sonaran los timbales y las trompetas que darían inicio a la contienda.

Mientras los dos caballos esperaban, coceaban con sus patas en el suelo levantando la tierra, pues presentían los nervios de sus amos y acumulaban tensión en cada uno de sus músculos. Estaban atentos aguardando la voz que les daría la orden de salir disparados como flechas, para posteriormente escuchar el choque de lanzas y oler el sudor y la sangre. Conocían esa sensación y aquello les ponía más nerviosos.

Cuando Trueno el caballo de Benjamín, escuchó la voz de su amo, este salió disparado como si una fuerza sobrenatural le hubiera empujado por atrás. El jadeo del animal era lo único que escuchaba su jinete mientras llevaba agarrada la lanza esperando la embestida de su contrario; Benjamín solo veía a través de su yelmo al moro que se acercaba con furia hacia él.

Cuando las dos lanzas se encontraron, los dos ejércitos se callaron y un silencio sepulcral se extendió por toda la pradera. Solo se oyó el espantoso estruendo que hicieron las lanzas al chocar. A los miles de hombres que estaban viendo la justa se le pusieron los pelos de punta. Ninguno de los dos caballeros cayó del caballo, pero las lanzas se habían hecho trizas, por lo que regresaron a su posición inicial para coger otra y acometer una segunda embestida; cuando chocaron las

lanzas por segunda vez la arremetida fue tan brutal como la primera. Nadie hubiera podido aguantar aquellas dos embestidas como lo hicieron estos dos valerosos guerreros, pero cuando iban a coger la siguiente lanza, Benjamín se cayó del caballo con silla y todo, como si estuviera mortalmente herido. Entonces todo el ejército moro rompió en vítores y sonaron los tambores y clarines celebrando la victoria de su héroe. Cuando Ali el Muley puso a su caballo a dos patas en señal de triunfo, de pronto, Benjamín que estaba tumbado en el suelo se levantó pesadamente y, como pudo, se libró de la pesada armadura y se quedó simplemente con la cota de malla. El moro que no daba crédito a lo que sus ojos veían tiró la lanza y sacó rápidamente su pesada espada, e hizo unas cabriolas con su caballo para ensalzar más el ánimo de su ejército y desmoralizar a su enemigo. Espoleó a su caballo y se dirigió con toda su furia hacia su enemigo que estaba de pie preparado para recibir la embestida. Cuando este estuvo debajo de su caballo, el moro trató de pisotearlo, pero Benjamín, aunque herido, todavía seguía ágil y fuerte; se logró zafar de él y se puso en sentido contrario a la espada de su enemigo y le agarró por el cuerpo para tratar de desmontarle; pero este, que era un jinete experto, se resistió y llevó en volandas a Benjamín durante un buen rato hasta que logró soltarse de las manos de este. Por fortuna el muchacho había conseguido llevar al caballo a donde estaba su montura, así que Benjamín la cogió, se colocó delante de él y justo cuando el moro volvía a embestir con su caballo, se puso debajo de sus patas y jinete y caballo rodaron al suelo. En esos instantes diez mil voces sonaron como si fuera un único y escalofriante trueno, allí estaban los dos caballeros, de pie, con las espadas en la mano y luchando con toda la fiereza de la que podían hacer gala. El moro daba terribles espadazos, era un temible adversario, pero Benjamín recordaba las palabras que le había dicho el rey Fernando (es viejo, está cansado, pronto se fatigará). Le vio que jadeaba, que abría mucho la boca para respirar, como si le faltara el aire; se dio cuenta de que cada vez que levantaba la espada era un gran esfuerzo, pero Benjamín no se podía descuidar, sus ataques todavía eran brutales, nunca antes había visto luchar así a ningún hombre. Estaba claro que cuerpo a cuerpo el moro sería el vencedor, por eso él retrocedía cada vez que Ali el Muley atacaba, hasta que reparó en que apenas podía levantar la espada. Fue en ese momento cuando el joven aprovechó una de las embestidas del moro y le clavó la espada en todo el corazón, los dos cuerpos se abrazaron y cayeron de rodillas; entonces escuchó las palabras que le susurró el moro al oído:

—Gracias, gracias por haberme dado muerte con dignidad.

Los dos ejércitos estaban en completo silencio a la expectativa de quién había salido victorioso, pues los dos estaban de rodillas uno agarrado al otro y nadie sabía quién de los dos había muerto. Después de un rato, que se hizo eterno, Benjamín se levantó pesadamente y el cuerpo de Ali el Muley cayó de bruces rodeado de un gran charco de sangre.

Como si fuera un dios, el ejército cristiano cogió a Benjamín y lo llevaron a hombros vitoreándole; al rato lo llevaron hasta el rey. Este le dijo emocionado:

—Nunca he visto un combate cuerpo a cuerpo tan magnífico, Dios te ha concedido la gracia de ser de nuestro pueblo y a mí el don de nombrarte caballero.

Una pequeña corte que Ali el Muley tenía asignada, compuesta por gente principal y por sus amistades más cercanas y de plena confianza, había manifestado que en el caso de no salir vencedor ellos respetarían el juramento de honor que Ali el Muley le había prometido al rey Fernando II de Castilla y Aragón, y pasarían a ser vasallos suyos y no combatirían. Estas estipulaciones que habían sido firmadas y aceptadas se presentaron esa misma mañana ante el rey, y junto a ellas se solicitó el cuerpo de Ali el Muley para enterrarle con todos los honores que merecía; mientras hacían esto se arrodillaron ante su nuevo rey, no sin lágrimas en los ojos.

La mayoría de los jinetes jóvenes del ejército moro no aceptó de buena fe el vasallaje hacia el

rey cristiano; ellos estaban dispuestos a luchar aun a costa de sus vidas, pero era una locura sin justificación combatir contra un ejército diez veces superior al de ellos. Al final los ánimos se fueron apaciguando poco a poco y cada uno de ellos, con rabia en su corazón, se fue marchando a sus respectivas aldeas, pueblos o ciudades.

Mientras tanto, el ejército castellano estaba pletórico y rendía homenaje a su héroe.

Así fue cómo la corona de Castilla, después de varios siglos de dominación musulmana, seguía avanzando hacia el último bastión del reino de Granada.

Benjamín era el hombre más feliz del mundo en esos momentos; había cumplido uno de sus sueños: ser nombrado caballero. Llevaba los colores de la guardia real del rey, distintivo que solo se les daba a los caballeros más destacados. Además la amistad entre Presebal, Gastón de Lyon y el capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, el cual ya estaba con ellos en las campañas militares, se afianzaba cada vez más.

Capítulo

IX

La huida

—Padre, tenemos que marcharnos y escondernos en algún lugar seguro, ya que si seguimos aquí nos volverán a denunciar con la clara intención de aprovecharse de nosotros. Cada vez abundan más los fanáticos religiosos que creen en las nuevas mentiras y falsedades que la Iglesia propugna.

Rebeca y su padre Aharon ahora vivían en una pequeña casa alejada de la ciudad de Toledo, en un barrio donde todavía quedaban algunos antiguos descendientes de los mudéjares y cristianos. La Inquisición se había apoderado de la casa de la judería donde Aharon y Rebeca habían nacido, así como del almacén y la tienda.

—Pero si huimos de esta ciudad ya nunca volveremos a ver a tu hermano.

—Padre, hace tiempo que he perdido la esperanza de volverle a ver.

—No digas eso, hija. Tu hermano volverá como un hombre próspero y rico, y nos habrá encontrado un lugar donde establecernos y podamos, algún día, ser felices.

—¡Padre! —respondió Rebeca mirándole tiernamente a los ojos, a la vez que su voz estaba resquebrajada por la emoción—, no sea usted ingenuo, el camino que mi hermano y su amigo emprendieron no tenía retorno. Los peligros que acechan a los viajeros son ilimitados; en la encrucijada de un camino o en cualquier posada pueden ser atacados por bandidos, en cualquier parte donde estén serán acechados por lobos hambrientos deseosos de lanzarse al cuello de sus presas. Y más en los tiempos que corren. Yo he perdido la esperanza de volverle a ver algún día.

—¿Y qué me dices de tu noble caballero Presebal, que tanto hizo por nosotros, que te prometió su amor y que cuando acabara la guerra volvería a buscarte? ¿Qué pasará si cumple su palabra y no te encuentra?

Rebeca intentó controlar sus emociones, quería demostrar a su padre que se había convertido en una mujer fuerte; habían pasado muchas cosas durante esos dos años, tantas que si las recordaba sufría enormemente; una de ellas era la pérdida de un amigo muy entrañable de su familia. Joseph, el padre de David, murió a los pocos meses de su liberación debido, ente otras cosas, a la tristeza que le causaba la ausencia de su hijo, a la pobreza en la que había caído y a las pocas fuerzas que tenía de seguir luchando por su vida.

Ahora vivían apartados del barrio judío, apartados de todo lo que había significado su vida, de su antiguo esplendor y felicidad. Y estaban obligados a aparentar que vivían en la miseria, a pesar de disponer de una riqueza tal que podían estar llevando una vida acomodada, solo por temor a que los espías de la Inquisición volvieran a echarse sobre ellos condenándolos a una muerte segura por poseer esa fortuna escondida.

La joven Rebeca había cumplido los veinte años. Su belleza no tenía parangón en toda la ciudad de Toledo, pero ella trataba de esconderla cubriéndose el rostro, de esa manera pasaba lo más desapercibida posible, sin despertar la lujuria de los poderosos, que no tenían reparos en perjudicar a la mujer que se topase en su camino. Pero de sobra era conocida la belleza de la

judía, sin saber cierto quién era y dónde vivía. Todo aquel que veía su rostro y su figura se quedaba prendado de su hermosura. Empezaron a correr romances que hablaban sobre ella y los juglares cantaban una canción sobre una hermosa judía:

*La hermosura de Raquel,
eterna a los siglos viva,
para ser feliz amante
de Fernando, rey en Castilla.*

—Presebal eligió su destino, si no se hubiera marchado, ahora estaríamos juntos, pero él buscaba la gloria.

—Y la fortuna, pues no quería ser pobre, hija. Quería darte una vida mejor.

—Los hombres solo piensan en ellos, padre; no merece la pena entregarles el corazón, te lo terminan rompiendo.

—Rebeca, hija, todavía tengo el presentimiento de que tu hermano y David vendrán a buscarnos.

—Si es así, padre, mi hermano nos encontrará. Sabrá cómo hacerlo y dará con nosotros.

—Hace tiempo que me siento viejo... —pero Rebeca interrumpió las palabras de su padre.

—No diga usted eso, padre, todavía le queda mucho por vivir.

—No, déjame que te explique —Aharon hablaba despacio, poniendo sentimiento en las palabras—. Me quedan pocas fuerzas, presiento que la vida se está evaporando y que son los últimos estertores. Si todavía continúo luchando es por no dejarte sola en este mundo. Tu madre fue una buena mujer y yo estaba enamorado de ella, pero nos dejó; siempre he luchado por mis hijos, por mi familia y cada día de mi vida he sacado fuerzas de donde no las tenía. Primero se marchó tu hermano por mandato mío y no sabemos nada de él. Tú tienes edad de haberte casado, de estar rodeada de hijos y a mí me hubiera gustado verlos crecer, sentado bajo la sombra del naranjo en nuestra casa; eso es lo que habría sido normal si Yahveh lo hubiera querido. Ahora, hija, estoy en tus manos, no tengo fuerzas, soy como una vieja mula a la que su amo estira de ella hasta que llegue un momento en que ya no pueda andar. Siento que el destino nos haya jugado esta mala pasada, cuando podríamos haber sido felices aquí, como lo éramos antes.

—No te preocupes tanto, padre, que todavía nos queda mucho camino por andar juntos y seguro que verás algún día a tus nietos en tus rodillas estirándote de la barba. En cuanto a mi hermano lo tengo todo pensado, si él aparece a buscarnos nos encontrará, le dejaremos un mensaje a la única persona en la que confío plenamente y que sé que nunca nos traicionará. Desde el momento en que empezaron los problemas ha estado con nosotros y nos ha ayudado en todo cuanto ha podido.

—¿Te refieres a nuestra María, la criada cristiana?

—Sí, padre, a nuestra María. Ella nunca nos ha dejado a pesar de que todos nuestros vecinos nos han rechazado como si tuviéramos la lepra.

—Tienen miedo, están asustados. Saben que en cualquier momento les puede pasar a ellos lo mismo que me ocurrió a mí.

—Es difícil, padre, que a ellos les ocurra lo mismo. La Inquisición sabía muy bien a quiénes condenaba, querían dar un castigo ejemplarizante a nuestro pueblo y se lo hizo a las personas que más influencia tenían en nuestra comunidad...

—Y también a los que les podían sacar más dinero y bienes para así llenar las arcas de la Iglesia —le interrumpió indignado Aharon.

—Sí, padre, también por eso.

—Gracias a que nuestro buen amigo Abraham Zacuto en su última visita nos alertó de que todo esto podía pasar, tuve la suficiente precaución de salvaguardar toda nuestra fortuna, entregándole

una parte a tu hermano y poniendo otra a buen recaudo.

Aquel día transcurrió como un día cualquiera, a excepción de que Rebeca se dirigió a la casa de María, una mujer ya entrada en años, que había estado toda la vida al servicio de la familia de Aharon.

María había tenido cuatros hijos, dos habían muerto hacía varios años con los últimos brotes de peste negra que recorría toda la península ibérica, y sus otros dos hijos estaban casados. La mujer vivía completamente sola en uno de los barrios más pobres de la ciudad de Toledo, a las afueras de las murallas.

La criada había visto nacer a Rebeca y la había cuidado como si fuera su única hija pues todos los hijos que ella había dado a luz eran varones.

Cuando María vio a Rebeca, la cara le cambió por completo, de repente se le iluminó el rostro y se llenó de alegría y felicidad; la estrechó contra su cuerpo mientras se la comía a besos y lloraba.

—Gracias, hija, a que estáis a salvo; corren tantos rumores que nadie en la ciudad está tranquilo.

—No te preocupes, María, estamos bien y gracias a ti la vida nos va mucho mejor —dijo Rebeca mientras le sujetaba las manos y se las acariciaba.

—Ya sabes que no puedo hacer mucho más por vosotros. Por desgracia soy pobre y no tengo recursos para ayudaros más.

—Lo sé, María, y esa ayuda ha sido más que suficiente.

María había hecho mucho por Aharon y Rebeca desde el primer día de su detención, pero la Inquisición le prohibió dar cobijo a la familia del judío y dar ningún tipo de ayuda, a menos, claro, que sufriera las consecuencias del destierro o un severo castigo junto a sus hijos. Cuando dictaron la sentencia de Aharon, el tribunal inquisidor fue más tolerante, pues ya se habían hecho con las propiedades del judío; fue entonces cuando la mujer se volcó con ellos, les dio protección y les buscó un lugar lo más tranquilo y apartado posible de la provocación de los fanáticos religiosos y de la gente de mal vivir que intentarían hacer cualquier cosa contra el padre y su hija. Pero no podrían evitar la mala fe de las personas que quisieran hacerles daño, bien por la envidia de los tiempos pasados o bien por el sermón en la iglesia de algún charlatán fanático religioso. Por eso nunca estarían libres de una denuncia, de cualquier comentario y mucho menos de poder vivir dignamente con su dinero, sino querían estar expuestos a la hoguera. No quedaba otra solución más que huir.

Rebeca, cuando habló con María, a pesar de tener plena confianza en ella y saber que de sus labios jamás saldría una palabra mala en contra de su familia, se limitó a indicarle el lugar donde podrían saber algo de ellos; así, si su hermano aparecía, tendría noticias, pero no quiso hablarle del dinero y de sus proyectos, de esa manera, al no implicarla más en su huida, evitarían exponerla a un peligro mayor.

—Hija mía, hermosura mía, cuánto te voy a echar de menos. Espero de corazón que encontréis un lugar tranquilo donde podáis vivir felices. Toledo ya no es seguro, incluso para los cristianos viejos como yo.

Rebeca se despidió de aquella mujer bondadosa con lágrimas en los ojos, pero antes de marcharse le entregó un puñado de monedas para que el resto de su vejez lo pasara más dignamente, no sin antes advertirle de que tuviera cuidado con malgastar el dinero y de hacer lucro de él, pues la ciudad estaba llena de gente mala a la que no la importaría degollarla con tal de quedarse con ese dinero. La mujer valoró aquellos consejos, pues era una mujer inteligente y prudente.

Así fue como una madrugada, aprovechando la niebla cerrada que se había cernido sobre la vega del río Tajo, algo habitual en esa época del año, abrigados, con los rostros ocultos y tratando de aparentar campesinos que salían a labrar los campos, acompañados por una pequeña mula con dos canastos, salieron a la calle en dirección a una de las puertas más antiguas de las murallas de Toledo. Había dos centinelas apostados junto a un fuego calentándose y con cara de dormidos, y apenas prestaron atención a los dos campesinos que pasaron por su lado, ya que debido al frío a esas horas de la mañana les costaba apartarse del fuego. Además todas las mañanas veían salir a muchos campesinos que se dirigían a las tierras de sus señores y les parecía lo más normal del mundo.

Por los caminos, de vez en cuando, se cruzaban con alguna que otra carreta tirada por mulas cargada hasta arriba de patatas, cebada, trigo, fruta y toda clase de verduras para ser vendidas en la ciudad. Algunos eran campesinos libres que explotaban la tierra de su señor a cambio de que estos últimos se llevaran más de la mitad de lo recolectado, o bien a cambio de una renta anual que pagaban en monedas a su señor, según el acuerdo que cada uno hubiera establecido. De cualquiera de las formas, apenas les quedaba lo justo para poder subsistir.

El trasiego de viajeros cerca de la ciudad de Toledo era constante y nadie prestaba atención a quién iba y a quién venía, pero Rebeca cuando vio que se alejaban y que ya ni siquiera se veía la torre más alta de la ciudad respiró tranquila y empezó a sentir una cierta alegría en su interior como si se hubiera librado de una pesadilla. Estaba fuerte, con ganas de vivir y de correr mundo. Era la primera vez en su vida que se había alejado tanto de la ciudad que le había visto nacer.

Al final de la tarde vieron la torre del castillo de Consuegra, habían caminado todo el día y tenían los pies totalmente doloridos. Los dos se iban turnando a lomos del pequeño asno, pero ir subido en ese animal huesudo era casi más molesto que ir andando.

—Hija, monta al asno. Llevas mucho rato andando, así tus piernas y tus pies descansarán un poco.

—¡Padre, si tengo que volver a subir otra vez a ese asno huesudo y terco, prefiero que los pies me sangren! No volveré a subirme más en él, es como si todo un ejército hubiera pasado por encima de mí.

Aharon no pudo contener la risa y hacer un comentario burlón sobre el animal que hacía poco habían comprado; estaba tan flaco que pensaban que a lo mejor no terminaría aquel viaje, si no era estirando la pata. Por eso unos días antes de emprender la huida le mimaron y cuidaron como a un príncipe, le dieron de comer buena paja y cebada para que se pusiera fuerte para el viaje, pero el asno, aunque no era viejo, había pasado tanta hambre a lo largo de su corta vida, que cuando se veía las alforjas llenas apenas podía comer, solo lo justo, pues cuando a un hombre o animal se le acostumbra a comer poco se le reduce el estómago y apenas le cabe comida y tiene apetito.

Aharon entendía de animales, pues a lo largo de su vida además de mercader había hecho también de tratante de ganado; de esa forma Rebeca y el padre le fueron alimentando con buenos piensos, pero lo justo para que el animal se pusiera un poco más fuerte y no enfermara.

Justo cuando los últimos rayos de luz dejaban paso a la noche, entraron en la pequeña villa de Consuegra, con ellos marchaban varios campesinos, pues estos se solían agrupar aunque no se conocieran para sentirse más seguros, pues temían la oscuridad de la noche, ya que eran más vulnerables a sufrir un ataque.

—Padre, ¿usted cree que el conde Rodrigo de Mendoza nos dará refugio?

—Tiene que hacerlo, es un buen hombre y un amigo. Siempre me he portado bien con él, aparte del dinero que me debe, que es un buen pellizco.

Cuando llegaron al castillo la noche se había echado encima por completo, pero las hogueras y

las antorchas iluminaban la edificación.

Rodrigo de Mendoza era primo hermano del conde de Mendoza, él no sustentaba el título nobiliario de conde, aunque la mayoría de sus vecinos, los campesinos arrendados que trabajaban sus tierras y cuantos vasallos estaban cerca de él le llamaban conde, cosa que al noble no le disgustaba y lo aceptaba con agrado. Lo que sí era cierto es que venía de una familia muy poderosa castellana, los Mendoza, que durante el periodo de la Reconquista había dado una buena estirpe de guerreros.

Al cabo de un rato de espera el noble los recibió con los brazos extendidos, muy campechanamente, como era su forma de ser.

—Hola, mi buen amigo Aharon, ¿se puede saber qué haces por esta comarca, y lejos de tu casa?

Aharon lo saludó con cortesía, con un ademán de cabeza, tal como era preceptivo hacia ese tipo de persona, debido a su posición social.

—Mi señor, mi hija y yo venimos a pedirte refugio y protección.

El noble se quedó mirándole fijamente con cara seria. Después dirigió la vista a Rebeca y cambió su seria expresión por otra más risueña y complaciente.

—Veo, Aharon, que tu hija ya es toda una mujer, y por cierto una de las mujeres más bellas que he visto en mi vida..., sin ánimo de molestarte.

—Gracias, señor, por tus... —el conde de pronto le interrumpió sin que Aharon pudiera terminar su frase.

—Dios me ha castigado en esta vida por no tener descendencia, ni siquiera bastardos, a pesar de que lo he intentado por todas partes —dijo socarronamente; el noble tenía fama en toda la comarca de ser muy mujeriego, pero hacía años que su salud era muy delicada, pues los placeres de la buena mesa y la bodega le estaban pasando factura, aparte de tener una tripa prominente que apenas le dejaba ver su aparato genital—. Si hubiera tenido algún hijo no me hubiera importado que tu hija se hubiera casado con él, la belleza y la figura es un don que Dios da a ciertas personas para agradarnos la vida.

—Gracias mi señor por dedicar unas palabras galantes a mi hija.

Rebeca guardaba silencio mientras el padre hablaba con el noble.

—Me enteré de tu desgracia y siento mucho lo que te sucedió, la gente de tu pueblo no se merece lo que le está ocurriendo, la Iglesia romana cada vez está siendo más fuerte en Europa y quiere ostentar la hegemonía sobre las conciencias de los hombres...

Aharon escuchaba en silencio, tenía sus propias convicciones, pero no quería mostrarlas ante nadie por mucho que se preciara de ser amigo suyo. Se había convertido en un hombre desconfiado, incluso con la gente de su fe. Uno ya no podía manifestar sus opiniones así como así. Eran tiempos en los que todos tenían miedo y la gente callaba para no ser denunciada ante la Inquisición; era la única manera de salvar su propia vida, la de un familiar o de proteger sus riquezas.

—Aharon, sabes que si te doy refugio y protección, y la Inquisición se enterase de ello tendría serios problemas, ¿verdad?

Ahora le tocaba el turno al judío, si su pueblo había sido próspero durante tantos siglos, no era precisamente por falta de talento y diplomacia. Su pueblo habían tenido que negociar con reyes, nobles, déspotas, generales, gente de la Iglesia y clases privilegiadas que con solo levantar un dedo los hubieran exterminado de la faz de la tierra. Pero su pueblo era el pueblo elegido por Dios, se le había concedido el don especial de conseguir salvar las situaciones y convencer a los poderosos con las armas de la diplomacia, la inteligencia y el dinero.

—Mi señor, conozco el riesgo al que os exponéis. Mi hija y yo no queremos crearle inseguridad y ponerle en peligro. Habíamos pensado que solo nos diera refugio por un plazo de unos tres o cuatro meses. Tengo la certeza de que mi hijo aparecerá en ese tiempo y, cuando lo haga, nos marcharemos con él en seguida. A cambio, su generosidad será recompensada con la anulación de la deuda de dos mil doblones de oro que todavía tiene pendiente conmigo y que ya hace más de medio año que venció.

A Rodrigo de Mendoza se le subieron los colores a la cara.

—Sabes que siempre he cumplido con los pagos a pesar de mi retraso; pensaba hacerlo de un momento a otro, pero debido a mi salud, últimamente precaria, no he podido viajar.

Aharon sabía que eran excusas, pues cuando el noble necesitaba dinero hacía todo lo posible por ponerse en contacto con él. Normalmente mandaba a un criado de su total confianza para saldar su deuda y más tarde volvía ese mismo criado para pedir una suma mayor. Pero ahora, aprovechándose de su situación, los nobles dejaban de hacerse cargo de las deudas contraídas con él. Aharon se encontraba en esa situación con varios hombres poderosos. Paralelamente, en los últimos tiempos, había proliferado una figura que compraba la deuda a los judíos más barata para hacerse cargo de ella; solían ser cristianos viejos que estaban libres de todo proceso y denuncia.

La propuesta era muy generosa. Aharon sabía que la deuda no la iba a cobrar, pero esa deuda podía ser traspasada a otra persona con intenciones poco ortodoxas y que podía ponerle en un grave aprieto.

—No quiero aprovecharme de esta situación, amigo Aharon. Pensaba darte refugio, tal como me pides, sin que me dieras nada a cambio. Siempre te portaste bien conmigo, nos conocemos desde hace muchos años y me has sacado de grandes apuros; pero te agradezco el ofrecimiento y lo aceptaré con agrado.

Se habían instalado en una pequeña granja que estaba a dos horas de la villa de Consuegra, era una granja que había quedado vacía porque sus campesinos arrendatarios se habían visto obligados a desplazarse a otras comarcas donde pagaban un jornal más alto. En los últimos tiempos, entre las guerras feudales, las malas cosechas, la peste y el hambre, muchos campesinos, que apenas tenían para subsistir y menos aún para pagar a su señor, abandonaban sus casas en busca de sitios mejores. Se trataba de campesinos libres que no estaban obligados a la servidumbre del señor y a permanecer en sus tierras.

A los dos días de estar instalados, unos de los criados del noble, un muchacho joven de buen talante se presentó en la casa con un carro cargado de provisiones; llevaba varias jaulas con gallinas, conejos, una cabra, dos corderos y unos cuantos utensilios para que les ayudaran en los trabajos diarios de la granja.

—Mi señor me ha ordenado que les traiga estas provisiones, y que que si necesitan algo más, no duden en pedirselo.

Bien sabían Aharon y Rebeca lo que le habían costado a su señor esas provisiones, una fortuna.

El joven les ayudó a descargar todo lo que llevaba en el carro; en todo momento se mostró alegre y jovial, cantaba alguna cancioncilla popular que hablaba de amores mientras trabajaba. No tenía ninguna obligación de quedarse más tiempo una vez dejara todas aquellas provisiones, pero la belleza de la judía trastornó al muchacho y quería mostrarse cortés y complaciente para agradar a los nuevos inquilinos de la granja.

—Dice mi señor que son de las tierras del norte y que se han venido aquí por un tiempo, por la salud del pecho.

Era muy común que gente del norte, adinerada o que poseía familia en Castilla, viajara a tierras más secas para curarse de la humedad del norte.

Pasaban las semanas plácidamente y sin ningún tipo de contratiempo; el joven Anastasio resultó ser un buen acompañante y un excelente ayudante. Pasaba siempre a visitarlos dos veces por semana, y traía los encargos que Rebeca le encomendaba y que este compraba en el mercado. Después la joven le recompensaba con unas monedas extras que Anastasio agradecía de todo corazón, pues siempre había sido servidumbre de Rodrigo de Mendoza y su paga consistía en el derecho a comida y a pernoctar en un lugar de paja seca en las cuadras, lo que era de agradecer en los fríos inviernos castellanos; en verano dormía al sereno y al mirar las estrellas sus sueños eran más complacientes. Además en los últimos tiempos su cabeza no paraba de crear romances que nunca escribía, pues el joven no sabía hacerlo. Lo que sí sabía era tocar un instrumento de cuerda que por entonces era muy popular en toda Castilla y cantaba como los ángeles; así, el que lo escuchaba se quedaba embelesado oyendo su voz y sus apasionadas canciones de amor por la bella judía.

Nadie en la ciudad de Toledo habría echado de menos la presencia del hebreo Aharon y de su hija Rebeca, sino hubiera sido porque alguien estuviera interesado en sacar provecho de esa situación.

Para la Iglesia y la Inquisición el asunto había sido zanjado pues habían conseguido atemorizar al pueblo y obtener un considerable botín de los justiciados con sus bienes. Pero el daño ya estaba hecho, pues el condenado no se podía marchar de la ciudad hasta que no trascurriera un año, durante el cual este tenía que haber mostrado una conducta ejemplar y penitente hacia la nueva fe. Para controlar eso existían espías y chivatos que siempre estaban al tanto para acusarles por cualquier cosa a cambio de unas monedas u otras prerrogativas que la Iglesia les concedía.

Prácticamente era imposible tenerlos siempre vigilados; había ajusticiados que lograban escaparse de ese cerco sin que la justicia fuera en su búsqueda, pero aquella situación cambiaba cuando alguien de mala fe tenía algún interés en ese asunto.

Esa persona era Teodora, la mujer que durante un par de semanas dio refugio a la joven Rebeca con el único propósito de engañarla y sacar provecho de ella. Se había quedado con un sabor amargo y buscaba la menor oportunidad para lanzarse sobre su presa.

Mientras Rebeca estuvo en la casa de aquel rico noble, familia del capitán Hernán Pérez del Pulgar, la vigilaba casi a diario, pero poco podía hacer, la joven apenas salía al exterior, y si lo hacía era siempre acompañada por varios criados y el tiempo imprescindible para hacer las compras en el mercado. Además esa casa era de una de las familias más notables y prominentes de la ciudad y le habían dado su total apoyo y protección. De esa manera tuvo que desistir y buscarse la vida para engañar a otras incautas, pues siempre acababa encontrando alguna.

Nadie en Toledo se acordaba de Aharon, ni siquiera recordaban su imagen, pero sobre la hermosura de la joven judía se habían escrito muchos romances. Era tal la popularidad a la que había llegado su belleza, gracias a los romances que cantaban los juglares, que todos los habitantes de la villa estaban prendados de ella aunque no la conocieran. Su fama no solo se quedó en la ciudad, sino que en poco tiempo traspasó comarcas, almenas, conventos, palacios, castillos..., no había un pueblo, una aldea, una villa o una ciudad donde en una fiesta no se cantase un romance sobre la bella judía de Toledo.

Lloraba a lágrima viva la bella judía mientras que en el cadalso veía a su padre sangrar por los látigos del verdugo.

Una mañana, Rebeca estaba dando de comer a los animales de la granja como hacía todos los días, se quedó un rato acariciando al pequeño asno y recordó que cuando lo compraron era casi un esqueleto y que ahora estaba totalmente transformado, era un borriquillo grande, fuerte y hermoso; por todas partes rezumaba salud y el pobre se sentía muy agradecido y feliz con sus nuevos amos.

En esos momentos apareció el joven Anastasio que venía montado en un impresionante semental que era uno de los muchos que tenía su amo en las cuadras.

El joven había viajado al galope desde la ciudad de Consuegra por orden de su amo para darles un recado urgente. En cuanto vio a Rebeca, saltó del caballo y sin tomar apenas aliento le dijo:

—Dice mi amo que tenéis que marcharos a toda prisa de la granja y de la comarca. Le han llegado noticias de Toledo de que alguien os ha denunciado y han dado la orden al alguacil de Consuegra para que venga a prenderos, a ti y a tu padre.

Cuando Rebeca escuchó aquellas palabras casi le da algo, pero en los últimos años había aprendido a ser fuerte y a no rendirse antes las adversidades, así que sin pensarlo dos veces salió corriendo en busca de su padre, le contó lo sucedido y comenzó a coger rápidamente lo más esencial para el viaje.

—Hija mía —dijo su padre tranquilamente, tratando de que sus palabras no mostraran ningún signo de temor—, yo ya estoy viejo...

—Pero padre, deja de decir tonterías —le interrumpió bruscamente su hija.

—Hija, déjame hablar y escucha bien lo que te tengo que decir.

Rebeca se quedó en silencio esperando oír las palabras de su padre.

—Me encuentro viejo y no me siento capaz de realizar un viaje de esa envergadura, lo único que haría sería entorpecer tu huida y nos cogerían a los dos. Tú todavía eres muy joven y tienes toda la vida por delante. Este muchacho que parece ser una persona justa y de sentimientos nobles te podría llevar lejos con su caballo y seguramente cuidaría de ti, pues te profesa un gran cariño.

—¡Padre! —protestó Rebeca—, piensa en lo que acabas de decir. Por nada del mundo te dejaría solo, aunque fuera mi vida en ello. No me queda nadie salvo tú. A la única persona a la que quiero es a ti. Si nos tienen que detener que lo hagan pronto, quizá nuestro destino ya esté echado y no hay forma de cambiarlo. Pero creo que todavía existe una oportunidad para nosotros, nos la ha mandado nuestro señor, como hizo Moisés con nuestro pueblo ante la huida de Egipto. Así que la cogeremos y rápido, no podemos perder más tiempo hablando. Padre, espabila y recoge lo necesario, que nos marchamos.

Aquella misma mañana no pasó ni un par de horas para que emprendieran el viaje sin conocer a dónde les llevaría.

—*Shalom* —le dijo Rebeca a Anastasio despidiéndose de él.

—No, amigos míos. Yo también me voy con vosotros.

La judía se quedó sorprendida. Era un chiquillo pues apenas había cumplido los quince años, pero ya mostraba el valor y el físico de un hombre adulto.

—Anastasio, no sabes lo que dices.

—No quiero dejaros solo con todos los peligros que hay por los caminos. La compañía de un hombre ahuyentará los malos pensamientos de muchos viajeros que os encontraréis por el camino.

Rebeca le miró de arriba abajo y le lanzó una sonrisa. El joven parecía un muchacho fuerte, terminaría siendo un buen mozo.

—Pero ¿y tus padres? ¿Y tus hermanos?

El joven hizo un gesto con los hombros como si eso no le importara mientras contestaba:

—Soy huérfano y no tengo a nadie. Soy hijo bastardo de mi señor el conde Rodrigo de Mendoza, pero para mi señor soy menos que un caballo o uno de sus perros de caza.

Rebeca y Aharon se quedaron sorprendido por lo que acababa de revelar el joven; era la primera noticia que tenían de que aquel muchacho era un hijo de Rodrigo de Mendoza.

—¡Pero entonces eres su hijo! Tarde o temprano todo será tuyo, serás su rico heredero.

El joven no tuvo más remedio que echarse a reír de buena gana.

—¿Sabéis cuántos hijos bastardos tiene mi señor?

Rebeca y su padre se miraron como si no comprendieran la pregunta.

—¡No! —contestaron al unísono.

—Por toda la ciudad de Consuegra hay hijos bastardos de mi señor, chicos de todas las edades. Él no tiene ningún heredero pues la mujer con la que se casó no le ha podido dar ninguno y ya es muy vieja para tenerlos, pero sí que le han dado hijos todas sus sirvientas, cocineras, las mujeres de sus campesinos y también alguna que otra persona principal; sus maridos tienen los cuernos más grandes que los venados que corren por la sierra.

—¿Y tu madre?

—¿Mi madre? No la llegué a conocer. Murió cuando yo nací. Según me han contado era una sirvienta muy jovencita, dicen que era casi una niña cuando el muy cabrón la desfloró.

—Tendrás abuelos.

—Si existen, que seguro que sí, se esconden por la vergüenza de su hija.

A lo cual respondió Rebeca:

—Eso suele ocurrir cuando se trata de gente pobre, pero no pasa cuando se trata de personas principales, entonces ellos mismos ensalzan el parentesco, por si acaso les cae algo.

—Este no es mi caso; mi señor tiene tantos bastardos que si nos hiciera herederos a todos no tocaríamos ni a una piedra del palacio cada uno.

Rebeca y su padre no tuvieron más remedio que reírse por la ocurrencia del muchacho.

—Entonces ¿a ti quién te crió?

Anastasio que se veía muy complaciente al contar su desventurada su vida dijo:

—Me criaron en el mismo sitio donde nací, en el castillo, entre las lavanderas, cocineras y criadas que a la vez también traían hijos bastardos de mi señor, pero con la única diferencia de que esas mujeres se marchaban a esposarse con otros plebeyos pensando más en su hijo natural; yo he sido el único que he vivido entre esas cuatro paredes de la fortaleza.

—Supongo que al vivir en el mismo techo que el conde y al haberte visto crecer durante todos estos años, tendrá predilección por ti. Seguro que te considera su hijo.

—¿Mi amo?, yo creo que no sabe que existo.

Aharon, que estuvo escuchando toda la conversación entre Rebeca y el muchacho no pudo evitar inmiscuirse, y dijo:

—A veces los señores se muestran distantes de las personas que aman y esconden sus sentimientos. Estoy completamente seguro de que si don Rodrigo de Mendoza que no tienes hijos legítimos y tú te has criado siempre con él, tendrá algo reservado para el día que tenga que rendir cuentas ante el señor, y se mostrará benevolente hacia su heredero.

Anastasio que había escuchado atentamente las palabras del padre de Rebeca hizo una mueca con la boca como si le diera igual todo aquello.

En ese momento Rebeca se dio cuenta de algo y dijo:

—Pero ¿y el caballo?, si te vienes tendrás que devolverlo y nosotros no te podemos esperar, y si te lo llevas tu señor dirá que lo has robado y mandará a los alguaciles a buscarte.

—No os preocupéis por eso. Antes de venir, mi señor me dijo que cogiera uno de los mejores caballos y que galopara rápido para venir a avisaros; entonces le dije que yo me marcharía con vosotros y que no podría venir a devolverlo.

—¿Y qué respondió tu señor? —preguntó Rebeca llena de curiosidad.

—¡Nada!, se quedó callado. Después me miró a los ojos, cosa que nunca antes lo había hecho, y me pareció verle algo conmovido por primera vez en mi vida. ¡Hasta me pareció que soltaba una

lágrima, el viejo!, pero eso me desconcertó y pensé que me había equivocado. Él me respondió: «Haz lo que te dé la gana, llévate el caballo si quieres, es tuyo».

»A punto estuve de echarme a sus pies y besárselos e incluso pensé en llamarle padre, pero, después de dieciséis años tratándome como a un perro, no podía perdonarle así como así por un día de buenos sentimientos.

Nada más decir estas palabras, el joven Anastasio cambió de conversación y dijo:

—No perdamos más tiempo con estas conversaciones y salgamos cuanto antes de aquí. Estos señores pueden aparecer en cualquier momento y cuando lo hagan tenemos que estar a muchas leguas de distancias para que les sea imposible encontrarnos.

—Llevas razón. Ya estamos preparados, he cogido todo lo necesario para un viaje largo. Nunca sabremos si volveremos a estas tierras que nos han visto nacer. Ahora tu ayuda será muy importante, tu caballo es fuerte y puede soportar más peso que nuestro borriquillo.

Los tres se pusieron en camino. El borriquillo que ahora se le veía fuerte y sano cabalgaba junto al corcel negro, un buen caballo acostumbrado al campo y a la caza y que no se solía asustar por nada. El asno trotaba a su lado con aire noble, como si quisiera darse más importancia de la que tenía, estiraba las orejas y las ponía de punta, a la vez que levantaba el lomo y su trote era más elegante y seguro; los tres viajeros que notaron la diferencia se echaron a reír, mientras le daban palmaditas en la grupa y el hocico y le decían: «¡Vamos, borriquillo vamos!».

En una de las callejuelas alejadas de la parte baja de la ciudad de Toledo, cerca de las murallas, había una taberna donde la mayoría de sus clientes eran rufianes y gente de mala condición. Allí se planeaba toda clase de fechorías y se contrataba a los sicarios para que, por un puñado de monedas, dieran una puñalada en la oscuridad de la noche, en cualquier esquina o callejuela, a la persona que se le había ordenado.

Allí se encontraban como peces en el agua Teodora y su primo, pues eran del mismo ambiente, tomando unas jarras de vino y planeando la siguiente fechoría.

A esas horas de la mañana apenas había público, exceptuando algún viajero perdido que ignoraba dónde se había metido. Los demás malhechores dormían en sus casas pues eran gentes de vida nocturna, ya que de noche es cuando mejor se realizan los trabajos que ellos están tan acostumbrados a hacer.

En una mesa apartada había un borracho que dormía la mona tendido encima de la mesa con los brazos sirviéndole de almohada. De pronto se despertó, levantó la cabeza y vomitó. El tabernero, un hombre obeso, se acercó echando pestes por la boca, llevaba puesto un mandil tan sucio y apestoso que no se sabía de qué color era, dio varias voces a una sirvienta para que saliera, cogieron al borracho por los hombros en volandas y lo echaron a la calle; este, que apenas se tenía en pie, cayó rodando al suelo mientras los transeúntes que en ese momento pasaban por allí se apartaban como si tuviera la peste, y la chiquillería que se había arremolinado alrededor del borracho comenzó a provocarle. Le dieron patadas, estirones de pelo, incluso uno de ellos se sacó la colita y empezó a orinarse encima de él.

—Cuando llegamos a la granja con el alguacil ya se habían marchado —dijo el primo de Teodora—. Buscamos por todas partes, pero allí no había nadie. Habían dejado todo como si fueran a volver: animales, gallinas, un gallo, varias ovejas y una cabra, y bastante comida. Estuvimos esperando toda la tarde pensando que a lo mejor habían salido a hacer algunos recados y que volverían, pero no fue así. Tenía toda la pinta de que habían huido. Me imaginé que alguien les había alertado, así que debían de llevar horas, incluso una jornada o dos de ventaja.

—Qué mala suerte, ahora que la tenía casi en mis manos —dijo Teodora con rabia—. ¿Qué pasó con todo lo que había en la granja?

—Los muy bastardos... —respondió su primo molesto—. Los alguaciles se lo llevaron todo, estaban contentísimos. Si los hubiera entregado a la Inquisición tendrían que haber entregado las cosas requisadas, pero de esta forma ellos dirán que en la granja no encontraron nada y que estaba vacía, por eso ni se molestaron en salir a buscarles.

—Pero la granja es de tu señor, él también tiene derecho a sus pertenencias.

—¿¡Mi amo!? Ese, la mayoría de las veces, está borracho o persiguiendo a una doncella o doncel, pues el hombre tiene ya tanto vicio que lo mismo le da. Total, ¿para qué?, si dicen que el pito ya no le funciona...

—Precisamente, yo tengo un remedio para eso... Si me pones en contacto con tu amo se lo podría vender, verás como el hombre repite.

—No sé, prima. Una curandera de mi ciudad que tiene fama de curar todo lo incurable, le mandó algo por el estilo y para lo único que le ha servido es para tirarse más tiempo durmiendo de lo que ya lo hacía antes. Después se levanta de unas maneras..., como poseído, reclamando más medicina de ese potingue. A tanto ha llegado la cosa que la bruja o curandera dice que ya no tiene más y que lo último se lo ha consumido él. Entonces mi señor le pide que fabrique más o que lo busque, pero ella argumenta que no sabe de dónde sacarlo, que se lo vendió un médico árabe hace tiempo a su paso por la ciudad. A tal llegaron las cosas que la curandera se tuvo que marchar de allí por la insistencia de mi señor.

—Pero la mujer sacaría un buen dinero.

—Ja, ja, ja, ¿dinero? —contestó su primo muerto de la risa—. Nada más que quebraderos de cabeza y tener que abandonar corriendo la ciudad. Mi amo compra, pero él nunca paga, y si lo hace alguna vez es por interés, para más tarde sacarte algo de provecho.

—Déjalo, primo. Volvamos a lo que nos ha traído hasta aquí. ¿Quién crees que avisó al judío y su hija?

Su primo, que siempre estaba espiando y controlando todo cuanto se movía a su alrededor para así ver si en un momento oportuno podía aprovecharse de la situación, dijo:

—Está claro que fue Anastasio, el hijo bastardo de mi señor. Se ha enamorado de la judía, él fue quien me dio las pistas para averiguar quiénes eran los que se habían metido en la granja.

—¿Crees que podríamos encontrarlos?

—Es muy difícil, prima. Vete a saber qué ruta han cogido, además nos llevan mucho tiempo de ventaja; para eso se necesitaría tiempo y dinero. Yo dispongo de tiempo, pero no de dinero.

Teodora tenía el presentimiento de que tarde o temprano terminaría sacándole dinero a la muchacha, de una forma o de otra siempre se las arreglaba para conseguir lo que se proponía.

Su primo sabía que Teodora no era tan pobre como aparentaba, y sabía también que guardaba en algún sitio su dinero, pero desconocía el lugar donde lo escondía. Tampoco se podía imaginar cuánto poseía, hacía tiempo que estaba tratando de averiguarlo. Si hubiera sabido la cantidad de dinero que la alcahueta tenía de verdad, su vida no hubiera durado ni un suspiro. Es más, varias veces se le había pasado por la cabeza torturarla y sacarle dónde lo tenía escondido, para después asesinarla. Desde luego no le faltaban escrúpulos para hacerlo, pero pensaba que todavía no había llegado el momento.

—¿Si te doy dinero para que salgas en su busca, me la traerías? ¿Lo harías?

Se le abrieron los ojos de par en par, como si hubiera visto un puñado de monedas de oro.

—¿De cuánto me hablas, prima?

Teodora contestó rápidamente, como si ya tuviera su respuesta pensada desde hacía tiempo.

—Diez maravedíes por la búsqueda y un doblón de oro si la encuentras y me la traes.

—¡Prima, eso es una miseria! No sé el tiempo que tardaré en encontrarlos, puede que tarde

días, incluso semanas...

—¡O nunca! —le interrumpió Teodora enérgicamente—. Y ese dinero que pensaba ahorrarlo para mi vejez no lo volveré a ver más.

—Pero, si encuentro a la judía, tú ganarás una fortuna con ella, tendrás toda su vida para beneficiarte.

—¡Primo! Tú encuéntrala. Si lo haces, te prometo que iremos a medias en el negocio.

El primo de Teodora aceptó aquella empresa. Sabía que su prima era inquebrantable en cuanto a dinero y, a pesar de ello, el resto de la tarde se dedicó a regatear las condiciones, pero la mujer fue inflexible y no cambió nada de lo que dijo al principio. Así que su primo se marchó con los diez maravedíes en el bolsillo, y con la promesa de un doblón de oro por la captura de la judía y los beneficios a medias. Sabía que la vida de su prima no valía nada. Si ella no cumplía con lo pactado sería la oportunidad que siempre había estado esperando.

Mientras caminaba por las calles de Toledo le vino a la memoria cómo había dado con aquel judío sentenciado en la plaza de Toledo por la Inquisición. Sabía que la sentencia incluía el compromiso de permanecer durante un año sin salir de la ciudad en penitencia, cumpliendo con los designios que manda la Iglesia.

En más de una ocasión, cuando su amo le había enviado a Toledo para cobrar unas rentas o comprar algo de lo que Consuegra carecía, los había vigilado y espiado; pero su vigilancia era vana, ya que apenas salían al exterior y cuando lo hacían no coincidían. Así que tuvo que dejarlos esperando otra oportunidad. Él mismo sabía que esa oportunidad siempre acaba apareciendo, como el zorro que espera pacientemente agazapado entre la hierba a que salte la liebre para echarse encima de ella.

Pero un día su presa, la presa que le había mandado vigilar su prima, desapareció como por arte de magia y nadie en toda la ciudad conocía su paradero.

Las autoridades eclesiásticas echaron una cortina de humo sobre el asunto, como si esas personas nunca hubieran existido, y Toledo siguió su ritmo, incluso ellos mismo se tuvieron que olvidar del asunto.

Hasta que un buen día, llegó Anastasio enamorado de una princesa, una princesa tan hermosa como las flores o las mismas diosas del monte Olimpo. El joven solo hablaba de ella, de su porte, de su majestad, de sus encantos, de su dulzura, y contaba que con ella había un viejo, que venían del norte para que la joven mejorase la salud de un mal de eso del pecho.

Fue atando cabos y un día se acercó hasta la granja y, escondido, los espió. En cuanto los vio descubrió que eran ellos.

Aquel día marchó de allí corriendo para darle el aviso a su prima, y establecer un plan de captura.

El plan era muy sencillo, pondrían en conocimiento de las autoridades la fuga, ya que la denuncia no hacía falta, pues el judío había incumplido la ley. A las autoridades no les quedaba más remedio que dar orden de apresamiento; y una vez apresados, el primo sobornaría a los guardias para quedarse con la hija, alegando, además, que ella no había incumplido ninguna ley. El aprovecharía la situación y se la beneficiaría todas las veces que quisiera. Así, cuando Teodora la cogiera, la muchacha estaría terriblemente asustada y caería en sus manos dócilmente y acabaría haciendo lo que esta quisiera.

Pero tuvo la suerte y el destino que el mismo día que los denunciaran, su fiel y querida criada María, que era la única persona en todo Toledo que conocía su secreto, estaba en casa del Inquisidor General como sirvienta cuando vino uno de los guardias para informarle a este sobre la denuncia. Ella lo escuchó todo escondida detrás de la puerta.

Vio cómo al mismo inquisidor le molestó aquella información, pues tenía muchos casos pendientes todavía, y aquello era un contratiempo inesperado.

Su fiel criada no perdió tiempo y mandó aviso al señor Rodrigo de Mendoza para que pusiera en alerta a Aharon y Rebeca.

Llevaban jornada y media de viaje desde que habían salido de la comarca de Consuegra. No se dirigían a ningún lugar en concreto, su prioridad era alejarse lo más rápido posible de la granja para que nadie les pudiera dar alcance o pudieran descubrir qué rumbo habían cogido. Ahora la marcha era más tranquila, pues estaban agotados. Seguían el camino como si fueran sonámbulos, en ningún momento del recorrido habían parado ni siquiera para dormir.

Llegaron a una encrucijada de caminos, donde había una cruz de piedra y al lado de la cruz una fuente con un gran caño, de donde salía un buen chorro de agua cristalina para dar de beber al sediento caminante y a sus animales en el abrevadero de piedra.

Al lado crecía un gigantesco roble con sus hojas verdes completamente extendidas que hacía las delicias del viajero fatigado. Normalmente los caminantes se quedaban en aquel lugar un buen rato descansando bajo la sombra de aquel hermoso árbol.

En ese momento había un arriero que estaba descansando y dando de beber a sus animales. El hombre les saludó muy campechanamente.

—Padre, descansemos un rato en este lugar mientras calmamos el hambre de nuestros estómagos y saciamos la sed con un buen trago de agua fresca —dijo Rebeca mostrando cara de cansancio.

—No hubiéramos encontrado mejor lugar que este para hacerlo.

Lo primero que hizo Anastasio fue acercarse a los animales al abrevadero para que bebieran toda el agua que les apeteciese, cosa que los dos cuadrúpedos agradecieron pues el sol apretaba con fuerza y la marcha había sido larga. Después los dejó libres en los pastos que había por los alrededores.

—Padre, es momento de decidir hacia dónde dirigirnos. No podemos seguir un camino sin ton ni son solamente por el mero hecho de alejarnos de la granja. Ya es hora de fijar una dirección.

Aharon había estado callado durante todo el viaje, apenas había dicho nada desde que salieron huyendo de la granja.

—Sabes que desde hace tiempo me puse en tus manos, yo ya soy viejo y para lo único que sirvo es para estorbar...

Rebeca interrumpió sus palabras y le contestó:

—¡Padre!, no digas más tonterías.

—Hija calla y escúchame —el hombre tomó aliento y dijo—. Sabes que mi corazón se resiste a no volver a ver a tu hermano. Algo dentro de mí me dice que antes de morir le volveré a ver, y si nos alejamos mucho de nuestra tierra...

—Padre, nos encontrará, tenemos que alejarnos y cuanto más mejor.

—Podríamos seguir la misma ruta que tu hermano había previsto. A lo mejor, quién sabe...

—Padre, el camino que Samuel y David eligieron está lleno de peligros. Está la guerra contra los moros en Granada y está la sierra que separa Castilla del Al-Ándalus, que, como bien sabes, está plagada de bandidos—. Esa ruta es muy peligrosa.

Mientras Rebeca y su padre discutían sobre el camino que debían seguir, el joven Anastasio se había separado de ellos desde hacía un rato, pero no le habían echado en falta pues estaban muy absortos en la conversación.

—Lo mejor es que tomemos la ruta hacia el levante, he oído hablar que es una tierra generosa y muy rica. Si nos guiamos bien, para mediados de verano estaremos viendo el mar, ¿has visto

alguna vez el mar, padre?

A Aharon le brillaron los ojos, había oído hablar tanto del mar, que aquello le parecía como un sueño de niños.

—No hija, pero siempre he deseado verlo.

—Entonces padre, está decidido, nuestro rumbo y camino será hacia el levante, y que Yahveh nos proteja.

Justo en ese momento apareció Anastasio sonriente, llevaba en las manos una liebre grande y hermosa, que aunque estaba viva se la veía resignada a su suerte.

—Esta noche será nuestra cena —dijo el muchacho alegre.

Como los días eran largos, pues estaban al principio de verano, aprovecharon los últimos rayos de luz para seguir su camino, y de vez en cuando se encontraban con campesinos y jornaleros que volvían de trabajar las tierras, con alguna que otra carreta cargada de fruta o verdura, y otros arrieros y mercaderes que se trasladaban a las diferentes ferias de las ciudades para vender sus productos.

Los caminos por el día solían estar muy transitados, aunque cuando uno se alejaba de las poblaciones, el número de personas con las que se cruzaba se reducía bastante, pero por aquella zona había muchos núcleos urbanos habitados. Únicamente por la noche los viajeros se apartaban del camino y buscaban refugio para evitar sorpresas inesperadas de bandidos y asaltantes.

Desde que Isabel y su marido Fernando habían subido al trono, la cantidad de soldados y policías creados para proteger los caminos se había incrementado mucho y actualmente los que servían de arteria a las grandes ciudades eran mucho más seguros que antaño. Pero a la caída de la noche, como si un manto negro lo cubriera todo, los caminos se convertían en un lugar fantasmal, y en cualquier encrucijada, en cualquier lugar de florida vegetación o en cualquier matorral podía aparecer la figura de un bandido o quién sabe, si la de un hombre lobo... Había un sinnúmero de leyendas, cuentos e historias fantásticas que se contaban al resplandor del fuego en el interior de las casas.

Habían intentado llegar hasta la próxima aldea antes del anochecer, pues un campesino les había dicho que allí podrían conseguir fonda, pero no encontraron bien el camino hacia el pueblo y al ver que la oscuridad se cernía sobre ellos decidieron apartarse del camino y buscar un lugar seguro y distante donde nadie les pudiera ver. Encontraron la choza de un pastor vacía y se metieron, pasarían la noche allí; encendieron un pequeño fuego, la cabaña estaba bien preparada con leña, y tenía algunos utensilios para asar carne y calentar comida.

Anastasio desolló la liebre que había cazado en la mañana. Mientras andaban por el camino recogieron unas cuantas hierbas aromáticas para dar mejor sabor a la caza cuando la preparase en el fuego. Era casi noche cerrada y en el cielo ya se empezaban a ver las primeras estrellas que brillaban con mucha intensidad.

La cabaña donde se habían refugiado estaba construida de adobe, con el techo cubierto de ramas secas. Les había venido de maravilla encontrarla, pues a pesar de ser verano, las noches castellananas eran bastante frías, así que los tres se encontraban muy a gusto sentados junto al fuego, en completo silencio, viendo como las llamas asaban la carne que había sido aliñada con hierbas. El asado emitía un olor tan fuerte que hubiera despertado a un muerto.

Pero por los alrededores no reinaba del todo la paz y la tranquilidad; escondido tras unos matorrales estaba el primo de Teodora que con la excusa de cobrar unas rentas de su señor por la comarca se había marchado en busca de la judía y su padre.

Al día siguiente a la partida de los fugitivos, se había puesto en marcha. Sabía que era casi imposible hacerse con ellos, sería como buscar una aguja en un pajar, pero tenía que justificar los

maravedíes que su prima le había entregado. Así que cogió a boleto uno de los caminos más importantes y se dispuso a seguirlo hasta llegar a la próxima villa y gastarse uno de esos maravedíes en mujeres y vino. Con tan mala suerte para nuestros amigos que en una de las encrucijadas, no sabiendo muy bien qué camino coger para ir a la siguiente ciudad, se topó con un arriero que casualmente era el mismo al que nuestros amigos le habían preguntado por una posada.

—Menuda doncella viajaba con ese muchacho y ese anciano. En mi vida he visto mujer así. Miedo me daría viajar con ellos por temor a ser asaltados con la intención de querer aprovecharse de la joven. Ellos parecían viajar muy decididos, sin ninguna clase de temor y parecían tener prisa.

—¿No sabrá por casualidad a dónde se dirigían? —preguntó el primo de Teodora.

—Ni lo sé ni me importa. Ellos no dijeron nada, solo que tenían prisa por continuar el viaje.

Viendo que el arriero no hablaría más de la cuenta, y que se disponía a seguir y no entretenerse más con la conversación, sacó de sus alforjas una bota de vino y un buen trozo de queso, y como sabía que todo buen arriero que se precie es un buen catador de los caldos de los dioses y un tanto glotón, le ofreció vino y un buen trozo de queso.

—Ande, buen hombre, moje con un buen trago de este excelente vino su gaznate, que hoy el sol echa fuego, como si estuviéramos en las mismísimas calderas de *Pepe Botero, y sacie su hambre con este pedazo de buen queso, seguro que no habrá probado otro igual.

El arriero, que no era hombre que desechara un rato de conversación y mucho menos beber un buen trago, aceptó la invitación, y los dos juntos se apartaron del camino y después de dejar sus mulas a buen recaudo, se acercaron a la sombra de un árbol y allí comenzaron a beber y a comer tranquilamente, mientras el primo de Teodora le sacó mucha más información de la que le había dado al principio.

**Es un dicho popular y se refiere al infierno y al diablo.*

—Yo creo que no sabían muy bien qué ruta seguir, oí cómo discutía la hija con el anciano, y parece ser que decidieron ir hacia el levante. Todavía no habrán pasado Alcázar de San Juan, pienso que mañana a muy tardar estarán cerca. Veo que anda muy preocupado por ellos, ¿acaso le deben algún arriendo o algo por lo que merezca la pena encontrarlos? —dijo el mulero, después de soltar una gran carcajada.

El primo de Teodora, como era pícaro de nacimiento y poseía una gran agilidad mental, mostró una sonrisa irónica y le contestó:

—No, amigo mío, soy un pariente cercano de ellos. Los estoy buscando para darles la noticia del fallecimiento de un hermano del anciano y de una rica herencia que le ha dejado.

—Si es así, bienvenida sea, no todos son propietarios de tierras y heredan algo, pues el que ha nacido pobre más pobre morirá, y el que ha nacido heredero más rico morirá.

Al cabo de un rato los dos se despidieron, el arriero iba bien soplado de vino y le costó trabajo subirse a una de sus mulas, mientras que el primo de Teodora viendo la posibilidad de poder darles alcance al día siguiente, o si viajaba deprisa al final de la tarde, se olvidó de la juerga que antes pensaba realizar y decidió ir en su búsqueda. No dejaba de imaginar las buenas monedas de oro que sacaría a su prima por la cautiva, pues una vez en su poder, si esta quisiera recuperarla tendría que pagar una buena recompensa más los beneficios que de ella sacaría, pues la judía con su hermosura valía su peso en oro.

De esa manera, antes de que la tarde escupiera sus últimos rayos de sol, en un repecho del camino el primo de Teodora los vio a lo lejos. Sabía que se trataba de ellos, por la figura del caballo y por el paso lento del anciano, que a veces iba montado sobre la mula, otras veces sobre el caballo y otras iba andando, pues los huesos de los ancianos no están hechos para soportar el

esqueleto de las monturas.

Ahora estaba agazapado entre los matorrales esperando saltar sobre su presa cuando todos dormiesen. No paso más de un par de horas cuando el fuego se había casi extinguido y todo ellos dormían a pierna suelta por el cansancio del viaje. Aprovechó la luz que le brindaba la luna llena para entrar como un león hambriento en la cabaña. Dio un porrazo en la cabeza al primero que pilló; se trataba del padre de Rebeca que con el golpe se quedó inconsciente. Dio también una patada con todas sus fuerzas en el estómago al joven Anastasio y el pobre se quedó allí tirado retorciéndose de dolor; por último, como si fuera una gacela, saltó encima de la muchacha y la ató fuertemente las manos con una cuerda.

Todo fue tan rápido que ninguno de los tres supo reaccionar. Pasados unos minutos Anastasio se recobró del dolor y la joven Rebeca con la cara asustada y desencajada por el pánico empezó a comprender lo que había sucedido y se desmoralizó por completo.

—¿Se puede saber qué haces aquí, y cómo has osado tratarnos de este modo? —le preguntó Anastasio mientras se incorporaba.

El primo de Teodora con sangre fría respondió:

—He venido a llevarme a los fugitivos de la justicia, el Inquisidor General de Toledo los reclama.

—¿Y dónde se hallan los inquisidores? No los veo por ninguna parte.

Este se quedó confuso por un segundo, pero en seguida reaccionó y dijo:

—Andan buscándoles, pero yo les he encontrado primero.

Y como consideraba que no tenía que dar a nadie ninguna clase de explicación y menos a un inferior suyo, por mucho que fuese un bastardo de su señor, con gran arrogancia y autoridad le amenazó con un cuchillo y le exhortó:

—Venga, no puedo perder tiempo, dentro de unas horas amanecerá y quiero llegar cuanto antes a Toledo. Levanta al viejo y cárgalo sobre la mula, aunque ha recibido un buen golpe, la cabeza de este viejo judío es muy dura y seguro que se recobra en seguida.

El joven Anastasio, armándose de valor, le contestó:

—Tú no te llevas a nadie de aquí. Si quieres puedes irte por donde viniste y todo quedará en paz, sino te aseguro que toda mi furia caerá sobre ti y uno de los dos tendrá que morir.

Dijo aquellas palabras con tanta fuerza y odio, que el primo de Teodora se quedó un poco desconcertado. Conocía al muchacho de toda la vida y había visto que en el último año su cuerpo se había transformado casi en el de un hombre adulto, alto y fuerte, pero se le veía en la cara que todavía era un chaval, por lo que después de mirarlo sorprendido se rió de él.

—¿Tú, mocosito, te vas a enfrentar a mi cuchillo? —dijo, mostrando una navaja grande con una hoja larga y reluciente que brillaba a la luz de la luna.

Entonces Anastasio agarró con rapidez un palo fuerte y grande que le había servido durante todo el camino, lo levantó con toda sus fuerzas y si no llega a ser porque el primo de Teodora lo esquivó con gran maestría le hubiera atizado tal golpe en la cabeza que lo habría matado. Justo cuando este lo esquivaba se agachó y se abalanzó sobre el muchacho y a punto estuvo de atravesarle el corazón, pero gracias a los reflejos de Anastasio le dio una puñalada en uno de los brazos, y empezó a sangrar abundantemente. El primo de Teodora ya se veía vencedor, pero a su espalda estaba Rebeca que prestamente le asestó con una gran piedra que llevaba en las manos sobre la cabeza y este se desplomó en el suelo mientras por su frente caía un hilillo de sangre. Ni siquiera le dio tiempo a emitir un gemido de dolor cuando cayó de bruces.

Todo había transcurrido muy deprisa, gracias a la rapidez de Rebeca librándose de las ataduras de las manos, el joven Anastasio se salvó de una muerte segura, y Rebeca y su padre se libraron

de un terrible destino.

Desde niños uno de los juegos favoritos de Rebeca y sus hermanos era atarse las manos y el cuerpo, y quien antes se soltara ganaba, por eso ella tenía mucha habilidad en deshacerse de una ligadura. Además, debido a sus largas y finas manos tenía mucha más facilidad que sus otros dos hermanos, y casi siempre ganaba el juego.

Aharon se incorporó, había perdido durante un rato la conciencia, pero ahora se estaba recuperando con la ayuda de su hija, que le había puesto un pañuelo mojado con agua fresca sobre la herida de la cabeza. Mientras, el joven Anastasio se empezó a debilitar debido a la pérdida de sangre, y Rebeca trató de cortar la hemorragia.

—Tienes que apretarle con una cuerda por encima de la herida para cortar la hemorragia, hija.

—¿Así, padre? —preguntó Rebeca apretando con todas sus fuerzas para que la sangre dejara de salir.

—Ahora coge un trozo de tela y véndaselo. Mientras tanto yo buscaré algo con lo que hacer una cataplasma.

Aharon tenía conocimientos de medicina y sabía preparar algún que otro unguento, pues su abuelo había sido un médico de la aljama toledana muy conocido y respetado. Cuando era niño pasaba muchas horas con el anciano preparando toda clase de brebajes y curas. Todos pensaban que acabaría siendo médico, pues tenía un talento natural para ello, pero el destino hizo que cambiara de idea y se hiciera con los negocios de su padre, que murió muy joven. Siempre que podía seguía practicando la medicina y haciendo toda clase de pócimas; utilizaba sus conocimientos y sus brebajes con su propia familia. De ese modo cuando alguno se ponía malo o se hacía daño nunca tuvo que recurrir a un matasanos.

—Padre, me parece que he matado a ese hombre —dijo Rebeca cuando la herida de Anastasio dejó de sangrar.

El viejo se arrodilló al lado del cuerpo todavía inerte del hombre, le cogió la mano y tomándole el pulso, dijo:

—Hija, has estado cerca, pero este hombre todavía sigue con vida.

Anastasio y Rebeca se miraron a los ojos, los dos pensaron lo mismo.

—Pero si está con vida ¿qué haremos? ¿Y si se despierta y vuelve a atacarnos? —preguntó la joven confusa y nerviosa.

Los tres se quedaron pensativos, hasta que el padre rompió el silencio.

—Lo mejor será dejarle aquí y que Yahveh decida su destino. Nosotros nos llevaremos su mula y ya no nos podrá seguir por mucho que quiera —resolvió Aharon.

—Creo que no deberíamos preocuparnos más por él —respondió el joven—. Los lobos han olido la sangre caliente y parece que andan al acecho. Si no nos vamos cuanto antes de aquí a lo mejor alguno de nosotros será su cena.

Durante toda la noche el aullido lejano de los lobos había estado presente, pero en raras ocasiones atacaban a los humanos, sobre todo si estos iban en grupo y estaban cerca de un fuego. Pero esa noche era distinta y el olor de la sangre debió de atraerlos, pues se intuían sombras que parecían estar acechando a los animales que habían dejado atados pastando a poca distancia.

Las leyendas y cuentos que circulaban en torno a estos animales eran numerosos; en ellos se les trataba como si fueran el mismo diablo. No había ningún pueblo, aldea o villa que no tuviera su propia historia tenebrosa, pero la realidad era bien distinta. Si atacaban a un humano era debido al hambre por la falta de caza o bien porque habían olido la sangre.

Anastasio y Aharon cogieron ramas secas que estaban ardiendo en el fuego y las utilizaron como antorchas, con ellas se acercaron a su caballería y con gran esfuerzo lograron que los lobos

se alejaran; aprovecharon la ocasión para salir velozmente sin echar la vista atrás, dejando al primo de Teodora tirando en el suelo, al lado de un charco de sangre.

Aunque se habían alejado un buen trecho seguían asustados y trataron de hacer el menor ruido posible para no alertar a ningún bandido. Al cabo de dos horas el sol empezó a salir por el horizonte y empezaron a tranquilizarse. Conforme avanzaban, el sol estaba cada vez más alto y la luz era más brillante.

Llegó un momento en que ya no viajaban solos, unas cuantas carretas se cruzaron en dirección contraria a la de ellos y ambos grupos se saludaron con una sonrisa, como si todos se alegrasen de ver gente como ellos. Más tarde pasaron junto a ellos campesinos y grupos de jornaleros a pie, incluso una pareja de la *Santa Hermandad. También se cruzaron con ellos unos soldados del rey montados a caballo que vigilaban los caminos; estos los siguieron con la mirada, pero no notaron nada extraño en un anciano, una bella joven y un muchacho que seguramente iban a casa de algún pariente para alguna celebración; así que reanudaron su camino.

Llevaban un buen trecho andado desde que salieron huyendo de los lobos y de las garras del primo de Teodora, pero todavía miraban hacia atrás por miedo a encontrarse con alguien sospechoso o con aquel hombre que les había seguido. A veces Rebeca pensaba que no tenían que haber dejado con vida a ese hombre, de esa forma estarían más seguros y su viaje sería más tranquilo, pues dejarían de temer que en cualquier esquina, estaría esperándoles. La marcha había sido incesante, pero llegó un momento en que el agotamiento les obligó a pararse a la sombra de unos árboles junto a un pequeño arroyo, por el que corría una agua cristalina.

—Padre, ¿crees que hicimos bien dejándole allí con vida? —fueron las primeras palabras de Rebeca en toda la mañana.

—¿Qué hubiéramos tenido que hacer, quitarle la vida?

Su hija se quedó pensando, no se atrevía decir aquellas palabras, pero al final se decidió y dijo:

¡Sí, padre! —dijo Rebeca furiosa—, tendríamos que haberle matado; de esta manera nunca podré dormir tranquila, siempre dudaré si ese hombre está detrás de nosotros como una sombra.

**Precursora de la actual Guardia Civil.*

—Me sorprendes, hija. Qué rápido te has olvidado de las enseñanzas de nuestro pueblo, nuestra fe no nos permite quitarle la vida a nadie, sino darla.

—Lo sé, padre, pero han ocurrido tantas cosas en poco tiempo, que dudo de quién soy y de dónde vengo.

—No te apures ni te aflijas, cuando menos te lo esperes él te guiará de nuevo por el camino correcto. Yo, cuando estuve en aquellas mazmorras, me desesperé y casi me vuelvo loco. Pero un día entró un rayo de luz en mi celda. Era imposible, no me explicaba cómo había entrado, pues mi celda estaba en los sótanos de unas antiguas bodegas. Aquel haz de luz me hizo recuperar la fe perdida.

Rebeca guardó silencio. Por nada del mundo quería herirle, pero le hubiera gustado decirle que ella ya había perdido la fe por completo. ¿Qué era la fe, sino una vana ilusión en un camino oscuro y tenebroso lleno de espinas? ¡Ah!, si volviera a vivir los sueños de su infancia y recordar la festividad de **Sukkot* o la de *Rosh Ha-shanah* (la de año nuevo) en su aljama querida, en la época en la que todos sus vecinos eran amigos y todo transcurría tan plácidamente que parecía que nada ni nadie lo pudiera estropear.

Reanudaron el trayecto y un pequeño grupo de muleros llegó a su altura con las mulas cargadas hasta arriba. Viajaban deprisa y los pasaron sin decir nada, pero al cabo de un rato uno de esos muleros que se había quedado rezagado del grupo, pues viajaba más tranquilo, se puso al lado de

ellos y les habló:

—Buenos días, tengan sus mercedes.

Aharon fue el primero en corresponder al saludo.

—Las prisas nunca son buenas. Mirad sino a mis compañeros, que corren como si entre ellos estuvieran echando una carrera.

El mulero parecía tener ganas de conversación.

—Para qué tantas prisas, para nada. Al final todos hacemos el mismo camino, unos llegan antes y otros más tarde. Como ese pobre infeliz que ha encontrado un pastor esta mañana cerca del camino. Se lo habían comido los lobos, solo habían dejado una cuarta parte de su cuerpo, algo tuvo que espantarlos, pues sino no habrían dejado ni los restos.

Los tres se miraron con cara de sorpresa.

—¿Ha sido muy lejos de aquí? —preguntó Aharon.

—¡No, no! Muy cerquita, a unas pocas leguas, a una media jornada de marcha.

**Sukkot o fiesta de los tabernáculos. Conocida popularmente entre los judíos españoles como Pascua de las Cabañuelas. Esta fiesta, la última del otoño, tiene por objeto conmemorar la protección divina que el pueblo de Israel recibió durante los cuarenta años que duró su tránsito por el desierto, tras la huida de Egipto.*

A punto estuvo Rebeca de soltar un grito de alegría, pero controló sus emociones.

Por una parte la muchacha sentía lástima de ese miserable por la forma tan cruel en la que había acabado, pero por otra no podía evitar estar contenta, se habían quitado un gran peso de encima.

—¿Van muy lejos? —preguntó el mulero.

—No, hacia Alcázar de San Juan.

—Pues si se dan un poco de prisa, es probable que antes de anochecer vean la torre de la iglesia.

El arriero, al ver que la marcha que llevaban los tres viajeros era más lenta de lo que él estaba acostumbrado, decidió despedirse y arreando a sus mulas se alejó al trote.

Rebeca, cuando se aseguró de que se habían quedado solos, dijo:

—Ya no tenemos que preocuparnos más por ese miserable, al final Yahveh le ha dado su merecido.

—Debió de recobrar el conocimiento, pues según ha dicho el arriero lo encontraron cerca del camino —dijo Anastasio.

—Sí, hijo, debió de ser así. Que Yahveh se apiade de su alma.

Anastasio no paraba de tocarse la herida del brazo y cuando lo hacía mostraba una mueca de dolor en su cara.

—¿Te duele mucho, hijo? —preguntó Aharon con afecto.

—Sí, bastante, pero lo puedo soportar.

—Cuando paremos volveré a ver cómo va la herida.

Se pararon junto a una fuente donde había un grupo de personas cogiendo agua y refrescándose debido al calor que estaba empezando a hacer a esas horas. Desde que conocieron la noticia de la muerte de aquel hombre estaban más tranquilos; les había hecho sentirse más seguros y decidieron quedarse allí un rato y aprovechar para almorzar y curarle la herida a Anastasio. Cuando Aharon le quitó la venda, asomó a su cara un gesto de preocupación.

—No me gusta el color que está tomando la piel de tu brazo.

El joven pareció asustarse por las palabras del viejo.

—No te preocupes, muchacho, pronto sanará, pero necesitaré unas pócimas y unos instrumentos

que aquí no tengo —le dijo para tranquilizarlo.

El rostro del joven se había cubierto de sudor, y las pupilas de sus ojos parecían inyectadas en sangre. Rebeca se acercó a él y con un trozo de tela mojada en agua fresca le cubrió la frente.

—Padre, está ardiendo...

—Lo sé, tiene mucha fiebre, pero aquí no tengo ningún remedio. Tenemos que acercarnos lo antes posible a la población más cercana, sino... —entonces Aharon se quedó en silencio, no quería pronosticar ningún acontecimiento, pero el cariz que estaban tomando las cosas no le gustaba nada.

—Tendremos que ir al galope —dijo Rebeca muy decidida.

Como la ruta a seguir era incierta, pues no estaban completamente seguros de por dónde tenían que continuar, acordaron que si veían a alguien le preguntarían. Pero habían recorrido un buen tramo y seguían sin encontrarse con nadie, y llegaron a una encrucijada de caminos, así que no estaban seguros de qué dirección debían tomar. De pronto, delante de ellos vieron a un hombre solitario tapado de pies a cabeza, que se apoyaba en un bastón grande.

—Mirad a ese buen campesino, seguro que nos sabrá decir la ruta que tenemos que seguir y la población que queda más cerca —dijo entusiasmada Rebeca.

—Hija, cuidado, no te acerques hasta él.

—¿Y eso por qué, padre?

—¿No ves que es un leproso?

Al decir aquellas palabras Rebeca hizo un gesto de repulsión y temor a la vez; justo entonces escucharon un tintineo de campanas, que alertaba que estaban delante de un leproso.

Rebeca se armó de valor y le contestó a su padre:

—De todas formas tendremos que preguntarle si sabe guiarnos.

Rebeca era muy tozuda, y Aharon sabía que por mucho que tratara de persuadirla, ella lo haría de todas maneras.

—No te acerques demasiado, pregúntale de lejos y no te bajes del caballo.

Cuando terminó de decir esto, Rebeca ya estaba a la altura del hombre.

—Buenas tardes, buen hombre, ¿sabría decirnos qué camino deberíamos de seguir para ir a la ciudad o pueblo más cercano? Llevamos con nosotros a un enfermo y si no encontramos rápido una posada y pócimas para la fiebre, es posible que termine muriendo.

El caminante que tenía totalmente el rostro tapado por una capucha permaneció callado por unos segundos, giró la cabeza y observó detenidamente a los tres viajeros que se habían acercado hasta él; entonces dijo:

—Como vosotros, soy un viajero que viene de tierras lejanas y no conozco esta región; pero... —el hombre guardó silencio por unos segundos como si estuviera pensando lo que a continuación iba a decir—, si queréis puedo echar un vistazo a vuestro enfermo, entiendo bastante de estas cosas y a lo mejor podría hacer algo por él.

Rebeca no sabía qué decir, tenía plena confianza en su padre, él también asistía a los enfermos, no necesitaba de nadie más y menos de un leproso.

Mientras, Aharon y Anastasio se acercaron hasta donde Rebeca estaba.

—Padre, este buen hombre dice que entiende mucho de enfermos y que le gustaría echarle un vistazo.

Aharon, un poco preocupado a la vez que horrorizado por la cercanía que su hija mantenía con el leproso, contestó:

—Este buen hombre entenderá mucho de enfermos, pero es él el que está enfermo de verdad y si nos acercamos demasiado seguro que acabaremos cogiendo esa terrible enfermedad.

El desconocido, al oír esas palabras, se quitó el capuchón que le cubría totalmente la cabeza y mostró un rostro blanco, un pelo largo y canoso, una prominente barba totalmente blanca y unos ojos totalmente azules que transmitían serenidad si los mirabas, parecía un profeta. A pesar de su apariencia, se trataba de una persona todavía joven, no debía de tener más de cuarenta años.

—Amigos, mi atuendo y mi disfraz de leproso no tiene otro propósito que el de espantar a los asaltantes y ladrones que me he encontrado por todos los caminos de Europa y de Hispania. Si no hubiera sido por este disfraz, y por otros muchos desde que salí de mi tierra, Egipto, hace ya más de dos años, no hubiera podido recorrer este largo viaje que todavía no he terminado.

»En ningún caso hubiera mostrado mi identidad, y mucho menos mi fe y mis orígenes, ya que soy árabe y vengo de una estirpe muy cercana al profeta Mahoma, si no supiera que sois gente honrada y noble.

Estudié medicina y astrología en la universidad de El Cairo con eminentes doctores que con el tiempo se convirtieron en colegas míos; influenciado por uno de ellos me decidí a viajar por el mundo.

Oí hablar de las maravillas del Al-Ándalus, de Mahimonides y de la dulzura del aire de Granada y de los jardines del palacio de la Alhambra. He sido un invitado respetado y querido en el palacio de la Alhambra para el rey Boabdil y ahora recorro los caminos de Castilla porque quiero ver con mis propios ojos el paraíso que mis antepasados un día conquistaron, donde durante cientos de años han vivido como dueños y señores, y que dentro de poco se tendrán que marchar los últimos que quedan en Hispania, como si de ladrones malhechores ansiosos de botines y de guerra se tratara. Lo único que trajimos a esta tierra agreste y salvaje fue la belleza de la poesía, las matemáticas y la astronomía, y muchas otras cosas que dignifican al ser humano. Ahora, mientras sus antepasados yacen enterrados aquí, se marcharán como si no hubieran pertenecido a esta tierra.

Aquel árabe misterioso que hablaba elocuentemente y con profundas palabras, se calló por un momento, para luego decir:

—Quiero presentarme, mi nombre es Ibrahim Ebn Abù Ajub, nacido en Egipto, de la familia Abù Ajub descendiente del mismo profeta Mahoma.

Justo en ese momento, el joven Anastasio que estaba montado a lomos de su caballo se desmayó y cayó al suelo. No cayó de golpe, sino que, como presintiendo que iba a desmayarse, se agarró con una mano a las bridas y con la otra a la crin del animal y se fue al suelo poco a poco. Todos se asustaron y corrieron rápidamente a socorrerle.

—Tiene mucha fiebre, ese es el motivo por el que ha perdido la conciencia —dijo el árabe, a la vez que le palpaba la muñeca y le tocaba la frente. Siguió mirando su cuerpo hasta que se centró en la herida que tenía en el brazo.

—Su sangre está completamente envenenada, la herida que tiene está muy fea y eso es lo que le produce la infección.

El árabe buscó en su zurrón de piel de carnero, era el único equipaje que llevaba y que lo tenía colgado en la espalda igual que los pastores. Extrajo un frasco de cristal de color verde, lo abrió y echó un chorrito en un cuenco de madera que le servía de vaso para beber, y se lo dio al joven Anastasio para que se lo tomara. Rebeca ayudó al árabe para que el joven se lo bebiera.

—Tendremos que esperar a que haga efecto este brebaje y después curarle cuanto antes la herida. Su color no me gusta y si esperamos un poco más, no quedará más remedio que amputarle el brazo, o toda la sangre del cuerpo terminará envenenándose y el joven morirá.

Aharon, que había dejado trabajar al árabe sin entrometerse ni hacerle ningún tipo de comentario, al final le dijo:

—Yo le paré le hemorragia, le unté un plasma de hierbas y rápidamente dejó de sangrar; en otros casos ya estaría bien y su herida habría mejorado.

—Aquel plasma le hizo bien para que dejara de sangrar, pero la herida que tiene fue producida por una daga de fina hoja, como se aprecia por el profundo corte, y estoy seguro de que habían impregnado la hoja de un terrible veneno mortal*.

**Era muy común por esa época que muchas personas untaran las hojas de sus cuchillos de ciertos venenos para producir más dolor o la muerte de su enemigo al cabo de los días; venenos que venían de países de Oriente y que los musulmanes manejaban fácilmente en la guerra.*

Al judío no le quedaba más remedio que aceptar la autoridad y el conocimiento del árabe, pues veía su maestría, la forma en que trataba al enfermo y todos los conocimientos que aportaba. Apenas había pasado un rato cuando el joven Anastasio abrió los ojos y mostró una sonrisa en los labios.

—Tengo una sed terrible, me bebería el pellejo de un carnero entero.

El rostro de Rebeca mostró alegría cuando vio que el muchacho hacía ademanes de querer levantarse.

—Caballero, le agradezco una y mil veces lo que ha hecho por nosotros. La medicina que le ha dado al muchacho es milagrosa, nunca había visto recuperarse a un enfermo tan rápido —dijo Aharon.

—No es un milagro, sino los estudios de mis colegas en esta ciencia. Pero tengo que advertirles que si no actuamos rápido el joven volverá a enfermar, lo que le producirá una muerte segura.

No tardaron mucho tiempo en encontrar por fin un pequeño pueblo; se trataba de Tomelloso que en los últimos años había crecido mucho. Allí podían encontrar de todo, desde una posada o fonda para alojarse hasta una pequeña feria de comerciantes que vendían los productos frescos del campo y de las granjas de la comarca.

El árabe se había unido al pequeño grupo. Había cambiado su aspecto desaliñado por la vestimenta de un musulmán cualquiera. Aunque se notaba que no era un musulmán hispánico, pues su aspecto de extranjero le delataba. Tenía, además, un porte distinguido.

Lo primero que hicieron nada más llegar a Tomelloso fue localizar una fonda donde pasar la noche y atender al enfermo hasta que este se curase por completo. Estaba en la misma plaza, al lado de la feria. Había mucho ambiente por las calles, por lo que nadie puso mucha atención a la llegada de los viajeros. La gente estaba más pendiente de sus compras o de vender que de los transeúntes que circulaban por el pueblo.

El dueño de la fonda era un hombre de baja estatura con una barriga prominente gracias a los caldos que por allí se daban y que tenían buena fama. Cuando vio a los cuatro viajeros los recibió de muy buen talante, como si se tratara de personas ilustres.

Estaba casado con una mujer grandota que le sacaba la cabeza. Decía que era de la zona de Águila de los Caballeros (actualmente Ávila), siempre le estaba dando voces y mandando, pues el hombre era muy perezoso y en cuanto esta se descuidaba, el manchego que era de temperamento templado, buen conversador y excelente bebedor se bajaba al frescor de la bodega y allí se pasaba las horas durmiendo la mona. No solo era buen bebedor y comedor, también se dedicaba a correr detrás de las dos criadas, que eran mozas de buen ver y siempre que podía las acorralaba y trataba de sobarlas; las pobres muchachas salían acaloradas de entre sus brazos.

—Vuestas mercedes pueden estar en mi casa todo el tiempo que quieran, pues en ella encontrarán excelente comida, buen pienso para los animales y mejor cama; no encontrarán otro

sitio igual a muchas jornadas de distancia.

Por fortuna, el árabe y Aharon encontraron los ungüentos y las medicinas necesarias para curar al muchacho, gracias al mercado que había instalado en la misma plaza. Allí se encontraron con Sancho el de Toboso, el boticario al que Samuel y David le habían regalado una mula por haberles salvado la vida. El hombre les proveyó de todas las hierbas que necesitaban para el tratamiento que el médico árabe pensaba hacerle al joven Anastasio.

—Se nota que vuestas mercedes son hombres de ciencia, pues la gente corriente que compra mis ungüentos y hierbas apenas sabe para qué sirven —les dijo Sancho.

Cuando el judío Aharon y el árabe se disponían a marcharse hacia la posada, la mula del boticario empezó a rebuznar justo al paso de los dos hombres. El judío no hubiera prestado atención alguna al animal si este no dejara de rebuznar llamando su atención. Al final Aharon la miró y se acercó hasta ella.

—¡Por mis barbas! Si se trata de la burra Lucero...

El árabe haciendo ademán de no comprender, se quedó expectante.

—Veo que la mula le reconoce —dijo Sancho sorprendido.

—Sí, caballero, esta mula pertenecía a mi familia y mi hijo se la llevó hace ya dos años en un viaje.

El árabe viendo que la conversación se alargaba y que el asunto de la cura del muchacho urgía le dijo a Aharon:

—Amigo, quédese tranquilamente aquí. Mientras, yo iré a la posada a preparar la cura del muchacho.

Aharon, como sabía que su presencia en la posada no era necesaria, pues dejaba en buenas manos al muchacho, y al ver la importancia del descubrimiento que acababa de hacer se quedó con el boticario para conseguir información de su hijo. Dejó que el médico se marchara, pero antes le pidió que le comunicara a su hija lo que había pasado.

—Salgamos de este lugar, no es conveniente que nadie nos oiga —dijo Sancho el de Toboso.

Aharon se quedó un poco confuso y preocupado debido al misterio que el boticario parecía mostrar al respecto. Sancho llamó a un mozalbete con toda la cara llena de granitos propios de la adolescencia para que cuidara del puesto; resultó ser su hijo mayor.

—Venga vuesa merced y tomemos una jarra de buen vino. Le contaré la historia de cómo me hice propietario de esta mula...

Aharon escuchó atentamente la historia que Sancho le relató, y con los ojos llenos de lágrimas y la emoción contenida le dijo:

—Tengo que agradecerle, señor, lo mucho que hizo por mi hijo y su amigo; el regalo se queda pequeño. Siento que mi humilde persona no pueda corresponderle con la gratitud que se merece, pues lo mismo que la fortuna viene, se va, o más bien te la quitan... -Aharon guardó silencio, no quería dar detalles sobre ese asunto.

—Amigo, creo que deberían viajar hacia el sur. Su hijo me pareció una persona muy sensata y con las ideas muy claras. Estoy convencido de que realizará y terminará con éxito la empresa que emprendió. Los caminos son muchos, pero en la vida solo existe uno y al final todos nos terminamos encontrando...

Aharon se quedó un poco desconcertado por aquellas últimas palabras.

—No, no piense mal, no me refería al de la muerte, sino a que todos los caminos son solo uno y el mundo es como un pañuelo, solo basta tener fe en Dios, lo demás vendrá. Estoy completamente seguro de que volverá a encontrarse con su hijo, y que este cumplirá con los propósitos del viaje.

—No sabe, señor, cómo le agradezco las palabras de aliento que me da, pues ya empezaba a

perder la esperanza.

Cuando Aharon se despidió del boticario, su rostro mostraba una alegría como hacía tiempo su hija no le había visto.

—Padre, te veo distinto, ¿qué es lo que ha pasado?

Mientras hablaban, el joven Anastasio volvió a recuperar el color de su cara, a pesar de que todavía seguía débil y permanecía tumbado en la cama.

—Nada, hija, que nos vamos hacia el sur... —y le contó lo que había descubierto.

Al despedirse de Ibrahim Ebn Abù Ajub, el médico árabe, las emociones afloraron. El joven Anastasio le abrazó agradeciéndole el haberle salvado la vida, y también por las palabras y el afecto que el médico había mostrado hacia el joven. Rebeca también estaba muy emocionada y le quiso recompensar con una bolsa de monedas para que su viaje fuera más cómodo y no tuviera que preocuparse del dinero, pero el árabe lo rechazó sin dudarle, diciéndole estas palabras:

—Gracias por tu ofrecimiento, pero no son riquezas lo que busco en este viaje, sino encontrarme conmigo mismo y con mi fe; creo que sin ambas cosas es muy difícil vivir. Hace tiempo perdí la fe y gracias a esta andanza la he recuperado.

Rebeca se despidió de él, le estrechó en un profundo abrazo y le besó las mejillas como muestra de cariño.

—Ojalá que mi pueblo y el tuyo logren encontrar el camino de la paz y la tranquilidad, como cuando, en estos lugares, vivieron nuestros antepasados —expresó Aharon.

En ese momento el árabe respondió:

—Vine buscando el lugar donde mis antepasados contaban los cuentos de las mil y una noches, y el andalusí era mi cuento más bello: Córdoba, Sevilla, Malaca, Almeraya, Granada..., toda Hispania habitada por musulmanes, bereberes, nómadas del desierto; por reyes que crearon dinastías y sus pueblos encontraron las luces de la ciencia y del conocimiento humano, la poesía, el amor, la música... Fue el territorio donde han tenido lugar las gestas épicas más bellas y honrosas. Ahora veo su derrumbamiento; todo en la vida carece de perpetuidad, ni los imperios ni los hombres somos eternos. Un día somos grandes, y al día siguiente desaparecemos sin más, como desaparece la llama de una vela cuando se consume.

Así se despidieron los tres de aquel generoso hombre que iba en busca del amor y de su propia dignidad.

El árabe tomó el camino hacia el levante pues quería ver el testimonio que su pueblo había dejado por esa zona y desde allí cogería un barco con destino a El Cairo.

Los demás cambiaron rumbo al sur, algunos viajeros con los que se encontraron por el camino les alertaron de que por esos lugares los reyes castellano estaban en guerra con el rey moro, y que la lucha estaba siendo muy encarnizada, pues el rey moro no dejaría perder fácilmente aquel vergel de riquezas que decían que tenía la Alhambra ni las tierras tan ricas y prósperas que había cerca del mar.

—Sabemos que Boabdil juró vasallaje a los reyes de Castilla, pero eso ha sido nada más que una estrategia para ganar tiempo, pues dicen que el rey moro ha pedido ayuda a sus hermanos del otro lado del mar, gentes del desierto acostumbradas a pelear sobre sus caballos día y noche sin comer ni dormir hasta alcanzar la victoria —expuso un viajero.

Otros decían que el ejército castellano era mucho más numeroso y fuerte que el ejército moro y que estos no tendrían nada que hacer en cuanto entraran en batalla, pues Dios estaba del lado de los cristianos y estaba escrito que la tierra hispánica volvería a la auténtica fe de Jesucristo.

Pero pocos eran los que recomendaban seguir esa ruta, pues de una manera u otra la guerra era inminente, y aunque el pueblo en general desconocía lo que era un combate, no se dudaba de que

fuera sanguinario; por todas partes habría miles de soldados de uno u otro bando dispuestos a sembrar el campo de batalla de cadáveres. La realidad era bien distinta, los reyes se limitaban a estrechar el cerco a sus enemigos y sitiar la zona hasta que este se quedara sin suministros y sin fuerzas, por lo que o bien terminaban rindiéndose, o bien los asaltaban cuando estaban realmente debilitados.

A veces se levantaba alguna que otra revuelta entre la población en las recientes zonas conquistadas, revueltas que siempre acababan siendo controladas por el ejército castellano. Muchas de estas insurrecciones surgieron en la comarca de Granada dando lugar a grandes gestas heroicas.

LA RUTA DEL SUR

Las primeras jornadas no mostraron dificultad alguna, pues desde el principio viajaron en compañía de una caravana de mercaderes, y gracias a ello disponían de un guía que conocía muy bien la zona y de unos guardianes que custodiaban la caravana.

Cruzaron La Mancha sin ningún contratiempo. Parabán el tiempo justo para que los animales y las personas descansaran; normalmente descansaban por las noches, el guía conocedor del territorio les buscaba una posada que tuviera habitaciones para todos ellos y al amanecer del día siguiente emprendían una nueva y larga jornada.

La caravana que habían contratado iría un poco más allá de Jaén, hacia Málaga, pero ellos se despedirían en el mismo Jaén y tomarían la ruta hacia Granada. Los caminos hasta ese momento fueron muy concurridos, pero cuando se acabó la llanura y comenzó sierra Morena se dejaron de oír las voces de los caminantes y el silencio se apoderó de los caminos.

Atravesar sierra Morena era harina de otro costal. Solo nombrarla producía escalofríos, el miedo se apropiaba del cuerpo de todo aquel que pretendiera viajar por ese lugar. Grupos de bandidos pululaban a sus anchas sin que el ejército del rey y los señores feudales pudieran remediarlo. A veces iban más armados y eran grupos más numerosos que los grupos de soldados contratados para vigilar los caminos. La única manera de adentrarse en esos lugares era ir acompañado de grandes caravanas, con muchos guardianes, y aun así a veces la empresa no terminaba con éxito.

Por lo general, los bandidos cuando asaltaban este tipo de caravanas se conformaban con un derecho de peaje que solían cobrar como canon, y que el propio guía ya lo incluía en el precio del trayecto; de esa manera todos quedaban contentos. Pero ¡ay! de quien se envalentonase con ellos, se enfrentase u ostentase poder y riqueza. A estos los solían despojar de toda su indumentaria, dejándolos completamente desnudos, y en muchas ocasiones recibían una cuchillada o regresaban a casa con una oreja menos.

El joven Anastasio había vuelto a recuperar su anterior fuerza y se sentía muy feliz y libre, con ganas de vivir aventuras y ansioso por ver lo que el mundo le deparaba. El joven era una fuente inagotable de ayuda y rápidamente se hizo muy querido en la caravana. Todos estaban entusiasmados con los servicios que ofrecía, como facilitar agua, acarrear las mulas y cazar alguna que otra liebre, conejo o perdiz, que imprudentemente pasaba cerca de ellos, para después venderlos o preparar una exquisita cena. De esa manera su pequeña bolsa aumentaba día a día y cuando se reunía al final de la jornada con Rebeca y su padre, decía lleno de alegría:

—Hoy he sacado dos maravedíes y...

Ese día Rebeca le interrumpió antes de que terminara de hablar.

—Hermano —Rebeca le llamaba así, pues le había cogido tanto cariño que lo trataba como si fuera su hermano menor—, no hace falta que trabajes, tenemos el suficiente dinero para viajar tranquilamente.

El joven, con una sonrisa en los labios, le contestó:

—¿Y qué hago, viajar como los demás y tumbarme a la bartola sin hacer nada? Desde niño, en la casa de mi señor, las criadas de la casa siempre me estaban mandando recados: «¡Tasio ve al pozo y tráeme un cubo de agua!», «¡Tasio, tráeme del corral un capón que el señor lo quiere esta noche para cenar!»... Así era mi vida, iba de un sitio para otro y al final del día, cuando las cosas se calmaban me escondía en un rincón de la cuadra y me tumbaba sobre la paja seca y caliente.

Allí me quedaba soñando que recorría mundo, que salía de aquel lugar y viajaba, hasta que el cansancio se apoderaba de mí y caía en un profundo sueño hasta que llegaba el amanecer y empezaba de nuevo mi rutina. ¡Ahora soy libre!, estoy cumpliendo mi sueño y quiero dinero. El dinero me sacará de la pobreza en la que siempre he estado. Además, no sé estar quieto, necesito ocupar el tiempo haciendo cosas y qué mejor que ayudar a los demás y de paso ganarme un dinerillo...

Aharon le dio una palmadita en el hombro del muchacho en señal de aprecio y comprensión.

Hasta ese momento la ruta había sido muy tranquila y la marcha ligera. El guía, que era un experto, sorteaba los caminos más difíciles facilitándoles la marcha a las carretas y ayudando a las bestias para que no sufrieran tanto, lo mismo que para los viajeros que lo hacían andando. Pero al terminar la llanura de La Mancha y adentrarse en las montañas de sierra Morena la dificultad se incrementó considerablemente, y se redujo el número de viajeros o caminantes con los que se cruzaban. Solamente se encontraron con algún labrador o campesino esporádico que trabajaban algunas tierras cercanas.

El paisaje había cambiado por completo, ahora lo dominaban grandes extensiones de bosques, montañas que subían y bajaban entre ríos caudalosos que dificultaban el paso de la caravana, valles y vegas con nieblas mañaneras, donde solo se apreciaba el sonido de los pájaros y del viento al mecer las ramas de los árboles; cualquier otro ruido, como un simple chasquido de una rama vieja al romperse, provocaba un inquietante temor en todo aquel que pasaba por allí.

Cuando llegaron a lo alto de una cima todos quedaron horrorizados al contemplar un árbol seco del que pendían tres calaveras. Era una escena grotesca que producía auténtico pavor.

—¡No se asusten! —dijo el guía, un andaluz muy campechano que montaba un caballo de pura raza árabe. De vez en cuando hacía una que otra cabriola con el caballo y así mostraba su dominio como jinete y lo bien amaestrado que estaba el animal; sobre todo lo hacía delante de Rebeca. Ella hacía como que no se daba cuenta, pues quería dejar clara su total indiferencia y no dar pie a que aquel hombre, un poco fanfarrón, pudiera pensar que tenía algún interés.

Quien más se mostraba disgustado por este derroche de exhibición era el joven Anastasio, que malhumorado un día dijo para sí:

—A este chulo le voy a dar yo un día una lección...

Rebeca que había oído su comentario le dijo para apaciguarle:

—Déjalo, al final a todos los gallos se les ven las plumas.

—Señores, sus excelencias, no tengan miedo por esas tres calaveras. Son los cadáveres de tres bandoleros que andaban por esta serranía; la justicia los prendió y los condenó a la horca en este páramo para escarmiento de todo aquel que quiera servir a las malas artes de apropiarse de lo ajeno.

La caravana siguió su camino, la imagen de los tres cadáveres colgando era dantesca, pero nadie preguntó si aquello había servido de escarmiento.

Cuando llevaban un poco más de dos horas de camino y pasaban por un desfiladero estrecho, tres hombres, dos montados a caballo y uno a pie con un trabuco les estaban cortando el paso.

—¡Perdonen vuestras mercedes! —dijo el hombre que estaba de pie—. El camino se acaba aquí mismo.

Se trataba de Tomás, uno de los bandoleros más famosos de esos momentos. Su banda era muy numerosa, formada por más de cuarenta hombres, la mayoría eran fugitivos de la justicia y entre ellos había mozárabes, cristianos y algún que otro judío.

Los viajeros, cuando vieron a aquel hombre que les impedía el paso, se sorprendieron, nadie esperaba aquel acontecimiento, sabían que existía esa posibilidad, pero ninguno pensaba de

verdad que le pudiera suceder. El miedo empezó a apoderarse de todos ellos.

El guía andaluz se acercó hasta el hombre y se saludaron con familiaridad, como si se conocieran desde hacía tiempo.

—Anda, jerezano, diles a tus clientes que suelten bien las bolsas y que no les pasará nada, si son generosos podrán seguir el viaje con nuestro consentimiento hasta el final de la sierra.

—Señorías, ya han oído la demanda de este hombre.

Un mercader de paños y telas que venía de la zona de Castilla llevaba sus últimas existencias al sur, ya que el año había sido malo, y pensaba vender la mercancía que le había sobrado. Trataba de esconder una pequeña bolsa de monedas entre la carga de una de las mulas, pero en ese momento uno de los bandoleros montado a caballo, que tenía una figura impresionante e iba armado, vio lo que este pretendía hacer, se acercó hasta él y con una potente voz, que infundía terror, le dijo:

—¡Dame lo que acabas de esconder en la mula!

El mercader, aterrorizado por la amenaza del hombre, trató de implorarle misericordia:

—Señor, tenga piedad. Son los únicos ahorros que tengo para poder alimentar a mi familia.

El bandolero se bajó del caballo y se aproximó a la mula donde había escondido la bolsa. Metió la mano entre los fardos y sacó una bolsa de cuero llena de monedas.

—¡Hombre, mira lo que nos quería esconder este perro judío!

—¡Piedad, señor!, ese dinero es lo único que tengo. Sin él mis hijos se morirán de hambre.

El jefe de los bandoleros se acercó al hombre que imploraba y lloraba, abrió la bolsa de monedas, sacó cinco maravedíes, la cerró y se la lanzó al mercader.

—¡Toma!, y no sigas gimiendo más, que pareces una mujer —y hablando para sí mismo dijo—. No hay cosa que más asco me dé que la cobardía de un hombre.

El mercader, agradecido al ver que su bolsa de monedas le había sido devuelta y apenas había disminuido, le soltó un montón de bendiciones y gracias al jefe de la banda.

Los bandoleros no parecían agresivos y trataban de calmar los nervios de los viajeros; mientras ellos colaborasen no tenía por qué haber ningún problema. Uno de los tres bandoleros fue pasando con una bolsa de uno en uno y esta se fue llenando de monedas, joyas y otros objetos de valor. Cuando ya le pareció que era suficiente, se acercó hasta su jefe y le dijo:

—Vámonos, jefe, no perdamos tiempo, sus excelencias han colaborado con nuestra causa.

Tomás no prestó atención a lo que su compañero le decía, pues tenía la mirada fija en la joven que trataba de esconder su rostro. Se acercó hasta donde estaba Aharon y el joven Anastasio, y dijo:

—A ver qué es lo que tenemos aquí...

El bandolero se acercó hasta Rebeca y la quitó el velo con el que se tapaba el rostro. En ese momento Anastasio sacó rápidamente su daga de su cintura y con intención de clavárselo levantó el brazo, pero uno de los bandoleros, que se había percatado, le dio un fuerte golpe con un palo en la espalda y el muchacho se dobló sobre sí mismo lleno de dolor.

—Todavía eres muy joven para morir, muchacho —dijo Tomás a la vez que dirigía la mirada hacia Rebeca—. Eres mi recompensa, señora, si llego a saber que en esta caravana había tanta hermosura me hubiera conformado con solo mirarla a los ojos.

—Pues ya los ha visto y si usted es un caballero devuelva todo lo que nos ha robado y cumpla con su palabra —dijo Rebeca muy segura de sí misma y sin temor.

Tomás, haciendo una mueca burlona, lanzó las monedas que le había quitado al mercader de tela al suelo y contestó:

—Señora, sus palabras son órdenes para mí; ya he devuelto lo que he cogido.

—Eso no es lo que nos ha robado a los demás.

—¡Ibáñez, Romualdo!, ¿queréis devolver lo vuestro a los demás?

Estos, sorprendidos por la actitud de su jefe, escondieron las bolsas entre sus ropas para que nadie se las quitase y se quedaron callados sin decir nada.

—¿Lo ves, mi señora?, yo no soy su jefe. Les he dicho que devuelvan las cosas pero ellos no obedecen. Son hombres libres y pueden hacer lo que quieran. Yo he cumplido mi promesa, así que mi recompensa será su señoría.

La caravana prosiguió su viaje. El jerezano seguía en cabeza, ya nadie estaba seguro de si el guía pertenecía a la banda o solamente habían sido las circunstancias lo que habían llevado a actuar así a ese hombre, pero todos marchaban contentos por haber salido indemnes de ese encuentro con el bandolero más famoso de sierra Morena.

Poco habían perdido, pues la mayoría llevaba escondidas en sus alforjas y en su equipaje las bolsas con la mayoría del dinero. Solo habían tenido que pagar una especie de peaje simbólico y mientras proseguían el camino, únicamente hablaban de la aventura que habían tenido con el encuentro del bandolero más famoso de toda sierra Morena. Ninguno se preocupó por el pequeño grupo formado por un anciano, un joven y una hermosa muchacha que habían sido raptados por el bandido como si ellos fueran unas monedas o una joya más.

—Señora, no tenga miedo. Aunque somos fugitivos de la ley, somos gente honrada y no nos dedicamos a matar ancianos y a deshacer entuertos con doncellas y jóvenes, pues supongo que el muchacho es su hermano pequeño y el anciano su venerable padre.

Rebeca estaba tranquila, había algo en ese hombre que le inspiraba confianza, y así se lo hizo notar a Anastasio y a su padre.

—Agradezco, señor, sus palabras de confianza, pero no sé por qué nos ha separado del grupo con el que viajábamos.

—Señora, quiero que sean mis invitados y que pasen unos días en mi campamento. Después, yo mismo junto con unos cuantos de mis hombres les acompañaremos a las proximidades de Granada. El camino que lleva la caravana no es nada seguro, pues un grupo de insurgentes del rey Boabdil se ha levantado en armas y andan atracando a todos los viajeros que pasan por aquí. Les roban la comida y el dinero, pues saben que su lucha está perdida y antes de que les echen de estas tierras, quieren aprovecharse y pretenden arrasar con todo lo que puedan para sacar un buen botín.

—Si es así, caballero, agradecemos su ofrecimiento, pero si pretende sacar otra cosa, le juro que la punta de mi daga le abrirá las extrañas.

Tomás mostró una sonrisa forzada, aquellas palabras le habían herido, como si una hoja de acero le hubiera penetrado en la carne.

No dieron más de cien pasos cuando de pronto apareció un grupo numeroso de bandidos que había estado escondido a la espera de los resultados.

—¿Cómo ha sido la mañana, Tomás? —dijo el lugarteniente del grupo de bandoleros.

—¡Ibáñez, dale el botín!

El lugarteniente se acercó hasta donde estaba Ibáñez, cogió la bolsa, ojeó lo que habían robado y contestó:

—Hombre, Tomás, es poco lo sustraído. Podríamos habernos hecho con todo el botín, seguro que llevaban escondido treinta veces más de lo que hay aquí.

—¡Claro, seguro que sí! ¿Qué pretendes, que nos siga toda la Santa Hermandad y terminemos como esos esqueletos ahorcados en el páramo?

Cuando Tomás quería imponerse y mantener a sus hombres a raya, solo le bastaba con mencionarles aquella escena y estos callaban atemorizados.

—Sois todos unos patanes. Si abusamos de los viajeros pedirán ayuda al rey, entonces tendremos más soldados y los viajeros vendrán en grupos más numerosos y con mayor número de escolta armada.

Si seguimos actuado como hoy lo hemos hecho, ellos apenas notarán la pérdida y lo considerarán como un derecho de peaje que pagarán de buena fe. Entonces el miedo a atravesar estas montañas desaparecerá y cuantos más viajeros pasen por el monte más tajada sacaremos nosotros.

Su lugarteniente guardó silencio, no había entendido nada de lo que Tomás había dicho, pero por el momento él era el que mandaba, y mientras su brazo y su navaja fueran más rápidos que los suyos había poco que hacer. Pero cuando el jefe bajara la guardia, entonces...

Era un campamento de forajidos escondido entre las montañas; en el interior había una gran cueva que les servía de refugio. Era grande y espaciosa, lo suficiente para cobijar a más de mil hombres con su caballería, pero la mayoría estaba en el exterior, pues cerca de esta había un prado de hierba verde y al lado mismo pasaba un arroyo de agua fresca rodeado de varios nogales gigantes que daban una magnífica sombra. Era el refugio permanente de los forajidos. Pocos conocían aquel lugar, ya que había que adentrarse en las profundidades de la montaña y las gentes de los pueblos no querían visitar esos lugares, pues sobre ellos se contaban cosas tenebrosas; hablaban de ánimas perdidas que vagaban solas, de luces extrañas y animales gigantes, sin exceptuar a los miles de lobos que vagaban a sus anchas por esos parajes dispuestos a devorarte el alma.

La mayoría de los hombres de la banda solía pasar las noches de verano al sereno, pues eran noches frescas que invitaban a yacer bajo el manto estrellado. Durante los duros inviernos se adentraban en la cueva donde, gracias al fuego, el lugar era apacible y caliente.

Estaban tan seguros de su escondite que nadie vigilaba sus alrededores. Sierra Morena y las comarcas de toda esa zona tanto a lo largo como a lo ancho estaban todavía muy despobladas, se consideraban tierras de nadie y eran la antigua frontera entre Castilla y el reino musulmán, aunque ya por esas fechas la Reconquista había alcanzado casi toda esa parte.

Por eso cuando llegaron hasta el campamento nadie estaba de guardia, solamente vieron a un grupo de mujeres que estaba asando tres carneros; junto a ellas había varias vasijas grandes de barro que desprendían un fuerte olor a especias y estofado.

El campamento de los forajidos estaba bien surtido de provisiones. Tenían un rebaño grande de cabras, que les proveía de leche, queso y carne; amasaban su propio pan y tenían pequeños huertos de frutas y verduras. Estaban tan protegidos allí, que vivían plácidamente, sin temor a nada. Disponían de sus propias leyes internas que solían respetar firmemente, como las leyes sobre la mujer del prójimo, el asesinato, las peleas, el robo y otras cuestiones que se daban entre ellos y que la propia banda arreglaba.

Por eso cuando llegó Rebeca se quedó sorprendida de la cantidad de mujeres y niños que convivían con ellos tranquilamente, como si se tratara de un pequeño pueblo o aldea.

—Espero que disfruten del lugar y que descansen por unos días —dijo Tomás y siguió diciendo: —Como verán, no somos ladrones y asesinos, somos gente normal. Claro que somos forajidos, pero lo somos por necesidad. Por culpa de la ambición del rey y de los señores nos vemos obligados a robar para poder vivir.

Los días en el campamento pasaron apacibles y sin ningún sobresalto. El joven Anastasio aprendió a luchar cuerpo a cuerpo con una navaja; no le faltaba entusiasmo y ponía todo su ímpetu. Fue él mismo quien quiso aprender ese arte, pues algunos de los forajidos eran auténticos expertos y después de la última pelea en la que había salido mal parado, decidió aprovechar sus

enseñanzas.

Aharon estaba encantado, pues Tomás le había encargado que calculase el valor del tesoro que los bandoleros tenían acumulado; había joyas, candelabros de plata, cidras preciosas, doblones de oro y plata, maravedíes, etcétera. Ellos sabían todo lo que tenían pero desconocían su valor real. Las veces que habían intentado vender algo, los compradores, que no eran muy honrados, les habían engañado. Por eso era muy importante que supieran la valía de las riquezas que tenían. Además, en un momento dado tendrían que repartir el tesoro; había miembros de la banda que no eran buscados por la justicia y que pensaban recoger sus beneficios, comprar una casa y unas tierras, y dedicarse a la agricultura.

Rebeca era la única de los tres que no estaba a gusto allí. Ansiaba salir de allí, aquello se la quedaba pequeño y se aburría mucho. Lo único que podía hacer era ayudar en las labores que desempeñaban las mujeres, como lavar la ropa, cocinar, coser la ropa, aparte de tener la lumbre y los fuegos siempre preparados. Todo aquello le desagradaba, ella no había nacido para servir a los demás, además se sentía un poco acosada por las continuas miradas de deseo que la mayoría de los hombres de la banda le lanzaban. Gracias a que Tomás era su protector, nadie intentó en ningún momento tocarla ni hacerle nada, pues él mismo habría castigado con la muerte al que lo hiciera.

Una tarde, que Rebeca estaba sola subida en lo alto de una roca viendo el atardecer, Tomás se acercó a ella y se sentó a su lado.

—Es lo mágico de vivir siempre rodeado de naturaleza. Aquí solo se escuchan los gemidos del viento, la lluvia al mojar la tierra, la tormenta... y todo cuanto te rodea. No se oyen el chirriar de las carretas, los gritos de las personas, ni se huele el olor de los fogones, las especias de la comida, los olores del agua fétida que recorre las calles...

Rebeca demostró su acuerdo asintiendo con la cabeza. Inmediatamente después le preguntó:

—¿Por qué nos retienes aquí? ¿Cuándo dejarás que nos marchemos?

Tomás se quedó callado, parecía estar eligiendo las palabras, finalmente dijo:

—Lo hice porque pensaba que acabarías enamorándote de mí, quería que me conocieras, que vieras que soy una persona de carne y hueso, y que tengo sentimientos puros y honestos.

Ella no dijo nada, seguía con la mirada puesta en el horizonte viendo cómo los últimos rayos de sol se escondían.

—El día que te vi, tus ojos penetraron en los míos como si me clavarán un cuchillo afilado.

Tomás volvió a guardar silencio como si tratara de aclarar las ideas, después continuó:

—He estado con muchas mujeres, incluso con mujeres de otros hombres, por las que más tarde he tenido que pelear para mostrar mi hombría. En alguna ocasión me he visto en la obligación de matar a alguno de esos hombres, pues no se daba por vencido a pesar de haberle robado a su mujer, pero te juro que ninguna ha provocado que mi corazón se sobresaltara... Pero contigo es diferente, desde el primer día y cada vez que te veo mi corazón late con tanta fuerza que lo único que deseo es tenerte en mis brazos —el hombre volvió a darse un respiro, como si las palabras que iba a decir tuvieran algún tipo de efecto—. Podía haberte obligado, no es la primera vez que lo hago, pero contigo quería actuar limpiamente, quería ser decente y que me amaras de verdad.

Tomás todavía era un hombre joven, aunque le llevaba más de diez años a Rebeca; eso apenas tenía importancia, pues tenía buen aspecto y se conservaba bien. Era de estatura normal y estaba bastante delgado; su tez era morena y su piel estaba curtida de vivir en la sierra, su cabello era totalmente negro y rizado; a veces, cuando lo llevaba demasiado largo, se le formaban caracoles por detrás. Era un hombre apuesto y fuerte, muchas mujeres de dudosa condición se lo disputaban cuando bajaba por la noche a algún pueblo. Todas querían estar con él pues, a pesar de su fama,

era un hombre generoso que siempre daba más de lo que recibía.

Trataba bien a las mujeres de mala vida, pero lo que más le gustaba era tener una aventura con mujeres casadas con hombres que ocuparan cargos importantes o fueran nobles o señores. Muchas de ellas caían en sus brazos locamente enamoradas, para más tarde abandonarlas como a un perro enfermo; no tenía escrúpulos.

Ella le escuchó atentamente, pero su corazón seguía insensible, como el primer día. Cuando la tarde estaba en el último crepúsculo, se armó de valor y le insistió:

—¿Cuándo nos dejarás marchar?

Tomás tenía la vista al frente, no quiso volverla a mirar a los ojos, pues una lágrima recorría su cara; se supone que él era un hombre fuerte y si ella se hubiera dado cuenta, le habría resultado vergonzoso. Respiró hondo, tratando de controlarse, y después dijo:

—No puedo reteneros por más tiempo en contra de vuestra voluntad. Cuando queráis, podéis partir, mis hombres os acompañarán un trecho del camino para que salgáis seguros de esta serranía.

—Si hubieras aparecido en otro momento tal vez me habría enamorado de ti, pero tengo el corazón roto. Me enamoré de un hombre que me prometió que volvería a buscarme, estuviese donde estuviese. Ha pasado más de un año y todavía no sé nada de él. Sigo esperando, a pesar de que me parece del todo imposible que lo haga.

—¿Y qué piensas hacer si no...? —le preguntó Tomás.

—Dejaré que mi destino siga su camino. Soy judía y ya estoy acostumbrada a los avatares que nos marca el señor.

A mediados del verano decidieron continuar el viaje que Tomás había interrumpido. Había pasado un largo periodo donde la convivencia al final resultó muy entrañable.

Aharon había terminado de valorar todo el tesoro de los bandoleros; ascendía a una suma considerable a repartir entre ellos, la suficiente como para que, el que quisiera, se pudiera comprar una pequeña granja con terreno y animales, y no tener que depender de la misericordia de los grandes señores feudales o terratenientes.

El joven Anastasio se había hecho un experto con la navaja y en la lucha cuerpo a cuerpo; la manejaba como si fuera un hombre más de la banda. Además, había caído muy bien y hasta le llegaron a hacer proposiciones para que se quedase con ellos. Se vio tentado a hacerlo, pero no quería abandonar a Rebeca y a Aharon, pues se sentía un miembro más de la familia, la que él nunca había tenido, y ese vínculo significaba todo para él. Además, ansiaba seguir recorriendo mundo, algo que siempre había deseado, y tenía el presentimiento de que aquel viaje todavía le tenía reservado alguna que otra sorpresa.

El día que volvieron a ponerse en camino, Tomás y un grupo de más de veinte hombres se marcharon de madrugada, antes de que amaneciera, para asestar un golpe en la casa de uno de los terratenientes de la zona que había maltratado a varios siervos y los estaba matando a trabajar sin apenas darles de comer. De esa manera, el jefe de los bandoleros se marchó sin dar el último adiós a la hermosa judía de quien se había enamorado, pero a la que era imposible retener, pues cuando el amor no es correspondido, es mejor dejar que la otra persona siga su camino. Así, el dolor puede mitigarse a medida que el tiempo pasa.

Rebeca le había llegado a coger cariño, pues siempre les había tratado con respeto y hasta llegó a devolverles el dinero que les habían robado al principio. Eso fue así porque el bandolero nunca supo el verdadero tesoro que Rebeca escondía; era tal el botín que, si lo hubiera sabido, habrían salido del campamento sin él.

Pero Tomás no solo se mostró generoso en su trato exquisito, sino que le dio a Aharon una

bolsa llena de maravedíes como recompensa por haber hecho tan bien su trabajo, al hacer reparticiones equitativas a cada miembro de la banda.

Algunos de los que no estaban buscados por la justicia, y que se habían unido a la banda por amistad, parentesco u otras causas, habían decidido que al final del verano comprarían unas tierras y se convertirían en campesinos libres. Tomás era un jefe tolerante que respetaba las decisiones de sus hombres y comprendía que la vida del bandolero tenía un final, o bien ahorcado en la plaza de algún pueblo o en el árbol de algún páramo del bosque, o bien llevando una vida normal, como campesino o artesano tal vez.

Cuando llevaban un buen trecho, el pequeño grupo de hombres que les habían acompañado se paró, pues a partir de allí podía ser un peligro para su seguridad seguir avanzando. Se despidieron de ellos y se dieron la vuelta. En todo el camino ni Aharon ni Anastasio se dieron cuenta del cambio de Rebeca, pues además de que estaban somnolientos debido a que comenzaron el viaje a primera hora de la mañana para aprovechar la luz del día, Rebeca llevaba puesta una capa con capucha que le cubría el cuerpo y la cabeza. Cuando el sol empezó a apretar con ganas, hicieron un pequeño alto en el camino para darse un pequeño almuerzo y recuperar fuerzas.

—¡Pero hija!, ¿qué es lo que te has hecho? —exclamó su padre completamente asombrado.

La joven se había quitado la capucha y dejaba al descubierto la cabeza.

—Ya ves, padre, estaba cansada de ser mujer.

Anastasio sin decir nada la miró fijamente durante un rato. Después comenzó a sonreír y terminó por soltar una carcajada.

—¡Anda, si resulta que eres un chico! ¡Ja, ja, ja!

—¿Y qué? ¿Pasa algo?

—No, si con esa indumentaria y el pelo rapado estás genial, pareces un chico guapo...

—Gracias, hermano.

—¿Qué has hecho con tu pelo? —insistió su padre—. Ese pelo dorado como el oro; parecías una princesa. ¿Y tu ropa de mujer, qué ha sido de ella?

—Padre, el pelo volverá a crecer. ¿No te das cuenta de que es mejor viajar por estos caminos siendo un hombre y no una mujer? Hasta el momento ser mujer lo único que nos ha acarreado han sido problemas.

Aharon, era una persona con unas ideas muy tradicionales y severas; en otras circunstancias le hubiera echado un discurso sobre la condición de ser mujer y judía, pero habían pasado tantas cosas que le tuvo que dar la razón a su hija. Por esos caminos, viajar como mujer y a la vez ser hermosa no traía nada bueno.

A medida que se adentraban en los antiguos reinos musulmanes, las distancias entre pueblos eran mayores. Los territorios por los que estaban pasando estaban muy despoblados y eso que los reyes cristianos habían dado prerrogativas a algunos campesinos, a pequeños propietarios de tierras, terratenientes y a algún que otro conde o noble para que poco a poco fueran poblando las tierras andaluzas. Pero debido a lo agreste y salvaje de aquella tierra y a los últimos brotes de peste negra que habían assolado toda Europa, todavía estas comarcas estaban mucho menos pobladas que las castellanas o las tierras del norte.

También los caminos eran poco frecuentados, debido al temor a los bandidos y a las insurrecciones de los pocos pueblos musulmanes que quedaban. Solamente se veía alguna que otra mesnada de soldados y caballeros extranjeros en busca de gloria que se dirigía a la guerra de Granada.

A medio camino entre Inaloz y Guadix les sobrepasó un grupo de caballeros armados. Eran más de diez hombres acompañados de varios escuderos; iban vestidos con su cota de malla, una

camisa de cuero y todos llevaban pintado el emblema de la casa a la que pertenecían.

Con ellos viajaba el señor principal de un país extranjero que debía de ser del norte de Europa, pues la mayoría eran rubios, de tez blanca y tenían los ojos azules. Cuando pasaron por su lado, Aharon se quedó un poco extrañado, pues todos los caballeros llevaban la cruz de la antigua orden de los templarios, la cruz griega pintada de rojo. El judío sabía que aquella orden se había extinguido hacía más de un siglo, por ello no comprendía muy bien por qué aquellos caballeros la llevaban pintada en sus ropas.

Los tres quedaron muy impresionados, nunca antes habían visto a un grupo de caballeros tan bien uniformados y disciplinados, allá donde iban llamaban la atención.

Por delante de ellos, abriendo la comitiva, iba un jinete portando una gran cruz de madera que apoyaba en su montura. El semental que llevaba era impresionante, pero no tenía nada que envidiar al de los demás y menos aún al del señor principal. Este, a pesar de que todos vestían igual, destacaba por su porte y distinción, por su largo y canoso pelo y por su barba blanca, parecía la imagen misma de un santo. Cabalgaba en el centro de todos ellos, y a su lado, un poco más atrás, había un joven con una imponente presencia; era rubio con el pelo también largo y unas bellas facciones muy parecidas a las del señor, por lo que imaginaron que se trataba del hijo.

Por donde pasaba la comitiva, la gente se hacía a un lado y se arrodillaba, haciendo la señal de la cruz con la cabeza inclinada, hasta que el señor pasaba sin apartar la mirada al frente. Solo el más joven, el hijo del señor principal, dirigió la vista al pequeño grupo de tres personas y clavó su mirada en Rebeca, que a pesar de su corto cabello y su blancura, su belleza seguía siendo la misma. El joven muchacho, que era el único que no llevaba pintada en sus ropas la cruz de la orden del temple, sintió una punzada y se echó la mano al pecho.

Cuando la comitiva hubo pasado, el joven se molestó consigo mismo al pensar en cómo podía haber tenido esos sentimientos tan innobles hacia la figura de un muchacho.

Pero no solo le sucedió esto a él, sino que a la judía también se le había quedado clavada en la retina la imagen de aquellos ojos azules y sintió el mismo pinchazo que el joven.

Llevaban tantas horas de camino que tenían la garganta seca, pues el polvo del camino se había hecho insoportable y no veían ningún rastro de posada, fuente, pueblo o arroyo donde sentarse un buen rato a descansar y mojar el gahzate con agua fresca. Así que siguieron y rezaron para que el cansancio no se apoderara de ellos y para que antes de que llegara el anochecer encontraran un lugar seguro donde pasar la noche.

No habrían andado más de unas leguas cuando, atravesando una especie de barranco, se encontraron con un paisaje desolador. Más de veinte cadáveres con vestimenta musulmana estaban tendidos en el suelo, algunos con las tripas colgando y otros con la cabeza rebanada. Había sangre por todas partes que se mezclaba con la arena del camino. Algunos caballos con las tripas al aire yacían muertos junto a sus jinetes. La mayoría eran muchachos muy jóvenes que apenas pasaban la adolescencia, parecían niños disfrazados de hombres.

Todo había ocurrido muy rápido, después de que la comitiva de la cruz sobrepasara al pequeño grupo, sufrieron una encerrona en el barranco. Al pasar los caballeros, empezaron a lloverles piedras, seguidas de flechas; los objetivos de estos proyectiles eran las partes vulnerables de los caballeros: la garganta, la cabeza o los costados, allá donde la cota de malla no protegía.

Solo dos caballeros y un escudero perdieron la vida. Estos yacían muertos en el suelo por las saetas certeras que los musulmanes habían disparado escondidos entre las rocas próximas al camino. A uno de ellos la flecha le había penetrado por uno de los ojos y le había salido por la nuca, arrancando a su paso buena parte del cuero cabelludo y masa encefálica. A otro le habían atravesado la garganta. Después de la lluvia de flechas y piedras, unos cincuenta musulmanes

salieron de su escondite a la carga, algunos a caballo y otros a pie, y se organizó una lucha encarnizada entre los dos grupos. Los caballeros, que eran hombres curtidos en mil y una batallas, supieron hacer frente al enemigo y lucharon como si fueran feroces leones, matando a más de la mitad de los infieles; el resto, al ver que los estaban masacrando, huyó. Solo después de la despiadada lucha se pudo contemplar el campo de batalla y la cantidad de cadáveres que yacía por todas partes.

Hubo entre los cristianos algún herido más, pero no parecían heridas de importancia, salvo la del señor, cuya herida parecía de gravedad, pues el dardo de una ballesta había entrado por el costado izquierdo cerca del corazón y sangraba abundantemente; también sufría otra herida en la pierna. Sus enemigos se habían ensañado con él porque sabían que era el señor principal. Ahora yacía tumbado en el suelo rodeado de sus vasallos; su hijo le sujetaba la cabeza para que estuviera más erguido y pudiera respirar mejor.

Aharon, Rebeca y el joven Anastasio temblaron al ver aquel horrible escenario; no hacían más que ver hombres y animales muertos por todos los lados, y sangre repartida por todo el campo de batalla. Eran los primeros caminantes que contemplaban la escena y no entendían lo que había pasado. Solo empezaron a comprender lo que había sucedido cuando vieron a los caballeros junto al cuerpo de aquel señor principal que no hacía ni unas horas que los habían adelantado.

Ninguno de ellos se dio cuenta de su presencia. Aharon y Rebeca se acercaron con idea de ayudar, alentados por los escritos de la Torá.

—Vuestas mercedes tienen que dejar de atosigarle, dejen que pase el aire, sino apenas podrá respirar —dijo Aharon con voz tranquila.

Los hombres se apartaron y dejaron hueco para que aquel anciano, que no conocían, pudiera acercarse al herido. Solo uno de ellos seguía arrodillado en el suelo, y justo cuando se disponía a sacarle el dardo del costado, Aharon, que lo estaba viendo, exclamó en voz muy alta:

—¡Señor, no haga eso!

Aquel hombre tenía el rostro impresionante y la tez morena por las inclemencias del tiempo; era alto y fuerte como un toro y tenía varias cicatrices en la cara de haber luchado en multitud de batallas. Volvió su cara y mirando sorprendido al judío, se preguntó quién sería ese intruso, y por qué se atrevía a contrariarlo. Él que estaba harto de realizar torniquetes, de quitar flechas, de arreglar brazos y hombros dislocados...

—Si le saca el dardo, su señor morirá desangrado.

—¡Va! He sacado multitud de flechas como esta y nunca he tenido problemas —contestó aquel caballero con arrogancia.

—Mi señor, no dudo de que lo haya hecho, pero me gustaría saber cuántos han logrado sobrevivir para contarlos.

Aquellas palabras lo habían enfadado de verdad, en otro momento hubiera sacado su espada y le habría cortado la cabeza de un solo tajo, pero la pronta mano del hijo de su señor que estaba junto a él le sujetó para que no hiciera nada.

—Déjale, parece que tiene conocimientos de medicina.

—¿Eres acaso médico o cirujano? —preguntó el joven.

Aharon, que se había arrodillado al lado del herido y empezaba a estudiar la herida, le contestó:

—¡No, mi señor! No soy ni una cosa ni la otra, pero tengo conocimientos de medicina, y sé que si se le quita la flecha en estos momentos este hombre morirá...

El hijo del joven noble clavó la mirada en los ojos del viejo judío, entonces alzó la vista y se encontró con el muchacho que hacía unas horas le había hecho sentir aquella punzada tan extraña

en su corazón; esta vez volvió a sentir lo mismo, pero con menos de intensidad, pues aquella mañana las emociones habían sido muy fuertes.

—¿Podrías curarle?

—¡Solo Yav... nuestro señor Jesucristo puede! —dijo rectificando a tiempo, y añadió—. Solo en manos del Todopoderoso está su salvación.

Todos los allí presentes, cuando el judío pronunció aquellas palabras, se arrodillaron y realizaron la señal de la cruz.

Unas horas antes de que cayera la noche, todo el séquito llegó a una pequeña aldea donde solo había unas cuantas casas de campesinos y varias granjas con animales domésticos. Las granjas desprendían un fuerte olor a estiércol, las otras casas labriegas eran más acogedoras, debido a que sus habitantes se dedicaban a otras labores, como a la elaboración del pan o al campo. A ambos lados de las casas pasaba una calzada romana que todavía servía como vía.

Parecía un pueblo fantasma. No se veía a nadie por las calles, o bien estaban todos ajetreados en sus labores o bien nadie se atrevía a asomarse, pues el grupo era numeroso, y los caballos y la vestimenta imponían.

Entre todos estos hombres de armas destacaba la presencia de dos jovencitos y un viejo vestidos de forma sencilla. Justamente a su lado había una litera ocupada por un señor principal herido. El viejo y uno de los jóvenes le daban todas las atenciones posibles.

Cuando llegaron a una pequeña plaza en la que había un abrevadero para animales donde corría por unos caños el agua cristalina y donde también las mujeres realizaban labores de lavado, se pararon a descansar.

El hijo de aquel noble varón había tomado el mando y todos lo habían aceptado de buen grado.

—Acercaos al señor de este pueblo y pedid asilo y hospedaje, pues viajeros de otras tierras lo necesitan —dijo el joven caballero a uno de sus escuderos.

Este obedeció las órdenes de su señor y se marchó.

—¿Cómo se encuentra mi padre?

—Hace un rato le di una medicina para que la fiebre le bajara, y parece que está empezando a hacer efecto.

—¿Podrás sacarle la flecha?

A lo cual Aharon respondió:

—Cuando encontremos un lugar limpio donde haya agua, lumbre y algunas cosas que necesito, intentaré quitársela...

Aquel joven del cabello del color del trigo y los ojos de un azul tan intenso como el mar había dejado de mirar al viejo y sin poderlo evitar sus ojos se habían posado de nuevo en aquel muchacho, que sin saber por qué le atraía.

También Rebeca le miraba de reojo de vez en cuando y cada vez que lo hacía su corazón se aceleraba.

—Ya han salido mis sirvientes a buscar posada.

No tardaron mucho en aparecer los dos escuderos acompañados de un hombre de baja estatura, pero muy fornido y con la tez muy morena debido al duro trabajo en el campo; cuando llegó hasta el señor, se quitó una especie de gorra que le cubría la cabeza en señal de reverencia.

—Sean ustedes bien recibidos, excelencias, díganme que es lo que necesitan vuestas mercedes y si en algo les podemos satisfacer. Soy un poco la autoridad de este pueblo y les quiero hacer saber que solamente está formado por unas cuantas casas de labriegos y campesinos que trabajan las tierras del señor abad, por ello estamos a merced del monasterio y de sus frailes...

El joven noble con un gesto cortés, pero mostrando autoridad, le contestó:

—Traemos a mi padre herido y a otros dos caballeros que necesitan atención.

—Sus mercedes verán que somos gente sencilla y pobre, pero no dejaremos de prestar atención a su padre y a sus caballeros, y darles todos los cuidados que estén a nuestro alcance. Pero tienen que saber que los frailes son los verdaderos dueños y señores de estas tierras; todo cuanto poseemos son de ellos.

El joven forastero que se estaba impacientando de tanta charlatanería y viendo a su padre tendido en la litera aquejado por el dolor, le interrumpió bruscamente, sacó la enorme espada que colgaba de su cintura, se la puso en el cuello y lleno de ira le replicó:

—O buscáis unos aposentos limpios y cómodos para mi padre y sus hombres, o ahora mismo te corto la cabeza y después quemó tu aldea con todos los habitantes que hay en ella.

El labriego se quedó completamente pálido, y sin poder balbucear palabra alguna comenzó a temblar de miedo; hasta que, pasados unos segundos, reaccionó y dijo:

—Ahora mismo dispondré de todo lo que sus mercedes necesiten.

No transcurrió mucho tiempo hasta que varias casas les fueron dando cobijo. La mejor de ellas fue para el señor conde. A pesar de que la casa por fuera parecía bastante pobre, su interior mostraba otro aspecto, era más cómoda y rica de lo que aparentaba.

Al herido se le introdujo en una habitación amplia, ventilada y limpia, y se le colocó en una cama muy bien construida y dura sobre un colchón de lana de oveja lavada y cardada, con pieles de cordero muy bien curtidas y unas mantas de paño de lana suave que parecía de lino.

Aharon le volvió a dar otro trago de la medicina que el médico árabe le había dado; según este, si la fiebre subía mucho, el enfermo podía tomar varias veces repartidas a lo largo del día. El primer sorbo hizo poco efecto, pero el segundo, pasado un rato, sí surtió efecto, el noble recobró el sentido, era consciente de todo lo que había pasado. Su hijo que estaba allí se puso muy contento al ver que su padre había despertado de un sueño del que creía que no volvería a salir.

Mientras tanto, Rebeca se había encargado de dar las órdenes oportunas para que las señoras de la casa dispusieran de abundante agua caliente, trozos de tela de lino y toda la tela suave que hubiese en la casa para hacer con ella gasas y vendas, y así tapar la hemorragia. También había mandado hacer acopio de varias plantas que comúnmente había en las casas por aquella época para hacer plasmas y otras medicinas que su padre conocía y que ella se encargaría de preparar.

La casa se había convertido en un hervidero de gente que sin saber cómo habían aparecido de repente trayendo cántaros de agua hirviendo y alimentos, pues aunque los aldeanos eran esquivos y tacaños en ofrecer sus viandas, que no siempre eran abundantes, tenían más la furia del noble, no fuera que le diera un arrebató y allí mismo en la plaza ahorcase a uno de la aldea para dar un escarmiento o quemase una casa. No había ley que les amparase y sí vasallaje. El noble podía hacer cuanto le viniera en gana, sin que el vasallo pudiera hacer nada por evitarlo.

—Mi señor —dijo Aharon dirigiéndose al hijo del conde. Le habló con franqueza y sin temor, pues se había dado cuenta de que el muchacho, a pesar de mostrarse duro y soberbio con el aldeano, su corazón mostraba todo lo contrario—, lo que el labriego pretendía decirle era que en el monasterio hay varios frailes que practican el arte de sanar y según dice tienen mucha fama en la comarca y fuera de ella, aparte de ser un monasterio acogedor y rico donde a vuestras mercedes les tratarían como a reyes.

El joven se quedó pensativo por unos instantes para después preguntar:

—¿Y a qué distancia está ese monasterio de aquí?

—Dice que a menos de una jornada a pie, pero con los caballos, antes de que cante el gallo habríamos llegado.

—¿Piensas que mi padre aguantaría ese viaje?

Aharon le respondió negativamente con un gesto de cabeza.

—Entonces, que no se hable más. Intenta, viejo, mostrar toda tu sabiduría en curarle y si mi padre vive seré tan generoso como lo pueda ser un rey.

Aharon pensó en responderle diciéndole que aquello no hacía falta, que su libro sagrado, la Torá, le obligaba a hacerlo, que cualquier judío lo hubiera hecho, pero prefirió callarse. La vida de su hija, la del joven Anastasio y la suya misma, que poco ya le importaba, estarían en juego si descubriesen su fe.

Fue una noche larga y apesadumbrada, todos temían por la vida de aquel noble cristiano de un remoto país del norte de Europa, donde su fe había traspasado fronteras; todo su poder residía en las continuas guerras que su pueblo había mantenido por hacer prevalecer la fe de sus antepasados en contra de la religión de Mahoma. Sus antepasados habían luchado en las Cruzadas por la conquista de Tierra Santa; él siempre había defendido sus tierras y sus posesiones expulsando a los moriscos para que no contaminaran su pueblo con la religión del demonio. Tenía una espinita clavada desde muy temprana edad, quería seguir las gestas de los cruzados y cuando el *papa Inocencio VIII concedió la bula a todos los cristianos de Europa para expulsar al último rey moro de Hispania, vio renacer su sueño de juventud y no lo pensó dos veces. Acompañado por sus más fieles capitanes y su hijo menor, decidió viajar a las tierras de Hispania a la última lucha de los cruzados.

A medianoche Aharon pudo extraerle la flecha que había entrado por un costado y atravesado una camisa de cuero hasta llegar cerca del corazón. Con manos de cirujano pudo sacarle las esquirlas de madera de la flecha que se habían roto al penetrar en el cuerpo, poniendo en peligro al conde, porque alguna de esas astillas podría perforar algún órgano vital causándole la muerte.

El noble había perdido mucha sangre, pero era un hombre fuerte a pesar de su edad y estaba acostumbrado a las heridas de armas, como delataban sus múltiples cicatrices que asomaban en su cuerpo, pero ninguna por lo visto tan grave como esta, según decían algunos de sus hombres.

Después cayó en un profundo sueño con una respiración entrecortada, que parecía más bien el preámbulo de una muerte segura. El judío, rendido por el trabajo desempeñado y sin poder hacer nada más por él de momento, se retiró un rato a descansar mientras su hija Rebeca se quedó en la habitación cuidando del enfermo y mojándole la frente y varias partes del cuerpo con agua y vinagre de romero, que hacía que el cuerpo estuviera más fresco para evitar que la fiebre volviera a subir.

Al rato entró el hijo del noble, era un muchacho alto, más alto que la media de los hombres que se veían por Hispania, y más alto y fornido que los campesinos enclenques y de baja estatura que se veían por todas las comarcas que hasta ahora habían pasado.

**Inocencio VIII, ([Génova, 1434](#) —[Roma, 25 de julio de 1492](#)). [Papa número 213 de la Iglesia Católica entre 1484 y 1492.](#)*

Vladimir, que era como se llamaba el joven, entró sin apenas hacer ruido y Rebeca se lo encontró de cara. Los dos, sin poderlo remediar, se miraron a los ojos. A la judía se le subieron los colores a las mejillas y él no pudo dejar de sentir la misma emoción que sintió la primera vez, pero esta vez con mayor intensidad. De nuevo se sintió molesto consigo mismo y preocupado preguntándose si el sentirse atraído por un joven de su mismo sexo era normal. Desviando sus pensamientos preguntó:

—¿Cómo se encuentra mi padre?

Rebeca no sabía qué decir, el joven estaba muy preocupado por la salud de su padre y parecía que sus ojos azules estaban vidriosos por las lágrimas; sintió un profundo respeto y pena por aquel joven, y le hubiera gustado poder abrazarle y consolarle.

—¿Sabes?, de niño siempre quise ser como él, fuerte, noble y justo, pero a la vez firme en mis convicciones. Provengo de una gran familia, somos siete hermanos. Mi padre tuvo dos esposas, la primera murió muy joven dando a luz a dos varones, la segunda esposa tuvo cinco hijos, tres varones y dos chicas. Soy el más pequeño de todos, el benjamín. Mis otros hermanos se reían de mí por mi baja estatura y mi delgadez. Claro que ellos son mayores que yo, me llevan varios años. Pero el viejo me enseñó a luchar, algo le decía que yo era como él, fui el único al que le enseñó el arte de la guerra; tal vez fuera porque le pilló más viejo y pasaba más tiempo en casa, de esa manera pudo dedicar más tiempo a su familia.

»Ninguno de mis hermanos aman la aventura ni el riesgo ni la guerra, aunque sea por una causa justa o noble. Yo fui el único que se alistó con él para venir hasta estas lejanas tierras y combatir con nuestros hermanos cristianos.

Ahora él está aquí tendido, con un pie en la tumba y yo estoy confuso, porque no sé si esperar a ver si muere para llevar su cadáver y darle entierro en su tierra, al lado de los que le aman, o enterrarle aquí, en una tierra desconocida, sin nadie que le llore y le venere, y marchar a cumplir el deseo de mi padre: enfrentarme a los musulmanes.

Rebeca seguía en silencio. Cuánto le hubiera gustado consolarle, acariciarle el pelo y entrar dentro de esos ojos azules para conocer sus pensamientos. ¿Acaso él había descubierto que ella era mujer? Entonces, ¿para qué continuar con la farsa de aparentar ser un muchacho, cuando su corazón deseaba gritarle a aquel hombre que ella era una mujer llena de vida y deseosa de amar a alguien y de que le amaran?

Sus miradas de vez en cuando se entrecruzaban y cuando esto ocurría los dos corazones latían con fuerza. Vladimir seguía confuso y molesto con sus sentimientos.

En uno de esos momentos el barón se revolvió en la cama y Rebeca se incorporó para mojarle la frente; al mismo tiempo Vladimir también se incorporó para acercarse a su padre y besarle en la frente. Justo entonces los dos cuerpos, sin quererlo, se juntaron, las dos caras estaban tan cerca que podían sentir el aliento del otro; se miraron y sus labios estuvieron a punto de rozarse, si no llega a ser porque en ese momento el conde despertó.

—Vladimir, hijo, ¿cuánto tiempo he estado dormido...?

El joven al ver que su padre estaba consciente, no pudo por menos que sonreír. Le cogió la mano con fuerza y le dijo:

—Poco, padre, tienes que descansar. Esta vez has estado muy cerca de la muerte.

El conde, tratando de sacar todas sus fuerzas, intentó incorporarse de la cama, pero estaba tan debilitado por la sangre perdida que, extenuado, se dejó caer en el lecho.

—No debe levantarse si no quiere que la herida se abra y vuelva a sangrar —era la voz de Aharon que después de unas horas de descanso se había acercado a ver al enfermo.

—Traed algo de beber y comer, y veréis qué pronto me recupero.

Por orden de Vladimir la casa volvió a estar agitada. Las tres mujeres que la habitaban, dos de las cuales eran las hijas del labrador, avivaron los fogones, desplumaron dos gallinas, sacaron de la despensa un buen queso de cabra, unas hogazas de pan negro, miel, almendras y otras exquisiteces, todo ello aderezado con un buen vino hecho por los frailes y lo dispusieron todo en una mesa cerca de la cama del señor. Este al ver aquellos manjares se lanzó a la mesa y empezó a devorarlos con tal gula que casi se ahoga. Solo después de haber engullido una gran cantidad de alimentos, sació su apetito y cayó en la cama borracho y harto de comida. Las mujeres de la casa que habían visto cómo se les iba la comida de varios meses casi se ponen a llorar a lágrima viva.

—Veo que su padre ya está mejor; pronto recobrará las fuerzas —dijo el judío al joven Vladimir.

—Todo te lo debo a ti, anciano. Tu medicina y tus manos le han salvado la vida.

—También ha sido gracias a la ayuda de nuestro señor...

—Como recompensa por tus servicios ruego aceptes esta bolsa de monedas. Pronto continuaremos nuestro camino hacia Granada, si vais en esa dirección nosotros podremos ser vuestros guías y protectores.

Aharon en un principio no quiso aceptar las monedas, pero debido a la insistencia de Vladimir, temiendo que este montara en cólera si no las tomaba, no le quiso contradecir y las aceptó agradeciéndoselo.

No solo el judío fue recompensado por sus servicios, sino también lo fue el campesino y sus mujeres, a los que se les dio una bolsa de monedas de oro y plata. El pobre labrador, que no había visto en su vida tanta moneda junta, se arrodilló y le besó los pies.

Pasaron cinco días y el señor conde se había recuperado totalmente. Tenía ganas de volver al combate. Aquella escaramuza les pilló por sorpresa, pero no supuso más inconveniente que perder a dos de sus hombres y retenerlos durante unos días. El entusiasmo por combatir contra los infieles musulmanes y defender la causa de la cruz había retornado a su espíritu, estaba deseoso por cumplir con la promesa que se había hecho cuando salió de sus tierras.

Cuando volvieran a los caminos tomarían más precauciones que antes. Una pequeña avanzadilla escudriñaría el camino y los pasos más peligrosos para no encontrarse con otra sorpresa y poder llegar al grueso del ejército, donde el mismo rey Fernando II de Aragón comandaba el ejército.

Aharon, su hija Rebeca y Anastasio aceptaron el ofrecimiento de su compañía. Los caminos eran muy peligrosos y decidieron viajar con ellos. Además, de esta forma, seguían cuidando de los heridos que evolucionaban día a día.

Desde el día en que Vladimir estuvo a punto de besar a Rebeca, hay que tener en cuenta que para él se trataba de un muchacho, este desapareció de su vista. Apenas se le veía por la aldea, lo justo para comer algo y comprobar la salud de su padre y la de sus compañeros. Después desaparecía y nadie sabía a dónde iba.

Desde aquello, Vladimir dudaba de su hombría y buscó rápidamente la manera de librarse de aquel pensamiento homosexual. Trató por todos los medios de saciar ese malestar buscando a una mujer para penetrarla una y otra vez hasta mostrarse a sí mismo que su hombría seguía intacta. Pero no le fue fácil pues aquel territorio estaba despoblado y la ciudad más cercana quedaba muy lejos, si iba solo se arriesgaba a caer en una emboscada.

Una mañana en la que Vladimir paseaba por los alrededores de la aldea tratando de quitarse de la mente la belleza de Rebeca, se encontró que en una parte del río que solía bajar con mucho caudal, pues era agua del deshielo de las montañas de sierra Nevada, estaba una de las hijas del labrador lavando la ropa. La moza estaba agachada y su vestido, un poco tosco pero ligero debido al calor que hacía, se le había subido y las piernas asomaban un poco. Este, nada más verla, sintió un hormigueo entre las piernas y temió que la joven notase su presencia y se levantara rápidamente y saliera corriendo, como hacían la mayoría de las mujeres. Pero no fue así, sino que, para su asombro, esta se inclinó un poco más, tanto, que acabó mostrando el trasero y la vulva de su sexo. Vladimir estuvo en un tris de saltar encima de ella como si fuera un caballo salvaje, pero él era un forastero y aunque su condición de noble le hacía ser superior a cualquier vasallo, no quería tener problemas, pues las leyes contra las violaciones y los abusos a mujeres habían cambiado mucho en los últimos tiempos, y en Europa se respetaban ciertas formas que, aunque no se cumplían, podían traer graves consecuencias.

Pensando de esa forma decidió actuar con la cabeza, así que se escondió entre la maleza, sacó

su miembro y se masturbó observando el trasero de la joven, que parecía que se movía al ritmo de su mano.

Y fue así como se quitó de la cabeza la congoja que le había estado atormentando.

A la mañana siguiente, a la misma hora, Vladimir se dirigió de nuevo al mismo lugar donde había visto a la moza, pues había estado toda la noche sin poder dormir pensando en sus nalgas, pero al llegar allí se quedó decepcionado. No había nadie, todo estaba tranquilo, el joven esperó un poco por si volvía a aparecer, pero al notar que su miembro volvía a ponerse erecto, no le quedó más remedio que masturbarse. Justo cuando empezaba, apareció de repente la moza, que se puso delante de él y muy resuelta le soltó:

—Bueno, ¿acaso no vas a dejar un poco para mí?

Aquella muchacha era una loba en celo, se montó encima del joven Vladimir e hicieron el amor un par de veces. Al acabar, los dos jóvenes quedaron extenuados, se despidieron no si antes quedar para el día siguiente a la misma hora y en el mismo lugar.

Así fue cómo Vladimir se quitó de la cabeza la mirada de Rebeca y pudo demostrarse de verdad su hombría.

Durante la primera jornada de viaje después de la partida cabalgaron despacio, pues no querían que su señor tuviese una recaída, ya que aunque su salud estaba mejorando, todavía estaba un poco débil. Con un par de jornadas, a ese paso, el conde estaría completamente recuperado.

Aharon y su hija Rebeca viajaban al final de la comitiva, y Anastasio, que había hecho amigos entre los escuderos, viajaba con estos más adelante. El joven Vladimir no se había olvidado de ellos y para que no se quedaran solos y rezagados y no tuvieran ningún contratiempo ordenó a uno de sus capitanes que machara con ellos al mismo ritmo. Llevaban así varias horas cuando de pronto se acercó un jinete al galope y se paró a su lado; mandó al capitán que se reuniera con sus compañeros de armas, pues él lo sustituiría.

El capitán no tardó nada en obedecer las órdenes de su señor. En realidad se alegraba de volver con sus compañeros, pues en compañía de Aharon y Rebeca se había aburrido.

Rebeca le reconoció rápidamente, se trataba de Vladimir, a pesar de no haberle visto en los últimos días su corazón se entusiasmó y palpité con más fuerzas que las anteriores veces.

Vladimir trataba de no mirar al joven a la cara, pero no pudo evitarlo y sus ojos se clavaron en las pupilas de Rebeca y, sin proponérselo, volvió a sentir las mismas emociones que anteriormente.

—¿Cómo van? —preguntó Vladimir.

—Cansados, pero estamos bien, gracias —respondió Aharon.

—Esta noche será la última vez que viajemos juntos. Mañana llegaremos al campamento de los reyes cristianos y nos presentaremos ante ellos; supongo que vosotros seguiréis vuestro camino...

Por un momento volvió a reinar el silencio, únicamente interrumpido por los cascos de los caballos.

—¿Cómo marcha su padre? —preguntó el judío.

—Bien, fuerte como un roble y deseando entrar en batalla.

—Pues no debería hacerlo, aunque su salud parezca estar bien, sus heridas se resentirán y en cualquier momento le pueden fallar las fuerzas.

—¿Y quién convence a ese cabezota? Él lo sabe mejor que tú y que yo, y también sabe que pude ser su fin, pero prefiere morir luchando, que no de viejo en su lecho rodeado de sus seres queridos.

—Pues que así sea, no hay que contradecirle. Espero que su padre tenga una muerte honrosa, digna de un caballero de su envergadura.

Cuando se quedaban callados, el joven no podía dejar de mirar a Rebeca y varias veces sus miradas se cruzaron.

El viejo judío Aharon que no tenía un pelo de tonto y era una persona muy observadora e intuitiva, se había percatado de la situación desde el primer momento. Por ello él le había reprochado en varias ocasiones a su hija que escondiera su condición de mujer recitándole varios pasajes de la Torá y tratando de hacerle ver que con ello estaba cometiendo un pecado ante Dios. Pero ella se había mostrado inflexible, pues desde que se había disfrazado de varón los moscones malintencionados ya no la acechaban.

—Pero hija, Vladimir parece todo un caballero, un señor digno de mostrarte su amor y no creo que piense en aprovecharse de ti.

—Padre, todos los hombres son iguales, prometen muchas cosas, pero todos buscan lo mismo.

Mientras los tres cabalgaban juntos, su padre la traicionó. Vladimir escuchó que Aharon la llamaba con nombre de mujer. Este se quedó extrañado y empezó a mirarla con más insistencia para encontrarse con sus ojos, uno ojos que ahora ella rehuía a propósito.

Vladimir empezó a sospechar y sintió que su corazón se aceleraba.

No existe mayor obstinación y fuerza que cuando dos personas están enamoradas. Por mucho que la verdad se quiera esconder, al final esta sale a la luz. Cuando albergó la duda de que ese bello muchacho fuera realmente un muchacho y no una mujer, no dejó de observarla.

Todo ocurrió al atravesar uno de los afluentes del río *Genil. El cauce del río bajaba muy caudaloso, pues ese invierno había sido de grandes nevadas y el deshielo traía mucha agua y la corriente bajaba con gran fuerza.

El joven Vladimir, seguido de dos mulos, fue de los primeros en atravesar el río. Su caballo era de gran alzada y no tuvo ningún tipo de dificultad en llegar a la otra orilla. Le siguió Aharon, que también lo atravesó sin dificultad. Después le tocó el turno a Rebeca, que su rostro reflejaba el cansancio de la jornada. El mulo que montaba la judía perdió el equilibrio y la tiró al agua. La fuerte corriente la arrastró río abajo y ella intentó por todos los medios agarrarse a cualquier cosa, pero era tal la corriente que la hundía y lo único que ella podía hacer era tratar de no ahogarse. Vladimir reaccionó rápidamente y espoleó su caballo. Cabalgó río abajo, hasta que las piedras y la maleza le impidieron seguir, entonces el joven se lanzó al agua detrás de ella y trató de alcanzarla.

Fueron unos metros interminables, los dos trataban de luchar para que los torbellinos de la corriente no se los tragaran. Por fortuna en un trecho del río la corriente se calmó y en un pequeño remanso, totalmente agotada por el esfuerzo, Rebeca consiguió agarrarse a unas ramas y allí se quedó pegada como una lapa de mar. Entonces llegó Vladimir, la agarró con fuerza y la sacó fuera del agua; el peligro había pasado.

Los dos, extenuados, se quedaron tumbados en la orilla boca arriba con los brazos abiertos mirando las escasas nubes que había por el cielo, y al incorporarse Vladimir vio que la camisa de la judía estaba completamente mojada y hecha jirones y se le marcaban unos pechos firmes y duros.

**Sinyil, Sannil, y Sinnil, nombre que recibía de los árabes éste último (Sin=Mil, Nil=Nilo) poetizado en alusión a los numerosos afluentes que recibe de sierra Nevada y que, en su confluencia con la [Vega de Granada](#), nada tenía que envidiar al [río Nilo](#). Posteriormente se llamó Guad al-Xenil para derivar a su forma traducida actual, Genil.*

La joven siempre había tratado de esconder sus senos cubriéndolos con unas telas de lino en forma de vendas, pero debido al agua y al agitar tanto los brazos se habían deshecho completamente y ahora mostraba claramente su condición de mujer.

Vladimir, al descubrir el engaño, mostró una sonrisa como entendiéndolo todo y la miró dulcemente a los ojos. Con cara de enamorado se colocó encima de Rebeca, acercó sus labios a los de ella y la besó apasionadamente.

CAPÍTULO IX

Nzinga

Habían pasado casi dos años cuando Samuel, David y el fiel Mamadou salieron de la ciudad de Toledo, en búsqueda de un nuevo lugar donde pudieran establecerse.

En todo ese periodo les sucedieron muchas cosas dignas de ser contadas, pero nos centraremos en los hechos más relevantes.

Uno de ellos, el más emotivo y digno de reseñar, fue la separación del fiel criado Mamadou; ocurrió en el puerto de Alejandría. A los dos amigos, motivados por el influjo del Mediterráneo, les entró la fiebre del viajero y, a pesar de que sus negocios iban viento en popa, seguían buscando más contactos para que estos fueran más fructíferos y seguros.

Por suerte encontraron a muchas personas honradas; buenos mercaderes, la mayoría de ellos judíos, que repartidos por todo el mundo conocido servían para que la mayoría de las materias primas y mercancías que salían de Oriente fueran a parar a sus manos.

Oro, telas preciosas, especias, diamantes..., esta comercio trepidante servía para que nuestros tres amigos continuaran conociendo mundo y se olvidaran de la verdadera empresa que les había sacado de sus hogares. De ese modo, los dos judíos sufrían la enfermedad del viajero, el ansia de conocer mundo y cuanto más aumentaban sus riquezas, mayor era su afán de ser más poderosos.

Ocurrió que en el puerto de Alejandría, mientras revisaban las mercancías que su barco llevaría a otros florecientes mercados, Mamadou presenció una de las rutinarias ventas de esclavos provenientes del África negra. Como si se tratara de la cosa más normal del mundo se vendían hombres, mujeres y niños.

Mamadou también había sido vendido como esclavo, pero aquello había sucedido hacía mucho tiempo, tanto que su memoria casi lo había borrado por completo de su cabeza. Él tuvo suerte porque fue vendido a unos buenos amos, tanta suerte que estos nunca lo habían tratado como un esclavo, sino, por el contrario, lo habían acogido como un miembro más de la familia.

Había dedicado la mayor parte de su vida a cuidar de los hijos de Aharon, sobre todo de Samuel, y siempre se hallaba junto a él, nunca se separaba más de lo debidamente prudente.

De pronto, Mamadou reconoció el rostro de una mujer que había sido su amiga cuando él solo era un niño. Era como si esa parte de su vida hubiera estado oculta en la memoria por mucho tiempo y de repente volviera a la luz. Mamadou reconoció perfectamente la cara de aquella mujer y, a pesar de no ser joven, todavía se le veía hermosa y digna. Y entonces recordó el momento en que fue apresado y separado de su pueblo.

Ahora a Nzinga, que era el nombre nativo de esa mujer, la estaban vendiendo como esclava.

Mamadou se alteró y notó cómo su corazón se aceleraba; hubiera saltado en aquel mismo momento y habría salvado a aquella mujer, si supiera que eso iba a servir de algo. Pero las cosas no funcionaban de esa manera, sabía que si hacía eso lo habrían matado allí mismo sin ninguna compasión.

Trató de calmar su estado de ansiedad y comprendió que la mejor manera de conseguir sus propósitos era comprándola con dinero. Rápidamente abrió la bolsa de monedas que siempre

llevaba encima y comprobó que con lo que allí había no le llegaba ni para comprar una vieja mula. Como alma que lleva el diablo salió en busca de su amo que estaban a unos metros de él hablando con un mercader.

—¡Amo, amo! —exclamó interrumpiendo la conversación que Samuel mantenía con un hombre.

Samuel se mostró incomodo por la intromisión de su criado y por las prisas que este tenía, pero al ver a Mamadou seguir insistiendo le dijo en tono molesto:

—¿Qué pasa? ¿No ves que estoy negociando la compra de esta mercancía?

—Amo, nunca te he pedido nada, pero necesito que vengas conmigo y compres una cosa por mí.

—¿Y para eso me interrumpes?

—Mi señor, eres como un hijo para mí, te he criado como al hijo que nunca tuve, he vivido con tu familia, desde que mi memoria tiene recuerdos, nunca os he pedido nada, y ahora te suplico que vengas conmigo y compres una cosa, antes de que sea demasiado tarde.

Samuel, ante la insistencia de su criado y viendo que los ojos se le llenaban de lágrimas, se sintió angustiado y le pidió al hombre con el que estaba hablando que esperara un momento, que en seguida volvía.

Entonces Samuel siguió a Mamadou que se dirigió a donde estaba la venta de esclavos, empujando a todo aquel que le estorbaba en su camino.

Por suerte la venta iba despacio, la mañana no estaba siendo tan fructífera como el vendedor esperaba. Había vendido unos diez esclavos entre hombres, mujeres y niños, y todavía le faltaba por vender otros tantos más; entre ese grupo estaba Nzinga, la mujer que Mamadou conocía.

—Mira, amo, ¿ves a esa mujer negra que está sujeta con cadenas?

Samuel la miró con curiosidad, sin llegar a comprender lo que este pretendía.

—Esa esclava, que ahora quieren vender, era de mi pueblo, de niños jugábamos juntos.

Samuel guardó silencio y la observó durante un rato sin que su rostro mostrara ningún signo de emoción. Él nunca se había visto en esa situación y aunque no aceptaba aquel trato, lo veía como algo normal, una costumbre muy arraigada en algunos pueblos.

—Amo, quiero que la compres para mí.

Samuel se quedó sorprendido, no se le había pasado por la cabeza comprar ningún esclavo. Su religión le impedía hacerlo, además, no necesitaban ninguno y menos una mujer.

—¡No necesitamos un esclavo, no quiero comprar ninguno!

—Amo, la quiero para mí; nunca te he pedido nada, lo sabes. Si necesitas dinero, toma todo lo que tengo.

Mamadou le dio la bolsa, Samuel estaba confundido, no sabía qué hacer ante la insistencia de sus criado, pero cogió la bolsa de monedas, la abrió y pensó para sí mismo cómo habría conseguido Mamadou reunir aquella cantidad, que para él no significa nada.

—No sé, no tengo ni idea de lo que cuesta un esclavo. Tampoco tengo experiencia en la compra de uno, pero espera, aguarda un momento...

Se alejó de Mamadou y a los pocos minutos volvió con el mercader con el que había estado negociando. Detrás de ellos venía David que sentía curiosidad por saber qué ocurría.

Gracias al mercader, que era un experto, consiguieron comprarla a buen precio.

Entonces Mamadou, nervioso, se puso frente a ella y empezó a hablarle en una lengua que ella no comprendía, mientras le hacía gestos con las manos tratando de hacerle ver que la conocía de niño y que pertenecía a su mismo pueblo. Nzinga lo miraba fijamente a los ojos como tratando de recordar, hasta que de repente se puso a dar saltos de alegría y a hablar precipitadamente en su dialecto; Nzinga le había reconocido.

Mamadou creía que había olvidado el dialecto de su tribu, pero cuando Nzinga empezó a hablar, este, sin darse cuenta, empezó a comprender algunas palabras sueltas, como si de pronto aquello que había estado dormido durante tantos años empezara poco a poco a despertar.

Nzinga le había recordado, le llamaba su hermano mayor, el león fuerte que lucharía contra sus enemigos. Hasta que un día, sin saber por qué motivo, desapareció sin dejar ningún rastro. Al principio pensaron que habría sido algún león o animal salvaje hambriento, pero no encontraron ningún rastro de sangre, solo encontraron muchas huella de hombres que decían que venían del desierto.

Fue de los primeros de la tribu en desaparecer. Sus padres creyeron al principio que los espíritus malignos se lo habían llevado. Más tarde, desaparecieron más hombres y mujeres de la tribu, y descubrieron que eran hombres venidos de otras tierras con la cabeza totalmente cubierta y vestidos de azul los que se los llevaban.

Entonces el consejo de ancianos decidió que el pueblo se adentrara en las tierras profundas de la selva, para así abandonar la costa donde los bereberes, piratas y traficantes de esclavos habían hecho su reino.

Pero ahora los tiempos habían cambiado. No solo eran los piratas, los bereberes o los árabes los únicos que traficaban con esclavos, sino que sus propios hermanos, de otras etnias, luchaban entre sí para coger esclavos y vendérselos a los hombres blancos.

Ninguna parte de África, ningún lugar de la selva eran ya seguros.

Fueron los últimos días que Samuel y David pasaron junto a Mamadou y Nzinga.

Gracias a que buena parte del comercio del Mediterráneo estaba en manos de los judíos, Samuel y David lograron adquirir experiencia y amistades, y con las debidas recomendaciones y consejos, un buen pellizco de doblones de oro, más la bolsa de diamantes que el gran mercader de Málaga les había dado en señal de amistad hicieron grandes negocios y en poco tiempo aumentaron sus riquezas. En uno de esos viajes llegaron a la ciudad de Túnez y los dos amigos se quedaron prendados de su belleza y tranquilidad. Así que decidieron quedarse allí a vivir y crear un floreciente negocio que día tras día fue más próspero. Por fin habían cumplido sus dos objetivos: los negocios iban viento en popa y habían encontrado el lugar ideal donde asentarse y ser felices con sus familias. Así que Samuel vio que era el momento de regresar a la península hispánica y traer hasta Túnez a las dos familias.

Para organizarlo todo Samuel y David llegaron a un acuerdo.

David se había enamorado locamente de Sara, la hija del médico Isaac, y a pesar de haber pasado más de un año sin verla, no lograba quitársela de la cabeza. Gracias a la amistad que habían logrado mantener con el pirata Tariz, con el que hacían negocios, pues era un buen conocedor de rutas marítimas, de puertos y buen navegante, David podía hacerle llegar alguna carta de amor y algún presente a Sara, pues Tariz al cabo del año hacía varios viajes a Melilla. En una de esas cartas llegaron a acordar que dentro de poco tiempo David viajaría hasta allí para desposarla, si su padre consentía el matrimonio. Como no hubo ningún impedimento por parte del padre, sino todo lo contrario, acordaron cuándo se celebrarían los desposorios.

El acuerdo al que llegaron los dos amigos era que Samuel tendría que quedarse custodiando los bienes y el negocio que habían adquirido en Túnez. Se trataba de dos casas con amplios jardines y unos almacenes que estaban cerca del puerto donde almacenaban las mercancías que iban adquiriendo y con las que comerciaban. David se marcharía por una corta temporada a desposar a Sara para volver poco después a Túnez con ella y quedarse al frente del negocio, y así Samuel podría marcharse a la península, casarse con Serezade, la hija del rico mercader de Málaga, tal como había prometido y, una vez hecho esto, viajaría hasta Toledo para recoger a las dos familias

y volver a Túnez a establecerse definitivamente.

El día de la partida de David, los dos estaban en el muelle del puerto y Tariz estaba ultimando los preparativos del barco; se le podía oír cómo mandaba a toda la tripulación:

—¡Tú, quita ese cabo; tú, baja la vela mayor...!

—Es la primera vez que nos separamos —dijo Samuel con la voz quebrada por la emoción.

—¿Te acuerdas del primer día que salimos de Toledo? Con qué ilusión nos marchamos...

—Teníamos una gran responsabilidad.

—¿Sabes?, nunca te lo he dicho, pero tenía tanto miedo que cuando dejé de ver las últimas casas de nuestra ciudad el corazón se me salía por la boca y estuve a punto de dar marcha atrás y dejarte solo —dijo David.

—Lo leí en tus ojos y traté de infundirte ánimos. Quiero que sepas que sin ti no hubiera podido terminar esta empresa —cuando acabó de decir esto, se fundieron en un fuerte abrazo, solo la voz de Tariz interrumpió ese momento tan emotivo.

—¡Vamos, no podemos esperar todo el día, tenemos que aprovechar el viento del levante, sino se nos echará encima la noche!

—Solo te pido, amigo, que no te retrases más de lo esperado, tengo deseos de partir cuanto antes hacia Hispania y traer a las dos familias. Algo me dice que las cosas no serán como las dejamos.

—Te lo prometo, hermano, tardaré el tiempo convenido; yo también ardo en deseos de ver a mis padres.

David ya no era el mismo muchacho que partió de Toledo: caprichoso, inmaduro, despreocupado, irresponsable. Se había convertido a lo largo de esos dos años en todo un hombre; su físico había cambiado, pasó a ser un joven alto, fuerte y guapo; tenía mucho éxito con las mujeres, como el que llegó a tener con la mujer de un gobernador, por lo que tuvieron que salir huyendo de allí, si no querían ser ahorcados por adulterio.

Se había convertido en un hombre muy responsable, Samuel sabía que podía confiar en él y estaba tranquilo de dejarle a cargo del negocio mientras él se iba a Hispania. Esperó impaciente su regreso, que sería en menos de un mes, tal como había prometido.

Ahora Samuel lo recordaba todo a bordo del navío que lo llevaba de vuelta a Hispania. Podía ver cómo se iban acercando a la costa poco a poco a pesar de que el velero en el que viajaba era lento. No le importaba, ya estaba acostumbrado al mar y se sentía algo marinero, respiraba con deleite el salitre del agua y disfrutaba viendo las olas romper en el casco del barco, incluso le gustaba que la espuma, a veces, mojara su cara.

No comprendía cómo había logrado vivir tantos años alejado del mar. Esta vida era la que él siempre había deseado, y por nada del mundo se alejaría de esa luz brillante y limpia del Mediterráneo, de la riqueza y de las gentes dispares que ese mar traía.

Su vida durante ese año y medio no podía compararse a la de Castilla. Ya nada le alejaría de aquellas aguas azules y cristalinas. Mientras el velero, con sus velas al viento, navegaba seguro, le vinieron a la mente recuerdos, la despedida de su familia, la promesa de su padre, los primeros días de la partida, la experiencia que durante todo ese tiempo había acumulado, todos los peligros por los que había pasado, en los que a punto estuvo de perder la vida en más de una ocasión..., pero todo había servido para llegar hasta donde estaban él y David: unos florecientes mercaderes, ricos, rebosantes de vida y con un gran futuro por delante. Todos los problemas, todas las experiencias negativas del viaje, incluso la morriña por la tierra y la familia apenas los recordaba ya. Solo había un recuerdo que le rompía el corazón cuando le venía a la cabeza, era lo único negativo de aquel largo viaje que todavía no había terminado: la marcha de su fiel criado

Mamadou. Casi se podría decir que fue un segundo padre para él, pues estuvo en todo momento a su lado, cuando enfermaba, en sus juegos, en sus correrías y más tarde en sus viajes por Castilla.

Recordaba sus últimas palabras antes de partir con Nzinga hacia África:

—Amo, tengo que volver; quiero volver a la tierra donde nací. Nzinga me ha contado que mi padre murió hace años, pero que mi madre todavía sigue con vida, aunque ya es muy vieja y es probable que cuando llegue ya esté muerta, pero dice que allí tengo tres hermanos. Recuerdo a dos de ellos, el otro todavía no había nacido cuando desaparecí.

—¿Sabes, Mamadou, que el viaje es muy peligroso? Os expondréis los dos a los traficantes de esclavos, esa gente no tienen compasión por nadie, lo único que miran son sus beneficios.

—Lo sé, amo, y sé a lo que nos exponemos. Pero conozco sus armas y cómo consiguen dar caza a los hombres. Daremos un rodeo para evitar los lugares por los que sé que frecuentan, así no nos exponemos al peligro.

—¿Qué harás si consigues llegar sano y salvo?

—Quiero enseñarle a mi pueblo que existen otros países, y quiero enseñarles a luchar para que puedan defenderse de los traficantes de esclavos y así impedir que se los lleven.

A medida que Mamadou hablaba, a Samuel se le iba partiendo el corazón, pero por nada del mundo sería él el que le hiciera cambiar de opinión.

Si quisiera podría seguir reclamando sus servicios, incluso su vida, pues las leyes de cualquier país reconocían la esclavitud y ningún negro podría reclamar contra ningún blanco. Pero lo quería demasiado como para retenerle; además, Mamadou había hecho tanto por ellos, que se merecía ser feliz.

Samuel se despidió de él, las lágrimas le corrían por las mejillas. Antes de partir le entregó dos cosas: un documento que certificaba que Mamadou era un hombre libre y un saquito que contenía diamantes y piedras preciosas. Tal como Samuel había aprendido durante el viaje, las joyas eran la manera más cómoda de viajar y eran muy fáciles de cambiar por monedas o mercancías en cualquier parte del mundo.

Vio partir a los dos. Mamadou estaba totalmente emocionado, por fin iba a regresar al lugar del que procedía y con el que tantas veces había soñado. Samuel se quedó allí viéndolos marchar, hasta que el barco se convirtió en un puntito en el horizonte.

David, que también estaba afectado, pues le conocía desde niño y siempre le había tenido un gran cariño, tuvo que consolar a Samuel, que no dejaba de llorar.

—No te preocupes, amigo —dijo David—. ¿No te das cuenta de que se marcha feliz? Está enamorado, va a regresar a su lugar natal, es un hombre libre... Tiene todo la vida por delante y nada le frenará.

Las voces de los porteadores de mercancías le hicieron volver a la realidad, sin darse cuenta estaba a escasos metros del puerto. Había dejado en Túnez a su amigo a cargo de todo. David había cumplido su palabra y no habían transcurrido más de tres semanas cuando se presentó con su nueva esposa, Sara. Los dos estaban radiantes de felicidad y cuando vio a su amigo corrió a echarse en sus brazos y le exclamó:

—Hermano, te presento a Sara, mi esposa.

La joven, se acercó a Samuel, su rostro mostraba la felicidad de una enamorada, y con una sonrisa en los labios le dio un beso en la mejilla.

Samuel estaba entusiasmado. Había echado de menos a su amigo y estaba impaciente por hacer el viaje que llevaba meses soñando. Solamente una cosa enturbiaba su alegría: su corazón le decía que había pasado demasiado tiempo y que, cuando regresara a Toledo, las cosas serían muy diferentes. Por lo demás estaba deseando reencontrarse con su familia, abrazar a sus padres y a su

hermana, y traerlos a un lugar seguro.

Cuando por fin tomó tierra, las emociones se agolparon en su mente, por unos segundos se le llenaron los ojos de lágrimas y todo lo veía borroso, pero rápidamente recobró la compostura al escuchar a uno de los portadores que decía:

—Llevar todo a casa del platero.

CAPÍTULO X

LA DOS BODAS

Tres meses atrás...

La guerra con el reino de Granada seguía los planes que los reyes y sus capitanes habían diseñado que marchara.

A la postre, se había desatado una lucha interna entre el rey Boabdil y su tío por hacerse con el poder, así que no quedaba más que esperar a que los reyes cristianos, con el tiempo, culminaran con éxito su empresa y el último reino nazarí cayera en sus manos.

Para ello los reyes cristianos construyeron en 1483 el campamento de *Santa Fe, situado en la Vega de Granada y atravesado por el río Genil, sitiando de esa manera la ciudad de Granada.

Las insurrecciones y alguna que otra lucha ocasional de ejércitos musulmanes improvisados eran lo único que les quedaba para no perder su orgullo guerrero y su dignidad como pueblo. Sabían que era la última baza para no perder las tierras que sus antepasados habían conquistado hacía siglos. Muchas zonas ya conquistadas y gobernadas por los cristianos de pronto se alzaban en armas. O bien el ejército de un emir o un noble musulmán, que no aceptaba lo que el destino les había deparado, irrumpía en los pueblos reconquistados y robaba ganado o cogía prisioneros para hacerlos sus esclavos o volverlos a vender a los mismos cristianos.

Mientras tanto, Granada estaba completamente sitiada por el ejército cristiano y en la llanura se había creado una ciudad provisional para albergar a los miles de soldados deseosos de entrar en batalla.

El joven Vladimir había llegado por fin a los límites de Granada. Su padre y todos sus nobles caballeros se presentaron ante los reyes cristianos para ofrecer sus servicios.

Fernando II de Aragón así como su mujer, Isabel I de Castilla, aceptaron con entusiasmo los servicios y la experiencia del conde extranjero. Todo cuanto sirviera a la causa de la cristiandad era bien recibido y más viniendo de un noble tan ilustre como este.

El padre de Vladimir, que había nacido para la guerra, estaba deseoso de entrar en acción, al igual que sus capitanes. Pero al joven Vladimir le costaba trabajo separarse de Rebeca, pues estaba completamente enamorado, pero su padre le obligó a alistarse en el ejército y a combatir, sino la deshonra caería sobre su familia, y el conde por nada del mundo lo permitiría.

**En sus inicios fue un campamento militar planeado por los [Reyes Católicos](#) para el asalto final a los nazaries del [reino de Granada](#). El nombre de Santa Fe evoca en todo el mundo un capítulo ilustre de la historia de España.*

Antes de la partida del noble conde junto con una parte del ejército cristiano hacia las Alpujarras granadinas, Antequera y Lorca, que habían sido ocupadas por una buena parte de las tropas del ejército musulmán venidas de África y que tenían fama de guerreros salvajes fieles a la Jihad (Guerra Santa) y a la expansión del islamismo, le dijo a su hijo:

—Ven con nosotros y cuando termine esta campaña, que los capitanes del rey aseguran que no durará mucho, te prometo que permitiré que pidas la mano de esa joven.

Habían encontrado una pequeña granja con una casa grande en la misma Vega de Granada,

cerca del campamento militar de Santa Fe, donde los reyes cristianos se habían instalado. Fue Vladimir quien la buscó para Rebeca y su familia, pues no quería que su enamorada viviera en el propio campamento, pues no tenía las debidas condiciones, a pesar de que este se había convertido en una pequeña ciudad. Se habían construido edificios, torres, almenas y casas, pero las buenas eran usadas por la corte y nobleza, el resto eran tiendas de campañas, casas de adobe y de paja, y el ambiente no era el más adecuado para una doncella. La soldadesca lo convertía en peligroso, pues continuamente había disputas, y además algunas zonas del campamento eran insalubres, debido a la falta de higiene se cogían todo tipo de enfermedades.

Este campamento militar se consideraba una ciudad porque vivían en él miles de civiles: cocineros, armadores, carpinteros, albañiles, muleros, caballerizos, médicos, cirujanos, escribanos..., cientos de oficios acompañaban al arte de la guerra, así como familias enteras de soldados que marchaban acompañando a sus hombres y con ellos mujeres de mala vida, pendencieros, ladrones y asesinos.

La vida en la granja resultaba apacible, padre e hija vivían cómodamente, no les faltaba de nada. Pero Rebeca siempre esperaba con ansia el regreso de su amado, pues ella tenía miedo de que la volvieran a traicionar y que él no apareciera. Como en su día lo había hecho Presebal, prometiéndole que nunca renunciaría a su amor y que volvería a buscarla. Había llovido mucho tiempo desde entonces, en aquella época ella era una niña asustada y sola, ahora era una mujer con decisión y carácter.

Su padre cansado de esperar, una mañana le dijo claramente:

—Dentro de dos días voy a reanudar el viaje.

Rebeca estaba muy apenada, sabía que su padre no estaba del todo a gusto allí y que de un momento a otro le iba a plantear lo del viaje.

—Padre, ¿te irías dejándome aquí sola?

—Hija mía, tú sabes por Yahveh que por nada del mundo te abandonaré, quiero volver a los caminos porque tengo el presentimiento de que dentro de poco volveré a encontrarme con tu hermano Samuel. Es lo único que me queda por hacer en la vida.

—Padre, cuando habla de esa manera, hace que me ponga triste.

Aharon continuó hablando mientras le dolía decir esas palabras.

—Vladimir, es un buen hombre, sé que te quiere; es un joven noble de buenos sentimientos, cumplirá su palabra. Tú estás enamorada de él y los dos seréis muy felices. Tienes que seguir tu camino, crear tu propia familia y tener hijos. Yo ya soy viejo y no puedo ser nada más que un estorbo para los demás.

—¿Y si Vladimir no vuelve o lo matan, qué hare yo entonces?

—Tendrás que ser fuerte, hasta ahora lo has sido; además no te quedarás sola, también está Anastasio.

—Padre, te ruego que no me pidas que te abandone. Amo a Vladimir y sé que él me ama, pero está dominado por su padre y además, mientras dure esta guerra siempre tendré la incertidumbre de si volveré a verlo o no.

—Entonces, no queda otra solución, vendrás conmigo en busca de lo que nos llevó a emprender este largo viaje, tu hermano.

—Que así sea padre y que la corriente del río nos lleve a buen puerto. Hoy mismo empezaré a hacer los preparativos y dentro de un día nos marcharemos de aquí.

—Que Yahveh te oiga, hija.

Aquel mismo día se presentó inesperadamente uno de los caballeros del conde junto con dos escuderos. Traían a Vladimir en una parihuela gravemente herido, con un brazo amputado y mucha

fiebre.

Cuando Rebeca lo vio allí tendido sin conocimiento y mal herido, dio un grito de dolor, corrió hacia él y cayó de rodillas al lado de la camilla implorándole:

—Amor mío, ¿qué te pasa?, ¿por qué no me hablas...?

Las lágrimas resbalaban sin control por sus mejillas.

El caballero del noble le dijo:

—Su padre, el conde, nos ha pedido que le trajéramos aquí. Vladimir luchó como un león contra los sarracenos, mató a muchos de ellos, pero tuvo la mala fortuna de que le hicieran un corte profundo con un hacha en el brazo. Los cirujanos del campamento no pudieron hacer nada por salvárselo y se lo tuvieron que amputar. Ahora necesita mucho reposo y cuidados, y qué mejor sitio que este para eso.

Aharon que estaba más tranquilo que su hija, aunque sentía la pena del muchacho y el dolor de su hija, se acercó hasta el enfermo y le cogió la mano, se la puso en la frente y dijo:

—Tiene mucha fiebre, tenemos que meterlo en casa, rápido.

Una vez los vasallos del noble metieron a Vladimir en casa, Rebeca, por orden de su padre, les atendió lo mejor que pudo, sacándoles una buena jarra de leche de cabra y abundante comida que los tres hombres devoraron como lobos hambrientos, pues llevaban más de dos días sin apenas dormir ni comer, sin contar el tiempo que llevaban combatiendo. Cuando los tres acabaron, Rebeca ya les había buscado un lugar caliente y cómodo fuera de la casa para que pudieran descansar un buen rato y recuperar el sueño perdido.

Mientras, su padre le había dado a Vladimir la pócima que el médico árabe les había entregado para la fiebre, y que daba tan buenos resultados.

—Padre, ¿crees que vivirá?

—Está muy enfermo y ha perdido mucha sangre. Los cirujanos de los ejércitos no suelen ser muy buenos médicos, pero él es fuerte y tiene algo por lo que merece la pena vivir, y es el amor que profesa por ti.

Durante dos días enteros, Rebeca apenas se separó de la cama donde yacía su amado. Vladimir no había logrado recobrar el conocimiento, en un par de veces deliró en sueños, pero con los cuidados de la judía y los de su padre al tercer día logró despertar.

—Te he visto en mis sueños, y he rezado pidiendo volverte a ver una vez más —dijo el joven con una sonrisa dulce en los labios.

La judía estaba sentada a su lado y tenía su mano cogida. Emocionada, las lágrimas invadieron sus ojos.

—Ahora, nada ni nadie nos separará, no podrán impedir que nuestro amor crezca.

—Cuando me recupere serás mi esposa... tendremos muchos hijos.

—Sí, amor, muchos...

—Mi padre ha aceptado nuestro casamiento. Le hice jurar el día que me hirieron que si lograba vivir me permitiría casarme contigo. Desde ese instante me entregué en cuerpo y alma a nuestro señor Jesucristo y a la Virgen María, prometiéndoles que si me salvaban, te haría mi esposa, tendría muchos hijos y todos seguirían el camino de nuestra Santa Madre Iglesia. Mi padre quiere una gran boda ante el rey, como un noble como él se merece.

Rebeca escuchaba aquellas palabras conmovida, pero en su interior todo aquello la daba miedo.

Día tras día Vladimir fue recuperando las fuerzas gracias a los cuidados que le profesaban y a las enormes ganas de vivir. La fiebre poco a poco fue remitiendo hasta desaparecer. El joven empezó a estar más fuerte, aunque todavía mostraba algún signo de debilidad.

Los hombres que estaban a su servicio hacía días que se habían marchado, pues tenían órdenes de su señor de retornar cuando vieran que su hijo empezaba a recuperarse.

Una mañana, Aharon fue a comprar unas provisiones a la villa más cercana y a su vuelta venía radiante de felicidad. Rebeca al notar ese cambio le preguntó:

—Padre, ¿qué ha pasado que viene tan contento?

—No vas a creer lo que me ha sucedido.

—Cuénteme padre y no me deje usted en ascuas, que le veo tan alegre que algo bueno le ha debido pasar.

—Ya sabes que entre nosotros, los judíos, reconocemos a la gente de nuestro pueblo, por mucho que se disfracen.

—Padre, vaya usted al grano, que me tiene totalmente intrigada.

Aharon agitado por lo ocurrido, prosiguió con su historia.

—Hoy en la ciudad era día de feria y había muchos mercaderes comprando y vendiendo sus artículos. Yo estaba curioseando por los puestos cuando uno de esos mercaderes se quedó mirándome fijamente. No me había dado cuenta de que me estaba observando hasta que escuché una voz que me llamaba. Se trataba de un mercader que venía de la costa de Málaga, y me preguntó si yo por casualidad era familia de Samuel, un joven de Toledo.

Aharon no pudo seguir hablando, su grado de excitación era tal que le impedía mantener una conversación fluida. Se le había secado la garganta y su hija, viéndole que tosía, le acercó una jarra de agua fresca, que él bebió con placer; después de coger aire continuó hablando.

—Dice que conoce a tu hermano y a su amigo David desde hace tiempo y que ha hecho varios negocios con ellos, que se han instalado en Túnez y que las cosas les marchan muy bien; que varias veces le ha hablado de nosotros y que tenía pensado en breve volver para recogerlos.

»El buen mercader me contó que hacía un par de semanas le había visto llegar al puerto de Málaga y que estaba preparando los desposorios con la hija de uno de los mercaderes más ricos del Al-Ándalus que profesa la fe musulmana, y que si me daba prisa todavía llegaría a tiempo para la boda, pues los preparativos de una boda de esas características duran bastante. También me contó que habían invitado a gente principal y muchas personas de otros lugares distantes y que los estaban esperando para que pudieran asistir a la ceremonia.

Rebeca no daba crédito a lo que su padre le estaba contando, se había quedado sin habla, parecía imposible que después de tanto tiempo tuvieran noticias de su hermano.

Tener noticias de Samuel era como un milagro, un milagro que la vida les había concedido después del sufrimiento que habían pasado.

—¿Por qué tu hermano todavía no ha dado señales de vida? ¿Por qué, si está en la península, no ha ido a Toledo a buscarnos? ¿Acaso se ha olvidado de nosotros? Siempre he sido correcto con él, desde niño ha sido el más mimado y protegido, le he sacado de más de un apuro... ¿y nos lo paga olvidándose de nosotros?

Aharon hacía mucho tiempo que venía haciéndose estas preguntas.

Su hija miró a su padre con cariño, y le dijo con dulzura:

—A lo mejor, padre, ha tratado de enviarnos algún mensaje, pero ten en cuenta que nosotros hace tiempo que nos fuimos de nuestra casa y nadie sabe dónde estamos.

—Sí, supongo que tendrá algún motivo para ello —dijo resignado—. Pero tampoco entiendo cómo se puede casar con una persona que no profesa nuestra fe.

—Padre, yo me quiero casar con un cristiano.

—Lo tuyo, hija, es distinto. Tú tienes que buscar un buen esposo. En nuestra fe la mujer queda libre de ese destino mientras cumpla los sagrados preceptos del señor.

—¿Qué harás ahora?

—Partiré cuanto antes hacia Málaga, mañana mismo me marcharé.

—Solo no lo harás, padre, yo iré contigo.

—¿Y Vladimir?

—Se encuentra bien.

—Pero yo no quiero que lo pierdas por mi culpa.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer, perder a un padre y a un hermano?

Aharon no sabía qué contestarle.

—Si me quiere me esperará o nos acompañará.

—¿Tendrá fuerzas para hacerlo?

—Tendrá. ¿No las tiene para matar a otros hombres...?

Mientras todo esto ocurría, el joven Anastasio, a pesar de su juventud y su falta de experiencia, actuaba como si fuera todo un hombre. Desde que se encontró con los caballeros del conde extranjero, iba con ellos como si fuera su sombra. Por suerte para el muchacho el señor conde le había cogido aprecio y le había hecho escudero suyo. Cuando llegaron al campamento de Santa Fe, el ambiente guerrero le causó un gran impacto. Tuvo la dicha de participar en varias batallas contra los moros, pues su nuevo amo, el noble conde, era tan belicoso que participaba en todas las luchas que acaecían.

Para colmo de dichas, Anastasio se encontró con un paisano de su pueblo que había sido reclutado para la guerra, pues decían que era muy bueno con la ballesta y el tiro con arco, ya que siempre que participaba en una feria se llevaba el primer premio por su puntería.

Este buen hombre le dio una noticia que dejó al muchacho helado.

—¿Sabes que tu padre, el conde Mendoza, falleció unos meses después de que tú partieras?

—¿Y de qué murió? —preguntó el muchacho, sin dar ninguna muestra de congoja por la noticia.

—Dijeron que últimamente tenía la salud muy delicada, pero las malas lenguas hablan de que murió de una indigestión, por glotón. Pero, amigo, no sabes lo mejor, y esto te concierne a ti.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—¡Pues dime, dime! Tengo mucha curiosidad.

—El señor conde, vuestro padre, no pudo tener un hijo legítimo con su esposa, como bien sabes, pero sí tuvo muchos con sus criadas y alguna que otra mujer del pueblo; de hecho dicen que la mayoría de los hijos del pueblo son de él, pero que el hijo primogénito fue uno que se marchó. Resulta que ese hijo primogénito eres tú.

Para Anastasio todo esto no significaba nada, la única verdad era que él había sido un niño abandonado, sin padre ni madre. Había crecido solo y salvaje, como las plantas silvestres que crecen en el campo. Nadie le había educado ni enseñado nada, a veces se preguntaba cómo había podido sobrevivir. Al cabo de unos años, tuvo la suerte de que una mujer, que perdió a su marido y a sus hijos por culpa de la peste, se apiadó de él y lo acogió como si fuera su propio hijo. Pero por desgracia, a los pocos años, la mujer que había sido la única persona que le había tratado con cariño y dulzura falleció dejándole otra vez solo en este mundo.

Después de aquello Anastasio vivió durante muchos años en las cuadras del castillo y las sobras de su amo eran su comida. ¿Qué le importaba a él que hubiera muerto un hombre que en ningún momento había mostrado ninguna piedad hacia él?

—¿Y a mí que me importa que haya fallecido el conde y que digan que soy su primogénito?

—¿De verdad, muchacho, que no lo sabes?

—¿Saber? ¿Qué tengo que saber?

—Pues que si eres el primogénito, eres su legítimo heredero. De hecho el conde había hecho testamento y en él te reconocía como su hijo legítimo. ¡Así que legalmente eres su heredero!

Anastasio siguió sin mostrar ningún signo de alegría, se había quedado completamente paralizado, no sabía si lo que le habían contado era bueno o malo.

—Yo que tú, muchacho, volvería allí y reclamaría lo que es mío.

Fue corriendo a ver a Aharon y Rebeca, y les contó lo sucedido.

—Ve hijo -le dijo Aharon con cariño- y reclama tu herencia. Ahora te toca recibir los frutos de tu dura vida, ya has sufrido suficiente. Una vez lo hayas hecho, disfruta de los sabores de la vida y nunca olvides tus orígenes, sé siempre generoso y comprensivo con los más indefensos y débiles.

—¿Ahora? ¿Justo cuando empezaba a vivir de verdad y a sentirme feliz por haberos encontrado a los dos? No quiero perderos.

—Te aseguro, hermanito, que nunca nos perderás, siempre te tendremos en nuestros corazones.

—En el castillo con lo único con lo que me voy a encontrar es con envidias, conspiraciones y gente malvada, empezando por su viuda, que es una bruja y nunca me ha querido.

—Hijo, parece mentira que lo diga todo un aguerrido guerrero, que al servicio de uno de los señores de la guerra ha demostrado su fuerza y valentía; eres un hombre fuerte con voluntad propia, te convertirás en un gran señor, justo y honorable.

»Tú has heredado las virtudes de hidalguía, nobleza y justicia de ese gran señor que fue tu padre, y no los defectos que toda su vida le acompañaron: la pereza, la glotonería, la lujuria y las escasas agallas para enfrentarse a sus enemigos.

»Harás un gran papel en la nueva vida que te ha tocado vivir, pero ten cuidado y elige bien la gente que te va a rodear, tendrás que saber quién te quiere bien y quién solo trata de sacar provecho de ti y hacerte mal.

Con todos esos buenos consejos por parte de Aharon, y las bendiciones del conde, que se lamentó de perder a su nuevo escudero, Anastasio partió hacia el castillo acompañado del vecino de su pueblo que se había puesto a su servicio.

Rebeca sintió su partida, pero a la vez se sentía feliz por la suerte del muchacho.

LA BODA DE LA HIJA DEL RICO MERCADER DE MÁLAGA MUHAMMAD

Por los antiguos reinos del Al-Ándalus marchaban un joven cristiano, que por su porte parecía un príncipe, una hermosa doncella, tan hermosa que parecía una de las bellas cautivas del rey Boabdil, que, al caer este en desgracia, se había fugado, y un anciano que en sus tiempos debió de ser un rico mercader, pero que en los últimos años de su vida la desdicha había hecho mella en él. Los tres hacían que los escasos caminantes con los que se cruzaban se pararan para ver ese curioso grupo.

Pasaron por infinidad de villas que en su tiempo habían sido moras y ahora eran cristianas. Cabalgaron por campos agrestes donde a veces la brisa traía consigo la humedad del mar y en uno de esos caminos se encontraron con un viejo que oraba en su pequeña alfombra dirección a la meca; eran tan lastimeras sus oraciones que nuestros tres amigos no pudieron evitar pararse y observar al viejo que oraba a la vez que lloraba.

—¿Qué le pasa, buen hombre, que ora como un buen creyente y sin embargo llora desconsoladamente? —preguntó Aharon con delicadeza.

—Señores, mi historia y mi tristeza tienen que ver con estas tierras. Hasta hace poco estaban bendecidas por Alá, fueron las tierras del pueblo más poderoso de la tierra, donde florecían la cultura, la sabiduría, la ciencia, las artes y la poesía.

Perdimos la tierra que nuestro pueblo durante siglos ha defendido porque Alá nos castigó por

nuestra arrogancia. Hemos pecado porque hemos sido corruptos y viciosos, así que Alá nos la ha quitado. ¿Ven esos campos, ahora secos y abandonados? ¿Pasaron por las últimas aldeas, pueblos y ciudades? Donde antes era todo esplendor ahora solo se ve miseria y tristeza. ¿No ven los caminos desiertos, no ven los zocos vacíos? No hay niños jugando por las calles. ¿Acaso ven juventud? ¡Solo quedan ancianos como yo!, que no tenemos fuerzas ni para cultivar los campos ni para coger una espada y luchar.

El viejo siguió hablando, mientras que nuestros amigos le escuchaban en silencio sin interrumpirle.

»Hace poco tiempo llegaron los cristianos. Ellos nos conquistaron y sus señores nos hablaron de paz, tolerancia y respeto hacia nuestra fe y nuestra cultura. Y nuestro pueblo que es gente pacífica y amante de la hospitalidad, pues es la herencia de nuestra cuna, los recibió con esperanza, pensando que a lo mejor los cristianos podrían ser mejor que nuestros príncipes y visires, y podrían traer la paz a nuestras tierras. Por un tiempo, todo parecía en calma y el ejército cristiano apenas se metía en nuestras vidas, pero entonces llegaron sus sacerdotes diciéndonos que al adorar a Alá, adorábamos al diablo, y trataron de obligarnos a renunciar a nuestra fe. Quemaron nuestros libros sagrados y todo cuanto nuestra cultura había construido para alcanzar la sabiduría.

»Así empezó todo. El pueblo se sublevó y todos, jóvenes y mayores, se fueron a luchar sin experiencia. Muchos se dedicaron al bandidaje y al pillaje, se colaron en tierras de cristianos y robaron ganado, quemaron las cosechas, cogieron esclavos..., y los cristianos respondieron con dureza y mataron a muchos. Ahora las tierras están abandonadas y los caminos desiertos. Es el castigo que Alá nos ha enviado por nuestra soberbia y orgullo, hemos perdido el paraíso, pues no supimos conservarlo.

Cuando el viejo terminó de hablar, empezó a recitar versículos del Corán, así que los tres viajeros se despidieron y continuaron su camino hacia la costa. Llegaron a la cima de una montaña y divisaron el mar, era de un azul intenso, la luz del sol reflejaba en el agua y esta le hacía brillar como si fuera un zafiro.

Rebeca y su padre que nunca antes habían visto el mar se quedaron deslumbrados por su belleza e inmensidad. Vladimir que era de origen nórdico estaba acostumbrado a verlo, pero no dejó de hacer un comentario sobre el color del agua. Unas aguas tan azules y claras en contraste a la oscuridad y la negrura de las aguas del norte.

—Padre, no me imaginaba que el mar fuera así.

—Yo tampoco, hija.

—¡Mira, padre! Allá a lo lejos se ve una ciudad, debe de ser Málaga.

—Seguro que lo es, solo estamos a media jornada de ella.

Cuando bajaron de la montaña cabalgando hacia Málaga se encontraron por el camino a un pequeño grupo formado por cuatro mujeres musulmanas, con las caras tapadas montadas en unos pequeños asnos y vestidas ricamente con amplias túnicas como si fueran de fiesta.

Las riendas las llevaban cuatro esclavos, dos de ellos eran de aspecto africano y los otros dos mozárabes, pues su color y sus rostros los delataban. Eran cautivos de los musulmanes; muchas veces el ejército de estos irrumpían en las tierras cristianas y secuestraban algunos cristianos para luego venderlos como esclavos para trabajar las tierras o bien para pedir un rescate por ellos a sus familiares. Esta forma de actuar era muy común durante todo el periodo que duro la Reconquista.

Delante de ellas cabalgaba un musulmán, ya entrado en años, que vestía también ricos ropajes de fiesta y montaba un increíble caballo de pura raza árabe que le costaba trabajo dominarlo, pues el semental era muy brioso y fuerte, demasiado para un hombre de su edad. Cuando se pusieron al

lado de la comitiva el musulmán afablemente les dijo:

—*Salam malecum*.

—*Salam* —saludaron los tres a la vez.

—Parecen forasteros; ¿no irán a la boda de una de las hijas de mi prima Fátima, Serezade?

Aharon se había colocado a la altura del hombre, pues su hija y Vladimir marchaban detrás conversando y riendo animadamente, y contestó:

—Vamos a casa del mercader Muhammad.

—Entonces —dijo el viejo musulmán riéndose—, van a la boda, pues Muhammad es el marido de mi prima Fátima que tiene dos hijas, a cada cuál más bonita. La boda se celebra dentro de dos días. Serezade se casa con un muchacho de origen judío que dicen que viene de Toledo y que ha hecho una gran fortuna comerciando por todo el Mediterráneo.

Rebeca se puso a la altura de su padre para poder escuchar mejor lo que el hombre estaba contando. Se les notaba a ella y a Aharon agitados, tenían ganas de llegar y reencontrarse con Samuel.

—Estas mujeres que me acompañan son mis esposas —continuó el musulmán—, gracias a ellas he tenido quince hijos que trabajan mis tierras, cuidan del ganado y de los caballos; los hijos nunca deberían abandonar las tierras de su padre, ahora todos se han marchado con nuestro bien amado rey Boabdil a la guerra.

Aharon estaba impaciente por llegar y no quería perder el tiempo en más conversaciones, pero trató de no mostrar inquietud y aprovechó para ver si podía sacar algo más de información sobre su hijo.

—¿Y no sabrá cómo se llama el joven que va a desposar a su sobrina?

Tenía el convencimiento de que se trataba de su hijo, pero quería cerciorarse del todo, pues, como no se había nombrado a nadie, podría tratarse de otro muchacho judío.

—No, hermano, no le puedo ayudar en eso. Ni siquiera le conozco, será la primera vez que le vea. Solo sé, por las noticias que me han llegado, que se trata de un joven judío que hace un par de años, más o menos, apareció por la casa de mi cuñado, que fue su invitado por unos días y durante los mismos se hizo efectivo el compromiso. Hasta ahora solo habían mantenido correos y promesas. Mi propio cuñado dudaba de su palabra, pero hace escasamente unas semanas apareció por allí el joven para cumplir su promesa y devolver el préstamo, con intereses, que mi cuñado le había facilitado.

Aharon hizo un gesto de satisfacción por lo que le acababa de contar el hombre, estaba casi seguro de que se trataba de su hijo. Había otra cosa que todavía seguía dándole quebraderos de cabeza y era ¿por qué Samuel no había tratado de buscar a su familia antes?, incertidumbre que pensaba resolver pronto, cuando estrechara a su hijo entre sus brazos.

Aharon a pesar de no ser realmente viejo, se sentía el más viejo del mundo. El periodo en la cárcel, el castigo, la huída... habían minado sus ganas de vivir, solo había dos cosas que le hacían seguir adelante; una era el deseo de ver a su hija casada y parecía que eso pronto llegaría, y la otra era encontrar a su hijo. No le reprocharía su comportamiento, solo quería llorar en sus brazos y verlo por última vez. Después le pediría al Todopoderoso que le llevara consigo, pues ya no le quedaría nada por hacer en este mundo. Pero eso sí, nada de reproches hacia su hijo.

La casa del mercader Muhammad era la más grande de toda la ciudad de Málaga, estaba en lo alto de un cerro cubierto de palmeras; infinidad de jardines y fuentes recorrían la casa y desde sus terrazas se podía observar el trasiego del puerto, aparte de unas vistas del mar espectaculares. El otro lado de la casa daba al zoco y desde allí se veía su tienda. Su casa era tan amplia y hermosa que parecía el palacio de un sultán.

Cuando llegaron, entraron y preguntaron por el rico mercader. Había mucho movimiento de sirvientes y mujeres por todos los lados, estaban decorándola y preparándola para la gran fiesta que iba a acontecer dentro de unos días. Esta escena contrastaba con la que se vivía en el resto del reino nazarí, donde la guerra estaba haciendo mella en sus habitantes y en su paisaje. El ambiente festivo que se respiraba en casa del mercader hacía que te olvidaras por completo de toda esa desolación que los rodeaba. Se estaba preparando una fiesta a lo grande, las cocinas estaban a rebosar de comida y de gente, los fogones no paraban de echar humo, los ricos olores a especias y manjares que salían de ella hacían que los que pasaran por allí se les hiciera la boca agua.

Mientras esperaban pacientemente a que llegara el anfitrión de la casa los acompañaron a una de las confortables estancias para que pudieran estar cómodos hasta que los recibiera. Era una hermosa habitación repleta de bellos cojines bordados con ricas telas de oro; las alfombras fabricadas en los mejores telares de Persia por las mejores manos cubrían todo el suelo; les habían servido bandejas con todo tipo de manjares: las mejores frutas, los frutos secos de la tierra y de Oriente, leche de cabra, miel de las Alpujarras y otros platos exquisitos que degustaron con placer.

—*Salam malecum*. Alá y Mahoma, su profeta, les dan la bienvenida a ustedes que han venido a honrar la casa de este humilde mercader. ¿Cuál es el motivo de su visita? ¿En qué puedo servirles?

Muhammad se había presentado ante ellos vestido con ricas túnicas, como era su deber, pues el mostrar a sus clientes distinción y riqueza era signo de que sus negocios eran prósperos y de que se podía confiar en él para llevarlos a buen fin.

—Veo, señor, que en vuestra casa pronto celebraréis una boda de una de vuestras amadas hijas con un joven toledano de origen judío. ¿Por casualidad ese joven judío no se llamará Samuel?

Muhammad se quedó un poco confundido, no sabía a qué atenerse, pero como era un hombre muy diplomático y afable respondió amistosamente:

—¿Acaso son ustedes amigos suyos, tal vez parientes?

Aharon que ya estaba completamente seguro de que el novio era su hijo, pues el mercader no lo había desmentido, contestó:

—Soy el padre de Samuel y esta es su hermana.

Muhammad abrió los ojos de par en par y mostró una sincera sonrisa. Se acercó hasta donde estaba Aharon y sin más lo estrechó entre sus brazos lleno de júbilo.

—¿Cómo es posible que hayan venido hasta aquí? No saben lo mucho que me alegra su presencia y que hayan llegado a tiempo para la boda. Tienen muchas cosas que contarme...

Aharon, como seguía desconcertado por la actitud de su hijo, no pudo evitar preguntarle a Muhammad si él sabía por qué motivo Samuel no había marchado en busca de su familia. El mercader le contó todo lo que sabía sobre ese tema, pues había hablado con el muchacho en varias ocasiones sobre ese asunto.

—Siempre tuvo como prioridad buscarles. Pensaba hacerlo una vez se casase con mi hija. Habíamos acelerado los desposorios ya que estaba impaciente por salir de viaje y encontrarles.

»Me contó que había enviado a varios emisarios en los últimos tiempos pero que no había tenido suerte, pues estos no encontraron ninguna pista de su paradero y no sabía qué había pasado con ustedes.

»Ahora Samuel se encuentra en el puerto ultimando unas remesas de género que acaba de recibir de Oriente. Se ha convertido en un hombre rico y muy ocupado. Voy a mandar a un sirviente al puerto para que venga en seguida.

El encuentro con el mercader Muhammad fue muy cordial y entrañable, los dos hombres se

entendieron a la perfección, hicieron buenas migas. Al rato de conversar Muhammad les presentó a Serezade, la que sería su futura nuera.

A Aharon le gustó la mujer que su hijo había elegido; era hermosa como una flor, inteligente y sencilla, no parecía la clásica hija de un hombre rico, que solía ser orgullosa y soberbia. La joven parecía tener muchas cualidades y estar enamorada de Samuel.

Muhammad le contó que toda su familia era de origen hebreo y que todos sus antepasados lo habían sido, pero que él había optado por abrazar la fe mahometana y por eso se había cambiado su nombre hebreo por Muhammad, en honor al profeta Mahoma.

—Soy un gran devoto del profeta Mahoma, pero le tengo un gran respeto al pueblo de Moisés, que ha sido el pueblo de mis antepasados —dijo Muhammad.

Aharon no entendía cómo alguien podía cambiar de religión así como así; quizás era que se había hecho viejo y ya no era capaz de comprender el mundo. No entendía por qué los distintos pueblos se odiaban entre sí de esa manera y se estaban masacrando. Los cristianos luchaban contra los musulmanes, los musulmanes contra los cristianos, los musulmanes y los cristianos a veces se aliaban y luchaban contra los judíos. No entendía nada.

Mientras Aharon tenía estos pensamientos, el mercader continuaba hablando de cómo había llegado a donde estaba, de las riquezas que había atesorado a lo largo de su vida y de que estaba seguro de que Samuel cuidaría de ellas y posiblemente las aumentaría.

Rebeca y Vladimir paseaban como dos enamorados por los jardines de la casa; eran impresionantes, ocupaban una gran extensión de tierra, estaban llenos de fuentes y canales de agua cristalina que discurría por todas partes regando cada planta y cada árbol, dejando una sensación de frescor. Pasaron junto a un banco de piedra cubierto de mosaico andalusí que se había puesto muy de moda. Desde allí había unas hermosas vistas del mar, a lo lejos se veían pequeños barcos de vela que recorrían todo la línea del horizonte, y se sentaron a contemplar su belleza.

El joven Vladimir había prometido a su padre que regresaría de Málaga lo antes posible. El conde quería convertir su boda en un acontecimiento, pues su intención era que asistieran los reyes cristianos.

Samuel estaba en el puerto ultimando los preparativos para que la galera veneciana se llevara la mercancía hacia varios puertos del Mediterráneo, donde les esperaban sus agentes. Metía prisa a los estibadores, algunos de ellos esclavos, de origen africano, para que terminaran de cargar.

Sus pensamientos estaban en el viaje que realizaría a su tierra y en el encuentro con su familia. Para él la boda era un mero formulismo, un paso que tenía que dar para poder estar con la mujer de la que se había enamorado. Apenas tenía interés por la fiesta que se estaba organizando. No habría nadie de sus seres queridos, y los ritos ceremoniales de la boda serían totalmente diferentes a los de su religión. Desde niño había participado en muchas bodas judías, conocía su tradición y se sentía orgullosa de ella. Esa boda que dentro de dos días iba a celebrarse era la suya y no se sentía feliz. Vería multitud de caras desconocidas, recibiría cientos de regalos, celebrarían el banquete como si se tratara de la boda de la hija de un rey, pero él estaba nostálgico y sus pensamientos se iban a otra parte. Por eso el trabajo y la actividad lo alejaban de esa infelicidad, de esa nostalgia.

De pronto vio que uno de los criados de su futuro suegro Muhammad venía deprisa hacia él.

—Mi amo dice que acuda a la casa lo antes posible, que tiene una gran sorpresa para usted.

—Dile a tu amo que iré lo antes que pueda —respondió Samuel con cierto aire de indiferencia.

—No, mi amo ha insistido en que es muy importante y que tiene que venir conmigo sin falta.

Samuel parecía molesto por la insistencia del criado, pero viendo que no cejaría en su empeño y por no enfadar a su futuro suegro, dejó todo lo que estaba haciendo y subió a lomos del caballo

que el criado traía consigo.

La casa no estaba lejos del puerto pero estaba en lo alto de un cerro y había que subir una gran cuesta, por eso Samuel se subió a lomos del caballo y hostigó al animal con un “arrrrrrrrrrrr”, dejando atrás, entre una gran nube de polvo, al criado que iba montado en un pequeño asno.

Cuando Samuel entró en la casa vio un gran movimiento de sirvientes. Todos se afanaban en decorar, limpiar y adecentar la casa; las cocinas eran un gran hervidero de mujeres ocupadas en preparar los cientos de platos que se servirían en el festín y que iba a durar varios días. Muhammad había contratado servidumbre de fuera de la casa, pues a pesar de que tenía mucha, la que había no daba abasto con todos los preparativos.

Había invitados que estaban llegando ahora, pero Samuel no conocía a ninguno de ellos. Uno de los criados le vio y le dijo que el señor le estaba esperando, y le llevó a una de las salas para que se reuniera con él.

Cuando Samuel entró en la sala, se encontró de frente con su padre, el joven se quedó paralizado, por unos segundos pensó que sería uno de los invitados que casualmente se parecía a su padre, pero este era mucho más viejo que el suyo, pues el hombre que tenía delante estaba encorvado y tenía la cara llena de arrugas.

—¡Samuel, hijo, ¿acaso no te acuerdas de tu padre?!

Samuel estaba anonadado y confuso, no se podía creer que fuera su padre. ¿Cómo había dado con él? ¿Cómo podía haber hecho un viaje tan largo y peligroso? No, no podía ser el padre que había dejado en su aljama querida.

—¿Eres tú, padre?

—¡Hijo, claro que soy yo! Creí que nunca volvería a verte...

Padre e hijo se fundieron en un largo abrazo. Aharon lloraba desconsoladamente, y las lágrimas resbalaban copiosamente de sus mejillas y caían en el hombro de su hijo.

Mientras los dos seguían abrazados, entró Rebeca en la estancia y se echó las manos a la cara al ver a su hermano allí de pie, abrazando a su padre.

Samuel, por su parte, no podía creer lo que le estaba ocurriendo, acababa de encontrar a las personas que más quería en su vida.

—¡Mi pequeña, ya eres toda una mujer, la mujer más bonita que he visto en mi vida! Déjame que te vea bien.

CAPÍTULO XI

Los últimos días de la guerra. La partida del rey Boabdil. El Rey Chico y la expulsión de los judíos

A finales del siglo XV, el reino nazarí de Granada estaba sumido en un caos interno. Era, incluso, vasallo del rey de Castilla, con tal de vivir en paz. Pero indudablemente se sentían acosados por todas partes. Que hace doscientos años, en Córdoba hubiera habido esplendor cultural, nadie lo ponía en duda. Pero aquello había quedado fosilizado. Ahora eran otros tiempos. De todos los territorios de la cristiandad, solo quedaban musulmanes en el sur de la península.

*El avance imparable de la Reconquista cristiana convirtió el reino de Murcia en un peligroso territorio de frontera con el reino musulmán de Granada, y al Estado nazarí en el último bastión del islam en la península ibérica entre los siglos xiii y xv. El reino de Murcia abarcaba el territorio de las actuales provincias de Murcia y Albacete y el reino de Granada las de Almería, Granada y Málaga. La relación fronteriza entre los reinos de Murcia y Granada se caracterizó por los enfrentamientos esporádicos entre cristianos y musulmanes, debido a las incursiones en territorio enemigo en busca de ganado y esclavos, a pesar de la relación de vasallaje entre el Estado nazarí y la corona de Castilla.

El 2 de enero de 1492 Boabdil, *el Rey Chico*, se entregó pacíficamente el reino de Granada a los Reyes Católicos, bajo condiciones honrosas y ventajosas para los musulmanes. “*Los moros podrán mantener su religión y sus propiedades. Que los moros serán juzgados por los jueces bajo su ley. Que no pagarán más tributos a los reyes cristianos que los que pagaban a los moros. Que podrán conservar todas sus armas excepto las de pólvora. Que los Reyes solo pondrán como gobernantes a gente que trate con respeto y amor a los moros. Que los musulmanes tendrán derecho a gestionar su educación y la de sus hijos*”.

La rendición del reino musulmán de Granada supuso el final de la Reconquista cristiana de la península ibérica tras ocho siglos de dominación islámica. Los Reyes Católicos culminaron la unidad política de la península con su proyecto de unificación religiosa mediante la aprobación del decreto de expulsión de los judíos el 31 de marzo de 1492, “*por subvertir y sustraer de la santa fe católica a los fieles cristianos*”, y de la Pragmática del 14 de febrero de 1502 para la conversión forzosa de los mudéjares (musulmanes) en cristianos nuevos, denominados moriscos, bajo pena de expulsión.

Como este no es un libro de historia, pues para eso están los historiadores, y sí una novela recreada en un tiempo concreto de la Reconquista, con personajes reales que existieron en su época, he querido recoger unos documentos auténticos de cómo fueron los últimos días de la conquista del reino de Granada, para que el lector se pueda hacer una idea de los hechos y se meta en la piel de los personajes y en su época.

Empecemos por *una carta del rey Fernando II de Aragón en la que dice cómo ganó la villa de Íllora.

**Historia de España —Espasa-Calpe (Ramón Menéndez Pidal).*

“*El Rey - Concejo... de Seuilla: Por otra mi carta vos fize saber la tomada de la cibdad de Loxa, e cómo estatua de propósito de venir a poner cerco sobresta villa de Yllora; lo cual así se*

fizo, e puesto el cerco mandé asentar mi artillería. La qual el miércoles de mañana, que heran siete de junio, comenzó a tirar, e fizó en todo el día tal estrago en la cerca e torres de la villa (que) aunque dentro estauan pasados de seiscientos ombres de pelea, con los de la villa e con los de Granada auía enviado el Rey para la denfender, e sin dubda eran muy buena gente, pero puso el artillería talterror e miedo en ellos que esa misma noche me enviaron a suplicar me pluguiese tomallos a partido. E como quier continuando el tirar el artillería les fiziera tales portillos que se pudiera bien combatir e entrar, mas porque non se pudiera fazer sin perdimiento de gente, acordé de los tomar a misericordia, para que se fuesen donde quisiesen. E asy oy, viernes, se son ydos e me han dexado la villa. E porques razón que de todo como subcede seáys sabidores, vos mandé fazer ésta, porque seáys participantes en mi plazer, e déyx gracias a Nuestro Señor por ello, pues asy le plaze que en nuestros días se faga tan liuianamente lo que en tantos tiempos, con mucha fatiga, no se pudo fazer. Del mi real de Yllora, a nueue de junio de 86 años. - Yo el Rey. - Por mandado del Rey, Pedro Cernañas”.

Muy contento debía sentirse el Rey de la artillería y del artillero mayor, cuando, en la misma fecha de la anterior, les dice a los de Sevilla:

“Aluar Ramires, sobrino del maestro Ramiro, mi artiller mayor, tiene conpradas en la villa de Gualdalcanal fasta dos mil arrovas de vino, lo qual, compró para el proueymiento de mi real, e por el presente non le puede gastar, e sy lo touise se le perdería; suplicome vos mandase le diésedes logar lo pudiese meter e vender en esa dicha ciudad. Así lo hace el rey, acatando los trabajos del maestro Ramiro y del Aluar Ramierez, que están en su servicio continuamente. Y firma, no en el real de Íllora, como la anterior, sino en la misma villa de Yllora”.

Con estas cartas, escritas por el mismo rey y que son documentos históricos, quiero defender a los historiadores que argumentan que sí se utilizaron métodos artilleros en la conquista de Granada.

Cuentan que el día que el rey Boabdil abandonó Granada, no lo hizo por la puerta mayor de su reino, por donde antes siempre había pasado con su ejército engalanado en sus mejores trajes, sino que lo hizo por una puerta pequeña de la muralla con un pequeño cortejo, para que sus habitantes no le vieran entregar la ciudad. También cuentan que tampoco miró hacia atrás, pues era tan grande la pena que lloraba desconsoladamente.

*Según cuenta la leyenda cuando Boabdil salió de la Alhambra para entregar la capital y reino, con el capricho melancólico de un espíritu abatido, solicitó a los Reyes Católicos que no permitiesen que nadie después de él pasara por aquella puerta. Su petición, según antiguas crónicas, fue atendida gracias a la intervención de Isabel, y la puerta fue sellada.

**Cuentos de la Alhambra (Washington Irving)*

La gran puerta de la Justicia sería la entrada oficial a la fortaleza. Cuando Boabdil salió por aquella para bajar a la vega a entregar las llaves de la ciudad a los soberanos españoles, dejó a su visir Aben Comixa en la puerta de la Justicia, para que en ella recibiera al destacamento del ejército cristiano y a los oficiales a quienes se iba a rendir la fortaleza.

Permítanme citar unas líneas de tan lindo libro, los *Cuentos de la Alhambra*, donde habla de la tragedia y de la melancolía con la que el último rey moro abandonó su reinado.

“Espoleé mi caballo para alcanzar la cima de un roquedo, donde Boabdil lanzó su última y afligida lamentación al tiempo que tornaba los ojos en una última mirada de despedida; todavía se llama a este lugar El último suspiro del moro.

¿Quién se extrañará de su angustia al verse expulsado de un reino y una morada tales? Con la Alhambra, le parecería que entregaba todos los honores de su dinastía y todas las glorias y delicias de la vida.

Fue aquí también donde su tristeza fue amargada por el reproche de su madre, Aixa, que tantas veces le había asistido en momentos de peligro y que, en vano, había tratado de inculcarle su propio espíritu resuelto.

—Haces bien —le dijo— en llorar como mujer lo que no has sabido defender como hombre. Palabras que más reflejan el orgullo de la princesa que el cariño de una madre”.

No habían pasado más de dos semanas de la boda de Samuel y la hija del mercader Muhammad, cuando Aharon se puso muy enfermo, con mucha fiebre.

La conquista del reino de Granada y la partida del rey Boabdil corrió rápidamente por todo el territorio, pero no solo llegó esa noticia, sino otras más alarmantes, como la *expulsión de los judíos o su conversión al cristianismo y el plazo que el reino les otorgaba para abandonar la península si no aceptaban la conversión.

Aharon recibió esas noticias estando enfermo y agudizaron su enfermedad.

A pesar de que lo trataron los mejores médicos, a pesar de la poción milagrosa que el médico árabe les había dado, no se pudo hacer nada. Uno de los médicos más sabios del reino y que seguía los métodos del hebreo *Maimónides, de Ibn Al-Khatib o Averroes, llegó a las siguientes conclusiones:

—Vuestro padre no está enfermo de cuerpo, sino de mente; tiene tan pocas ganas que vivir que hay nada en este mundo que pueda curar su enfermedad. Todavía podría vivir unos años más, pero su alma ya no quiere, ha perdido la ilusión por la vida.

Los dos hijos no podían comprender cómo su padre se había resignado a morir sin más. Siempre había sido un gran luchador y ahora él mismo estaba consumido, a pesar de su edad.

Samuel estaba a su lado, y su hija Rebeca, mientras, le refrescaba la frente y el cuerpo con agua de rosas. Aharon que estaba semiinconsciente, de pronto abrió los ojos, miró tiernamente a sus dos hijos y les dijo:

—Habéis sido unos buenos muchachos y estoy muy orgulloso de vosotros. Desde niños he estado a vuestro lado, os he ayudado a crecer, espero que siempre toméis el camino correcto, ahora os toca seguir solos.

Samuel intentaba disimular su desconsuelo, debía demostrar fortaleza, pero por dentro sentía un dolor tan grande que le inundaba el corazón. Rebeca cogió la mano de su padre y lloró en silencio.

—Hija, escucha... Te doy mi bendición a ti y a Vladimir para que os caséis y creéis vuestra propia familia. Sigue las doctrinas de tu marido y no te apegues a nuestra herencia, sé libre y elige tu propio camino. Yahveh nos está viendo a todos, él será justo y comprenderá nuestras decisiones.

**El Decreto de la Alhambra o Edicto de Granada fue un decreto editado en la Alhambra el 31 de marzo de 1492 por los Reyes Católicos, por el cual se obliga a todos los judíos de la península ibérica a convertirse al catolicismo o ser expulsados, con término el 31 de julio de 1492. Por motivos logísticos se extendió este plazo hasta el 2 de agosto a las doce de la noche.*

**Médicos famosos del Al-Ándalus: Maimónides (1135-1204), hebreo nacido en Córdoba. Averroes (1126-1198), nacido en Córdoba. Ibn Al-Khatib (1333-1337), nacido en Loja, Granada.*

Después de aquellas palabras Aharon cerró los ojos y su respiración se hizo cada vez más y más lenta, hasta que después de dar unos últimos estertores, falleció. La estancia rápidamente se llenó de mujeres vestidas de negro. Se trataba de las plañideras y aquel silencio que había reinado se interrumpió con voces y llantos por el cuerpo sin vida del judío Aharon.

Le enterraron a la costumbre judía, pues fue su última voluntad. El cementerio se encontraba en lo alto de una montaña y desde allí se podía ver la brillante costa mediterránea.

Una vez el entierro llegó a su fin, Samuel y su hermana Rebeca se despidieron. Se abrazaron y se miraron a los ojos en silencio, ninguno se atrevía decir la última palabra. Al final Samuel se decidió y le dijo:

—Bueno, hermanita, aquí nos separamos, pero prométeme que no es un adiós, sino un hasta luego; que volveremos a juntarnos para que nuestros hijos puedan conocerse.

Como respuesta, a Rebeca se le saltaron las lágrimas y volvió a abrazar a su hermano fuertemente tapando completamente con su cabello el rostro de Samuel.

Cuenta una leyenda que una hermosa doncella judía había cautivado el corazón de un joven caballero extranjero cristiano de fino linaje. Decidieron casarse y entre los invitados a la boda estaban los reyes cristianos. Cuando la boda estaba a punto de celebrarse, apareció un fornido alférez del ejército del rey que había ganado fama merecida de valiente guerrero en la conquista del reino. Unos días antes de la boda reconoció a la hermosa doncella y la reclamó como su prometida. Juró ante el señor de la cruz que había dado su palabra de buscarla una vez hubiera acabado la guerra.

El joven extranjero enamorado de la bella judía, en la que había puesto todas sus esperanzas y su vida no aceptó la reclamación del alférez, y los dos caballeros entablaron un duelo a muerte.

En realidad lo que sucedió fue esto. Vladimir y su amada Rebeca volvieron a Granada para cumplir con la promesa que el joven le había hecho a su padre y celebrar así los desposorios como un digno caballero. La boda se preparó con todos los honores.

El padre de Vladimir estaba muy contento por el enlace de su hijo con la bella judía, pues le había cogido un gran cariño, y no veía mejor esposa que ella para su hijo.

Benjamín, que había sido bautizado por los mismos reyes cristianos, se había convertido en uno de los héroes de la Reconquista y las tropas cristianas lo aclamaban a su paso. Fue tal la fama que llegó a alcanzar, que los reyes, teniéndole en gran estima, le nombraron caballero y capitán de sus tropas, con el título de señor de un pequeño condado que él había solicitado a los reyes cerca de su ciudad natal, Salamanca.

Llegó el momento en que el conde presentó a su hijo Vladimir y a su prometida Rebeca ante los reyes. Mientras se hacían las presentaciones Benjamín que, al ser uno de los más apreciados capitanes, estaba junto a los reyes, reconoció a la joven judía. También esta le reconoció, pues aunque había pasado mucho tiempo y había cambiado mucho se acordaba de él. Ninguno de los dos dijo nada, solamente Benjamín en una ocasión le lanzó una sonrisa sincera a Rebeca.

Más tarde Benjamín habló con los reyes y les hizo una petición:

—Altezas, ha llegado a mis oídos que la joven que dentro de unos días se va a desposar con el hijo del conde extranjero, a quien sus altezas le deben un buen trato por su noble condición y su labor en esta cruzada contra los infieles, es de origen hebreo y cuentan que ella piensa tomar la fe de nuestro señor por propia voluntad.

—Bien informado estáis, mi buen capitán, ¿qué es lo que queréis? —preguntó Fernando lleno de curiosidad.

—Ser el padrino de la joven, pues de esa manera verán cómo los que antes eran de mi pueblo aceptamos la verdadera fe de nuestro señor Jesucristo y nuestra Santa Madre Iglesia.

El rey Fernando, antes de responder, miró a la reina, que estaba a su lado, y esta hizo un gesto de aprobación, mientras un sacerdote que estaba junto al rey le decía algo al oído.

—Mi buen capitán, a ti no podemos negarte nada. Los soldados te aclaman a tu paso, algunos bendicen tu nombre, y hay romances y cantares que hablan sobre ti y tu caballo. Lo que pides te honra más si cabe.

Cuando Rebeca y Benjamín se vieron, no hubo tensión por los viejos tiempos, sino que ella le agradeció que quisiera ser el padrino de su bautizo y quedaron como buenos amigos.

Habían pasado algunos años y Presebal no había cumplido su palabra. El motivo era que a causa de graves heridas perdió la cabeza por completo, y cuando se recobró, siguió luchando hasta el final, pues había jurado que mientras estuviera vivo no pararía hasta derrotar al último infiel. A partir de ese momento el joven Presebal se volcó en la guerra, y ganó tanto prestigio

entre sus compañeros que los reyes le nombraron alférez de las tropas del rey.

Pero la desgracia cayó sobre la pareja, pues un día Presebal apareció y reconoció a la muchacha. A partir de aquel momento los nubarrones negros dejaron paso a la tormenta, pues esta estalló con todas sus fuerzas.

Surgieron rumores malintencionados entre la soldadesca que llegaron a oídos de Vladimir. Este no quiso escuchar las palabras que con tanto acierto le dijo uno de sus escuderos; le señaló que no hiciera caso de las habladurías, en las que se tachaba a la bella judía Rebeca de no ser doncella y de haber sido anteriormente amante de otro caballero cristiano, que todo era mentira, producto de una mente retorcida y perversa. Pero Vladimir no pudo soportar la injuria y retó a duelo al alférez Presebal.

Este que era un gran soldado, noble como el que más, prudente y tranquilo se vio acusado de algo que él no había dicho. Él jamás difamaría a la bella judía, únicamente reconocía que él la había conocido antes de ir a la guerra y que en una ocasión en que ella atravesaba un mal momento él la había ayudado sin pedir nada a cambio.

Pero el mal ya estaba hecho. Presebal estaba envuelto en un asunto del que no tenía culpa, pero si no aceptaba aquel duelo le tacharían de cobarde y su carrera en el ejército posiblemente habría acabado.

Rebeca instalada en una de las habitaciones del palacio de la Alhambra, que hasta hacía poco habían servido de aposento para la corte del rey Boabdil, y asistida por varias sirvientas musulmanas andaba ajena a todo lo que ocurría en el exterior. Solamente atendía a los preparativos de su boda, que prometía ser un gran acontecimiento social, pues hasta los mismos reyes cristianos asistirían a ella.

Unas horas antes de que empezara el duelo se presentó ante ella el escudero de Vladimir y le dijo:

—Mi señora, supongo que no estará al tanto de lo que ocurre en la calle.

Rebeca que en aquellos momentos vivía un sueño, se iba a casar con el hombre al que amaba, estaba rodeada de lujo y comodidades en un palacio donde solo reinaba la belleza, se quedó extrañada por la pregunta del escudero.

—¿Acaso el trino de los pájaros se ha dejado de escuchar en el jardín en este maravilloso día? ¿Acaso se ha derretido la nieve de las cumbres de la sierra? ¿Acaso la tarde amenaza con volverse fría y sombría? ¿Acaso me importa a mí lo que ocurra en la calle? Mi corazón está radiante de felicidad porque espera al hombre que más ama. En estos momentos soy la mujer más feliz de este mundo... Escudero, déjame que disfrute de estos momentos, déjame que mi corazón rebose de alegría. Una vez creí que no volvería a ser feliz.

—Mi señora, siento decirle que las noticias que traigo no son buenas, pero es usted la única que puede parar esta locura.

Entonces el escudero le puso al tanto de lo que acontecía. Rebeca mostrando cara de asombro y turbación prorrumpió:

—¡No sigáis contándome más... no sigáis envenenándome el alma! ¿Cómo habré sido tan tonta al pensar que podría volver a reinar la felicidad en mi vida?

Y armándose de valor le dijo al escudero:

—¡Vamos! Llévame ante esos dos hombres que quieren retarse en duelo por una insensata e infeliz judía.

Los dos caballeros habían elegido un lugar apartado y solitario para que nadie excepto las personas más allegadas asistieran al combate. No quisieron hacer un duelo público para no herir el honor de la dama y así evitar que la gente se divirtiera a su costa y la soldadesca se jugara sus

monedas apostando quién sería el vencedor; se trataba de un duelo entre caballeros.

Cuando Rebeca llegó al lugar del duelo, los dos hombres ya combatían ferozmente con la espada, pues esa era el arma que habían elegido.

Presebal utilizaba su espada con total maestría, pero Vladimir no se quedaba atrás, pues parecía que su espada era la prolongación de su brazo. Los dos hombres tenían un aspecto imponente.

Presebal se había curtido en los últimos años debido a la guerra, era un hombre del norte, un campesino, y sus facciones eran más varoniles que las de Vladimir. Se había dejado barba y mostraba una gran cicatriz que le recorría parte de la cara, pero no dejaba de ser un hombre atractivo, a pesar de la ferocidad que mostraba.

El padrino de Presebal era Gastón de Lyon, su mejor amigo, y el de Vladimir era uno de los hombres de armas de su padre, que tenía gran experiencia en la guerra y era el que le había enseñado desde niño a combatir.

Rebeca se bajó del caballo antes de que este se detuviera, ninguno de los dos combatientes prestó atención a su llegada, pues estaban concentrados en el combate. Si alguno de los dos bajaba la guardia el otro aprovecharía la oportunidad para darle una estocada.

Con la idea fija de parar aquella atrocidad y que aquello no llegara a fatales consecuencias salió disparada hasta donde los hombres combatían tratando de hacerles razonar.

—¡Por Dios, parad esta insensatez y dejad de combatir...!

Todo ocurrió tan rápido que nadie pudo impedirlo. Rebeca se metió entre medias de los dos para separarlos y hacerlos desistir de la absurda disputa, justo en el momento en que Vladimir entraba a matar con su espada. Con tan mala fortuna que fue ella la que recibió la brutal estocada que casi la parte en dos. Rebeca cayó fulminada al suelo; la sangre le salía a borbotones y la estaba cubriendo por completo. Vladimir no entendía lo que había ocurrido, tuvieron que pasar unos instantes para que reaccionara y se diera cuenta de la terrible situación. Dejó caer la espada al suelo y se arrodilló junto a ella implorándole a Dios que no se la llevara de su lado; la asió de la cabeza y comenzó a sollozar desconsoladamente.

Rebeca todavía respiraba y con un hilo de voz murmuró:

—Entierrame junto a mi padre.

Dicho esto, vomitó un coágulo de sangre y dejó de respirar.

El joven Anastasio volvió a Consuegra y, a pesar de que la viuda del conde de Mendoza intentó por todos los medios robarle su herencia y quitarle de en medio, fracasó, y no le quedó más remedio que aceptarlo como dueño y señor.

El joven que tenía buen corazón la perdonó y le permitió que siguiera viviendo en el castillo con todos los lujos y comodidades a los que estaba acostumbrada. Con el paso de los años el cariño entre ellos se fue afianzando, hasta el extremo de que la viuda terminó llamándolo hijo y cuando esta murió, a una edad muy avanzada, el nuevo conde lloró por ella como hubiera llorado por su verdadera madre.

Dicen que las tierras que Anastasio heredó estaban tan mal administradas y abandonadas que no daban frutos, y se descubrió que el viejo conde estaba lleno de deudas. Pero el nuevo conde, trabajador incansable y con buen tino para los negocios, saneó la economía del viejo conde y llegó a acumular grandes riquezas. Se hizo muy amigo de Samuel, el hermano de Rebeca, con el que hizo grandes negocios. Gracias al descubrimiento de América, los dos invirtieron en una gran flota de barcos que atravesaba el Atlántico y comerciaba al otro lado del mundo.

Igual que Samuel, Anastasio se casó con una gran mujer a la que amó con locura y, a los dos, sus mujeres les dieron muchos hijos. Con el paso de los años Samuel sufrió la pérdida de su gran amigo David, que murió a una edad temprana en extrañas circunstancias, en algo relacionado con asuntos de mujeres de mala reputación. Gracias a la protección de Samuel, su buen amigo y socio, sacó adelante a la familia de David, hasta que uno de sus hijos se pudo hacer cargo de los negocios de su padre.

Benjamín llegó a ser capitán del rey y de su guardia personal, consiguiendo grandes honores y riqueza. Había cumplido su sueño de niño. Volvió como un caballero a su ciudad natal a los pocos meses de haberse decretado la expulsión de los judíos, vistiendo los escudos reales, montado sobre un caballo de guerra tan impresionante que parecía un dios y acompañado de dos escuderos.

Fue un buen hijo, pues su padre estuvo a punto de perder todos los bienes de la familia y gracias a su condición e influencia pudo evitarlo, pero su familia tuvo que renegar de su religión y hacerse cristianos.

Benjamín que había recibido un señorío por parte de los reyes, cerca de la ciudad de Salamanca, se estableció allí en una gran casa y al cabo de varias generaciones se convirtió en un marquesado de gran influencia en toda la comarca.

El padre que siempre había sido un buen mercader consiguió que sus negocios prosperaran.

Se casó con una linda jovencita cristiana, hija de un noble cristiano viejo, pero repleto de deudas. Aquel casamiento lo afianzó más en la corte y ayudó a consolidar su amistad con el rey y con grandes personajes de la época, lo que le hizo ser intocable. Tuvieron tres hijos perpetuando así la dinastía.

Benjamín acabó sus días retirado en su señorío, cansado de tanto batallar, con los huesos molidos y quejándose de sus múltiples heridas de guerra.

La lucha contra el reino de Granada fue la última batalla en la que lidió Gastón de Lyon, pues había prometido al altísimo que, cuando expulsara al último musulmán de la península de Hispania, se retiraría al monasterio de los frailes donde le habían acogido de niño y había sido feliz. Necesitaba reposo para su espíritu inquieto, pero místico; era un hombre con unos principios puros y nobles.

Con la guerra había conseguido un buen botín y un pedazo de tierra que los reyes habían prometido a todo aquel que luchara en la cruzada. Como se iba a retirar al monasterio, cedió sus tierras a una familia de campesinos muy pobres sin pedir nada a cambio.

Vladimir, como uno puede imaginar, renunció al duelo. Después de la muerte de su amada, cayó durante varios años en una especie de letargo.

Presebal cayó de rodillas junto al cadáver de Rebeca y con lágrimas en los ojos le suplicó perdón y acarició el cabello del joven nórdico, apesadumbrado. Entonces, se marchó de allí.

El padre de Vladimir como buen noble recibió todos los honores por parte de los reyes cristianos, además de unas tierras por las Alpujarras granadinas, desde donde se veía el mar y la brisa era fresca y suave, pues tanto en verano como en invierno los vientos bajaban de sierra Nevada.

Como Vladimir era el más pequeño y por tanto no era el heredero, su padre le dejó aquellas tierras, pues siempre había sido un buen hijo y lo quería mucho.

El conde volvió a su país con su séquito, unos cuantos escuderos y varios hombres de armas, todos los demás habían muerto en la batalla.

Solo un hombre de armas, que había sido como un padre para Vladimir, se quedó junto al muchacho; allí se establecieron los dos y construyeron un precioso cortijo.

Lo primero que hizo el muchacho fue desenterrar los cuerpos de Rebeca y Aharon y enterrarlos

a los dos juntos en sus nuevas tierras, debajo de la sombra de un granado y con unas maravillosas vistas al mar.

Conoció a una muchacha mozárabe muy parecida físicamente a Rebeca, se casó con ella y tuvieron varios hijos.

Presebal se unió por un tiempo a los recién creados tercios, mandados por Gonzalo de Córdoba, que era gran amigo suyo. Conquistó fama y gloria pero con el tiempo volvió a su tierra natal tan pobre como había salido, pero con una gran experiencia militar, lo que le sirvió para crear en su tierra una nueva saga de luchadores.

La mayoría de los personajes que salen en esta novela fueron personajes reales, existieron en esta época, pero la historia es una trama de ficción. Si alguno de ellos cayó en el olvido, sería porque la historia se olvidó de ellos.

FIN

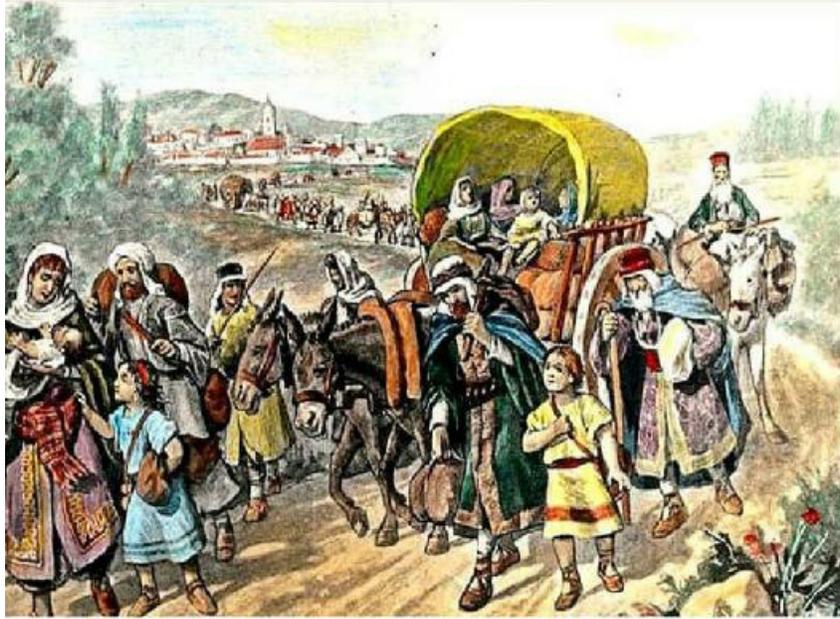
BIBLIOGRAFÍA

- Bango Torviso, Isidro B. *Inquisición*, Universidad Autónoma de Madrid.
- Cantera Montenegro, Enrique. *Aspecto de la vida cotidiana de los judíos en la España medieval*, Editorial Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Cortés Peña, Antonio Luis. *Boabdil, Granada y los Reyes Católicos*, Universidad de Granada.
- Izquierdo Benito, Ricardo. *Los judíos de Toledo en el contexto de la ciudad*.
- Rodrigo Esteban, María Luz. *Viajeros y desplazamientos cotidianos a finales de la Edad Media*.
- Los Reyes Católicos. Espasa Calpe, Paginas de internet.
- Tomás de Torquemada. Sacado de la página: www.wikipedia.org.
- Portal internet Fuenterrebollo.
- Antecedentes Medievales. El ejército.
- Ciudad de Consuegra. Página oficial en internet de la ciudad de Consuegra.
- Identidad andaluza. Poesía árabe del Al-Ándalus. Sacado de la página de internet:
- Pesos y medidas en la Edad Media. Sacado del foro: www.fidelisregi.com.
- *Ashkenazic* y judíos sefarditas. Nombres judíos
- Los rasgos generales de la crisis bajomedieval en Navarra. Sacado de varias paginas de internet:

LA ÚLTIMA SEFARAD DE TOLEDO

Meses antes del descubrimiento de América y de la Expulsión de los judíos de "España 1492", dos jóvenes mercaderes pertenecientes a una de las familias con más linaje del barrio judío de Toledo emprenden un largo viaje en busca de unas nuevas tierras donde establecerse con sus familias. Esta larga empresa estará llena de peligros y aventuras por los caminos de la España del siglo XV. Mientras, en el transcurso de la novela, parte real y parte ficción, aparecerán grandes personajes reales de la historia: Abraham Zacuto, Cristóbal Colón, Gonzalo de Córdoba, los Reyes Católicos... y la bellza de la Judía de Toledo que deslumbrará con su hermosura a un joven príncipe nórdico en su cruzada por la expulsión de los moriscos de España.

la ÚLTIMA
SEFARAD
DE TOLEDO



Miguel ÁNGEL RICO

AGRADECIMIENTOS

A la librería judaica Casa de Jacob de Toledo y a su personal.

A Sonia Vives Andrés, por las correcciones del libro.

A mi mujer por aguantar mi mal humor cuando escribo, y no recibir ningún fruto ni compensación por ello.

Acerca del autor

MIGUEL ÁNGEL RICO

Miguel Ángel Rico ha sido periodista-FreeLancer de investigación durante los primeros años de la transición política en España, escribió y publicó de los primeros libros de investigación periodista sobre uno de los temas más penosos de los primeros años de la democracia.

“El aceite de Colza” su libro ¿La Colza...O qué?.

Colaborador en diferentes medios de comunicación, Diario 16, Interviú, El Mundo Bursátil...

Es autor de varias novelas publicadas, como: La Modelo, El Correo de Don Juan de Borbón (Conde de Barcelona). La Última Sefarad de Toledo, A la Hora del Alba.